

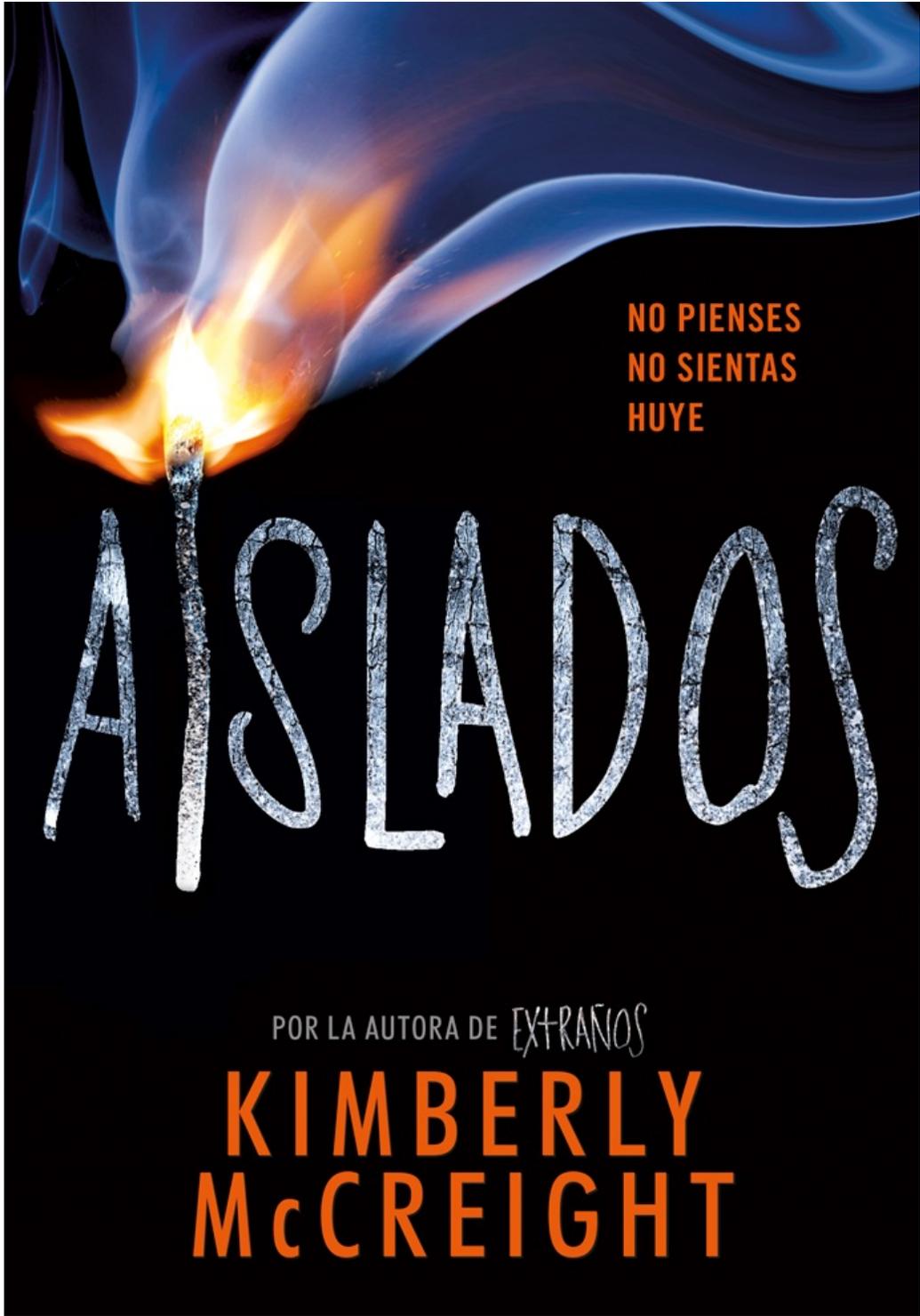


NO PIENSES
NO SIENTAS
HUYE

AISLADOS

POR LA AUTORA DE *EXTRAÑOS*

**KIMBERLY
MCCREIGHT**



NO PIENSES
NO SIENTAS
HUYE

AISLADOS

POR LA AUTORA DE *EXTRAÑOS*

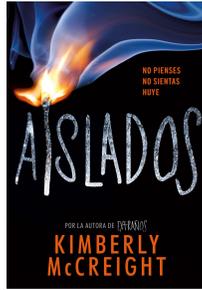
**KIMBERLY
McCREIGHT**

Kimberly McCreight

AI SLADOS

Traducción de **Verónica Canales Medina**

montena



Aislados es la segunda novela de «Extraños», una serie trepidante de intrigas, traiciones y secretos con el ritmo de La chica del tren y la acción de la «Trilogía Divergente».

*«Entender tus propias emociones es complicado.
Entender las de los demás como si estuvieras en su cabeza..
...puede ser muy peligroso.
Wylie tiene ese poder. ¿Sabrá cómo usarlo?»*

Sigue el hashtag [**#LibroAislados**](#)

Y si quieres saber todo sobre nuestras novedades, únete a nuestra comunidad en redes.



[Somos Infinitos](#)



[@somosinfinitos](#)



[@somosinfinitoslibros](#)

Novedades, autores, presentaciones primeros capítulos, últimas noticias... Todo lo que necesitas saber en una comunidad para lectores como tú. ¡Te esperamos!

 **INFINITA
PLUS**

M

*Para todas las chicas a las que les han dicho
que eran demasiado sensibles.
Para todas las mujeres que han aprendido solas
a no serlo*

La vida es un sueño. El despertar es lo que nos mata.

VIRGINIA WOOLF, *Orlando*

Nota de la autora

Esta es una obra de ficción. Lo que leáis aquí no ha ocurrido. Al menos, no todavía.

Prólogo

Permanezco de pie e inmóvil en la oscuridad, descalza y con frío, al borde de las rocas escarpadas, mientras contemplo la vasta superficie de agua negra que se extiende frente a mí. Y me pregunto si de verdad conseguiré llegar hasta el pequeño punto de luz del puerto que se ve a lo lejos. Parece demasiado lejano, imposible de alcanzar, y el mar está tan sereno que da miedo, como si estuviera esperando a alguien lo bastante loco para intentar cruzarlo.

No soy muy buena nadadora, o por lo menos no soy lo bastante buena para hacer algo así. Nunca he recorrido una distancia como esta. Tampoco he nadado nunca totalmente vestida, ni en la oscuridad. Cruzando aguas desconocidas, con todas las ilusiones ópticas que un punto de luz en el horizonte puede crear, ¿quién sabe qué podría pasar? Pero no tenemos otra alternativa. Vienen a por nosotros. A por mí, en realidad. Ya están aquí. Las voces que se oían a lo lejos están cada vez más cerca, y dan miedo. Es solo cuestión de tiempo.

Pero... ¿cuál es la auténtica locura? Que, a pesar de esta terrible realidad, en el fondo de mi corazón, me creo capaz de nadar el kilómetro y medio de distancia que aproximadamente separa este lugar del puerto. La verdad es que lo sé. Quizá eso es lo único que importa. Porque si he aprendido algo en estas últimas semanas, es que «fuerza» no es más que un sinónimo de «fe». Y el auténtico valor reside en la capacidad de aferrarse a la esperanza.

Ahora mismo, estoy a solas con mis dudas en el borde del agua. Sé que no debo permitir que esto pueda conmigo. Lo que necesito de verdad es confiar en mi instinto.

Así que tomo aire con fuerza antes de dar un paso al frente y fijar la mirada en el horizonte lejano. Y entonces empiezo a nadar.

Estoy en el recibidor de nuestra casa leyendo el mensaje que acaba de enviarme Jasper. Esa única palabra: «Corre».

Durante un minuto. Durante una hora. Siempre.

Me palpita el corazón con fuerza en el pecho mientras mantengo la vista gacha. Los seis agentes —agente Klute, agente Johansen, agentes no sé qué y agentes no sé qué más— están hablando. «Corre. No corras. Corre. No corras.» Les oigo decir cosas como: Departamento de Seguridad Nacional. Descartar una amenaza para la seguridad del país... Lo demás son solo ruidos sin sentido.

«Corre. No corras. Corre. No corras.»

«Corre.»

Me vuelvo de golpe hacia la escalera sujetando el móvil como si fuera una granada de mano.

Primero, echa a correr. Luego ya habrá tiempo para las preguntas. Quentin me enseñó eso.

—¿Wylie? —me llama mi padre a gritos. Se ha quedado de piedra. Confuso. Preocupado—. Wylie, ¿qué estás...?

Oigo voces, oigo un alboroto detrás de mí cuando salgo disparada hacia la escalera. «No mires atrás. No te pares. Sigue subiendo. Sigue subiendo. Sigue y sube.» Es lo único que necesito.

Pero ¿por qué estoy subiendo? ¿No debería correr hacia la puerta trasera en lugar de adentrarme más en la casa? Arriba, el baño de la segunda planta tiene el techo inclinado y una ventana tipo tragaluz. Eso es. Una vía de escape. Me sujeto a la barandilla cuando resbalo.

—¡Señorita Lang! —me llama uno de los agentes. Está tan cerca que casi puedo notar su aliento.

—¡Alto! ¡Déjenla en paz! —mi padre grita tan enfadado que apenas reconozco su voz. Muchas otras voces contestan a gritos. Oigo jadeos, empujones: una pelea—. ¡No pueden entrar de esta manera en nuestra casa!

—¡Doctor Lang, tranquilícese!

—¡Oye! ¡Para! —Es la misma voz que me ha gritado antes. Ahora está incluso más cerca.

Me lanzo hacia delante en cuanto llego al descansillo del segundo piso.

El baño. Debo llegar al baño como sea. «Céntrate. Céntrate. Más rápido. Más rápido.» Antes de que ese tipo me atrape. La puerta no está lejos. Y solo necesitaré un segundo para abrir la ventana y salir por ella. Después de saltar a toda prisa para aterrizar sobre el suelo, haré lo que ya he hecho antes. Correr. Correr como si me llevaran los demonios.

Salgo disparada por el descansillo mientras sigo oyendo las fuertes pisadas pegadas a mis talones.

—¡Wylie! —vocifera el hombre, aunque lo hace con un tono forzado, como si le costara reconocer que tengo nombre.

—¡Esta es nuestra casa! —vuelve a gritar mi padre.

Ahora parece que se encuentra más cerca de la escalera.

—Doctor Lang, ¡no se mueva de aquí!

Tengo la vista clavada en la puerta del baño que está al final del pasillo. Ahora parece lejísimos. El pasillo infinito. Pero debo llegar hasta esa puerta. Trepar hasta la ventana. Salir a través de ella. Paso a paso. Tan rápido como pueda.

—¡Señorita Lang! —vuelve a chillarme la voz, esta vez mucho más cerca. Demasiado cerca. Y el hombre está nervioso. Está lo bastante cerca para agarrarme, pero tiene demasiado miedo de hacerme daño—. ¡Venga ya! ¡Para! ¿Qué estás haciendo?

Después de la primera puerta a la derecha. Me quedan dos más para llegar.

Pero meto el pie sin querer por debajo de la alfombra. Consigo levantar las manos justo en el último segundo, de modo que la muñeca impacta con fuerza contra la pared y me golpeo el hombro en lugar de la cara. Aun así, el dolor lacerante es insoportable y caigo desplomada al suelo. Tengo la sensación de que podría empezar a vomitar al volverme sobre mí misma para ponerme boca arriba y apoyar el brazo sobre el vientre. Me da pánico mirar por si veo asomar el hueso de la muñeca.

—Por el amor de Dios, ¿estás bien?

El agente se ha detenido justo delante de mí. Ahora veo que es el bajito con los brazos musculosos, tan desarrollados que le sobresalen de forma rígida y poco natural por ambos lados del cuerpo. Sin duda alguna, está tan nervioso como parecía cuando me gritaba. Pero, además, está enfadado. Mira el pasillo de cabo a rabo como si estuviera comprobando si hay testigos.

—Maldita sea. Te he dicho que no corrieras.

Pasados unos minutos, me encuentro sentada en el sofá de cojines ya hundidos de nuestro pequeño comedor mientras mi padre me envuelve la dolorida muñeca con una bolsa de cubitos de hielo. El dolor me provoca una pulsación en el

cerebro. Sin mediar palabra, los hombres se han colocado de tal forma que me bloquean el paso hasta la puerta, la escalera y el pasillo que lleva a la parte trasera de la casa. Es decir, todas las posibles salidas. En el marco de nuestra vieja casa victoriana parecen incluso más corpulentos que en el exterior.

Ahora sí que no hay escapatoria.

—No creo que se lo haya roto —anuncia el agente Klute mirándome el brazo.

Sin embargo, no está lo bastante cerca, ni por asomo, para hacer esa clase de afirmación.

Mi padre, de pie delante de mí, se vuelve y apunta el puño derecho a la cara del agente Klute. Parece diminuto en comparación con él, como un niño pequeño.

—Largo de mi casa —espetea señalando hacia la puerta—. Ahora. Lo digo en serio. Todos a la calle.

Lo dice como si estuviera a punto de sacar a la fuerza a Klute si fuera necesario. La ira ha cegado a mi padre y no es consciente de la diferencia de tamaño entre ambos. Moriría intentando protegerme, ahora lo veo con claridad. Ojalá lo hubiera sabido antes. No estoy segura de cómo habría influido eso en lo ocurrido en el campamento. Tal vez lo hubiera cambiado todo.

—Me temo que no podemos marcharnos, doctor Lang. —Klute agacha la cabeza—. No hasta que Wylie haya respondido a nuestras preguntas.

Intenta no parecer amenazador. Finge sentir lo ocurrido. Pero no convence a nadie. Sobre todo, porque no lo siente en absoluto. Lo percibo. Soy capaz de interpretar muy bien los sentimientos del agente y no me cabe ninguna duda. En realidad, el agente Klute siente muy pocas cosas. Resulta escalofriante. Mi padre se acerca un poco más a él; cada vez está más furioso.

—No pueden colarse en mi casa cuando les da la gana y perseguir a mi hija. Ella es la víctima de todo este asunto —dice mi padre—. Aunque fuera una delincuente, necesitan una autorización judicial para irrumpir en cualquier hogar. Esto no es legal. Se acordarán de mí si mi hija tiene la muñeca rota.

—Dejemos las cosas claras, doctor Lang: su hija ha huido de unos agentes federales. ¿Tiene la menor idea de lo peligroso que es eso?

Mi padre está a punto de echarse a reír. Pero se pone las puntas de los dedos sobre los labios, con las palmas de las manos juntas, como si fuera a rezar. Jamás lo había visto tan enfadado. La rabia le ha demudado la expresión del rostro. Aunque percibo que intenta permanecer tranquilo con todas sus fuerzas. Quiere hacer lo correcto.

—Largo. Largo. Largo —ordena mi padre, con parsimonia, en voz baja y sin parar. Como el repiqueteo de un tambor—. Ahora mismo, o juro por Dios que...

—Como ya he dicho, no podemos hacerlo. —El agente Klute se mantiene tan

sereno que pone los pelos de punta—. Wylie es testigo material de un homicidio múltiple que podría estar relacionado con una trama de terrorismo nacional. Necesitamos que nos acompañe y responda algunas preguntas. Eso es todo.

—¡Ja! —suelta mi padre—. Voy a llamar a un abogado.

«¿A qué abogado?», pienso cuando agarra su móvil y marca un número. No obstante, parece muy seguro al llevarse el teléfono a la oreja. El tiempo se eterniza mientras estamos ahí de pie, esperando a que alguien conteste la llamada, a que mi padre hable. Noto que el agente Klute está mirándome. Intento no devolverle la mirada, pero no puedo resistirme.

No me cabe ninguna duda de que sus ojos negros y fríos están clavados en mí, y tiene la boca ligeramente abierta para que pueda ver su blanca dentadura. Lo imagino mordiéndome. Aunque no percibo los sentimientos hostiles hacia mí que serían previsibles en él; ni tampoco ninguna sensación de incomodidad, ni suspicacia, ni exasperación. Solo percibo una emoción: lástima. Y eso resulta mucho más aterrador.

Cruzo los brazos con fuerza y me presiono el vientre cuando empieza a formarse un nudo en el estómago. A lo mejor debería limitarme a contestar sus preguntas. A lo mejor así todo acabaría antes. Lo que ocurre es que tengo el terrible presentimiento de que —sin importar lo que diga— esto es el principio de algo y no el final.

«Respira —me recuerdo a mí misma—. Respira.» Porque la habitación empieza a estrecharse, el suelo empieza a moverse bajo mis pies. Este no es el momento ideal para desmayarse. Hace solo treinta y seis horas que soy una Extraña, pero sé que todavía puedo perder el control.

—Hola, Rachel, soy Ben —dice por fin mi padre al teléfono—. Necesito que me llames lo antes posible. Es una emergencia.

Rachel. Claro. Mi padre no podía llamar a otra persona. Rachel era amiga de mi madre. O, mejor dicho, examiga. Tras haber perdido el contacto con ella durante años, Rachel se presentó por sorpresa en el funeral de mi madre. Desde entonces, no logramos mantenerla alejada de nosotros. Quiere ayudar. O eso es lo que ella dice. Mi padre cree que es su forma de sobrellevar la pena. Yo opino que, en realidad, Rachel va detrás de mi padre. Pero al margen de eso, es todo muy raro. Rachel es rara ya de por sí, y no me fío de ella.

Sin embargo, me guste o no, ella es abogada defensora de derecho penal. Sabría qué hacer en una situación como esta. Además, quizá Rachel sea una bruja —mi madre nunca nos contó los detalles sobre su distanciamiento—, pero, a pesar de lo ocurrido entre ambas, mi madre siempre decía que recurriría a ella si alguna vez se metía en problemas graves. Según ella «Rachel sería capaz de sacar de la cárcel a un asesino en serie que alardeara de sus crímenes». Y no lo

decía como un cumplido.

—Doctor Lang, si Wylie no tiene nada que ocultar, no debería suponer ningún problema para ella hablar con nosotros —dice el agente Klute cuando mi padre cuelga el teléfono.

—A lo mejor tendría menos problemas si por su culpa no me hubiese caído —replico, porque me da la impresión de que mi padre necesita que le echen un cable.

—¡Oye, te has caído tú sola! —protesta el agente bajito con voz aflautada—. Yo no te he tocado.

Eso es cierto, por supuesto, pero no me parece lo más importante en este momento.

El agente Klute me mira con el ceño fruncido. Nada está saliendo como estaba previsto. Y ahora sí que se siente molesto, pero solo un poco. Como si acabara de caerle una pequeña gota de sopa en una camisa oscura e impoluta.

—Se lo aseguro, doctor Lang, tenemos amplia autoridad para la interrogación de testigos en casos de posible terrorismo. Y no necesitamos ninguna clase de autorización. Wylie no está detenida. Al menos, de momento.

—Después de eso —mi padre señala mi brazo con el dedo—, la única forma de que respondamos a sus preguntas es si nuestra abogada nos dice que debemos hacerlo.

El agente Klute toma aire.

—Está bien. ¿Cuándo llegará su abogada?

—No lo sé —responde mi padre, intentando sonar como si tuviera la situación bajo control. Sin embargo, yo percibo con toda claridad su preocupación.

El agente Klute lo mira impertérrito.

—En ese caso, esperaremos aquí a su abogada. Durante el tiempo que haga falta.

Pasado un buen rato, media hora más o menos, mi padre y yo seguimos sentados en el sofá, en silencio, el uno junto al otro. Los agentes están de pie, inmóviles como esculturas de piedra, cada uno en un rincón. El agente Klute es el único que se mueve, va de un lado para otro haciendo crujir el suelo bajo sus poderosas pisadas mientras envía mensajes con el móvil. Se le ve más inquieto a medida que los va enviando.

Quiero mandarle un mensaje a Jasper, pero ¿quién sabe lo que contestará? Y si los agentes me llevan para someterme a un interrogatorio, cabe la posibilidad de que me quiten el móvil. Es más seguro que espere a hablar con él cuando ellos ya se hayan ido.

Mi padre llama a Rachel otras dos veces, pero en ambas ocasiones salta el buzón de voz. Así que esperamos un poco más. Pasa otra media hora. Luego pasa una hora. No doy crédito a lo incómodo que es el sofá de nuestro comedor. No creo que nadie haya estado sentado en él durante tanto tiempo; yo no, desde luego. Al final tengo que ir al baño, pero no soporto la idea de que alguien me acompañe. Y estoy segura de que lo harán.

Estoy pensando en ir al lavabo, aunque sea acompañada de mis «niñeras», cuando el móvil del agente Klute vibra emitiendo un poderoso zumbido en su mano.

—Disculpen, debo responder esta llamada —dice, y hace un gesto con la cabeza a los demás agentes antes de salir de la casa para indicarles que ahora están ellos al mando.

Cuando la puerta principal se cierra detrás del agente Klute, el móvil de mi padre suena por fin.

—Rachel —responde él, desesperado y aliviado al mismo tiempo. Permanece callado, escuchando durante un minuto—. Bueno, pues no muy bien, para ser sincero. ¿Puedes venir a casa? Se trata de una emergencia. No, no, no es nada de eso. —Hace una pausa e inspira con fuerza al levantarse. Aunque, en realidad, no va a ninguna parte. Se limita a quedarse en el sitio, delante del sofá. De pie, parece muy inestable, como si una parte de su ser estuviera desintegrándose—. Hay unos agentes federales aquí que quieren interrogar a Wylie y yo... Verás, ha sufrido mucho, y me gustaría que lo hicieran en otro momento. —Se hace de nuevo un silencio mientras Rachel le responde—. Ya lo he hecho. Se han negado. Dicen que tiene relación con sus sospechas sobre una posible trama de terrorismo internacional, y Wylie no es sospechosa... —Más silencio—. Sí, vale. Vale. Gracias, Rachel. —Ahora mi padre parece más animado, más esperanzado cuando se vuelve hacia mí.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto.

—Que estamos haciendo lo correcto —me responde—. Y que la esperemos aquí. Ahora viene.

Mi padre sigue con el móvil en la mano cuando el agente Klute vuelve a entrar en nuestra casa.

—No tardaremos en ponernos en contacto con usted, doctor Lang —dice Klute como si tal cosa. Como si fuera la continuación de una conversación que hubiéramos estado manteniendo. Como si ya lo hubiéramos acordado antes—. Realizaremos el interrogatorio en otra ocasión.

Pero ¿por qué? No me trago que el agente Klute se largue por miedo a una

abogada que ni siquiera conoce. Ni siquiera sabe que Rachel ha devuelto la llamada a mi padre. Klute hace un gesto de asentimiento con la cabeza a sus hombres. Está claro que tienen sus motivos para marcharse. Y seguro que eso es malo.

—¿Adónde van? —pregunto, aunque seguramente habría sido mucho mejor que me quedara callada. No es que quiera que se queden.

Cuando el agente Klute me mira, vuelvo a percibir su lástima. Y esta vez es peor. Es un sentimiento muy claro y profundo. Asiente de nuevo con la cabeza.

—Ya le llamaremos.

Me quedo mirando mientras Klute reúne a sus hombres y todos ellos desaparecen por la puerta. Es una sensación similar a la de ese espeluznante momento de calma que precede al desastre, cuando la marea se retira justo antes de que un tsunami arrase la orilla. Es un silencio increíble y realmente aterrador.

Seis semanas después

Abro los ojos y la oscuridad es total. Estoy en mi habitación en plena noche y Jasper me está llamando. No necesito mirar la pantalla del móvil para saber que es él. Pero no contesto. A veces, Jasper deja que suene una vez y luego cuelga. Además, esta noche, por primera vez en mucho tiempo, lo único que quiero es dormir.

Desde que regresamos de Maine hace seis semanas, las llamadas que Jasper hace de madrugada se han convertido en algo diario. Llama desde su nuevo móvil, claro. Porque no fue él quien me envió el mensaje diciéndome que corriera ese día de hace tantas semanas ya, cuando los agentes se encontraban en la puerta de mi casa.

En cuanto el agente Klute y sus amigos se fueron, devolví la llamada a Jasper, porque quería asegurarme de que estaba bien y saber por qué me había dicho que corriera. Pero no respondió. Después de llamarlo durante dos horas y de intentar dar sin éxito con algún número de teléfono fijo para contactar con su familia, insistí, a pesar de la oposición de mi padre, en que fuéramos en coche hasta su casa para comprobar si estaba bien.

Jasper se encontraba perfectamente cuando por fin abrió la puerta: dormido y confuso, pero bien. No tenía móvil; Quentin se lo había quitado mientras estábamos en el campamento.

La policía local encontró mi móvil en la cabaña principal y me lo había devuelto esa misma mañana durante uno de los numerosos interrogatorios a los que me sometieron en el área de descanso. Pero a Jasper y a mí nos interrogaron por separado. Supuse que a él también le habían devuelto el suyo. En realidad, ni siquiera había pensado en ello. Sin embargo, los agentes de policía no encontraron el teléfono de Jasper.

Pero alguien me había dicho que corriera en ese preciso momento. Y no puedo ni imaginar con qué terrible finalidad. A lo mejor esperaban que, si salía corriendo, acabara muerta.

Mi padre se puso en contacto con el agente Klute más adelante, cuando nos dimos cuenta de que el mensaje que yo había recibido no era de Jasper. El agente

accedió a echar un vistazo al texto y al final concluyó que todo había sido una especie de broma. Le presionamos para que nos diera más detalles. La teoría de la broma no tenía sentido. No obstante, el agente Klute dejó de contestar nuestras llamadas. No teníamos nada que objetar, pues nosotros tampoco queríamos volver a saber nada de él.

Mi móvil vuelve a sonar y lo busco a tientas en la mesilla de noche. Pienso una vez más que debería cambiar el tono por otro menos estridente. Aunque seguiré con los nervios a flor de piel independientemente de cuál sea el tono del móvil.

El simple hecho de haber dormido ha sido todo un logro. Ni Jasper ni yo hemos pegado ojo desde que regresamos de Maine: demasiados reproches, demasiada culpa. En lugar de dormir, pasamos las noches en vela hablando horas y horas por teléfono, hablando de todo y de nada. Y yo me quedo tumbada en la cama, mirando las viejas fotos que empapan las paredes de mi cuarto, pensando en que debería quitarlas porque me recuerdan a mi madre. Convencida de que esa es precisamente la razón por la que no las quitaré jamás.

Jasper y yo intentamos que nuestras conversaciones sean superficiales, para evitar que emerja toda la parte oscura. Quizá sea justo por eso por lo que no funciona. Las dudas sobre las decisiones que tomamos esa noche en que nos dirigíamos al norte —qué habría pasado si se lo hubiéramos contado a la madre de Cassie desde el principio, y si hubiéramos ignorado a Cassie y hubiésemos acudido a otra comisaría de policía— son demasiado obvias y nos enfurecerían al compararlas con la realidad. Con tanta conversación, Jasper y yo hemos intimado más. Algunas veces me pregunto cuánto durará o qué hay de auténtico en esta amistad, esta relación nacida de tanto horror. Otras veces, no quiero ni pensar en ello. La verdad es que no quiero pensar mucho en nada. Hay demasiadas preguntas que no sé contestar.

Con su estilo terapéutico de siempre, la doctora Shepard ha dicho que no le parece buena idea que volvamos a hablar del tema, y yo también lo creo. Pero Jasper no puede contenerse. Ambos tenemos nuestras suposiciones sobre lo que podría haber pasado si hubiéramos actuado de otra forma, sin duda, pero fue Jasper el que culpó directamente a Cassie de que nos retuvieran en el campamento. Yo le digo lo mismo siempre que saca el tema: «No, no es culpa tuya, Jasper. Cassie está muerta por culpa de Quentin, no por tu culpa». Y lo creo de verdad.

No obstante, Jasper no me cree. Algunas veces, al mirarlo a los ojos, tengo la sensación de que estoy observando a alguien que agoniza lentamente de hambre. Y que yo estoy ahí de pie, sosteniendo un montón de comida entre los brazos.

Tampoco es que yo esté mucho mejor ahora. Sigo teniendo unas pesadillas

horribles, y todos los días lloro por lo menos una vez. La doctora Shepard dice que son síntomas normales de la pena y el trauma. Además, enterarme de que era una Extraña no ayudó precisamente a que la ansiedad desapareciera.

Sin embargo, estos días hay menos leña que alimente el fuego. Estoy trabajando la habilidad de distinguir las emociones de otros de mi propia ansiedad. Resulta que existen pequeñas diferencias entre las formas de sentir de cada uno. Mi ansiedad es más fría, la tengo más metida en las tripas; mientras que percibo los sentimientos de otras personas más arriba, en el pecho. Ahora, los ejercicios respiratorios de la doctora Shepard y sus meditaciones de *mindfulness*, sus charlas sobre el pensamiento positivo —cosas que siempre me había recomendado— de verdad empiezan a funcionar, seguramente porque estoy más predispuesta a creer que funcionarán.

Por fin doy con el móvil a tientas y casi lo tiro al suelo antes de contestar.

—Hola. ¿Qué pasa? —pregunto con la voz ronca. Carraspeo para aclarármela.

—Mierda, ¿dormías? —se lamenta Jasper. Parece dolido, como si se sintiera traicionado por mi falta de insomnio.

—Bueno, en realidad no —le miento—. Solo estaba... ¿qué pasa? —Entonces recuerdo la razón de por qué ha llamado tan tarde. Porque ya es tarde, incluso para él—. Oh, espera, la cena con tu madre. ¿Qué tal te ha ido?

Se suponía que Jasper iba a decirle que había cambiado de idea respecto a lo de jugar al hockey para el Boston College. El campamento de verano para nuevos alumnos empieza dentro de unos pocos días y Jasper no piensa ir. Y el Boston College no va a concederle la beca deportiva para la universidad si Jasper no juega al hockey. Así que si decide no ir, deberá despedirse del Boston College.

Pero a Jasper eso no le preocupa. En absoluto. Ni siquiera está seguro de si todavía quiere ir a la universidad. De hecho, últimamente, cuando habla de tirar por la borda la posibilidad de ingresar en el Boston College es el único momento en que parece recuperar cierta alegría. Sin embargo, estoy bastante segura de que negarse a jugar al hockey es un autocastigo por lo que le ocurrió a Cassie. Porque, a pesar de que su madre lo presione para que sea deportista, en el fondo a él también le encanta. Dar la espalda al deporte es una forma de torturarse a sí mismo.

—La cena ha estado bien —dice Jasper.

Sin embargo, no parece que sea ese el motivo por el que ha llamado.

—¿Qué ha dicho tu madre?

Me doy impulso para levantarme de la cama y enciendo la luz.

—¿Qué ha dicho? ¿Sobre qué?

—Pues... ¿sobre lo del hockey? —pregunto, con la esperanza de que mi tono

lo haga bajar de las nubes—. ¿Estás bien? Pareces algo distraído.

—Sí, sí. Estoy bien. —No resulta nada convincente—. La conversación con mi madre ha ido tal y como imaginaba.

Tampoco parece disgustado, lo dice más bien en un tono apático. Espero a que me cuente los detalles, pero se queda callado.

—¿Tu madre va a permitir que lo dejes? —le pregunto con la mirada fija en la foto que hice a la vieja con su bolsa de tela de cuadros escoceses y con todas esas migas entre los pies. Esa que Jasper dijo que era deprimente la primera vez que estuvo en mi casa, el día que salimos disparados en busca de Cassie. Me pregunto si ahora la vería de la misma forma.

—Define «permitir» —dice, e intenta reírse, pero suena forzado y falso.

Me pongo en tensión.

—Jasper, venga, ¿qué ha pasado?

—Oh, ya sabes, más o menos lo que esperaba —responde.

Sé que intenta reunir el valor necesario para contármelo, pero capto el esfuerzo en su tono de voz. También lo percibo, incluso hablando por teléfono.

—Supongo que ha sido peor de lo que esperaba.

—Peor ¿en qué sentido? —pregunto, aunque quizá debería distraerlo en lugar de insistir para que me cuente los detalles.

Como me pasa siempre con Jasper en los últimos tiempos, me siento totalmente perdida.

—Mi madre me ha dicho que si no juego al hockey, que si decido no ir al campamento y todo eso, no podré vivir bajo su mismo techo. —Hace una pausa y suspira—. Oye, no iba a cambiar de la noche a la mañana solo porque yo haya estado a punto de morir. —No sé si lo ha dicho en plan broma. Pero esa tensión extraña que capto en su voz es fruto de la tristeza. Siento una presión en el pecho.

—Lo lamento.

Me gustaría que se me hubiera ocurrido algo mejor que decir. Pero cualquier otra cosa habría sido mentira, y sé lo que se siente cuando te las cuentan.

Jasper se merece algo mejor.

—Quizá tenga razón.

—Entonces ¿estás planteándote jugar después de todo? —lo pregunto sin poder evitar sonar demasiado esperanzada.

No puedo evitarlo. No me gusta la madre de Jasper, pero estoy de acuerdo con ella en que él debería ir al Boston College y jugar al hockey. Ahora mismo está demasiado perdido para cortar por lo sano con lo único que le proporciona cierta alegría.

—Ni hablar —contesta, como si fuera lo más ridículo que le han sugerido en

su vida—. No pienso jugar de ninguna manera.

Se me ha acelerado el pulso. Sí, existe una fina línea que separa mi interpretación de los sentimientos negativos de Jasper y mi propia ansiedad, pero sigue siendo muy borrosa. Lo único que puedo afirmar con certeza es que esta conversación está preocupándome cada vez más.

Aunque todavía no tengo claro si es por mis sentimientos o por los de Jasper.

—Bueno, pues he conseguido llegar a su consulta en persona —dije a la doctora Shepard en nuestra primera sesión presencial, una semana después de haber regresado del campamento.

Estaba pidiendo a gritos que me felicitaran. A pesar de todo el trauma sufrido, lo había conseguido, había sido capaz de obligarme a mí misma a salir de casa.

Desde su enorme butaca roja, donde estaba sentada tan guapa y menuda como siempre, me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y estuvo a punto de sonreír. Todavía parecía Alicia en el País de las Maravillas reducida a la mínima expresión. Me sentía aliviada de que nada hubiera cambiado.

—Me alegro de que estés aquí —respondió la doctora.

No fue tan pródiga en felicitaciones como yo había imaginado, pero ese era el estilo de la doctora Shepard: no exagerar demasiado las cosas. Ni las buenas ni las malas. Quería que yo tuviera expectativas sobre mí misma, pero también debía dejarme claro que ella no las tenía.

Charlamos durante un buen rato sobre qué tal estaba pasando esos días, sobre cómo iban las cosas en casa... Pero solo era una manera de retrasar el momento de hablar de lo que había ocurrido en el campamento.

—Sabes, mientras estábamos buscando a Cassie me sentí menos ansiosa que en otras ocasiones —dije al final para afrontar el tema, aunque quizá fui demasiado brusca—. ¿No debería haber sentido más ansiedad en una situación así? Durante mucho tiempo solo pensar en salir de casa me generaba ansiedad. Aunque, en realidad, no era por el hecho de salir.

—La ansiedad es variable, Wylie. No tiene por qué manifestarse de la misma forma en todo el mundo. No hay nada establecido en la ansiedad. Incluso una misma persona puede experimentar la ansiedad de diferentes maneras a lo largo del tiempo dependiendo de sus experiencias vitales; el accidente de tu madre, sin duda alguna, empeoró tus síntomas hasta el punto de incapacitarte para salir al exterior durante un breve período. La inyección de adrenalina provocada por la llamada de socorro de Cassie probablemente camufló tu propia ansiedad de forma temporal —aclaró—. Por una vez, las alarmas que se dispararon en tu interior estaban en consonancia con el peligro real que suponía tu situación. No

me sorprende que la ansiedad que sentías en ese momento resultara menos evidente.

—Entonces ¿esa es la manera de curar mi ansiedad? ¿Vivir constantemente en una situación de emergencia?

La doctora Shepard torció el gesto. Jamás ha sido fan del sarcasmo.

—Hay personas que experimentan períodos de ansiedad grave y los superan. Otras tienen buenas y malas temporadas de forma cíclica a lo largo de su vida. En el caso de la ansiedad, no hay explicaciones estándares ni predicciones, Wylie. Ni diagnósticos absolutos. Lo desconocido puede resultar frustrante, pero también alentador. Ahora mismo estás aquí. Tal vez deberíamos empezar por ahí.

—¿Cree que mi «percepción emocional hipersensible», eso de ser una «Extraña» —hice el gesto de comillas con los dedos al pronunciar cada una de las palabras, al tiempo que entornaba los ojos para dejar claro que no me lo tomaba muy en serio— podría ser la explicación de lo que funciona mal en mí?

Mi padre había llamado a la doctora Shepard para explicarle lo que había ocurrido en el campamento y la relación con su investigación, incluido el término de nuevo cuño «percepción emocional hipersensible», o «PEH», que, en mi opinión, escogió por desvincularlo de cualquier comparación con la percepción extrasensorial. También le contó que yo era una Extraña y lo que eso significaba. Fue un alivio no tener que entrar en detalles, concretamente en cuanto a mi condición de Extraña, que me parece al mismo tiempo emocionante y confuso, pero, sobre todo, aterrador. Era como enterarse de que durante años has tenido un tumor benigno en el vientre. Desde luego, eran buenas noticias: no estabas enferma y perderías cuatro kilos cuando te extirparan esa cosa del tamaño de una sandía. Pero todavía tenías que lidiar con la abrumadora sensación de que habías sido invadida, ocupada. Y lo que es peor: no te habías enterado de cómo había ocurrido.

—¿Lo que funciona «mal» en ti? —repitió la doctora Shepard—. Los parámetros de «bien» y «mal» no son una forma efectiva de enfocar una discusión sobre la ansiedad.

—Ya sabe a qué me refiero —dije, aunque ¿cómo iba a saberlo ella? Yo misma no estaba segura de qué decía.

Quería obtener ciertas respuestas (¿cuál era mi grado de ansiedad real?), aunque quería evitar otras (¿qué significaba realmente ser una Extraña?). Quería librarme de la ansiedad sin tener que enfrentarme a mi condición de Extraña, quería escoger la respuesta a la carta.

—¿Cree que es posible que en realidad no sufra de ansiedad?

La doctora Shepard se quedó mirándome, y percibí, con claridad preocupante,

el instante en que decidió ir directa al grano en lugar de aplicar su típica técnica terapéutica de esquivar la pregunta. No resultaba precisamente reconfortante ver con facilidad el interior de los demás. Eso hacía que todo el mundo pareciera mucho más débil y que sus capacidades resultaran mucho más vulgares.

—Creo que la hiperconciencia es algo poderoso, Wylie. ¿Me entiendes?

Asentí en silencio. Pero entonces me lo pensé mejor.

—No, en realidad no la entiendo, no la entiendo en absoluto.

—La percepción emocional hipersensible podría haber aumentado tu ansiedad, sin duda. Es posible que, en algunas ocasiones, hayas confundido tus emociones con las de otros. No obstante, yo diría que es bastante improbable que el hecho de ser una Extraña sea la única explicación de tu ansiedad. Voy a preguntarte algo. ¿Ahora mismo estás ansiosa?

Intenté tomar algo de aire. No fue fácil. Y sentía esa pesadez fría en el estómago, sin duda.

—Sí, desde luego.

Sin embargo, sí era capaz de distinguir mi ansiedad en cuanto tomaba conciencia de ese frío peculiar. Lo sentía más bien como una mochila que llevara a mi espalda y no ubicado en algún órgano interno.

—Al menos puedo asegurar que la ansiedad que sientes en este momento es tuya, no mía, Wylie. En resumen: creo que la respuesta es que sí, sufres ansiedad y, sí, tienes desarrollada una percepción emocional hipersensible. Serás tú misma quien decida qué es qué.

No obstante, ese era precisamente el problema. En esas primeras horas posteriores a nuestra huida con Jasper, todavía especulando sobre qué le habría ocurrido a Cassie, el hecho de ser una Extraña parecía la explicación para todo lo malo que me había afectado en la vida. El secreto de mi libertad. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, «ser una Extraña» se había convertido en una caja sin fondo repleta de preguntas y más preguntas. Hasta entonces había decidido bajar la tapa y cerrar la caja a cal y canto. Con el convencimiento de que yo era la única que tenía derecho a usar la llave.

Sin embargo, no pensaba hacerlo aún. Había rechazado educadamente participar en cualquiera de las «pruebas de seguimiento» de mi padre y me había negado a que me enseñara a «hacer más cosas con mi percepción emocional hipersensible» o mi habilidad para «interpretar». Había evitado de forma intencionada saber cómo iba la investigación de mi padre. Solo conocía sus dos temas principales: el «alcance» de la habilidad de los Extraños (qué podíamos hacer si practicábamos) y la «fuente» de la habilidad de los Extraños (de dónde procedía).

Tras haber descubierto por casualidad a las tres Extrañas originales —las otras

dos chicas y yo—, mi padre había realizado estudios adicionales de «exploración» sirviéndose de una serie de voluntarios, aunque no obtuvo resultados publicables. Fue durante esos estudios exploratorios cuando se percató de que las Extrañas eran todas chicas, y todas adolescentes. Todo eso sucedió antes de lo que acabó ocurriendo en el campamento. A esas alturas, mi padre había pasado la mayor parte de su tiempo redactando solicitudes para recaudar fondos y propuestas de financiación para llevar a cabo un estudio en condiciones, revisado por expertos para su publicación y que pudiera probar la existencia de los Extraños. Entonces, y solo entonces, mi padre podría desarrollar las cuestiones más complejas sobre el origen y el alcance del fenómeno en cuestión. Por el momento, en lo relativo a la comunidad científica, era como si nada hubiera ocurrido jamás.

—¿Y qué pasa si no quiero ser una Extraña? —pregunté a la doctora Shepard, y lo dije con una curiosa voz aflautada por la repentina tensión en la garganta.

—Quizá no sea algo opcional, Wylie. De la misma manera que no puedes decidir tener o no tener ansiedad. —La doctora Shepard se inclinó hacia delante y me miró con intensidad—. Pero sí puedes decidir qué hacer siendo como eres.

Inspiro con profundidad mientras cuento hasta cuatro, intentando no exhalar en el teléfono que todavía tengo pegado a la oreja.

—Jasper, ¿qué quieres decir con eso de que tu madre «tiene razón»? ¿Razón en qué?

—En lo de que no viva con ella —dice—. A lo mejor cojo mis cosas y me largo, yo qué sé. Bueno, ya sabes, me piro en busca de la libertad y todo ese rollo. Ya lo resolveré durante el viaje.

—Resolver ¿el qué? —espeto, cada vez más asustada.

—Resolverlo todo —contesta—. Siento haberte despertado, Wylie. Necesitas dormir. Podemos hablar sobre mi madre y sobre todo lo demás más tarde, o mañana. O da igual. Ni siquiera era ese el motivo por el que te he llamado. Estaba despierto y quería saludarte. Eso es todo.

Es mentira. Aunque estemos hablando por teléfono soy capaz de percibirlo.

—Ahora ya estoy despierta. No tienes que colgar.

Entonces se hace un silencio entre nosotros, y lo odio.

—¿Sabes? Tenías razón —prosigue Jasper por fin—. Cuando dijiste que fue culpa mía que Cassie se descontrolara tanto.

Tuerzo el gesto. Es cierto que lo dije más de una vez —antes incluso de que llegáramos a Maine—. Y, Dios, lo decía muy en serio. Me resulta difícil recordar lo mucho que culpé a Jasper por todo.

—Jamás debería haberlo dicho, Jasper. Lo que pasaba es que tenía miedo de que fuera culpa mía por haber sido una mala amiga. Que Cassie se descontrolara tanto no fue culpa tuya. Ni tampoco fue culpa mía.

—¿Aunque a mí me gustara que Cassie estuviera así de descontrolada? —plantea Jasper.

Entonces entiendo la profundidad de su sentimiento de culpa. Ni siquiera necesita culparse a sí mismo por lo ocurrido en esos últimos momentos en la cabaña para responsabilizarse de la desaparición de Cassie. Se considera el responsable del descarrilamiento del tren.

—Cuando estaba así, yo podía convertirme en su salvador una y otra vez.

Siento que se me encoge el estómago y un intenso frío me recorre de arriba abajo. Y son mis sentimientos, no los de Jasper.

—¿Y a quién no le gusta ser el héroe? —propongo, esforzándome por encontrar el lado positivo.

—Sí —afirma Jasper—. Pero la gente no suele acabar muerta por ese motivo.

Vuelvo a percibir la espeluznante neutralidad en su tono de voz.

—¿Quieres que vaya para allá? —digo—. Por tu forma de hablar intuyo que estás solo.

—No, tranquila.

—No me cuesta nada. No me importa. —Ya estoy saliendo de la cama. Mi padre me llevará a casa de Jasper en coche, aunque la idea no le entusiasme.

—No, Wylie —insiste Jasper esta vez en voz más alta—. Lo digo en serio. No vengas. No quiero que lo hagas. —Toma aire—. Es... es por mi madre. Ha doblado turno en el hospital y acaba de llegar a casa. Se pondrá como loca si algo la despierta, y ya está bastante cabreada conmigo.

—¿Estás seguro? —pregunto—. Porque a mí me apetece...

—Sí, estoy seguro. Si vienes ahora mismo, empeorarás las cosas —asegura—. Escucha, ven mañana por la mañana. Podemos ir a dar un paseo o algo así. Para hablar. —Esta vez lo dice con más suavidad, con más calidez. En cierta forma, resulta más convincente.

—Un paseo, sí —digo.

—Escucha, estoy bien. Cuando mi madre hace doble turno, suele despertarse a las diez. Si quieres puedes venir a esa hora.

—Solo si me prometes una cosa.

—¿El qué?

—Que de verdad estarás bien.

Pronuncio las palabras con un nudo en la garganta y tengo que tragar saliva para deshacerlo. Jasper está destrozado. Y se supone que no debería estarlo. A pesar de su desastroso padre y de tener una madre que solo lo quiere por lo que

sabe hacer, él sigue siendo el optimista. Se supone que la que está destrozada soy yo.

—Desde luego —afirma Jasper, el repentino tono animado de su voz es una tapadera evidente de la auténtica razón por la que ha accedido tan rápido—. Pero ahora tú tienes que prometerme algo.

—Lo que quieras.

—Prométeme que llamarás antes de venir.

Me despierta el olor a tortitas y beicon de los sábados, y disfruto de unos pocos segundos de encantadora amnesia. Entonces lo recuerdo todo de golpe: Jasper, su casa, las diez de la mañana. El nudo en el estómago de la noche anterior. Me vuelvo para mirar el reloj; aún no son ni las siete y media. Seguir durmiendo sería la mejor forma de pasar el rato sin empezar a obsesionarme con la llamada de Jasper.

Pero entonces oigo voces en el piso de abajo. Son Gideon y mi padre. Y no parecen contentos. Me pongo una almohada sobre la cabeza para dejar de oírlos, pero no sirve de nada.

Cuando bajo, mi padre está junto a los fogones. Tensa y relaja la mandíbula como si estuviera intentando comerse sus propios dientes.

—Entonces ¿ya está? —espeta Gideon al tiempo que se balancea hacia atrás, sentado en el taburete de la isla de la cocina.

Mi hermano mellizo vuelve a estar listo para pelear. Se muere por discutir.

Lo percibo alto y claro. Tal vez haya evitado las pruebas de seguimiento y el entrenamiento de mi padre, pero desde aquella primera sesión con la doctora Shepard tras regresar del campamento, he hecho algunos avances en cuanto al perfeccionamiento personal de mis habilidades como Extraña. La caja era mía. La llave también.

Empecé practicando en casa, interpretando los sentimientos de Gideon y de mi padre hasta que logré hacerlo con precisión casi exacta. No resultó agradable. La ira de Gideon puede resultar tan tóxica que siento como si me ardiera la piel, y la tristeza de mi padre es totalmente asfixiante. Además, eso era básicamente todo cuanto sentían. Al final me di cuenta de que necesitaba diversificar: debía encontrar más personas con las que practicar.

En la biblioteca pública de Newton aprendí que es difícil interpretar los sentimientos de las personas cuando estos están mezclados con los de los personajes de los libros que están leyendo. Por eso decidí practicar en los restaurantes, donde las emociones son más auténticas: las parejas rompen, la gente se confiesa, se hacen promesas, discuten, se disculpan. Y se quedan allí el

tiempo suficiente para que una pueda presenciar la conclusión. Fue allí donde aprendí la «Norma de la Extraña n.º 1: el contacto visual ayuda a la hora de interpretar sentimientos». Y la «Norma de la Extraña n.º 2: es más difícil interpretar sentimientos en las multitudes». Poco después llegó la «Norma de la Extraña n.º 3: la interpretación mejora con la práctica». Porque, cuando empecé en los restaurantes, lo único que percibía eran emociones básicas: felicidad, tristeza, enfado. Han pasado cinco semanas, y ya soy capaz de distinguir la vergüenza del arrepentimiento, la alegría de la satisfacción.

Aunque, cuanto mejor se me da la percepción de sentimientos, menos ganas tengo de que nadie lo sepa. Y el hecho de que mi padre se haya esforzado tanto por respetar mis límites, por no presionarme ni interrogarme, me ha impactado muchísimo.

Sin embargo, quizá a él no le haya sorprendido tanto que yo haya aprendido por mi cuenta a ser una Extraña. Aprendí a nadar sola con el mismo método obstinado. Gideon salió disparado hacia la piscina y se tiró. Estuvo a punto de ahogarse antes de que mi padre lo rescatara y a continuación le enseñara a nadar. Mientras tanto, yo pasé semanas caminando por la parte de la piscina donde tocaba fondo hasta que fui capaz de dar un par de brazadas. Pero al final nadé. Y aprendí sola.

—Hola, Wylie —me saluda mi padre cuando se da cuenta de que estoy en la puerta. Sonríe, aliviado al verme aparecer—. ¿Quieres unas tortitas?

Gideon resopla, molesto.

Molesto porque mi padre intenta cambiar de tema. Molesto de verme. No, no es esa la palabra. Decir que está molesto es quedarse corto. Gideon está furioso conmigo esta mañana. Me deja impresionada.

Este es el motivo, en parte, de por qué no me he metido de lleno en este rollo de los Extraños. ¿Quién quiere arriesgarse a saber lo que todo el mundo siente de verdad por una? Además, ahora mismo, mi objetivo es ser normal. Ser una Extraña implica aceptar el hecho de que jamás voy a encajar en esa definición.

Mi padre me coloca delante un plato enorme de tortitas cuando me siento en el taburete situado junto a Gideon, intentando ignorar la rabia que siento fluir hacia mí. Ojalá no hubiera bajado.

—¡Buenas noticias! Parece que el NIH, el Instituto Nacional de la Salud, podría financiar el estudio oficial de papá sobre los Extraños —exclama Gideon. Lo dice como si fuera la réplica final de una discusión que tuviéramos hace tiempo.

Y, en cierto modo, sí lo es. Los resultados de las pruebas de Gideon estaban dentro de la media. Mi padre no podía mentir sobre ello. Eso significa que su percepción emocional no visual y no auditiva era normal y correcta cuando se

estudiaron sus limitaciones auditivas y visuales por separado. Sin embargo, también era la demostración de que él —como la gran mayoría de las personas— no tiene desarrollada una percepción emocional hipersensible. No es un Extraño. Gideon podría haberlo aceptado si hubiera existido alguna esperanza de cambiar esa realidad. Pero mi padre insiste en que él no puede ser un Extraño porque los individuos con PEH solo son chicas. Quizá todavía no sepa por qué, pero eso no hace que esté menos seguro de ese hecho crucial.

Al principio, Gideon rechazó de plano la teoría de que era «cosa de chicas», convencido de que mi padre había cometido un pequeño, aunque crítico, error de cálculo. No obstante, cuando mi padre se negó incluso a malgastar energía en confirmar la disparidad de género, Gideon entró en una espiral de odio. Porque le ofuscaba la idea de que se anulara a todos los machos.

Ello me lleva a señalar todas las ventajas de las que disfrutan los chicos con respecto a nosotras: como el hecho de ser más altos, por ejemplo, o correr más rápido, o ser capaces de procrear sin tener que sentir cómo se te desgarran al cuerpo. Por no hablar de que la posibilidad de que los violen es muy remota cuando las chicas tenemos que planteárnoslo cada vez que salimos por la puerta.

Pero sé cómo se lo tomaría mi hermano si se lo dijera: como una declaración de guerra. ¿Y quién quiere enfrentarse a un lunático?

—La respuesta del NIH a nuestra solicitud de financiación ha sido alentadora —dice mi padre—. Pero no tenemos ninguna garantía.

—¿No vas a contarle el resto, papá? —prosigue Gideon—. Lo digo porque, a fin de cuentas, el cerebro es suyo.

Abro mucho los ojos.

—Contarme ¿el qué?

Mi padre lanza una exhalación sonora, levanta la vista para mirarme y esboza una sonrisa forzada, en absoluto convincente.

—Todo lo demás está en un estadio muy preliminar. Pero hay una neurocientífica de UCLA que cree que tal vez haya descubierto algo sobre la cuestión relativa al origen. Parece prometedor, pero es una fase muy prematura de la investigación.

Ahora ya se me ha acelerado el pulso. Ya está aquí, y antes de lo que había imaginado: el temido diagnóstico definitivo. No estoy preparada. A lo mejor puedo aceptar que soy una Extraña, y hasta casi me he divertido aprendiendo lo que supone serlo. Pero sigue dándome miedo conocer la explicación. Le da un carácter demasiado permanente. Siento el impulso repentino de taparme los oídos con las manos, pero no lo hago., Lo único que me hace mantener los puños cerrados a ambos costados del cuerpo para contenerme es lo mucho que satisfaría a Gideon que me los tapara.

—Bueno, pues cuéntaselo —dice Gideon—. Cuéntale lo que opina la neurocientífica.

—Gideon, si Wylie quiere conocer esa clase de detalles me los puede preguntar —responde mi padre con brusquedad y se vuelve hacia mí—. Y deberías tomarte un tiempo.

—Allá va el *spoiler*: tu cerebro no es normal —me susurra mi hermano al oído.

—¡Gideon, eso no ayuda en nada! —exclama mi padre. Inspira con fuerza para intentar tranquilizarse—. Y además no es cierto. «Normal» es una palabra sin sentido.

—¡¿Sin sentido?! —grita Gideon, al mismo tiempo que empuja su plato y se baja de un salto del taburete—. ¡Ah, vale, ya lo pilló! Cuanto más pirada esté Wylie, mejor se le dará hacer estas cosas. Vaya, y yo como un tonto esforzándome por hacer lo correcto, y lo único que tú quieres es un monstruo de feria como ella. —Gideon niega con la cabeza—. Salvo que tanto tú como yo sabemos, papá, que si el Extraño fuera yo, eso me convertiría en un tarado, no en alguien especial.

—Gideon. —Mi padre tensa más la mandíbula y se queda mirando la encimera de la isla—. Eres especial tal como eres. —Está intentándolo, pero tiene un cabreo tan monumental que no suena creíble—. Y, Wylie, para que lo sepas, Gideon está molesto conmigo y por eso la está pagando contigo. A ti no te pasa nada malo.

—A menos que ese otro tío tenga razón, y lo que tiene sea una especie de enfermedad —replica Gideon y apoya una mano en el respaldo de su taburete, como si de pronto no pensara marcharse a ninguna parte—. Entonces, técnicamente, sí que le pasaría algo malo.

Mi padre cierra los ojos y se le mueven las aletas de la nariz; ahora sí que está cabreado de verdad. Resulta evidente que le ha contado algo a Gideon, seguramente sin pensarlo, y ahora se arrepiente.

—¿Qué enfermedad? —pregunto. No tengo otra alternativa. Mi ansiedad no va a permitir que la expresión «enfermedad» me pase por alto.

—He hablado con numerosos expertos —continúa mi padre, ya frío y sereno—. Y me alegro de haberlo hecho, porque creo que me ha proporcionado una perspectiva más completa. Sin embargo, hay un inmunólogo muy insistente que quiere convencerme de que la PEH es el resultado de un trastorno, que, a su vez, es consecuencia de una infección.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Teóricamente, existen pocos virus capaces de provocar síntomas como trastornos psicológicos. En mis estudios exploratorios varias de las Extrañas que

encontré sufrían diversos trastornos emocionales. No solo ansiedad, sino toda una variedad de afecciones: adicción, anorexia, autolesión, depresión y comportamiento antisocial y delictivo.

—Por fin has encontrado a tu tribu, Wylie —dice Gideon, y mira con intencionalidad los restos de mi pelo trasquilado que, aunque ha empezado a crecer, aún presenta un aspecto extraño—. Enferma, y enferma del coco. Y, por cierto, ese inmunólogo al que papá intenta desmentir es profesor en Cornell.

—Sí, el doctor Cornelia ha sido profesor adjunto en Cornell y pertenece al equipo médico del Hospital Metropolitano de Nueva York —admite mi padre—. Pero, para dejar las cosas claras: su teoría solo se basa en suposiciones. No todas las Extrañas de mi estudio exploratorio mostraron problemas de comportamiento o psicológicos. Ni mucho menos. Por no mencionar que las otras dos Extrañas originales no tenían ninguna clase de afección. Tal vez pueda existir alguna relación entre algunos trastornos de comportamiento como la ansiedad y la condición de Extraña, pero es improbable que exista una relación de causa y efecto directo.

Supongo que esas afirmaciones deberían hacerme sentir mejor. Pero no es así.

—¿El doctor Cornelia de Cornell? —Es todo cuanto se me ocurre decir.

—Sí, suena un poco ridículo. El doctor Cornelia de Cornell también tiene un libro muy controvertido sobre bioterrorismo, que está intentando promover de forma activa para relanzar su carrera a toda costa.

—¿Bioterrorismo? —pregunto, pero Gideon y mi padre están mirándose fijamente en este momento.

—De todas formas, ese tal doctor Cornelia no es un tío cualquiera. —Gideon se vuelve hacia mí y me mira—. Además, improbable no es lo mismo que imposible, ¿verdad, papá? Wylie todavía podría estar enferma...

Gideon intenta hacerme daño y lo más estúpido de todo es que lo está consiguiendo.

—No, no es verdad. La teoría del doctor Cornelia no explica de forma apropiada la PEH. —Mi padre saca las últimas tortitas de la plancha y las sirve en un plato vacío. Luego levanta la espátula y la deja apoyada contra la encimera, como si fuera una especie de báculo—. ¿Preferirías que te mintiera y te dijera que eres un Extraño, Gideon? Porque eso me parece un insulto a tu inteligencia. —Mi padre exhala con fuerza—. Wylie es una Extraña y tú no. Y punto. Eso no significa que a ti te quiera menos. Ni que seas menos especial. Sencillamente eres especial de una forma distinta a Wylie. Esa es la verdad, Gideon. ¿Qué más quieres?

—Quiero que reconozcas que ella es la única que te importa en este momento.

—Gideon está señalándome. Aunque al menos no está mirándome, de ese modo

no tengo que sentir toda la fuerza de su odio—. Tu niñita y tu investigación, todo junto. ¿Para qué me necesitas a mí?

Mi padre tuerce el gesto.

—Gideon, ya sabes que eso no es lo que siento.

—No, papá, no sé nada sobre lo que sientes. —Gideon ya habla con tranquilidad, derrotado—. Esa es la especialidad de Wylie, ¿recuerdas?

Mi padre cierra los ojos y permanece cabizbajo. Al salir de la cocina, Gideon me da tal empujón en el hombro que casi me tira del taburete. Sale disparado hacia la entrada y tanto mi padre como yo nos sobresaltamos al oír el portazo que da al salir a la calle.

Cuando mi padre por fin abre los ojos, intenta volver a sonreír. Pero su sonrisa no resulta más convincente que la de antes.

—Bueno, esto sí que ha estado bien —dice en voz baja antes de volverse hacia las doce tortitas que están apiladas en el plato que tiene delante—. Por favor, dime que tienes hambre.

Sin esperar a que responda, coge el plato, se dirige hacia la basura y presiona el pedal de apertura con el pie. Aunque luego lo piensa mejor y deja que la tapa se cierre de golpe. En lugar de tirar las tortitas, saca un rollo de papel film y empieza a envolver cada una de ellas, luego las va guardando en pequeños grupos dentro del congelador. Es asombrosa la velocidad con la que esta actividad parece animarlo. Tal vez no tenga ni idea de cómo arreglar las cosas con Gideon, pero ahora ya tenemos suficientes tortitas para sobrevivir durante un invierno nuclear.

—Así que ese tío de Cornell que cree que ser una Extraña es una enfermedad... —empiezo a hablar, pero enseguida me callo. Una pregunta con final abierto tiene más posibilidades de recibir una respuesta sincera.

Mi padre me mira directamente a los ojos. Puedo percibir su deseo de que yo sepa que dice la verdad.

—El doctor Cornelia solo intenta entrometerse en algo que cree que llamará la atención de los medios.

—¿Qué medios?

A pesar de habernos preparado para una invasión de periodistas y cámaras de televisión después de lo ocurrido en el campamento, la única cobertura mediática real fue un artículo muy breve publicado en *The Boston Globe*, que se centró, sobre todo, en la muerte violenta de Cassie a manos de una secta. (La policía ha anunciado oficialmente que la muerte de mi amiga fue un homicidio; de todas formas, no quedó nadie vivo a quien imputar.) El artículo mencionaba la investigación de mi padre solo por su vínculo con Quentin, al que se describía como «líder de la secta» y al que se relacionaba con El Colectivo, que, al final resultó ser una organización internacional con diversos credos y ramificaciones. La mayoría de ellos no recibieron con agrado el que se los calificara de sectas y lo dejaron bastante claro en los comentarios que publicaron en la red sobre el

artículo. A nadie parecía importarle mucho el tema de los Extraños ni de la PEH, quizá porque la comunidad científica no había aprobado la publicación de ningún estudio sobre la materia, o quizá porque la palabra «ciencia» no resultaba tan atractiva como la palabra «secta».

El único interés real en la investigación de mi padre procedía de un bloguero —del blog *ElFindelosDías.com*— que se definía como miembro «moderado» de El Colectivo y que responsabilizó a mi padre de las muertes en el campamento. *ElFindelosDías* había decidido que los miembros de El Colectivo eran víctimas inocentes, atrapadas en el mortal fuego cruzado de la insensatez científica. Mi padre no nos dejaba leer el blog, así que yo no lo había hecho. A Gideon, claro está, le faltó tiempo para leerlo.

—«Solo los maníacos egoístas creen que pueden interponerse entre el hombre y la voluntad de Dios. —Gideon estaba leyendo la pantalla de su portátil en la mesa del comedor—. Es una abominación interferir en esa sagrada alianza.»

—¿Qué narices es eso? —preguntó a Rachel. Se encontraba en la cocina con mi padre, ayudándolo con los platos de la cena. Desde lo ocurrido en el campamento no se despegaba de nosotros. Resultaba algo molesto y, por muy auténticas que fueran sus intenciones, yo seguía sin fiarme demasiado—. En realidad, olvida que te lo he preguntado. No me importa lo que sea. Deja de leer.

Rachel usaba a menudo ese tono de extremada confianza con nosotros, como si fuera miembro de nuestra familia, como si tuviera derecho a gritar porque lo hacía por amor. Salvo que a nosotros no nos gusta gritar, y siempre que ella usa ese tono mandón me pone de los nervios. A pesar de lo enfadada que estaba con Gideon por mortificar a mi padre con la lectura de ese blog, me sentí todavía más molesta con Rachel por hablarle a mi hermano de esa forma. Me costaba mucho imaginar que hubiera podido ser amiga de mi madre.

Rachel y mi madre se conocieron cuando tenían ocho años, en el colegio de Park Slope, en Brooklyn, y, de alguna manera, conservaron su estrecha amistad durante años, a pesar de haber estudiado en diferentes institutos y en distintas universidades. Ambas se alegraron mucho cuando empezaron a trabajar y coincidieron en Boston. Rachel fue la dama de honor de mi madre y hay un montón de fotos en las que aparece Rachel con Gideon y conmigo de bebés en sus brazos.

Pero, de pronto, Rachel desapareció. Se esfumó de nuestras vidas. Una vez, cuando Cassie y yo nos enfadamos, mi madre para consolarme me explicó que Rachel y ella también se habían distanciado. Pero su separación había sido muy repentina y definitiva. Incluso entonces —mucho antes de saber que era una

Extraña—, supe que mi madre estaba obviando detalles importantes. Cuando Rachel reapareció tras su funeral, le quise preguntar a mi padre qué había ocurrido realmente entre ellas, pero estaba tan abrumado y triste que me pareció una tontería molestarlo con eso. Además, una parte de mí se sentía reconfortada al estar cerca de alguien que en una época de su vida tuvo una relación tan íntima con mi madre.

—Es el acosador de papá —afirmó Gideon refiriéndose a lo que acababa de leer y, evidentemente, disfrutando de la reacción de Rachel—. El Fin delos Días. Es un tío que pertenece a El Colectivo, y culpa a papá básicamente de todo.

—¿Qué acosador? —le dijo Rachel a mi padre mientras le pasaba otro plato aclarado para que él lo metiera en el lavavajillas antes de secarse las manos con un trapo—. ¿De qué está hablando Gideon, Ben?

—Un tipo con demasiado tiempo libre. Para serte sincero, no creo que sepa lo que quiere. Está enfadado, eso es todo. De todas formas, nadie lo lee.

—Nadie, salvo las tres mil quinientas veintitrés personas que han dejado sus comentarios en el blog —repuso Gideon—. Pero ¿quién las cuenta?

—¿Ben?! —gritó Rachel—. ¿Has hablado con la policía de esto? No deberías pasarlo por alto.

—Ya le han echado un vistazo. Ese tipo vive en algún lugar de Florida —respondió mi padre al tiempo que hacía un gesto con la mano para quitarle importancia. Como si Florida estuviera tan lejos como Marte—. De todas formas, el agente Klute no está preocupado.

—¿El mismo agente Klute que persiguió a Wylie? —preguntó Rachel, con los ojos abiertos como platos—. No te ofendas, Ben, pero creo que deberías hacer algo más para proteger a tu familia.

Percibí movimiento en las aletas de la nariz de mi padre.

—¿No crees que ya lo sé? —Estaba furioso, pero también ofendido. Se volvió y vació su vaso de agua en la pila—. Gracias por venir y traer la cena, Rachel. Pero estoy cansado —expuso—. Creo que es hora de que te vayas.

—Lo siento, Ben. No quería... yo solo... yo solo intentaba ayudar. —Rachel le sonrió como pidiendo perdón al tiempo que cruzaba la sala. Tenía los labios muy apretados, y yo percibí con intensidad sus ganas de romper a llorar—. Te prometo que la próxima vez tendré la boca cerrada.

—Sí, Wylie, la prensa ha estado muy tranquila hasta ahora —prosigue mi padre—. Pero si logro convencer al NIH de que financie el estudio completo de los Extraños y llego a publicar los resultados en alguna revista científica de prestigio, eso cambiará, y rápido. Un tal senador Russo, de Arizona, ya se ha

puesto en contacto conmigo. Pertenece al Subcomité de Inteligencia e insiste en tener una reunión. De alguna forma se ha enterado de que he solicitado ayuda para la financiación. Supongo que quiere proteger alguna investigación secreta que estén realizando los militares.

—¿Investigación secreta?

De pronto estoy segura de que el miedo se refleja perfectamente en mi cara.

Mi padre tuerce el gesto y luego levanta las manos.

—Secreto en el sentido de la típica confidencialidad militar. Hace décadas que investigan la forma de utilizar la percepción emocional en el combate —aclara—. No han tenido éxito, pero estoy seguro de que no les gusta tener competencia, ni el hecho de no poder controlar el flujo de información.

El móvil de mi padre emite el zumbido de un mensaje entrante. Percibo una punzada de preocupación cuando mira la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Algo va mal?

—No, no, no es nada... no está relacionado con la investigación —dice.

Me pasa su móvil. Leo el mensaje: «El informe del accidente de Hope Lang estará disponible para su consulta a las nueve de la mañana de hoy. Atentamente, inspector Oshiro».

Tengo que leer el mensaje tres veces antes de entender qué significa, como si hubiera salido de la nada, aunque sea yo la que ha llamado al inspector Oshiro prácticamente todos los días desde que regresé de Maine, para poder leer el informe sobre el accidente de mi madre. No obstante, ahora que he conseguido lo que quería me siento bastante ridícula. La razón de que me obsesionara tanto fueron las palabras de Quentin: que la muerte de mi madre no había sido un accidente. Aunque nada de lo que afirmó Quentin en el campamento resultó ser cierto, saberlo no hizo que estuviera menos obsesionada. Incluso mi padre reconoció que se había planteado la posibilidad de que la muerte de mi madre no hubiera sido un accidente, aunque se retractó en cuanto se dio cuenta de que eso se estaba convirtiendo en una obsesión para mí.

—Solo diré esto una vez, Wylie. —Mi padre habla con serenidad y firmeza—. Y te lo digo como padre, pero también como psicólogo y porque no quiero verte sufrir más de lo que ya has sufrido. Leer el informe sobre el accidente de tu madre puede resultar en extremo traumático para ti. Muy traumático. Podría contener fotos o detalles que son mucho más desconcertantes de lo que imaginas.

Es cierto que he pensado mucho más en el hecho de tener el informe en mis manos que en el hecho de leerlo en sí. Hasta ahora me había parecido muy improbable llegar a conseguirlo. El inspector Oshiro había dicho que necesitaba autorización, aprobación de las altas instancias, un permiso. Estuviera o no

cerrado el caso, no solían permitir que los familiares de las víctimas empezaran a husmear en sus informes.

Jasper. Quiero hablar con él de todo esto. A lo mejor lo necesito, por la forma en que he pensado en él de pronto. Me ha escuchado hablar sin parar sobre el accidente de mi madre desde que regresamos del campamento. Él entiende las ganas que tengo de leer ese informe. Aunque también entenderá por qué no estoy muy segura de qué sentir ahora que lo he conseguido. Ahora sé que la mejor cualidad de Jasper es su habilidad para no juzgar. Sin embargo, no puedo tener ese tipo de conversación delante de mi padre.

—Si no puedo soportarlo... —digo. Porque no puedo expresar dudas, al menos no delante de mi padre—... lo dejaré.

Él deja caer los hombros.

—Vale —asiente en voz baja al tiempo que se vuelve, cabizbajo, y se pone a recoger los platos.

—Papá, si no quieres que vaya... —empiezo a decir, pero no consigo terminar la frase. Tengo demasiado miedo de que me diga que sí.

En lugar de responder, se queda mirándome. Se cruza de brazos y aprieta los labios con fuerza. Lo único que siento ahora es amor, su amor por mí, tan puro, sencillo y completo... Por primera vez en todo este tiempo, me siento agradecida de ser una Extraña y ser capaz de sentirlo con tanta nitidez.

—Bueno, no deberías ir con el estómago vacío —dice, y hace un gesto mirando mi plato—. Come un poco y luego te llevaré en coche. —Mira su reloj—. Falta poco para las nueve.

Levanto la vista para mirar el pequeño reloj situado sobre la cocina: las ocho y treinta y cuatro de la mañana. Intentaré llamar a Jasper por el camino, para ver si puedo pasar antes de las diez por su casa, en caso de que a esa hora ya haya acabado de leer el informe. Preferiría hablar con él ahora, pero algo es algo. La comisaría no queda lejos de donde él vive. Si no lo localizo, me presentaré allí a las diez, tal como habíamos acordado.

A lo mejor, una vez que hayamos recompuesto sus pedazos rotos, podemos pasar un rato recomponiendo los míos.

—¿Nos vamos ya? —pregunto.

Mi padre asiente con parsimonia con la cabeza.

—Sí —contesta al final con pocas ganas—. Nos vamos ya.

La comisaría del centro de la ciudad de Newton es una impecable construcción en forma cúbica de ladrillo visto y piedra blanca, situada junto a otros edificios municipales diversos y una pequeña arboleda. Jamás he tenido motivo para entrar. Incluso después del campamento nos llevaron directamente a casa, y luego llegaron los agentes. Sin embargo, al mirar el edificio desde fuera en este momento, me recuerda a una versión en ladrillo de la comisaría de Seneca; si la comisaría de Seneca hubiera ocupado todo el edificio.

No obstante, una vez en el interior, cualquier similitud entre ambos lugares se esfuma. La comisaría de Newton es mucho más grande y moderna que la de Seneca, por no hablar del ajetreo que se respira. En realidad, hay mucha más actividad de la que yo había imaginado. No puedo imaginar qué hacen tantas personas en la comisaría de policía, puesto que el índice de delincuencia en Newton es muy bajo.

Hay una docena de mesas de escritorio colocadas en fila en una espaciosa sala por detrás de una barandilla situada a la izquierda. En primera instancia, tras un mostrador alto hay un agente uniformado con expresión de cansancio, encargado de la recepción. Tiene el pelo cano y ralo, y los ojos llenos de arrugas, y va distribuyendo a las personas en una segunda categoría de filas: denuncias pendientes de archivo, multas pendientes de pago. Parece todo muy burocrático y muy aburrido.

Mi padre y yo ocupamos nuestro lugar al final de la cola, y yo escucho mientras los presentes informan de sus denuncias. A un hombre le han entrado en casa, a una mujer le han robado el coche. Y suma y sigue. Son las nueve y cinco de la mañana cuando nos llega el turno. He llamado a Jasper dos veces mientras íbamos de camino a la comisaría y no ha respondido. Ahora tengo más motivos para querer hablar con él, porque me extraña que no coja el teléfono y tengo un mal presentimiento.

—Sí. ¿¡¡Hola!!?

Tardo un minuto en darme cuenta de que el agente que está tras el mostrador por fin se dirige a nosotros.

—¿Wylie? —Mi padre me posa una mano con gesto de preocupación sobre el brazo. Se ha tomado mi momento de duda como una señal—. No hace falta que

lo hagas.

—Sí. Sí que hace falta —replico, y aguanto la mirada de mi padre con la mayor firmeza posible.

A regañadientes, asiente con la cabeza y ambos avanzamos un paso.

—Hemos venido a ver al inspector Oshiro —dice mi padre—. Tenemos una cita.

—Esperen allí.

El viejo agente señala, sin mirarnos, la barandilla situada enfrente de las mesas, y luego levanta el teléfono.

Al cabo de unos pocos minutos veo que el inspector Oshiro viene hacia nosotros. Solo lo había visto una vez, y había olvidado lo alto e imponente que era. Espaldas anchas, camisa perfectamente planchada y corbata a la última moda. Guapo y joven. No demasiado joven, pero sí más que mi padre. Y muchísimo más joven que el viejo inspector gruñón que había imaginado antes de toparme con él en la escalera de mi casa el día después del accidente.

Ese día, el inspector Oshiro se mostró relajado y en extremo competente. También habló con firmeza a la hora de exponer los hechos del accidente de mi madre. Porque él creía que fue un accidente. Jamás había dudado de ello; no había nada que hiciera sospechar a los investigadores que podía tratarse de algo distinto. El coche había impactado contra el quitamiedos justo en la parte del vehículo donde se encuentra el depósito de gasolina, lo que provocó que quedara envuelto en llamas. Esa había sido la causa del accidente. No había pruebas de nada sospechoso.

—Hay algo que deberías saber, Wylie —comenta mi padre de pronto. Habla con un tono acelerado y tenso, como si fuera su última oportunidad de hacer lo correcto—. Creen que tu madre había bebido la noche del accidente. Estaba enfadada, y yo asumo la responsabilidad de su enfado —dice—. En cualquier caso, eso no cambia nada. Pero no quería que te sorprendiera leer algún comentario sobre ello en el informe.

—¿Que había bebido? —¿De verdad se siente aliviado al confesarme ese detalle? ¿A mí? Estoy furiosa—. ¿¡Qué narices estás diciendo!?

Yo que pensaba que estaba intentando protegerme para que no me pusiera más triste. ¿Era eso lo que intentaba evitar que supiera? No tenía sentido. Yo sabía que mi madre se tomaba de vez en cuando una copa de vino.

—Wylie, ya sé que...

—Eso no es cierto —le suelto.

Pero parezco una niña tonta, negándose a aceptar que el ratoncito Pérez no existe.

—Doctor Lang, me alegro de verlo —dice el inspector Oshiro antes de que mi

padre pueda responderme, pero está dolido. Eso sí lo percibo. Y me alegro. Mi padre y el inspector se estrechan la mano y Oshiro se vuelve para estrechármela a mí—. Si quieres pasar por aquí detrás: he preparado una sala de reuniones situada al fondo. Así podrás tomarte todo el tiempo que necesites.

El inspector Oshiro por fin se ha reconciliado con todo este asunto. Al principio no quería que acudiéramos a la comisaría y revisáramos el informe, pero ahora que estamos aquí, está comportándose de manera muy profesional.

No puedo evitar imaginar que los demás agentes se quedarán mirándonos a mi padre y a mí mientras el inspector Oshiro nos conduce a la sala de reuniones, y susurrarán al vernos: «Ya están aquí. Van a descubrirlo todo». Pero ni siquiera levantan la vista de su mesa de trabajo. Porque les da igual. Porque no existe ningún gran secreto a punto de ser desvelado. Al menos, ningún secreto capaz de hacer retroceder el tiempo y traer de regreso a mi madre, ni nada que haga desaparecer toda esta estupidez de los Extraños. ¿Es la verdadera razón por la que estoy aquí? ¿Estoy haciendo padecer a mi padre todo este sufrimiento, solo por eso, para olvidarme de lo demás?

—Puedo entrar sola —le digo a mi padre cuando el inspector Oshiro se detiene más o menos en el centro de una hilera de puertas. Todavía sigo cabreada con él por la «bomba» que me ha soltado sobre el rollo de la bebida, pero ahora, además, me siento avergonzada—. Siento haberte hecho venir hasta aquí.

Mi padre se vuelve hacia mí y me sonrío; parece triste, pero también agradecido.

—No sé si podré soportar ver el informe completo, pero me quedaré en la sala contigo. —Me toma de la mano y me la aprieta con fuerza—. Sé que nada de todo esto ha sido fácil para ti, Wylie. —Y con «todo esto» se refiere a los Extraños, al campamento, a Quentin, al accidente de mi madre—. Quiero que sepas que me siento muy orgulloso de ti, de cómo estás manejando la situación...

La sala es sencilla y sin ventanas, pero está limpia, y está separada por un cristal de la sala principal donde se encuentran sentados todos los inspectores de policía. El interior es sorprendentemente silencioso, como si estuviera insonorizado. Hay una pequeña mesa pegada a la pared con dos sillas a un lado y una al otro. Una caja rectangular de cartón —del tamaño de unas tres cajas normales para guardar libros— se encuentra situada en el centro de la mesa. Al mirarla, se me para el corazón.

—Estaré ahí fuera, por si me necesitas. —El inspector Oshiro señala una mesa

a escasos metros de distancia—. Por favor, no saques nada de las bolsas de pruebas y, por supuesto, no puedes sacar nada de esta sala. Si ves algo de valor entre las pertenencias de tu madre, házmelo saber. Me aseguraré de que lo recuperes hoy mismo.

—Vale, gracias —respondo y veo en mi reloj que son las nueve y cuarto—. Me daré prisa.

El inspector Oshiro asiente en silencio y cierra la puerta al salir. Inspiro con fuerza y me quedo mirando la caja. De pronto, esto me parece un error. Y quizá no sepa con exactitud de dónde proviene esa sensación, pero eso no la hace ni un ápice menos real.

—Deberías tomarte tu tiempo, Wylie —dice mi padre—. Ahora estamos aquí, y no creo que vayas a tener otra oportunidad.

Tiene razón. A pesar de las ganas que tengo de acabar con esto, debo hacerlo a conciencia. Ahora o nunca.

Mantengo la mirada fija en la caja durante un minuto. Parece nueva, la tapa no está arrugada, la etiqueta se lee con toda claridad: «Nombre: Hope Lang. Fecha: 8 de febrero. Descripción de los hechos: accidente de tráfico». Lo corriente de su aspecto es para mí un alivio y, al mismo tiempo, una decepción. Una diminuta parte de mí esperaba que dijera «Asesinato» en algún sitio. Aunque otra parte de mí temía precisamente eso.

Al levantar la alargada tapa de la caja, vuelvo la cabeza, y me concedo así un instante para que huyan mis fantasmas más horribles.

Froto las palmas de las manos en los vaqueros para secarlas e inspiro cuando por fin me vuelvo hacia la caja para abrirla, preparada para contemplar algo espantoso, como los huesos carbonizados de mi madre. Pero no es más que una caja cualquiera dividida en dos secciones: una con carpetas sueltas de archivadores y la otra con una pila de bolsas para las pruebas.

La primera contiene algo pequeño, de color negro y plateado, como un fragmento endurecido de distintos tipos de arcilla. Cuando lo miro más de cerca, me doy cuenta de que es la llave de un coche, tan fundida que resulta irreconocible. Siento el estómago en la garganta. Mi padre tenía razón: esto es mucho más horroroso de lo que había imaginado. Porque ahora solo puedo pensar en mi madre reducida a líquido. Y en Cassie también. Todo cuanto quiero, todas las personas a las que he querido, reducidas a pasta que se solidifica y queda transformada en una piedra amorfa.

Dejo de mirar las bolsas de pruebas y me concentro en las carpetas de los archivadores, al tiempo que echo un vistazo a mi padre para ver si está mirándome. Tengo la leve esperanza de que algo en su expresión me proporcione un motivo real para dejarlo. Pero tiene la mirada fija en el móvil,

está leyendo algo, un correo electrónico o un mensaje. Frunce el ceño cuando empieza a teclear. No va a rescatarme de mi propia y terrible ocurrencia.

Me vuelvo hacia la caja. He sido yo la que ha querido venir. Debo confiar en que tenía una buena razón. Debo superar este trance, y de prisa. La primera carpeta contiene el informe del inspector que llevó el caso, notas de los interrogatorios realizados por el inspector Oshiro a mi padre, a Gideon y a mí. Saco lo escrito sobre la entrevista con mi padre. Son varias páginas que no tengo el valor de leer, salvo por esta frase: «El marido informa que la señora Lang salió del hogar en estado de agitación, aunque declara que no tiene ningún motivo para pensar que ella quisiera quitarse la vida».

El interrogatorio de Gideon es mucho más breve. Lo recuerdo sentado en la escalera esa noche. No lloraba, estaba aturdido y en silencio. Aunque en las pocas líneas que componen el informe dice: «El hijo afirma que su madre salió de casa aproximadamente a las nueve de la noche. No recuerda en qué estado mental se encontraba».

Recuerdo que a mí me preguntaron algo parecido. Lo centraban todo en el estado de ánimo de mi madre. Porque, ahora me doy cuenta, creían que existía la posibilidad de que se hubiera suicidado. Un coche; un accidente mortal. Llegar a la conclusión del suicidio debe de ser el procedimiento habitual. No recuerdo cómo respondí, pero cuando reviso las anotaciones sobre mi interrogatorio, descubro que, por lo visto, decidí mentir: «La hija afirma que su madre salió a comprar leche. Que su madre estaba de buen humor».

Me pregunto a quién intentaba proteger: ¿a mi padre? ¿A mi madre? ¿A mí misma?

A continuación, saco el informe forense. Es una sola hoja que tiembla en mi mano mientras intento mantener la mirada fija en el encabezado de la página, donde seguramente estarán los datos más inocuos. Nombre, altura, peso. Pero ni siquiera eso es del todo seguro. Leo el adjetivo «aproximados» tras la altura y el peso de mi madre. Después de todo, un esqueleto fracturado y calcinado difícilmente proporciona ese tipo de detalles. Miro la hoja con los ojos entornados hasta llegar a las anotaciones del final, a la causa de la muerte: «Fuerte traumatismo craneoencefálico». Tipo de muerte: «Accidental». Dejo escapar la respiración que he estado conteniendo. Al menos ya estaba muerta cuando se incendió el coche. Es un tristísimo consuelo.

La siguiente carpeta parece vacía hasta que la inclino y cae de ella un sobre. Miro el interior echando la cabeza hacia atrás e intuyo las fotos de la parte delantera del coche calcinado y abollado de mi madre. Cierro los ojos y trago saliva con la esperanza de que eso contenga las ganas de vomitar que siento mientras vuelvo a meter el sobre a toda prisa dentro de la carpeta.

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi padre.

Cuando levanto la cabeza, veo que está mirándome.

—¿Y tú? —le respondo para desviar la cuestión—. No has parado de teclear mensajes en el móvil.

—Oh, sí, lo siento. —Siempre pica cuando lo despisto haciéndolo sentir culpable—. El secretario del despacho del senador Russo me ha enviado un correo electrónico hace un minuto. Al parecer, si me presento ahora mismo en Washington, puedo reunirme con él y con alguien del NIH esta tarde. —Habla con tono desdeñoso mientras sacude la cabeza—. Y ahora resulta que esta reunión es un prerrequisito antes de que se planteen siquiera concederme la financiación. Si no voy, tendré que esperar hasta septiembre, porque el senador se va de vacaciones. Me da la sensación de que están complicándolo todo para que sea yo quien no pueda cumplir sus condiciones. Ni siquiera tengo muy claro que un senador esté autorizado para tratar un tema de financiación del NIH.

—¿Y no hay forma de que puedas llegar?

A pesar de lo mucho que he evitado toda la información concerniente a este tema, no permitiré que su orgullo le impida descubrir algo importante.

Comprueba la hora.

—Si cojo un avión esta misma mañana, supongo que podría llegar a tiempo para una reunión a última hora de la tarde y estar de vuelta para dormir en casa.

Aunque piensa que hacerlo es absurdo. Lo percibo. Le parece insultante salir corriendo solo porque se lo hayan dicho. Sin embargo, la duda le fastidia, como si tuviera miedo de estar dejando escapar algo importante.

—¿Y no deberías ir? —pregunto. Porque me parece que eso es lo que quiere.

—Hay otras formas de conseguir financiación para la investigación, Wylie. —Frunce el ceño y se queda mirando el suelo. Luego asiente con la cabeza—. Pero, sí, supongo que debería ir. Nunca he querido entrar en esos juegos políticos, y seguramente esa es la razón por la que me ha costado tanto llevar a cabo la investigación. Pero ahora es demasiado importante para no ceder, aunque sea un poco, al politiquero.

Sé a qué se refiere con ese «ahora». Se refiere a que yo estoy directamente implicada en la investigación.

Asiento en silencio.

—Entonces deberías ir.

Sin embargo, siento una intensa punzada de arrepentimiento en cuanto lo he dicho en voz alta. Ojalá supiera de qué me arrepiento.

—No quiero dejarte aquí. —Hace un gesto hacia la caja—. Con todo esto.

—Estaré bien —digo, y aunque no estoy siendo sincera, tampoco es una mentira total. Es un motivo para que se vaya; un buen motivo. Mi padre debería

aprovechar la oportunidad. Ya se lo he hecho pasar bastante mal con esto del informe policial sin tener muy claro siquiera por qué estoy haciéndolo—. De todas formas, se supone que he quedado con Jasper en cuanto acabe. Le prometí que me pasaría por su casa. Puedo ir caminando desde aquí.

—Oh —exclama mi padre, y no logra ocultar su preocupación—. Eso de que se lo prometiste suena a algo serio.

Aprecia mucho a Jasper, pero le preocupa lo mismo que a la doctora Shepard: que me haga recaer. Resulta mucho más difícil reprochárselo a mi padre. Él sabe en qué estado se encuentra Jasper: ha visto que tiene ojeras y que, en plena conversación, se queda con la mirada perdida en el vacío. Entiendo su preocupación; de hecho yo misma estoy preocupada. Pero desde que se desahogó a gusto sobre Jasper poco después del funeral de Cassie, mi padre se abstiene de decir nada sobre nuestra amistad. Rachel, por otra parte, aprovechó la ceremonia para meter el dedo en la llaga.

—La mitad de estas chicas estarán embarazadas cuando salgan de la universidad, si es que van a la universidad —me murmuró Rachel, haciendo un gesto con la cabeza para señalar a Maia y las demás. Estábamos en casa de Cassie, donde su familia organizó una comida justo después de su funeral. Maia y sus amigas habían estado revoloteando alrededor de Jasper desde el primer momento, «atendiéndolo» de una forma muy burda y fuera de lugar, porque él estaba totalmente ausente—. No, en serio te lo digo, ¿te puedes creer que hayan sido capaces de presentarse con esas faldas tan cortas y estén meneando el culo de esa manera?! Por el amor de Dios, ¡es el funeral de la novia de ese chico!

Me volví hacia Rachel y no estaba segura de si sentir cabreo o agradecimiento: por estar ahí, en primer lugar, por meterse con Maia y sus amigas o por intentar comportarse como mi madre. Porque eso era lo que estaba haciendo. Eso era lo que había hecho desde que yo había regresado de Maine. Y quizá fuera eso lo que más me molestaba: que Rachel creyera que podía estar a la altura de lo que había sido mi madre.

—Me lo puedo creer —respondí con tono inexpresivo, intentando no mirarlas. Intentando incluso que me diera igual.

Ya conocía lo suficiente a Jasper para saber que la atención de esas chicas hacía que se sintiera peor. Le haría sentir como una persona horrible.

Maia y sus amigas habían lloriqueado durante la misa fúnebre de Cassie, y se les había corrido un poco el rímel. Pero yo había estado lo bastante cerca para percibir que, bajo toda esa apariencia, subyacía el auténtico pensamiento colectivo de: «Puaj, vaya mierda, menudo fastidio, pero es que Cassie era un

auténtico desastre».

—Bueno, pues yo creo que tú también deberías mantenerte alejada de Jasper. Es decir, míralo —prosiguió Rachel—. Está hecho una pena. Y esta es exactamente la clase de situación en la que... bueno, entiendo cómo han ido las cosas entre vosotros dos...

—Déjalo ya —le solté—. Lo digo en serio.

¿Cómo se atrevía Rachel a fingir que sabía lo que ambos sentíamos en realidad? Después de todo lo que habíamos pasado juntos, Jasper y yo éramos amigos, pero nada más. Desde luego, habría preferido que el comentario de Rachel insinuando algo distinto no me hubiera molestado tanto.

A lo mejor no quería que me recordasen cómo se sentiría alguien «normal» en esa situación. A lo mejor lo normal era comportarse como Maia y sus amigas: dispuestas a transformar al Jasper amigo en el Jasper novio en cuanto tuvieron el camino despejado. A mí me preocupaba Jasper. Me preocupaba lo que le había ocurrido. Pero mi preocupación era diferente.

Me sentía mucho mejor sin meterme en ese tipo de complicaciones; y no era porque estuviera en estado de negación ni porque me pasara nada de lo que Rachel pudiera creer. Era lo que yo quería; no quería nada de todo eso. Trevor —mi única incursión real en el mundo del amor hacía un año— había hecho bien en evitar la responsabilidad que suponía estar conmigo. Yo misma no desearía para Jasper a alguien como yo. No en este momento. Todos estaban preocupadísimos por si él me hacía recaer, pero ¿quién sabía lo hondo o lo rápido que podía llegar a caer? ¿O hasta que profundidades lo arrastraría conmigo?

—Lo siento.

Rachel levantó las manos y se las encajó en las axilas. Aunque no lo sentía en realidad. Percibía claramente que quería seguir hablando sobre Jasper y nuestra «relación».

—Es más, ¿qué pintas aquí, Rachel? —Se me puso la cara roja cuando ya no pude contener más las lágrimas—. En serio, ¿me lo puedes explicar? —Hablé con un tono demasiado elevado y todo el mundo dirigió la vista hacia nosotras—. Eras amiga de mi madre. Y ella está muerta. Si crees que estás ayudándome, te equivocas. Así que ¿por qué no te vas a buscar a otra persona que te haga sentir mejor a ti?

Rachel me miró parpadeando. Pero en lugar de largarse al momento o decirme que era una maleducada, asintió con la cabeza.

—Tienes razón.

Luego se acercó más a mí y me rodeó con un brazo. Por supuesto, yo rompí a llorar sin control. No pude contenerme. No paré hasta que noté que alguien me

posaba una mano en la espalda. Supuse que se trataba de mi padre.

—Lo siento mucho, Wylie. Sé lo mucho que ella significaba para ti.

Era un hombre, pero no mi padre. Y, por la forma en que lo miraba Rachel, entendí que no aprobaba que me tocara.

Al volverme, vi que se trataba del padre de Cassie, Vince. El pelo ya le llegaba a la barbilla, y su rostro resultaba más amable porque llevaba barba. Era la versión jipi del Vince que ahora vivía en Cayo Hueso. Llevaba sobrio casi un año, abrió un negocio de alquiler de kayaks e hizo borrón y cuenta nueva. Cassie me contó una vez que seguía la onda New Age más alternativa, pero que él se sentía orgulloso. Por lo menos había dejado de beber.

Vince había leído el epitafio y había sido bonito: conmovedor, elocuente y reflexivo. Consiguió plasmar las mejores cualidades de Cassie al tiempo que definía su muerte dentro de un contexto trascendental. Había sido tan perfecto que me imaginé que despertaría sentimientos diferentes en mí cuando volviera a verlo. Pero ahí estaba Vince y ahí estaba yo pensando lo mismo de siempre: que era un mierda.

—Siento lo ocurrido —dije.

Esbozó una sonrisa amable y espiritual, pero yo percibí, en todos los sentidos, una emoción totalmente opuesta.

—Bueno —contestó, y eso fue todo.

Esperé a que añadiera algo más. Que dijera lo que suele decir la gente: que no era culpa de nadie, que todos sabemos lo mucho que querías a Cassie, y bla, bla, bla. Pero, en lugar de eso, se quedó mirándome. No como si estuviera esperando a que me culpara a mí misma, sino disfrutando de lo mucho que yo me torturaba por ello.

—Bueno, cuídate —dijo por fin Rachel para despedirlo.

Sin embargo, él se limitó a sonreírle.

—Es al mismo tiempo una tragedia y una bendición que Cassie sea recordada por tantas personas. —Se volvió hacia mí—. No olvides decirle a tu padre que también lamento su pérdida.

Entonces me dio un apretón en el brazo que debería haber sido reconfortante, pero me pareció espeluznante. ¿Y a qué pérdida se refería? ¿A mi madre? Desde su muerte, ya había visto a mi padre muchísimas veces, ¿no?

—Menudo gilipollas —soltó Rachel cuando Vince se hubo marchado—. Ya sé que ha perdido a su hija y eso es muy duro, pero apuesto a que ya era un capullo antes de lo ocurrido.

—Ahora es pastor de una iglesia —digo—. O algo parecido.

—Eso no quita que sea un imbécil.

—¿Hay alguien aquí que te guste? —pregunté, aunque no podía discutir lo

que había dicho sobre Vince.

Esbozó una sonrisa.

—Tú.

Cuando mi padre por fin se va —después de mucho dudar y balbucear sobre lo preocupado que está por mí, y de darme muchísimos detalles relativos al lugar donde dejará su itinerario apuntado— ya son casi las nueve cuarenta de la mañana. Intento de nuevo localizar a Jasper, pero, una vez más, suena el tono de llamada en repetidas ocasiones hasta que salta el buzón de voz.

Ya es oficial: tengo el estómago revuelto.

Reviso a toda prisa el resto del contenido de la caja y paso a las bolsas con las pruebas. Por suerte, no es mucho lo que sobrevivió al fuego, que es la razón por la que jamás recibimos objetos personales de mi madre. Nada que a mi padre le interesara, en cualquier caso. Las cosas que hay en las bolsas deben de ser las que cayeron al exterior cuando el coche impactó contra el quitamiedos. Un par de auriculares que imagino enredados junto a un árbol. También hay uno de los zuecos azules de mi madre. Esos zapatos nunca me gustaron. Había intentado convencerla de que los tirase en lugar de volver a arreglarlos. Debe de haber hecho falta una gran fuerza para quitárselo del pie y lanzarlo fuera del coche. ¿Qué estaría haciendo con los zuecos puestos en pleno invierno? Levanto el zapato, solo un poquito. Pero en cuanto lo toco con la mano, sé que he cometido un error. «No toques el zapato. Te hará llorar.» Cuando lo dejo caer se oye un extraño golpe seco y hueco.

Remuevo las bolsas de plástico hasta que toco con la mano lo que hay debajo del zapato. Es algo terso y duro y plano, y está dentro de otra bolsa. Cuando la saco del fondo de la caja veo que es una botella. Una botella vacía de vodka. Es pequeña, como para llevar escondida en el bolso, o incluso en un bolsillo grande de la chaqueta.

—Tu padre dice que habría sido muy raro que estuviera bebiendo mientras conducía —dice el inspector Oshiro desde la puerta.

Me pongo roja como un tomate.

—¡Más bien imposible del todo, joder!

Me quedo cabizbaja. No debería gritar a un agente de policía ni soltarle tacos, no así. Pero el inspector Oshiro no se inmuta.

—Es posible que la botella estuviera en la carretera donde tuvo el accidente y se haya mezclado con las pruebas; verás, la escena era un auténtico caos. No tenía huellas.

Pero sé que está diciéndolo solo para que yo me sienta mejor. O para no

hacerme sentir peor. Aprieto con más fuerza el frío cristal mientras miro fijamente la etiqueta. ¿Vodka? De ninguna manera. Mi madre solo bebía vino y muy de vez en cuando. El padre de Cassie, Vince, bebía vodka. Desde luego. Incluso a Karen, la madre de Cassie, le gustaba tomarse sus martinis. Pero ¿mi madre? Jamás.

—Esta botella no era suya —digo, pero eso solo me hace sentir peor.

—Es posible —afirma el inspector Oshiro.

Me vuelvo y lo miro directamente a los ojos. La oleada de empatía con la que me devuelve la mirada me provoca unas tremendas ganas de llorar. Parpadeo y miro al suelo para evitar que broten las lágrimas. ¿Mi madre era totalmente distinta a como yo creía que era? A lo mejor me mintió sobre muchas otras cosas además de hacerlo sobre mi condición de Extraña.

—No era de ella —repito.

Esta vez, cuando levanto la vista, no puedo evitar que las lágrimas corran por mis mejillas. Pero ya no me importa. El inspector Oshiro me mira fijamente y me miente, tal como necesito que haga.

—Estoy seguro de que tienes razón, Wylie. Seguro que sí.

En cuanto salgo de la comisaría, saco el móvil e intento localizar a Jasper. Ya he perdido la cuenta de las veces que lo he llamado. No se oye más que el tono de llamada. Al menos su casa no está lejos, a unos tres minutos andando, aunque queda a millones de kilómetros de las tiendas y restaurantes elegantes del centro de Newton.

—Jasper —digo cuando por fin salta el buzón de voz—. Esto ya no tiene gracia. ¿Dónde narices te has metido? Necesito hablar contigo.

Vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo, molesta conmigo misma por lo auténticas que han sonado esas palabras. Mientras voy caminando por Crescent Hill Road —a poco más de una manzana de la comisaría—, noto el calor de los rayos del sol en la cara y el olor a hierba recién cortada. Casi tengo calor con los vaqueros y la camiseta. Es el primer día en que se nota que es verano. Y me gustaría mucho que eso me alegrara, pero la botella de vodka y las llamadas no devueltas de Jasper me han formado un nudo en el estómago.

Cuando doblo la esquina para entrar en la calle principal, cierro los ojos para no tener que ver el Holy Cow, la heladería donde trabajaba Cassie. El sitio donde conoció a Quentin. Hay cosas que jamás volveré a ser capaz de soportar, como la visión de ese establecimiento, o el olor a fresas, que me recuerda demasiado al brillo labial que siempre usaba Cassie.

Fijo la vista en el colmado Gallagher's que hay más adelante. Es uno de los pocos lugares de la ciudad que no resulta atractivo: está lleno de polvo y tiene un montón de pasillos de estanterías que huelen ligeramente a pis de gato. Solo he entrado una vez que fui con Cassie a comprar cigarrillos durante la semana y media que fue fumadora. Todavía recuerdo que ese olor se me quedó metido en la nariz durante horas después de salir de la tienda. Si ya estoy a la altura de Gallagher's quiere decir que casi he llegado.

Para aliviar el dolor de pies, contraigo un poco la punta de los dedos que sobresalen por delante de mis odiosas chanclas amarillas. No me las habría puesto en la vida si llego a saber que iba a ir caminando hasta tan lejos. Marco el número de Jasper una vez más, pero en esta ocasión, la llamada hace saltar el buzón de voz a la primera. Como si tuviera el móvil apagado, o si se le hubiera muerto entre esta última llamada y la anterior.

No puedo esperar más a hablar con él. Me da igual lo que le haya prometido.

No he tenido muchas oportunidades de ver la casa de Jasper a la luz del día. Su madre siempre hace turnos de noche, y es entonces cuando me invita a venir. No es una coincidencia. La madre de Jasper me culpa de todo lo que pasó en Maine. Él no me lo ha dicho con esas palabras, pero se sobreentiende.

—Mi casa no tiene cara —comentó una vez Jasper con tristeza—. La mayoría de las casas tienen una ventana a cada lado y la puerta en medio. Como si fuera una persona mirándote o algo así. Pero la mía tiene una fachada que parece... no sé... vacía.

Tiene razón, y resulta deprimente. Empiezo a caminar por el camino de entrada del «jardín delantero». El jeep del hermano de Jasper está aparcado ahí, como siempre, y verlo me pone el vello de punta. Cuando la policía salió a buscarlo, el coche estaba en la gasolinera donde nosotros lo dejamos, con el botón de arranque quitado a propósito por Doug. Verlo ahora es como ver un fantasma. El fantasma de Cassie. Me abrazo a mí misma y tiemblo con fuerza. Por suerte, sé que el hermano de Jasper está fuera de la ciudad, porque ha ido a visitar a su «novia», que es la expresión que usa para decir que va a comprar hierba, según Jasper. Me alivia pensar que no voy a tener que tratar con él. Ya lo he conocido y, tal como había dicho su hermano, es más grande que él y también un gilipollas redomado.

Subo los escalones desvencijados hasta el angosto porche y me preparo para llamar. La puerta suena a hueco cuando llamo con el puño. Espero. Nada. Miro la hora. Las diez. En punto. Vuelvo a llamar, esta vez con más fuerza, y me inclino para echar un vistazo por la ventana en busca de alguna señal de vida.

Tengo la cara pegada al cristal cuando la puerta se abre de golpe.

—¿Puedo ayudarte? —me suelta una mujer.

Me sobresalto y me vuelvo hacia ella. La madre de Jasper está mirándome. O, por lo menos, supongo que es ella. Su melena negra y corta está recogida en una cola baja y muy tirante. Tiene la piel de un tono grisáceo y muchas ojeras. A pesar de todo, todavía se aprecia que fue muy guapa en otra época. Y que aún podría serlo si descansara un poco. Aún lleva el uniforme verde del hospital y la identificación de enfermera colgando del cuello.

—Lo siento —digo. Empezar con una disculpa me parece lo mejor—. ¿Está Jasper en casa?

—¡Por el amor de Dios! —exclama con un resoplido, pero sin alzar la voz. Como si estuviera demasiado cansada para molestarse—. Ese chico será un esqueleto viviente y alguna de vosotras seguirá viniendo para ver si puede

llevárselo a casa.

—Jasper estaba esperándome.

Lo digo con una entonación ascendente al final de la frase y suena a pregunta. Pero en lugar de conseguir que ese tono me haga parecer tierna y educada, me hace parecer una acosadora.

—Bueno, pues supongo que habrá cambiado de idea —replica ella torciendo el gesto. Luego me fulmina con la mirada al fijarse en mi pelo trasquilado. Incluso a estas alturas, una cinta en la cabeza es lo único que consigue que mi peinado tenga un aspecto decente. Al salir de casa me metí una banda elástica en el bolsillo a todo correr, pero es demasiado tarde para ponérsela ahora. La madre de Jasper frunce el ceño—. Sí, bueno, no puedo decirte por qué no está ya que no lo he visto. Pero últimamente Jasper cambia continuamente de idea.

En ese momento lo siento —aunque ella ni siquiera está mirándome—: todo el peso de su corazón hecho pedazos.

No está enfadada con Jasper, ni espera hacerse rica cuando su hijo se convierta en jugador profesional de hockey. No le preocupa el dinero. Le preocupa estar a punto de perder a su hijo. Le preocupa que le pueda ocurrir algo espantoso.

Y Jasper no tiene ni la menor idea de lo que ella siente. Esto me entristece enormemente. Lo siento mucho por ambos.

—¿Está segura de que no está en casa? —pregunto.

—Por el amor de Dios, sí que eres insistente. —Me mira de arriba abajo. Y entonces percibo un ligero sentimiento de lástima. Ella sabe muy bien qué es sentirse desesperada—. Entra si quieres. Yo voy a quitarme los zapatos, pero tú puedes ir a buscarlo si crees que te estoy engañando.

Entro en el oscuro recibidor con sus dos butacas viejas y el desvencijado banco de madera pegado a la pared. La madre de Jasper hace una mueca cuando se sienta para quitarse los zapatos. Hasta ese momento no caigo en la cuenta de que acaba de llegar a casa del trabajo. No acaba de despertarse tras hacer doble turno como me había dicho Jasper. Me mintió para evitar que viniera a su casa. Y ahora no está.

—¿Puedo mirar en su habitación?

—Si te dejo echar un vistazo, ¿te marcharás? —pregunta. Yo asiento con la cabeza—. Entonces, adelante, pero date prisa.

Agita una mano en dirección a la habitación de Jasper, aunque yo ya sé dónde está.

Las luces de su cuarto están apagadas, pero las cortinas están descorridas. Una

cama individual, un edredón negro, una mesa de escritorio y unas cuantas estanterías con libros pegadas a la pared.

Como siempre, se ve todo tan ordenado que pone los pelos de punta, la cama está hecha con precisión militar.

Repleto de posibilidades, pero teñido de tristeza, como todo lo relativo a Jasper. Sigo contemplando lo ordenado que está todo cuando algo en la mesilla de noche llama mi atención. A medida que me acerco, veo que hay una pila de sobres unidos por un clip, todos ellos abiertos ya. Me vuelvo para mirar hacia atrás antes de cogerlos. La madre de Jasper ha dicho que podía entrar en su cuarto para ver si su hijo estaba aquí. Estoy bastante segura de que no era una invitación para que husmeara entre sus cosas.

Los sobres no tienen dirección en el remite, solo el nombre de Jasper y su dirección impresa. Cuando saco la nota que está dentro del primer sobre, reconozco enseguida la letra llena de florituras de Cassie: «No es que sea mejor que Jasper. Es diferente. Lo que supongo que, en este caso, es lo mismo que decir que es mejor. Jasper es majó y listo y tierno, pero con él no puedo respirar. Siempre tengo que fingir que soy alguien que en realidad no soy...».

Miro al encabezado. No hay ningún «Querido» o «Querida», únicamente una fecha. Y es de solo unos días antes del campamento. Y el papel rayado está desgarrado por un lado, como si algo lo hubiera roto. ¿Algún gilipollas enfermo ha estado enviando a Jasper fragmentos del diario de Cassie? Hay mucho loco suelto. Jasper ha recibido partes del diario de Cassie desde que regresamos de Maine, lo que seguramente lo ha convencido todavía más de que él fue la razón por la que Cassie acabó relacionándose con Quentin. No me extraña que ahora se sienta peor.

Entonces veo otro sobre, este tirado en el suelo. A lo mejor se ha caído de la pila. Lo recojo. Tiene fecha de recepción de ayer. Saco la hoja.

«No estoy diciendo que sea culpa de Jasper el que yo haya pasado tiempo con Quentin. Es algo más complicado. Aunque el hecho de que Jasper sea tan perfecto creo que ha aumentado mis ganas de hacer el loco. Quería demostrarle que no todo el mundo es digno de ser salvado.»

Trago saliva con fuerza. Pobre Jasper. Lo que él más temía —haber empujado a Cassie hasta Quentin y que ella hubiera empezado a beber y todo lo demás—, escrito ahí, en palabras de la propia Cassie.

Vuelvo al recibidor con la pila de sobres en la mano.

—No he dicho que pudieras llevarte nada. —La madre de Jasper se queda mirándome.

—¿Tiene idea de dónde puede haber ido Jasper? —insisto—. Me parece que está realmente hundido.

—¡No tengo ni puñetera idea de dónde está! —grita con un volumen tan alto que me encojo. Pero luego deja caer la cabeza y se muerde el labio con fuerza: culpabilidad y tristeza. Es todo lo que percibo. La rabia es más fácil. Me pregunto qué pensaría yo si no pudiera interpretar tan bien sus sentimientos, si fuera Jasper—. No sé por qué estás aquí ni qué quieres de mi hijo. Pero Jasper no está en condiciones de ser la pareja de nadie ahora mismo.

—Soy una amiga, eso es todo —digo—. Una amiga preocupada por él.

Sin embargo, por primera vez, lo que acabo de afirmar me parece muy poco cierto.

—A lo mejor ha salido a pasear —apunta ella y hace un gesto hacia la puerta. Ahora habla en voz baja, con calma—. Hace días que lo hace. Pasea muy a menudo. Le gusta ir al puente Bernham a ver pasar las canoas. Cuando era pequeño, solíamos ir juntos.

«Puente. Puente. Puente.» Un puente. Es una alarma espantosa que se dispara en mi cerebro. ¿Un puente desde el que saltar? No quiero obsesionarme con la idea que se ha formado en mi cabeza, pero ya es demasiado tarde. Se me acelera el pulso al tiempo que apretujo el fajo de cartas de Cassie y me dirijo hacia la puerta.

—Iré a buscarlo —anuncio—. Pero creo que debería llamar a la policía.

—¿A la policía? —Está preocupada, desde luego, pero también se muestra suspicaz—. Lo último que necesita Jasper es tener problemas con la policía. Ya hemos tenido bastante con su hermano.

—Ya lo sé, pero... Lo único que puedo decirle es que tengo un presentimiento muy, pero que muy malo. Creo que está en peligro. Anoche hablamos por teléfono y...

—¿Peligro? ¿Qué eres tú...? ¡Oh, no! Espera un segundo. —Me mira fijamente. Luego desvía la mirada hacia mi pelo. Por fin se ha dado cuenta y, cuando vuelve a mirarme a los ojos, veo la rabia en su mirada—. Tú —dice con un tono de voz más agresivo y se levanta de golpe—. Eres tú. Casi matan a mi hijo por tu culpa.

Da un paso adelante. Y yo retrocedo un par de pasos hacia la puerta. Tiro los sobres dirigidos a Jasper sobre una silla que hay allí. Es como una ofrenda de paz.

—Lo siento... Pero ahora mismo...

Me tropiezo con otra silla.

—Ah, ¿así que ahora él te preocupa? Pues ¿sabes qué? Está muy bien que te preocupe. ¿Sabes cuánto le has costado? ¿Qué le has quitado a tu supuesto

amigo? ¿Lo mucho que se ha esforzado desde que era un crío para tener la oportunidad de ingresar en el Boston College? ¿Las horas y horas que se ha pasado con el culo helado en esa pista de hielo? Y ahora... —Imita una explosión separando las manos en el aire—. Te lo has cargado todo.

Por fin he llegado a la puerta y toqueteo el pomo mientras ella va acercándose. Vuelvo la cara para protegerme pues creo que va a abofetearme.

—Yo solo... Yo solo me preocupo por él —repito cuando consigo abrir la puerta y salir de allí. Oigo que se cierra de golpe tras de mí—. Lo siento.

—¡Deberías sentirlo! —me grita cuando salgo corriendo.

Bajo la escalera a trompicones y me alejo corriendo de la casa de Jasper. «El puente Bernham. Deberías sentirlo. El puente Bernham. Deberías sentirlo.» El puente no está lejos, creo, me parece que está a menos de un kilómetro de aquí. Basta que doble por un par de calles corriendo. Pero debo llegar ahora mismo. Lo presiento. Y no es porque esté percibiendo los sentimientos de otra persona, no es solo por la percepción emocional hipersensible. Aquí no hay nadie. Esta sensación es algo más.

No me he sentido más segura de nada en toda mi vida: Jasper me necesita y me necesita ahora mismo.

Echo un vistazo a mi alrededor en busca de un taxi, un coche, cualquier otra alternativa, porque me abruma la sensación de estar perdiendo el tiempo. Lo mismo siento con las cosas de las que debería haberme dado cuenta. Las que debería haber dicho. Pero no hay nadie cerca que pueda ayudarme. No tengo más alternativa que salir corriendo. Me miro los pies y, cuando me fijo en mis inútiles chanclas, me las quito de golpe y empiezo a correr descalza, con una chancla en cada mano.

Noto las piernas cansadas y tensas cuando doblo por Juniper hacia Sullivan. No tardo en sentir los pies dormidos mientras piso el duro y abrasador pavimento al correr y voy dejando atrás las casas más grandes y bonitas. Los únicos sonidos que oigo son mi respiración agitada y el golpeteo de mis pies descalzos sobre el asfalto. «No lo hagas, Jasper. No lo hagas.» Porque creo que ha ido hasta allí para saltar. Y rezo por estar equivocada.

Por fin llego al lugar en que la carretera dibuja una curva y finaliza en una arboleda. Justo detrás, está el puente.

Ahora voy corriendo a toda velocidad. Apenas noto el suelo.

Jasper.

Un puente.

Y todo ese vacío allí abajo.

Pero llegaré a tiempo. Tengo que hacerlo. Y, de alguna forma, conseguiré decir las palabras apropiadas. Y él se dará cuenta de que no está pensando con claridad. Porque es posible que, ahora mismo, no le importe qué va a ocurrirle. En este momento. Pero mañana sí le importará, y pasado mañana. Y a mí me

importa ahora. Mucho más de lo que era consciente.

Ya casi he llegado al puente, veo la arcada con claridad. Recorro con la mirada toda su extensión buscándolo. Pero no veo nada. No hay nadie a quien convencer. Nadie a quien salvar. A lo mejor me he equivocado. No es que haya llegado tarde, es que estaba equivocada.

Tiene que ser así.

Pero entonces veo algo en el suelo a medio camino, junto a la barandilla. Es un bulto negro y pequeño. Corro hacia él para ver qué es.

Estoy temblando cuando por fin llego ante el bulto. Hasta que no me acuclillo no veo que es una sudadera. Habría preferido que fuera de cualquier otro color; azul o verde, por ejemplo. Porque esos son los colores que llevan todos los equipos deportivos del instituto Newton Regional. Tengo que poner una mano en la barandilla para no caerme mientras levanto la prenda del suelo. Antes incluso de haberla extendido, ya veo la frase dispuesta en semicírculo que forman las letras de la espalda: «Equipo de hockey del NR».

«No. No. No.»

Esto no puede acabar así. Es imposible. Yo debería... No. No puede ser. Jasper está bien. Tiene que estar bien. Me pego con fuerza a la barandilla y me doblo sobre ella para mirar al agua que está debajo, la observo con detenimiento en busca de algún rastro de Jasper.

Debo tranquilizarme. Centrarme. Aunque hubiera saltado, todavía hay tiempo de sacarlo del agua. No puede haber ocurrido hace mucho. Tengo las caderas apoyadas sobre la barandilla como una gimnasta subida a las barras paralelas. Busco señales de vida. Y rezo por encontrar alguna.

Oigo un fuerte ruido a mis espaldas. Ruedas de coche frenando sobre el asfalto, puertas que se abren. Unos pasos. Tengo miedo a dejar de mirar al agua fijamente. Por miedo a perder de vista algún rastro de Jasper.

—¡Alto! —grita un hombre detrás de mí. No está enfadado, sino que habla con muchísima firmeza—. Aléjate de la barandilla.

¿La policía? Los debe de haber llamado la madre de Jasper. Gracias a Dios.

Pero yo no me vuelvo. No despego los ojos del agua. Localizaré a Jasper si emerge a la superficie, me da igual lo que me digan.

—¡Está ahí abajo! —chillo en lugar de obedecer.

—¡Aléjese del borde! —grita alguien, todavía más alto. Pero esta vez es una mujer—. ¡Señorita, apártese de la barandilla ahora mismo!

—Pero es que mi amigo Jasper...

—¡No pensamos escucharla hasta que no se aleje de ahí!

Vuelvo un poco la cabeza y veo dos agentes de policía que se acercan hacia mí desde ambos lados de un coche patrulla.

—Alguien tiene que ir a buscarlo. ¿Tienen un bote o submarinistas especializados o algo así?

—Podemos hablarlo en cuanto se haya acercado hasta aquí, señorita.

Al volver a echar un vistazo rápido, veo que la mujer policía tiene el pelo rizado recogido en una cola de caballo. Y está haciéndome un gesto con la mano para que me acerque a ella.

—Da uno o dos pasos para alejarte del borde, cariño. Hacia mí.

Su tono al decir «cariño» es más bien cálido, aunque está nerviosa. Lo percibo. Veo que está mirándome los pies descalzos y seguramente sangrantes. Ahora lo entiendo: parezco desequilibrada. Aunque la agente intenta ser paciente, concederme el beneficio de la duda. Su compañero, por otra parte —joven, nervioso y con una musculatura exagerada— parece a punto de abalanzarse sobre mí. Además, están centrados solo en mí. No entienden lo que ocurre. Los han informado mal.

—¡Están perdiendo el tiempo! ¡El problema no soy yo, es mi amigo! ¡Es él quien ha saltado! —les grito cuando vuelvo a mirar hacia el agua—. ¡Morirá si no se dan prisa!

—Queremos ayudarte —me informa la mujer policía. Ahora habla con más serenidad, como si ya tuviera la situación controlada del todo—. Pero no podemos hacerlo hasta que te alejes de la barandilla.

«Ayudarte.» Siguen sin escucharme.

Voy a tener que obligarlos a que lo hagan.

—¡Si quieren que me aleje de la barandilla, tendrán que enviar a alguien ahí abajo! —chillo y señalo el agua con el dedo.

Me vuelvo de golpe y me apoyo, a propósito, contra la barandilla. La mujer policía se detiene, pero su compañero todavía sigue acercándose a mí, milímetro a milímetro, por un lateral. Lleva la mano derecha en la cadera, quiere coger algo. No creo que me disparen, aunque existen otras posibilidades. Ella vuelve a levantar la mano para indicar a su compañero que espere. Él accede, pero lo hace a regañadientes.

—Nos ocuparemos de tu amigo —dice ella y habla con la voz aflautada, en tensión—. Lo haremos en cuanto...

Cuando me asomo aún más por la barandilla, la policía deja de hablar.

—¡Ahora! ¡Quiero que vayan a buscarlo ahora!

Dios, ¿por qué no fui a casa de Jasper anoche? Porque creí lo que me dijo, esa es la razón. Quizá incluso estaba diciéndome la verdad cuando me aseguró que estaría bien.

—Wylie, cariño —¿La mujer policía sabe mi nombre? La madre de Jasper se lo habrá dicho. ¿Por qué parece tan fuera de lugar que lo pronuncie?—. ¿Me

escuchas?

No, no la escucho. Lo que sí estoy escuchando es la terrible sensación que tengo. Estoy escuchando lo que ella siente: está totalmente concentrada en mí y no está escuchando ni una palabra de lo que digo; la peor combinación imaginable.

—No los han enviado aquí por mí. Los han enviado por mi amigo Jasper. — Me doy impulso hacia arriba y me siento sobre la barandilla. Me mareo al mirar hacia el agua y no ver nada, ni un solo bote, ni un grupo de búsqueda, ni haces de linternas rastreando la orilla. Ni a Jasper. Y el estar colgando sobre el agua es bastante aterrador—. ¡Envíen a alguien en su busca! ¡Ahora!

La agente levanta una mano.

—Vale, vale. —Ahora está cabreada. Y preocupada, además, pero, sobre todo, cabreada. Odia que esta situación se le haya ido de las manos. Se le mueven las aletas de la nariz mientras marca un número en su móvil. Un segundo después, está pidiendo una unidad de submarinismo—. Posible varón adolescente caído al agua. Salto desde el puente de Bernham. —Hace una pausa, describe más detalles. Parece que de verdad estuviera hablando con alguien, no da la sensación de que esté inventándose—. Vienen de camino —dice cuando ha terminado—. Y ahora, Wylie, teníamos un trato. Baja de ahí.

Sigo teniendo una sensación horrorosa. Aunque ahora es muy distinta.

Como si estuviera perdiéndome algún detalle fundamental. El más importante.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto.

—Has asomado el cuerpo por la barandilla de un puente, lo que es extremadamente peligroso. Y nos has dado un susto de muerte.

La chica del cuchillo se ha convertido en la chica sentada sobre la barandilla de un puente. Y amenaza con saltar. Una amenaza para mí misma, sin duda. Mierda. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo me he convertido justo en quien no quería ser?

—Todo el mundo quiere ayudarte —prosigue—. Queremos que estés bien.

—Pero es que a mí no me pasa nada —susurro. Aunque sí quiero bajar. Me da miedo estar colgando de la barandilla. Y la agente ha hecho lo que yo quería, ha enviado a alguien en busca de Jasper—. Vale, vale.

Me sujeto con más firmeza a la barra metálica para darme impulso y saltar de nuevo al suelo. Noto que algo me golpea con fuerza por un lado y me hace perder el equilibrio al mismo tiempo que me aleja del agua.

Alguien me levanta sujetándome por los brazos en cuanto caigo sobre el asfalto.

—¡Suélteme!

—Tranquilízate. —Es la voz de un hombre. Es alguien nuevo y está detrás de

mí—. O tendremos que inmovilizarte.

Bueno, pues ya ha ocurrido, después de esperarlo durante tanto tiempo. Ya están aquí las personas que quieren internarme. Aunque no me lo había imaginado así. De una forma tan evidentemente injusta. No. No lo permitiré. No dejaré que me lleven sin decir nada. No pienso portarme bien, no como ellos esperan que haga. Se equivocan conmigo.

Así que asiento con la cabeza, como si los hubiera oído. Como si estuviera escuchándolos.

—Vale —digo en voz baja—. Pero están haciéndome daño en los brazos. Por favor, suéltense.

Me sueltan un poco y luego casi del todo. Esta es mi oportunidad. Quizá sea la única. Me lanzo hacia delante. «Corre. Corre. Corre.» Un paso, dos pasos.

—¡Alto! —me gritan. Al oído. Es el mismo hombre, el mismo que está sujetándome. Y ahora está furioso.

«Corre. Corre. Corre.» Pero está demasiado cerca. Como si yo no hubiera dado un solo paso. Y se oyen más voces. Muchísimos gritos. Pisadas firmes de muchas personas. Vuelven a derribarme, con mucha más brutalidad esta vez.

—¡Cuidado! ¡No le hagáis daño! —grita la mujer.

Me queman las palmas sobre el asfalto. Están sujetándome muchas manos y aunque intento zafarme de ellas a manotazos, me resulta imposible. Son demasiadas.

Son más que demasiadas...

—Y entonces ¿qué ocurrió? —me preguntó la doctora Shepard.

Había llegado a esa parte del sueño: a la importante. Por eso había dejado de hablar. En ese sentido, era una buena paciente: no era fácil reconstruirme por muy evidente que fuera mi desmoronamiento.

—La empujé —dije por fin, después de que el silencio se volviera demasiado violento para seguir soportándolo—. A las llamas.

Había tenido ese sueño todas las noches desde que Jasper y yo volvimos del campamento. Pero era la primera vez que se lo contaba a la doctora. El motivo del sueño estaba tan claro que era casi bochornoso: me sentía culpable por lo que le había ocurrido a Cassie y por eso soñaba que le provocaba literalmente la muerte.

—Ya veo —comentó la doctora Shepard, con ese tono tan molesto y típico de los psicólogos, que yo estaba convencida que habíamos dejado atrás hacía tiempo.

—¿En serio? —pregunté—. ¿No va a decir nada sobre el auténtico significado

del sueño? ¿Sobre el hecho de que me siento culpable y todo eso?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Parece que el sueño se centra en que tú empujas a Cassie a las llamas. —Se removió un poco en su enorme butaca roja—. Bueno, ¿lo hiciste? —Era una pregunta seria.

—¡Por supuesto que no! —espeté.

—Bueno, no te enfades conmigo. Lo has soñado tú —replicó la doctora Shepard con el tono con el que se defendería una niña de cinco años. No parece muy profesional.

Además, ¿no podría, al menos, intentar animarme, después de todo lo que he pasado? Me levanté de un salto y empecé a dar vueltas por la consulta.

—Yo intenté detenerla, ¿sabe? Hice todo cuanto pude. —Me señalé con fuerza el pecho.

La doctora Shepard me miró parpadeando con sus bonitos ojos castaños, y volvió a recolocar su hermoso cuerpo menudo en el asiento.

—No sé por qué, Wylie, pero sí lo hiciste tú. Está claro. No cabe ninguna duda.

—¡Yo no lo hice! —grité y me acerqué todavía más a ella. Quería pegarle, pero al mismo tiempo me daba miedo llegar a hacerlo.

Entonces oí un ruido a mis espaldas. ¿Una tos?

Alguien aclarándose la garganta. ¿Había alguien más en la consulta de la doctora Shepard? Pero ¿cómo era posible?

Es el momento en que me doy cuenta de que la habitación se ha vuelto naranja, y la butaca roja de la doctora es azul. Voy a decírselo, pero ella ha desaparecido.

—¿Vas a hacerlo? —dice la voz de quien tengo detrás.

Intento volverme, pero no puedo mover los pies. El suelo se ha vuelto de alquitrán. Al final hago una torsión con la cintura para poder mirar atrás.

Mi madre está sentada en la enorme butaca de la doctora, que vuelve a ser roja. Lleva la misma ropa que vestía la noche que murió. El pie izquierdo está descalzo. En el derecho lleva el único zueco azul. Tiene la piel sucia y negra, como si estuviera cubierta de ceniza.

—¿Mamá? —susurro.

—Bueno, ¿vas a hacerlo? —insiste.

—¿Que si voy a hacer el qué? —pregunto.

—Venga ya, Wylie. Primero fui yo, luego, Cassie... ¿También vas a matar a la doctora Shepard?

Me despierto tomando aire como si estuviera emergiendo desde las

profundidades del mar. Entorno los ojos que todavía están hinchados. Me encuentro en una habitación blanca y luminosa. Los fluorescentes zumban en el techo. Parece un edificio de oficinas.

Intento inspirar, pero no logro inhalar aire.

En ese momento lo recuerdo todo. Como una serie de martillazos. El puente.

Jasper. La policía. Yo intentando escapar.

Un error.

Oh, Jasper. Siento una presión en el pecho.

Intento darme impulso para levantarme, pero no puedo. Tengo la cabeza demasiado grande y pesa como si estuviera envuelta de yeso. Lo intento de nuevo y, esta vez, consigo levantar la cabeza. Pero sigo atrapada. No me tienen sujeta por ella, sino por los brazos.

Estoy sujeta con correas. Atada a una cama de hospital.

«Tranquilízate. No pierdas los nervios. Céntrate.» Aunque todo eso es mucho más fácil de decir que de hacer. Además, tengo la cabeza completamente abotargada. Debe de ser por lo que han usado para aturdirme. Esa siempre fue una parte de mi pesadilla: que me tuvieran tan dopada con una medicación tan fuerte que jamás lograra recuperarme. Y luego moriría sola y triste en un psiquiátrico, igual que le ocurrió a mi abuela. Tiro de nuevo de las correas que me sujetan, pero es inútil.

¿Y Jasper? ¿Lo habrán encontrado? ¿De verdad saltó desde el puente? Oh, Dios, lo he hecho todo mal. Se suponía que debía salvarlo, y, en lugar de hacerlo, he conseguido que me encierren en este lugar. Empiezo a llorar. Con fuerza. No puedo evitarlo. En muy poco tiempo, el llanto hace que me duela el estómago y la cara me quede empapada de lágrimas y mocos.

En ese momento se abre la puerta, y entra una mujer con el pelo castaño, muy largo y muy liso, que lleva puesta una bata blanca de médico. Es joven y guapa, pero con un estilo agresivo y práctico: no lleva maquillaje, ni joyas, y lleva el flequillo cortado en línea recta. Como si alguna vez le hubieran dicho que era muy guapa y ella se hubiera esforzado mucho en ocultarlo desde entonces. Intento dejar de llorar. Pero eso solo empeora las cosas.

—Por el amor de Dios, ¿estás bien? —Corre a coger una caja de pañuelos de papel situada en una mesa. Y entonces se produce un momento violento cuando se percata de que no puedo limpiarme sola porque estoy sujeta con correas, y pone cara de sorpresa. Como si esta situación fuera nueva para ella. Se queda dudando un segundo y luego empieza a desatarme las muñecas—. Toma, siento todo esto. . . —Deja la frase inacabada, como si no pudiera siquiera referirse a las correas por su nombre.

En cuanto tengo las manos libres, cojo los pañuelos y me limpio la cara.

—¿Han encontrado a mi amigo? —pregunto—. Se llama Jasper. Estaba en el puente buscándolo. No pensaba tirarme ni nada por el estilo. Pero entonces llegó la policía, y creo que debieron pensar que era yo la que... Bueno, no sé. Aunque estaban muy equivocados. —Aprieto los labios con fuerza, con la esperanza de que, al volver a hablar, me salgan las palabras con un poco más de coherencia—. Dijeron que buscarían a Jasper. Necesito saber si está bien.

Porque tiene que estarlo.

—Eso es horrible. —Primero parece confusa y luego comprensiva, quizá incluso un poco preocupada por mí—. Lo siento, soy la doctora Álvarez. Me temo que yo no sé nada sobre tu amigo. Pero intentaré averiguar algo. Deja que primero compruebe tus constantes vitales.

Asiento en silencio. Colaborar es lo más adecuado, al menos de momento. Me alegro de que los calmantes sigan haciéndome efecto, porque favorecen que las pulsaciones estén bajo control, aunque me sienta aterrorizada. Y permanecer tranquila contribuirá a demostrar que no me pasa nada malo. La doctora Álvarez de verdad quiere ayudarme. Lo percibo. Es fácil interpretar lo que siente porque mi propia ansiedad ha quedado al margen, aunque solo sea por efecto de la medicación. Además, no percibo intenciones ocultas, ni dudas. Estaría bien mantenerla a mi lado. Porque esto es un error, una confusión, una confusión terrible y desastrosa, por no mencionar lo irónica que resulta. Sin embargo, tal como la doctora Shepard me ha recordado en tantas ocasiones a lo largo de todos estos años, la coincidencia no es lo mismo que la causalidad. Y cuanto más razonable resulte mi comportamiento, antes se solucionará todo esto.

La doctora Álvarez me levanta la muñeca para tomarme el pulso, me coloca una pequeña pinza en el dedo y me mete un termómetro en la boca. Queda todo anotado en la típica libreta hospitalaria con tablilla sujetapapeles en cuestión de un minuto, tal vez dos. Luego me posa una mano en el brazo. Lo único que percibo es su amabilidad y preocupación, y de nuevo esa pizca de rabia por lo que me ha ocurrido. No estoy del todo segura de si puedo confiar por completo en la doctora Álvarez, aunque Dios sabe que quiero hacerlo.

—Tus constantes vitales son buenas —anuncia con una sonrisa reservada—. Ahora deja que vaya a averiguar algo sobre tu amigo. Mi supervisor, el doctor Haddox, vendrá a explicarte unas cosas.

—Yo solo quiero irme a casa. No iba a saltar. Estoy bien, de verdad. Lo juro. —Parezco desesperada. Como si estuviera mintiendo. Quizá debería haberme quedado calladita.

Siento cómo aflora la lástima en su pecho cuando me mira.

—Me gustaría ayudarte si puedo. —Asiente en silencio, pero alberga ciertas dudas. No estoy segura de si son dudas relativas a mí o a su propia capacidad—. ¿Cuál es el nombre completo de tu amigo?

—Jasper Salt.

—Vale —dice cuando se dirige hacia la puerta—. Déjame ver qué puedo hacer.

Espero hasta que la doctora Álvarez se ha ido para levantarme de la cama. Veo mis chanclas perfectamente colocadas junto a la pared del fondo; es mi

única pertenencia personal de la que hay rastro por aquí. Lo que en realidad quiero es mi móvil. Necesito llamar a mi padre. Al menos, él puede conseguir que la doctora Shepard hable con alguien de aquí para interceder por mí. No tengo ni idea de qué hora es, aunque espero que todavía no haya cogido ese vuelo a Washington.

No veo mi teléfono por ningún sitio. Salgo de la cama con la esperanza de que lo hayan metido en algún cajón. Solo cuando tengo los pies en el suelo veo que llevo puesta una sudadera y un pantalón gris. Me siento abochornada y expuesta al pensar que me han cambiado de ropa mientras estaba inconsciente. Aunque es peor la sensación de que ya me han preparado para una larga estancia en este lugar.

En este momento, tengo el corazón más desbocado que nunca; late con más intensidad de lo normal.

Recorro toda la habitación, abriendo y cerrando los cajones de muebles nuevos con tersas superficies, también reviso el armario. Todo vacío. Todo inmaculadamente limpio. Tampoco hay nada en el baño de relucientes baldosas blancas, excepto un reducido kit de productos de higiene para viaje. No hay ningún set de manicura con tijeritas ni ninguna pinza. Nada cortante ni punzante. Y, desde luego, no hay ningún teléfono.

Me acerco a la puerta y pego la oreja para escuchar con atención. Eso es lo que siempre he temido más sobre mi hipotético internamiento: los sonidos de una unidad de psiquiatría. Pero no oigo nada. O el pasillo está en silencio o la puerta es demasiado gruesa. Y no me parece muy inteligente abrirla. No puedo arriesgarme a que crean que pretendo escapar.

En lugar de abrir la puerta, me dirijo hacia la ventana y descorro las pesadas cortinas. Todavía hay luz en el exterior; seguimos en el mismo día. O eso espero. Quizá solo han pasado un par de horas. Solo quizá. Me obligo a seguir respirando con normalidad.

Enfrente hay una edificación de reluciente cristal y acero, moderno y muy nuevo. En su pulida fachada se refleja el edificio en el que nos encontramos. Es bastante parecido al otro: alto y reluciente, con una serie de ventanas dispuestas una junto a otra. Es bonito para ser un hospital, lo cual me alegra. Aunque quizá sea demasiado bonito. Desde la ventana alcanzo a ver el aparcamiento. Al fondo hay un viejo edificio de piedra blanca con una escalera que conduce a una entrada muy elegante, aunque derruida, con un pequeño toldo en forma de cúpula encima. Son las fantasmales ruinas de un antiguo hospital.

Siento una presión creciente en el pecho. Es el lógico ataque de pánico incipiente. Al parecer, la situación de emergencia que supone estar atrapada y a solas en una habitación no es suficiente para neutralizar mi ansiedad, tal como

sucedió cuando estaba buscando a Cassie. Intento aplicar las técnicas de respiración que me ha enseñado la doctora Shepard, y procuro tranquilizarme hablándome en voz alta. Me ayuda un poco. Pero no tanto como otras veces. Y si sufro un ataque de pánico en condiciones, no haré más que contribuir a que confirmen su teoría. Aunque, a lo mejor lo que necesito es liar una bien gordita. Exigir hablar con mi padre de inmediato. Quien no llora no mama, dicen. Sigo mirando por la ventana cuando se abre la puerta a mis espaldas.

—No es una gran vista, aunque tampoco es horrenda. Al menos no es una pared de ladrillo.

Cuando me vuelvo, veo que hay un hombre en la puerta. Es un poco mayor que la doctora Álvarez y un poco más joven que mi padre. Con unos amables ojos azules y el pelo color ceniza, es atractivo sin llegar a ser exageradamente guapo. Lleva una libreta de hospital con sujetapapeles en una mano.

—Soy el doctor Haddox —se presenta y sonrío al tiempo que avanza con la mano que tiene libre tendida hacia mí.

Cuando se acerca, percibo que está nervioso o incómodo o algo así, pero intenta ocultarlo comportándose de manera en extremo serena y segura. No está funcionando. Al menos, no conmigo.

Porque tal vez esté al principio de un ataque de pánico, pero percibo una sensación más nítida, más ubicada en las tripas y más fría que antes, en comparación a lo que me transmite él. Su incomodidad tiene una frecuencia más elevada, en cierta forma, es más caliente y me perfora el pecho. El contraste resulta cada vez más evidente. El doctor Haddox tal vez sea el médico jefe, pero no está seguro de querer serlo.

Dudo antes de tender la mano. Su expresión se relaja, aliviada cuando por fin decido hacerlo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Oh, creo que solo un par de horas.

—¿Dónde está mi móvil? —pregunto, y por la forma en que el doctor Haddox contrae el rostro, ha debido de decirlo con un tono demasiado agresivo.

—Bueno... —Mira a su alrededor como si de verdad creyera que vamos a sentarnos en algún sitio—. No estoy seguro del todo. Pero sí que sé que requisamos los móviles; ya sabes, cada casa tiene sus normas. Es solo para evitar cualquier problema. ¿Lo llevabas cuando ingresaste?

No percibo ni rastro de fingimiento cuando se acerca a la cómoda y abre un cajón para buscar mi móvil como he hecho yo hace tan solo un instante.

—No tengo ni idea de si lo llevaba o no encima —contesto. Recuerdo que lo tenía en el bolsillo trasero del pantalón cuando llegué al puente. Pero posiblemente se haya caído al agua. O tal vez se me haya caído del bolsillo

cuando me tiraron al suelo—. Estaba inconsciente cuando me trajeron a rastras hasta aquí. No tengo ni idea de lo que tenía o no tenía.

Cierra los ojos durante un instante.

—Está bien —dice con serenidad—. En cuanto a eso... Lo siento mucho. No sé cuál puede haber sido la confusión, pero jamás debería haber ocurrido algo así. —«Confusión.» Por fin hay alguien que lo entiende.

—Entonces ¿puedo marcharme? —pregunto, echando un nuevo vistazo a mi alrededor en busca de mis pertenencias, que no me importaría dejar atrás si eso significa que puedo largarme de aquí.

Las cejas castañas del doctor Haddox se fruncen al tiempo que ladea la cabeza.

—Oh, no —responde incómodo—. Con lo de confusión me refería a todo el procedimiento que supuestamente debemos aplicar, el cual en tu caso no se ha seguido. Empezando por el hecho de que deberíamos haber ido a tu casa.

—A mi casa, no —corrijo—. A casa de Jasper.

—Jasper es tu amigo, ¿verdad? —me pregunta—. Por eso estabas en el puente.

—Por eso ellos estaban en el puente —puntualizo, deseando que este médico fuera un poco más rápido para pillar el verdadero sentido—. La madre de Jasper llamó a la policía porque yo se lo dije. Me preocupaba que Jasper pudiera... No sé... cometer alguna estupidez. No sé cómo lo confundieron todo, porque creyeron que iban a buscarme a mí. —Espero a que reaccione de algún modo, alguna señal de que estoy convenciéndolo. Pero sigo percibiendo solo su confusión—. En cualquier caso, estoy aquí porque creyeron que yo era Jasper.

—No —niega el médico, con serenidad y amabilidad—. Estás aquí, Wylie, porque enviaron una ambulancia y paramédicos a tu casa. Y... —consulta el informe que tiene en la mano—... parece ser que fue tu hermano quien...

—¿Mi hermano?

—Sí, tu hermano... ¿Gideon? Oh, no, espera, aquí dice que él no sabía dónde estabas. Creo que fue la amiga de tu madre quien les dijo que estabas en el puente —comenta y mueve la cabeza con un satisfecho y rápido gesto de asentimiento.

Esta nueva información no contribuye a mejorar en nada la evidente sensación de confusión que envuelve todo.

—Gideon no sabía que yo estaba en casa de Jasper —digo.

—Lo siento, no lo sé. Esos detalles no figuran aquí.

Supongo que es posible que Gideon lo haya supuesto y los haya enviado a casa del único amigo que todavía conservo.

—Nada de esto debería haber ocurrido así. No hay excusa... —El doctor

Haddox sacude la cabeza y toma aire—. No debería haber ocurrido. Y lo siento. Pero no es un error que estés aquí. Estás donde debes estar.

—¿De qué está hablando? —pregunto—. ¿Por qué?

Lo peor de todo es que percibo que está diciendo la verdad; al menos la verdad tal como él la entiende. Han empezado a temblarme las manos.

—Sé que es difícil de entender. Y te prometo que te lo explicaré. Pero si antes pudieras...

—¡No!

Grito con tanta fuerza que se oye el eco de mi voz. Y me alegro. Aunque el grito me haya dejado sin aliento.

Ya he tenido que soportar una mierda como esta antes. Con Quentin en el campamento: «Espera un segundo; te lo explicaremos todo». No pienso aguantarlo otra vez. No pienso volver a confiar en gente que me encierra. Si me privas de libertad, creeré que todas las palabras que salgan de tu boca son mentira. Aunque tú mismo no seas consciente de ello.

—Entiendo que estés molesta, Wylie, y confusa y, teniendo en cuenta las circunstancias, tienes todo el derecho a estarlo —prosigue el doctor Haddox al tiempo que mira de forma disimulada hacia la puerta. Está planteándose si llamar a alguien. Quizá a alguien con una jeringuilla, para que lo ayude a controlarme. Debo andarme con cuidado. Como mínimo, debería planear una estrategia. Ellos son los que tienen los calmantes. Aunque también percibo culpabilidad en el doctor Haddox. No le gusta mantenerme desinformada. Si sigo insistiendo, podré sacar partido de su cargo de conciencia—. Te prometo que te lo explicaré todo dentro de...

—Ahora —digo en voz baja y con serenidad. Puedo hacerlo. Puedo exigir la respuesta que merezco sin permitirles que digan que estoy siendo «ilógica» o que estoy teniendo una reacción «exagerada». Puedo usar la información que ahora tengo sobre el doctor Haddox, que tiene dudas personales sobre esta situación, para que me cuente la verdad. Quizá no me guste eso de ser una Extraña, pero juro que lo usaré en mi propio beneficio—. Escuche, su gente me ha acorralado y me ha drogado. Creo que el hecho de exigir una explicación es algo totalmente razonable. —Me cruzo de brazos—. Si no me la da, supongo que tendrán que drogarme otra vez.

El doctor Haddox tuerce el gesto, luego se lleva una mano a la frente y se frota las sienes. Lo de las drogas es lo que más le ha molestado. Es una baza que debo seguir jugando.

—Vale —dice y se desplaza hasta la silla para visitantes y se apoya sobre la cama. Pero yo no tengo intención de sentarme—. Creemos que existe la posibilidad de que tú... De que todas las personas que estáis aquí tengáis algo

llamado PANDAS.

—¿PANDAS? ¿Qué es eso?

—Es un trastorno neurológico autoinmune asociado a los estreptococos, consecuencia de una infección de garganta que no ha recibido tratamiento. Puede provocar toda una serie de síntomas psicológicos, sobre todo TOC y ansiedad, aunque creemos que existen variantes de estos síntomas o que los síntomas del PANDAS quizá sean más amplios de lo que creíamos con anterioridad, lo cual incluye otras alteraciones del estado de ánimo. ¿Has experimentado episodios de ansiedad intensa últimamente?

Es una pregunta cuya respuesta no va a beneficiarme.

—Yo no he tenido infección por estreptococo. Ni siquiera tengo la garganta irritada —digo en lugar de responder a la pregunta.

—La infección por estreptococo suele ser asintomática, así que posiblemente no hayan aparecido los síntomas asociados al estreptococo, como puede ser la irritación de garganta. Y en este caso puede haber sido incluso producto de la ingesta de algún alimento.

—¿Qué está diciendo? —pregunto—. ¿Qué narices quiere decir que ha sido por la ingesta de algún alimento?

—Ya sé que es demasiada información para asimilarla de golpe —admite con una sonrisa de medio lado que es más bien una mueca—. Sería más fácil si se lo hubieran explicado todo a tus padres como se suponía que debían hacer.

—Sí, porque no pueden retenerme aquí sin el consentimiento de mi padre. —De eso estoy segura al cien por cien. Suponiendo, claro está, que no me vengán con el rollo de «eres un peligro para ti misma», pero no parece que sea su intención—. Eso es ilegal.

Rachel estuvo hablando precisamente de ello la última vez que vino a casa y recuerdo que dijo que si el gobierno te retiene así se trata de una retención no autorizada.

—No creo que sea ilegal en una situación como esta —dice el doctor Haddox y parece apesadumbrado—. Escucha, yo soy solo el médico que debe valorar la posibilidad de que tengas PANDAS. No cuento con toda la información. Ni siquiera sé con exactitud cómo os han aislado. Pero estoy bastante seguro de que están actuando dentro del marco de la legalidad. El NIH ya ha aplicado este tipo de protocolo tanto en el caso de las paperas como del ébola.

—¿El ébola? —pregunto.

—Tranquila, el PANDAS no tiene nada que ver con el ébola. Te lo he mencionado solo como un ejemplo más de las situaciones con las que tiene que lidiar el NIH.

El NIH. ¿Alguien ha llamado a mi padre del NIH en Washington el mismo día

que el NIH me interna en un hospital? De ninguna manera puede ser una coincidencia.

—Necesito hablar con mi padre.

—Desde luego. Ya lo hemos llamado más de una vez y no hemos conseguido localizarlo —dice el doctor Haddox—. ¿Sabes dónde puede estar?

En Washington. En el avión. Seguramente está ahí.

—¿Qué hora es?

—Casi la una, creo.

—Está en un avión —afirmo—. Pero pronto llegará a Washington. Y volverá a tener el móvil encendido.

—Seguiremos intentando localizarlo —dice el doctor Haddox. Y entonces se le tensa la expresión del rostro—. Aunque el gobierno tiene una amplia autoridad en situaciones potencialmente contagiosas como esta, en este caso, la tiene el NIH. Sin embargo, sospecho que el CDC, el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, también tiene mucha autoridad, por el bien de la sanidad pública. —Esa frase no es suya. Alguien lo ha adoctrinado para que la use—. Aunque, insisto, eso no es excusa para lo ocurrido en tu caso. Sinceramente, creo que los enfermeros de urgencias se han dejado llevar por el pánico. No les han dicho gran cosa. Esta situación es poco habitual, y a todos nos han dicho que demos la mínima información posible. Solo pretendían hacer su trabajo. No estoy excusándolos por...

—Pero sí está haciéndolo —afirmo con rotundidad—. Eso es exactamente lo que está haciendo.

—Lo siento —se lamenta y se queda mirando al suelo—. Tengo entendido que seguimos teniéndote ingresada para realizarte algunas pruebas. Necesitamos hacer una sencilla extracción de sangre y formularte unas preguntas para asegurarnos de que nada empeora. Te suministraremos una tanda de antibiótico para tratar el estreptococo y eso debería ser todo. Si se trata de un caso de PANDAS, por lo general, los síntomas psicológicos desaparecen bastante rápido. —El doctor Haddox por fin levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Decisión, esa es la emoción que capto. Está decidido a hacer bien su trabajo, a mostrarse como un profesional competente. Y percibo que cree en lo que dice. Y también sé que eso no quiere decir que tenga razón—. No es muy frecuente encontrar tantas personas afectadas en una zona geográfica tan pequeña, y el PANDAS es una enfermedad relativamente infrecuente y no es contagiosa. Al menos, hasta ahora. La situación obliga a preguntarse cómo es posible que la hayan contraído tantos sujetos. Por eso está involucrado el NIH, y nos han involucrado a nosotros.

—¿Así que usted no trabaja para el NIH?

—Oh, no, yo solo soy un adjunto. Trabajo para un profesor de investigación. Mi jefe es un experto, por eso el NIH lo ha mandado llamar. Y por eso estamos aquí —dice como si todavía no estuviera seguro de cómo ha ocurrido. Y eso no le gusta.

—¿Y no sabe por qué creen que tengo esto?

—No —contesta—. Eso no nos lo han dicho. Solo nos han dicho que tienen razones para sospechar que todos los internos la tenéis.

«Todos los internos.» Me da miedo preguntar cuántos somos. Y no estoy segura de si eso me haría sentir mejor o peor que cuando creía que me habían internado en un psiquiátrico.

—Se supone que pronto llegará alguien del NIH para informar de todos los detalles. Estoy seguro de que te parecerá ridículo que diga que yo los ignoro, pero de verdad que es así.

—¿Y qué pasa si quiero irme? —pregunto—. ¿Qué pasa si no quiero que me administren el tratamiento ni que me hagan las pruebas? ¿Puedo salir por esa puerta?

El doctor Haddox inspira profundamente. Percibo que está planteándose eludir la pregunta, pero al final decide jugar limpio.

—No, no puedes marcharte —responde—. Todavía no. Pero si vienes conmigo, te presentaré a los demás y programaremos tu extracción de sangre. Al menos eso agilizará las cosas.

—Antes necesito saber si Jasper está bien —exijo—. Mi amigo del puente. La doctora Álvarez dijo que intentaría averiguar qué le ha pasado.

El doctor asiente con la cabeza.

—Por supuesto, la doctora iba a hacer una llamada para informarse justo cuando yo he entrado. Podemos reunirnos con ella de camino.

El pasillo está vacío. No hay ni un solo ser humano a la vista. Aunque, en todos los demás sentidos, parece un hospital normal y corriente: una sala de enfermeras con archivadores de acordeón llenos de carpetas color crema, material médico variado desperdigado por ahí, y habitaciones con las puertas abiertas a lo largo del pasillo, incluso una camilla desocupada al fondo. Aunque este silencio sordo transmite algo profundamente perturbador. Como si hubiéramos topado con un lugar que ya ha sido evacuado.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto.

—Están todos en la sala común. —Mueve la cabeza para señalar hacia delante.

—¿Qué es este lugar? ¿Y por qué no hay nadie?

—Oh —exclama el doctor Haddox y vuelve a parecer sorprendido por lo poco que sé—. Estamos en un ala nueva del hospital general de Boston. Es una zona que está a su mínima capacidad. Vamos, creo que tanto tú como yo nos sentiremos más cómodos en la sala común.

Cuando pasamos junto a la enfermería, veo de soslayo un teléfono sobre la mesa.

—¿Puedo intentar llamar a mi padre desde aquí? —le pido. Quiero llamarlo de verdad, aunque también estoy poniendo a prueba al doctor.

—Por supuesto, desde luego —contesta sin dudarlo y parece sinceramente aliviado. Como si deseara más que nada que yo mantuviera esa conversación. Avanza y me pasa el teléfono—. Marca el nueve para que te den línea con el exterior.

Todavía espero que algo me lo impida, que el doctor Haddox se saque de pronto una excusa de la manga. Pero entonces el móvil de mi padre da tono de llamada y salta directamente al buzón de voz. Dejo un mensaje.

—Papá, soy Wylie. Estoy en el hospital general de Boston, en...

—El Ala Dwyer.

—El Ala Dwyer —digo—. La gente del NIH me ha traído a este lugar. Dicen que otras chicas y yo tenemos algo que se llama PANDAS. ¿Puedes venir o llamar en cuanto puedas?

Cuelgo y me quedo mirando al doctor Haddox.

—Él puede llamarme, ¿verdad?

—Por supuesto —responde—. De hecho, esperamos que lo haga. Como ya he dicho, le hemos dejado varios mensajes. El doctor Cornelia ha especificado que...

—Un momento, ¿quién?

El pulso se me ha acelerado aún más.

—El doctor Cornelia. Es un inmunólogo adjunto del Hospital Metropolitano de Nueva York. Es mi tutor en Cornell.

El doctor Cornelia de Cornell, por supuesto. Debería haberlos relacionado en cuanto el doctor Haddox ha mencionado eso del «trastorno» y el NIH. Sin duda alguna, está todo relacionado. Pienso en volver a llamar a mi padre enseguida, para añadir que el doctor Cornelia está implicado. Pero ahora tengo miedo de revelar al doctor Haddox la relación entre el doctor Cornelia y mi padre. Al menos por el momento tengo la impresión de que el doctor Haddox no tiene ni idea de quién soy.

—¿Quieres intentar llamar a alguien más? —Se desplaza hacia el teléfono para enfatizar la pregunta. Quiere dejarme claro que está de mi parte.

Asiento con la cabeza mientras marco el número de Jasper. Cuando salta directamente el buzón de voz, se me forma un nudo en el estómago. Ojalá no lo hubiera llamado.

Por un momento pienso en intentar llamar a Gideon, pero lo descarto al pensar en lo enfadado que estaba conmigo esta mañana. Y, además, no puedo olvidar que él les dijo dónde podía estar yo y que ni siquiera me advirtió. ¿Y si se alegra de lo ocurrido? ¿Y si no intenta ocultarlo? Si no llamo a Gideon, no tengo a nadie más a quien llamar, excepto a Rachel. Pero quiero hablar con mi padre antes de involucrarla a ella porque quizá solo consiga empeorar las cosas. No me fío nada del criterio de Rachel.

—¿Alguien más? —me pregunta el doctor Haddox.

Niego con la cabeza.

—No, por ahora no. A lo mejor más tarde.

Seguimos avanzando y atravesamos dos puertas batientes para acceder a una pequeña zona de recepción. Está tan vacía que pone los pelos de punta, como todos los demás sitios, aunque hay mobiliario: dos butacas de terso cuero color gris claro colocadas una frente a otra y una alfombra de color plomizo con estampado de rejilla, de rectas líneas color crema. También veo una mesita de café y una hilera de elegantes sillones alineados contra una pared. Pero no hay revistas apiladas en las mesas ni vasos de café usados sobre el aparador. Como si

nadie hubiera estado aquí en realidad. Como si supuestamente no tuviera que haber nadie. Los carteles que están en la otra punta dan indicaciones hacia diversos lugares: el ala a la memoria de Francis J. Dwyer hacia la derecha, la sala de reunión del personal y el Centro Augustus Burn a la izquierda.

Estoy a punto de preguntar dónde está la doctora Álvarez. Quiero exigir que vayamos a buscarla para que me diga lo que ha averiguado sobre Jasper, cuando doblamos una esquina y casi chocamos contra ella.

—Aquí estás —dice el doctor Haddox.

—Wylie, siento haber tardado tanto. —Sonríe, pero se siente incómoda.

—¿Han encontrado a Jasper? —pregunto.

—No en el... No —contesta—. Pero es una buena señal. La policía ha dicho que están seguros de que, si hubiera caído al agua, ya habrían encontrado algún rastro a estas alturas. —Duda un instante, pues intenta escoger con mucho tiento sus palabras—. Supongo que saben dónde suelen aparecer las personas arrastradas por las corrientes... —Se queda mirando al doctor Haddox—. Les he pedido que llamen a los padres de Jasper para confirmar si ha llegado a casa sano y salvo. Si estuviera en tu lugar, eso sería lo único que me tranquilizaría. La policía ha prometido devolverme la llamada a mi móvil personal cuando lo hayan comprobado. Te prometo que llamaré al doctor Haddox en cuanto tenga noticias de ellos.

Dice esto último con decisión, aunque con expresión seria, como si estuviera dejando claro que no será fácil, pero que ella está a la altura del reto. Ojalá me consolara, pero me provoca el sentimiento contrario. Aun así, en líneas generales, me siento menos aterrorizada por lo que haya podido pasarle a Jasper, pero sería mucho más fácil de asimilar si la doctora Álvarez no siguiera pareciendo preocupada.

—¿Qué ocurre entonces? —pregunto—. Parece más preocupada que antes.

La doctora Álvarez sonríe de una forma que no me resulta convincente, me posa una mano con amabilidad en el brazo y me da un apretón.

—Nada... no pasa nada con Jasper. Es que... es que no me encuentro bien. A lo mejor es por algo que he comido.

Está muy claro que miente. No importa lo buenas que sean las intenciones de la doctora, lo que ha dicho no hace que su mentira resulte más agradable.

—Debería irse a casa, doctora Álvarez. Cuídese —le indica el doctor Haddox, y no se refiere a que se tome algo y se acueste temprano.

Todo esto sobre la enfermedad es una tapadera para ocultar otra cosa. Y ambos lo saben.

—Lo siento —se disculpa la doctora Álvarez al doctor Haddox antes de seguir caminando.

Él asiente en silencio.

—No es culpa suya.

El doctor Haddox y yo nos quedamos mirando mientras la doctora recorre el camino por el que hemos llegado nosotros. Nos quedamos callados hasta que ella desaparece al doblar la esquina.

—Vamos, la sala común está por aquí —dice el doctor Haddox.

Al final del pasillo hay una serie de puertas cerradas sin ventanas. El doctor Haddox pasa una tarjeta de identificación personal por la ranura de un teclado, y las puertas se abren al mismo tiempo que emiten un zumbido. Me hace un gesto con la mano para que entre por delante de él.

La sala común es incluso más acogedora que la elegante recepción. De blanco brillante y muy espaciosa, la sala cuenta con ventanales que van del suelo al techo y un mobiliario moderno; un sofá modular con almohadones blancos y una alfombra de pelo largo en tonos naranjas y tierra. El mobiliario está distribuido en tres zonas distintas para sentarse y, en el fondo, hay una media docena de mesitas de centro cerca de una pequeña cocina para el personal, que cuenta con nevera y pila para lavar los platos. Es como el vestíbulo de un hotel moderno, pero barato. Además —tal como me habían prometido— hay más de una docena de personas repartidas por la habitación en distintos grupos. Son todas chicas y todas llevan el mismo chándal gris que llevo yo. Aunque algunas de ellas ya lo han adaptado a su estilo: las mangas enrolladas, las perneras subidas por encima de las rodillas... Todavía conservan su propio calzado, que, en el caso de las que usan tacones, resulta una rara combinación.

Todas chicas. Y el doctor Cornelia está involucrado. El doctor Cornelia y su teoría de que todas las Extrañas estamos enfermas. Todo esto debe de estar relacionado. Todas las chicas aquí presentes estamos relacionadas de alguna manera, aunque todavía no sé cómo.

Están todas frente a los ventanales, sentadas en los elegantes sofás. Un par de ellas están riendo y señalando algo mientras permanecen demasiado cerca de la gigantesca pantalla de televisión situada en la pared del fondo, junto a la salida de emergencia. Se me ocurre que podría reconocer a alguna.

Al menos hay una que va a la escuela preparatoria Stanton, una chica que es delegada de clase o algo parecido. La vi hablar el año pasado en la entrega de premios anuales, cuando a Gideon le otorgaron el de ciencias. Llevaba el mismo pintalabios de color rojo chillón que lleva ahora, y que se da de tortas con el chándal. Está guapa con esa melena corta de pelo negro, que hace resaltar su piel blanca como la cera. Hay otra chica que sin duda me suena del instituto Newton

Regional. Es alta y delgada como una modelo y guapísima, con una poblada melena negra y la piel perfecta; creo que se llama Becca. Ella es una de las que lleva tacones, sandalias de plataforma, para ser más exacta. Sin embargo, ella ha conseguido que combinen bien con el chándal, aunque no sé cómo. Becca frecuentaba los mismos grupitos que Maia, aunque no sé si llegaban a ser amigas. Se rumoreaba que Becca consumía heroína. Y, si no recuerdo mal, era un rumor bastante fiable.

Me pregunto si Jasper sería amigo suyo. Pensar en él me provoca un dolor en el pecho. Pero él está bien, tiene que estar bien. Además, yo lo sé.

¿Verdad? Eso creo. Eso espero.

Hay otras dos chicas en el fondo de la habitación y creo que también me suenan del instituto. Estoy bastante segura de que la de los rizos rojos, la cinta en el pelo y las pecas se llama Elise. Entró en mi centro justo antes del accidente de mi madre, justo a mitad de curso. Cassie me contó luego que Elise se había metido en líos por robar unas cajas enormes de chicles Trident de una farmacia de la cadena Rite Aid y revenderlas en el colegio. Cassie también me contó que Elise era una chica transgénero, y estaba encantada de pertenecer al círculo de personas a las que había confiado dicha información.

En ese momento suena el móvil del doctor Haddox, y me sobresalto.

—Ah, lo siento —se disculpa, y se mete la mano en el bolsillo para cogerlo—. Es el doctor Cornelia. Lo he llamado antes para contarle lo que ha pasado contigo. Debería hablar con él.

—Pero, por favor, vuelva a preguntar por mi amigo también. Se llama Jasper Salt.

El doctor Haddox asiente con la cabeza.

—Haré cuanto esté en mi mano —dice y se aleja para que no lo oiga hablar por teléfono, como si ese gesto de evitar que yo escuche su conversación con el doctor Cornelia no resultara sospechoso.

No dudo de las buenas intenciones del doctor Haddox. Pero el hecho de que quieras que los demás crean que haces lo correcto no convierte tus actos en correctos. Y quizá yo no sepa qué está ocurriendo aquí —dónde empieza y acaba todo—, pero estoy segura de que la implicación del doctor Cornelia es algo muy negativo. Para todas nosotras.

Solo cuando el doctor Haddox retrocede por las puertas por las que hemos entrado me doy cuenta de que hay dos hombres enormes y musculosos a ambos lados de otras dos puertas, en el otro extremo de la sala. Esas puertas sí tienen ventanitas. Son las puertas que dan al exterior o la zona central del hospital. Los hombres van vestidos con sendos uniformes negros, llenos de bolsillos, y están mirando hacia delante. Parece que vayan armados, aunque en realidad no veo

ninguna arma.

Un par de chicas se han percatado de mi presencia; la chica del pintalabios rojo chillón del colegio de Gideon parece especialmente interesada. Y a mí me asalta la ansiedad —la de siempre, nada que ver con el tema de los Extraños— al ver que tiene los ojos clavados en mí. Aunque, tal como ocurrió cuando salí disparada a buscar a Cassie, los intentos por mantener el tipo en esta situación de emergencia y alarma han hecho que la peor parte de la ansiedad se contenga bastante.

Aparte de las dos chicas que están viendo juntas la tele, todas las demás mantienen las distancias entre sí. En realidad, las demás chicas parecen totalmente apartadas y solas. Infelices, aunque también aterrorizadas.

Me quedo mirando cómo Becca se abre paso hasta uno de los guardias.

Sería más correcto decir que se abalanza sobre ellos, como una sinuosa criatura felina, a pesar de lo poco favorecedor que es el chándal. El guardia parece encantado, aunque no sorprendido, de que ella haya decidido acercarse. Como si se le acercaran siempre chicas guapas, a pesar de ser bajito, medio calvo y con un poco de barriga. Becca se apoya en la parte trasera del respaldo del sofá que tiene al lado y balancea una pierna hacia delante y hacia atrás, como un metrónomo. Intento imaginarla con una aguja en el brazo, y, aunque resulte extraño, lo consigo, pero no estoy segura de que el hecho de imaginarlo haga que el rumor sobre ella sea más probable.

Incluso desde la otra punta de la habitación, el coqueteo resulta evidente. No hace falta ser una Extraña para darse cuenta. Con todo, el guardia ha picado como un pardillo. Se inclina para acercarse más y decirle algo a Becca, con la barbilla levantada con un ridículo gesto de gallito.

—Oye, ¿cómo te llamas? —me pregunta alguien que tengo detrás.

Al volverme, veo a una chica menuda que parece haber sido engullida por su enorme sudadera y unas gafas todavía más grandes. Y la tengo justo a mi lado. Está demasiado cerca, aunque esos milímetros que le faltan para tocarme son los más importantes. Quizá sea producto de su cercanía, pero las emociones de la chica me invaden con intensidad y de forma inevitable, y son un auténtico caos. Está asustada y preocupada al mismo tiempo. Y muy excitada. ¿Por qué está excitada? ¿Lo estaré percibiendo bien? Me mareo intentando captar mejor sus emociones. Sus sentimientos se proyectan en mí como luces estroboscópicas: con demasiada fuerza de entrada para desaparecer al instante. Lo único que me apetece es retroceder y cerrar los ojos.

—¿Hola? ¿Cómo te llamas? —insiste. Esta vez en voz más alta.

—Wylie.

Retrocedo un paso con la esperanza de que ella mantenga la distancia.

La chica pone cara de incredulidad.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Es el nombre de mi abuelo —explico, e intento ser educada. Todavía no puedo permitirme ofender a nadie.

—Yo me llamo Teresa —dice, y luego pone los ojos en blanco—. Ya sabes, como la madre Teresa. Mi abuela es una fanática religiosa.

Se queda mirándome durante un minuto más, luego sonrío de una forma que me incomoda.

—¿Vas al Newton Regional? —le pregunto, aunque no la reconozco.

Cualquier cosa me vale para distraerme del zumbido ensordecedor de su maraña de sentimientos.

—Oh, no —contesta, como si fuera la sugerencia más ridícula del mundo—. Me educan en casa. Mi abuela era profesora de ciencias en el instituto, por eso pensó que ella lo haría mejor que nadie. Es muy fan de la educación en casa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto.

—Cuatro puñeteras horas.

Es la voz de otra persona. Al volverme, veo que se trata de la delegada de clase del colegio de Gideon. Cuando la miro de cerca me fijo en su elaborado maquillaje de ojos, aplicado a la perfección. En el momento en que se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, veo la pulsera que lleva; con incrustaciones de diamante. Me pregunto si serán auténticos. Gideon siempre ha sido el chico con menos recursos económicos del colegio.

—Oye, ¿te conozco?

—No, pero mi hermano va a la escuela preparatoria Stanton —digo, sorprendida de que ella me reconozca. O quizá haya reconocido los rasgos de Gideon en mi cara. Al fin y al cabo, somos mellizos.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Gideon.

Arruga la nariz.

—No, no tengo ni idea de quién es. —Tira de la pulsera negra trenzada que lleva en la otra muñeca. Nerviosa y triste: sus sentimientos son muy fáciles de interpretar. También está molesta, pero esa emoción parece secundaria frente al nerviosismo—. Me llamo Ramona.

Al volverme, veo que Becca se ha abierto paso, con disimulo, hasta nosotras.

—Yo soy Becca —dice.

—Sí, ya lo sé —respondo, y me preocupa que haya sonado raro—. Creo que íbamos juntas al Newton Regional. Yo era amiga de Maia, hace ya tiempo.

—¿Ah, sí? —exclama Becca, aunque no está especialmente interesada—. No recuerdo a nadie de allí. Estaba siempre muy colocada. Y luego dejé de ir.

—¿Lo dejaste? —pregunto. Y suena como si la estuviera juzgando, y resulta raro.

Ojalá me hubiera callado. Porque lo que de verdad quiero preguntarle es si conoce a Jasper. Y tengo la incómoda sensación de que podría decirme algo que aumentará aún más la preocupación que siento por él.

Becca se encoge de hombros.

—Mantenerse sobria es un trabajo a tiempo completo. Pero ahora lo estoy. He hecho todo lo que me habían dicho para sacarme el graduado a tiempo. He ido al psicólogo y tengo un tutor y todo eso. —Sacude la cabeza—. Por eso todo esto es una mierda.

—Casi ninguna de las que estamos aquí hemos asistido al colegio regularmente. Hemos descubierto por nuestra cuenta que tenemos eso en común —dice Ramona—. No paran de decir que van a explicárnoslo todo, incluido el hecho de que seamos nosotras las afectadas. ¿Por qué estamos aquí? Pero no nos han dicho una mierda. Insisten en que debe contárnoslo otra persona. Primero fue el doctor Haddox, y ahora él dice que tiene que ser el NIH. Por eso empezamos a creer que es algo relacionado con el hecho de no ir al colegio, aunque sea por razones diferentes en cada caso. En el caso de Becca fue por las drogas; en el de Teresa, por su educación en casa, que, reconozcámoslo, es algo mucho más conveniente para todos. —Miro a Teresa para ver si se ha percatado de la pulla, pero, por lo visto, no estaba escuchando—. Esa chica de ahí tiene una especie de problema con la alimentación. Esa otra es cleptómana. Yo estaba haciéndole *bullying* a alguien. Lo cual, por cierto, no es verdad en absoluto.

—¿No os han contado lo del PANDAS? —pregunto, no muy emocionada ante la idea de tener que explicarlo yo.

—Oh, sí que nos han hablado de eso. —Ramona hace un gesto de desprecio con una mano—. Esa es su versión. Pero todas pensamos que eso es una mentira. Aunque mis padres estaban totalmente obsesionados con el tema de que tenía que haber alguna «explicación» para que yo estuviera «tarada». —Se encoge de hombros—. Se tragarían lo de que tengo la plaga esa siempre que demostrara que no tiene nada que ver con ellos. Les advertí que esta mierda era muy sospechosa y ellos reaccionaron en plan: «Nos da igual. Curen a nuestra hija y ya está».

Sin embargo, Ramona no ha mencionado el hecho de ser una Extraña ni tener percepción emocional hipersensible ni nada por el estilo. Debería comentarlo, o al menos ofrecerles la posibilidad de conocer ese dato. Pero algo hace que me contenga. Les parecerá una locura. Y será difícil de explicar. Sin embargo, no es eso lo que me retiene. Tampoco estoy lista para revelar lo único que poseo: mi secreto. Mantenerlo no me hace sentir buena persona. Aunque eso no lo

convierte en absoluto en una buena idea. Y, en mi defensa, debo decir que últimamente no tengo muchos motivos para confiar en la gente.

—Esto es una imbecilidad —dice alguien desde una posición inferior.

Hasta ese momento no me doy cuenta del par de pies que asoman por el borde del sofá situado a mi derecha, las piernas que están estiradas sobre todo el asiento. Un libro tapa el rostro de la chica. *1984*, de George Orwell.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es una imbecilidad? —pregunta Becca a quienquiera que esté detrás del libro.

—Todas vosotras intentando averiguar qué planean en realidad estos gilipollas —sigue diciendo la chica. Le miro las manos y tiene un tatuaje con el símbolo de infinito en la cara interna de la muñeca—. Da igual lo que imaginéis, la realidad será mil veces peor. Y ellos no van a confesar, aunque deis con la verdad.

—¿A quiénes te refieres? —pregunta Ramona, molesta, aunque también un poco recelosa. Al menos creo que eso es lo que está sintiendo. Con tantas chicas a mi alrededor es imposible percibir con claridad las emociones de nadie.

—Eso depende de la situación —responde la chica oculta por el libro—. En este caso, ellos son todos los demás. Todos menos nosotras.

En parte tiene razón. Algo que aprendí desde lo ocurrido en el campamento de Maine es que quien está «al mando» puede ser un concepto mucho más complicado de lo que parece.

—A ti también te he visto hablando con el guardia —le comenta Ramona a la chica del libro—. ¿Estás segura de que no te ha dicho nada?

—Yo no he hablado con nadie —replica la chica.

—Yo te he visto —insiste Ramona.

—Entonces te recomiendo que vayas al oculista.

—Hola —digo y espero que la chica baje el libro. El contacto visual podría ayudarme a percibir lo que siente. Ahora mismo, el runrún de emociones que emite el grupo resulta ensordecedor—. Me llamo Wylie.

Por fin, la chica baja el libro. Tiene unos ojos color ámbar espectaculares y el pelo largo, rizado y castaño. Su belleza resulta apabullante. Enarca una poblada ceja. Pero sigo sin poder interpretar qué siente. No siento nada en absoluto. Los sentimientos de algunas personas me llegan borrosos, pero los de esta chica son como una pared de ladrillo.

—Sí, ya sé cómo te llamas porque hace menos de un minuto que se lo has dicho a Teresa —afirma con brusquedad. Pero, aunque parece molesta, no percibo esa emoción—. Y, ¿sabes?, si esa es tu forma de engatusar a la gente para que te digan el nombre ya estás buscándote otra estrategia. Porque la de ahora es una mierda.

—No le hagas mucho caso a Kelsey —me aconseja Ramona—. Es que es un

poco... gilipollas. Al parecer, no puede evitarlo.

Kelsey frunce el ceño.

—Solo porque no me apetezca jugar a los puñeteros detectives con vosotras, panda de imbéciles, no quiere decir que sea gilipollas. —Se reacomoda en el sofá y vuelve a levantar el libro—. Tienen dos días para hacer sus estúpidos análisis y observarnos o la mierda que quieran hacer con nosotras. Al menos a eso han accedido mis padres. Y eso es todo. Esperemos solo que no nos implanten alguna mierda de chip o nos metan algún veneno mientras estamos aquí.

—Dicen que nadie con ébola ha estado realmente aquí —comenta Teresa al tiempo que se sienta en el suelo y se sujeta las rodillas mientras echa un vistazo a su alrededor. Me alegro de que el ruido emocional colectivo esté impidiéndome percibir sus sentimientos. No me importaría no volver a saber jamás lo que se le pasa por la cabeza—. ¿Debemos creérselo? A lo mejor quieren infectarnos con algún virus a propósito., como ha dicho Kelsey.

—Yo no he dicho que vayan a infectarnos —protesta la aludida—. Yo he dicho que van a envenenarnos.

—Déjalo ya —dice Ramona, y vuelve a balancearse sobre los talones. Esta vez da tres tirones a la pulsera y luego otros tres. Quizá ese movimiento responda a un TOC, aunque las emociones que me llegan proyectadas desde ella son algo más complejas. Está todo mezclado con rabia, el tipo de rabia que podría llevarte a acosar a alguien—. ¿Por qué cojones has sacado el tema del ébola, Teresa?

—Además —agrega Becca señalando a los guardias de seguridad—, ellos llevarían mascarillas o algo que los protegiera.

—Tienes razón, bien visto. —Ramona suspira aliviada—. ¿Lo ves, Teresa? Ahora cierra el pico de una puta vez.

—¿Qué tiene que ver el ébola con todo esto? —pregunto y no me gusta que eso me haga recordar algo que ha comentado antes el doctor Haddox.

—Esta parte del hospital. —Becca hace un gesto para señalar toda la sala—. ¿Te acuerdas de cuando unas personas en Estados Unidos contrajeron el ébola hace un par de años? Construyeron esto para tener en cuarentena a los afectados. El doctor Haddox nos contó que nunca llegaron a usarla porque la gente dejó de enfermar.

—Oh —digo, y entonces veo que todo tiene sentido.

—Te sientes peor al saberlo, ¿a que sí? —me pregunta Kelsey. Me quedo mirándola, pero no respondo; tiene razón. No puedo decir por qué el detalle del ébola resulta tan desconcertante, quizá sea porque es algo demasiado real. Sí que había oído que hace unos años habían construido un hospital para una especie de

cuarentena, cuando el ébola no paraba de salir en las noticias. Recuerdo haberme sentido muy impactada por el hecho de que se pudiera encerrar a las personas, así como así. Y ahora nosotras estamos aquí. Encerradas aquí dentro, tal como le pasó a esa gente—. Bueno, esa es la razón por la que no quiero jugar a los detectives. Porque, la mayoría de las veces, la verdad es incluso peor de lo que uno teme.

Alguien situado justo detrás de mí, da una fuerte palmada. Es Becca, que se ha desplazado hasta el centro de la sala. Aplaude de nuevo, dos veces más, como si estuviera llamando al orden a una clase de niños pequeños.

—Bien, dos verdades y una mentira —dice Becca—. Vamos. Todo el mundo juega, y punto. Necesito distraerme, joder.

Se oyen unos cuantos murmullos de protesta. Pero la mayoría de las chicas parecen contentas de tener algo que hacer. Mi reacción inicial es negarme. ¿Cómo voy a jugar a nada cuando todavía no sé si Jasper está bien? Aunque, de momento, lo que de verdad necesito, yo también, es una distracción. Tengo la impresión de que mi buena salud mental depende de ello.

—¿Cómo se juega a «dos verdades y una mentira»? —pregunta Teresa, como si temiera meterse en líos.

Nadie le contesta. En lugar de responder a la pregunta, todas nosotras nos arremolinamos alrededor de Becca. Incluso Kelsey está de pie en este momento, aunque no parece dispuesta a jugar.

—Por el amor de Dios, apartad y sentaos —nos pide Becca a medida que nos acercamos como bocas ansiosas de recibir alimento—. Dejadme un poco de espacio para respirar. Normalmente juego a esto cuando voy mucho más colocada y con mucha menos gente.

Al final, estamos todas sentadas en un amplio círculo en el suelo, con las piernas cruzadas y los hombros hundidos, como casi todas las adolescentes. Becca es la única que todavía sigue de pie en el centro, mientras las demás la esperamos. Y estamos esperando algo más que un simple juego. Como si quisiéramos que ella nos guiara hasta las verdaderas respuestas. Pero Becca no está lista para soportar tanta presión. No tarda en poner una expresión tensa y palidecer.

Al mirar a Becca, me pregunto cómo cambiarían las cosas si ella supiera que es una Extraña, suponiendo, claro, que no me equivoque al pensar que lo es. Si supiera que esa parte de lo que siente en ese momento podría ser lo que estamos sintiendo todas. Para mí, ha cambiado todo desde que lo descubrí. Cada una de nosotras podría seguir destrozada por dentro a su manera, a lo mejor de formas que no serán fáciles de curar. No obstante, entender esa parte de nosotras podría

ayudarnos a ver la totalidad de nuestro ser como algo muy complejo y no solo como un ente enfermo.

Además, quizá descubrir que hay más como nosotras, que no estamos solas, también podría suponer un cambio. Y, no, todavía no estoy segura de que estas chicas sean Extrañas, pero el simple hecho de pensarlo, el hecho de poder estar con personas como yo, ha hecho que me sienta más segura, que pise con más firmeza.

—Ya lo haré yo —dice Ramona, al tiempo que se levanta y hace un gesto con la mano para apartar a Becca, con la confianza y la insolencia propia de una hermana. Como si quedarse paralizado fuera algo que le ocurre constantemente a todo el mundo—. Tú siéntate.

Becca se aparta arrastrando los pies y ocupa el lugar de Ramona al borde del círculo, luego se abraza con fuerza las piernas dobladas contra el pecho y pega la boca a las rodillas. Está demasiado apartada de mí para que consiga percibir con exactitud qué siente. Sin embargo, sea lo que sea, tiene aspecto de estar odiándose por ello.

—Vale, dos verdades y una mentira —accede Ramona, como si estuviera pasando las fichas giratorias de su archivador mental en busca de las reglas del juego.

Teresa levanta la mano.

—¿Esto no tendrá nada que ver con sexo, ni con nada por el estilo? Porque... Ya sé que sonará estúpido, pero... —Se mira el regazo, cabizbaja—... No puedo hablar de eso. Ya sé que mi abuela no está aquí y no me oye, pero eso le quitaría seis minutos de vida.

Por la forma en que Teresa lo dice, parece convencida: la norma de los seis minutos y la vida de su abuela. Como si ya le hubiera quitado horas de existencia a la vieja.

—No tiene por qué estar relacionado con sexo —expone Ramona, pero Teresa sigue con el ceño fruncido.

Seamos sinceras: todas sabemos que, a nuestra edad, al final todo acaba teniendo alguna relación con el sexo.

—Entonces, nada de sexo —resuelve Kelsey, como si fuéramos tontas por no haber dado con la solución más fácil—. Nada de verdades ni mentiras sobre sexo. Y punto —zanja—. Nadie debe sentirse más incómoda de lo que ya nos sentimos tal como están las cosas.

Y ahí, en la inesperada compasión de Kelsey, se encuentra el potencial. Una posibilidad para todas. Si permanecemos unidas.

—Vale, lo que tú digas —dice Ramona, molesta.

Como si ya se hubiera hecho a la idea de hablar específicamente sobre sexo.

Aunque resulte estúpido, a mí me sorprende que el no hablar de ese tema también les pese a las demás. Porque, para mí, será facilísimo.

—Y ahora, ¿puedo explicar ya cómo se juega?

—Sí, por favor —dice Teresa sonriendo.

Teresa no es la clase de chica acostumbrada a pertenecer a un grupo a pesar de haber ido al colegio con otros chavales. Así que el estar aquí, con estas chicas, seguramente es su primera oportunidad de hacerlo. En mi caso, es la primera vez que tengo la ocasión desde hace mucho tiempo. Maia y todas las demás ya forman parte de otra vida.

—Está bien, empezaremos con... —Ramona mira a su alrededor y señala a la pelirroja del chicle Trident, Elise—... contigo. Di dos cosas sobre ti que sean verdad y una que sea mentira.

—Y dile a la persona que tienes al lado cuál es la mentira —añade Kelsey y se encoge de hombros cuando Ramona la mira—. Es para que la gente sea sincera.

—Sí, vale, está bien. —Ramona se vuelve para mirar a Teresa y pone los ojos en blanco—. Y no puede ser nada relacionado con sexo ni con algo divertido, por lo visto. La chica que tenéis justo enfrente tiene que adivinar cuáles son las dos verdades y cuál es la mentira. Nosotras llevaremos la puntuación; quien adivine más verdades y mentiras gana... Yo qué sé... Los cien pavos que llevo en la cartera, si es que algún día nos devuelven nuestras cosas.

Elise mira a las chicas sentadas en círculo con nerviosismo, luego parece decidir que no piensa dejarse amedrentar por la presión de tantas miradas puestas en ella. En lugar de eso, endereza la espalda. Se agacha y susurra algo al oído de Teresa, que está a su lado, antes de volverse de nuevo hacia el grupo.

—Una vez monté un toro. Soy alérgica a la menta y me encantan las coles de Bruselas —suelta las tres frases de un tirón.

—Vale. Tú. —Ramona señala a otra chica que está justo enfrente, una que tiene unos ojos enormes y desconcertantes de muñeca, a la que no he oído hablar todavía—. ¿Cuál es la mentira?

—La menta —responde la chica, y parece mucho más segura de lo que expresan sus ojos asombrados—. No es alérgica a la menta.

Elise emite un bufido de exasperación tan exagerado que me sorprende. Está molesta de que la hayan descubierto tan rápido.

—Da igual.

Y así vamos siguiendo los turnos del círculo durante unos quince minutos. El juego se desarrolla con rapidez. Hay una chica cuyo color favorito no es el verde, otra que odia la pizza y otra que fue profesional de la barra de equilibrios. Una de nosotras tiene fobia a la mantequilla de cacahuete, le encantan las arañas y odia a su padre. Otra tiene una novia que se llama Sid. En cada turno, la

mentira se detecta con rapidez y facilidad. Al final, sin habérselo propuesto, las mentiras y las verdades empiezan a volverse más elaboradas y específicas: «Nevaba cuando nací; mi casa es el número 714. Una vez tuve una profesora que se llamaba Rose». Pero los resultados no varían; porque todas nosotras somos capaces de descubrir la mentira en cualquier caso.

Porque todas somos Extrañas. Todas y cada una de nosotras. Tal vez antes ya tuviera mis sospechas, pero ahora estoy segura.

Pero ¿de dónde salen? Después de lo ocurrido con Quentin, mi padre ha ocultado los nombres de cualquier otra Extraña que haya descubierto gracias a los test de su investigación. Las pruebas que él mismo pagó con un pequeño préstamo que le hicieron sus padres. Unas pruebas de las que no existen resultados publicados. No hay seguimiento de los datos. El único lugar donde realmente tomó notas de ellos es una hoja que tiene en su despacho. Quizá estas sean las Extrañas que descubrió el ejército gracias a su investigación «secreta», la que mi padre mencionó y luego intentó desestimar.

Miro a Becca para averiguar si ha propuesto este juego a propósito, para probar la PEH de todas, aunque, por su mirada inexpresiva, deduzco que no ha sido así. Cuando echo un vistazo a mi alrededor, nadie más parece sorprendida de la asombrosa habilidad de todas para distinguir las verdades de las mentiras, ni lo que eso puede significar.

Es decir, hasta que me topo con la mirada de Kelsey y siento una aguda punzada de reconocimiento. Como si ella supiera exactamente qué está pasando. Pero casi con la misma rapidez, aparta la mirada y ya no percibo nada.

¿De verdad ha ocurrido? ¿Lo he imaginado?

Todas deberían saber que son Extrañas. ¿No debería ser así? A menos, claro está, que el hecho de saberlo suponga un riesgo mayor para ellas. Después de lo que le ocurrió a Cassie, es difícil saber si es más seguro no saber nada. O saberlo todo. Depende de qué trate todo esto. Necesito hablar con mi padre. Necesito volver a llamarlo.

Intentando no llamar mucho la atención, me retiro del círculo marcha atrás, me levanto en silencio y me dirijo hacia los guardias. Aunque estén mirando al suelo, noto cómo me observan mientras me acerco y deseo no haberlo hecho.

—Necesito hacer una llamada telefónica —expongo. Y los guardias siguen sin mirarme—. El doctor Haddox dijo que podía intentar volver a llamar a mi padre. ¿Dónde hay un teléfono?

Al final, se miran entre sí para intentar decidir qué responder. El que estaba tonteando con Becca mira en mi dirección.

—Hay uno en esa pared de allí —dice, no muy convencido.

Nuestras miradas coinciden solo durante un minuto, pero percibo una

sensación horrorosa y gélida. Como si estuviera muerto por dentro. Si fuera necesario, será capaz de negar más adelante que me ha dado permiso para llamar.

Cuando recorro la distancia hasta el teléfono, espero que algo me detenga. Que alguien me impida hacer la llamada. O que la línea no funcione al levantar el auricular. Sin embargo, transcurrido un segundo, el móvil de mi padre da señal. El corazón me da un vuelco de alegría cuando por fin responde.

—Hola, Wylie —me saluda, como si nada, aunque un poco jadeante—. Me pillas cruzando la terminal. Estoy intentando localizar al conductor que han enviado a buscarme. No suelen gustarme mucho estas cosas, pero que alguien lleve mi nombre escrito en unos de esos...

—¡Papá! ¿Has recibido mi mensaje?

—¿Qué mensaje? —pregunta, todavía respirando con dificultad—. Espera, no cuelgues. —Una pausa—. Todavía no he recibido nada, lo siento. El móvil estaba en modo avión. ¿Va todo bien?

Percibo la mirada de los guardias clavada en mí. Debo escoger las palabras con cuidado. Están buscando cualquier excusa para intervenir.

—Estoy en un hospital.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, y ya está aterrorizado—. ¿Estás bien?

—No me pasa nada malo —respondo—. Pero ¿te acuerdas del doctor Cornelia de Cornell? Nos ha traído aquí a unas cuantas chicas. Dice que tenemos algo llamado PANDAS.

—¿Qué? —Ahora está enfadado. Asustado y enfadado—. ¿Dónde te tienen?

—En el Hospital General de Boston, creo.

El guardia de seguridad de mirada impertérrita está cruzando la sala hacia mí. Quizá sea porque estoy dando mi ubicación exacta o por lo molesta que parezco; algo ha provocado que se replantee su decisión.

—Vale —dice mi padre, todavía preocupado, pero intentando recomponerse—. ¿Y estás segura de que no te ha pasado nada malo?

Me planteo contarle lo de la ambulancia, lo ocurrido en el puente. Pero prefiero esperar hasta que llegue. Bastante preocupado está ya tal y como están las cosas.

—No —contesto—. Pero no sé qué ocurre y no dejan que nos marchemos. Es como lo que ocurrió con el ébola.

Tengo al guardia justo detrás. Su actitud gélida me provoca un escalofrío por toda la espalda.

—Acaba ya. Puedes pedir al doctor volver a llamar cuando regrese.

—Siento mucho no estar ahí, Wylie —confiesa mi padre—. De haberlo sabido, jamás me hubiera... Y debería haberlo sabido.

—Cuelga ya —me ordena el guardia. Se me pone el vello del brazo de punta. Como si pudiera sentir sus manos en mi cuello—. Ahora.

—Papá, ¿qué debo hacer?

Y con esa pregunta estoy refiriéndome a muchas cosas. ¿Tengo que colaborar? ¿Me pongo a chillar y a gritar? ¿Digo a las demás chicas que son Extrañas? Es una pregunta que me da miedo formular con el guardia justo aquí detrás. Y, si lo hago, ¿qué les digo? Oigo que mi padre inspira con fuerza y se me acelera el pulso. Quizá él no sea un Extraño, pero debe de percibir que estoy escogiendo con mucho tino las palabras.

—Volveré en el siguiente vuelo. Y ahora mismo voy a llamar a Rachel. Esto no puede ser legal de ningún modo. Le pediré que vaya para allá enseguida. Cuando ella llegue sabrá qué hacer. Una parte de mí quiere decirte que...

—Papá, solo tengo un segundo...

—Cuelga —repite el guardia.

Esta vez lo hace con un tono más imperativo y ahora está incluso más cerca. Quizá lo bastante cerca para que mi padre lo oiga.

—Wylie —habla mi padre con más premura—, confía en tu instinto.

La llamada se interrumpe. El guardia ha puesto el dedo en la base del teléfono y ha cortado la comunicación.

—Como ya te he dicho, puedes llamar cuando regrese el doctor.

Cuando vuelvo a cruzar la mirada con el guardia lo percibo con toda claridad: violencia. Tiene sed de ella. Como una especie de animal. Un oso, quizá un lobo. Y, por primera vez, siento que un auténtico peligro amenaza mi integridad física. Pero necesito intentar localizar también a Jasper. No puedo esperar a que la doctora Álvarez cumpla sus promesas y me dé noticias sobre él. Necesito pruebas de que Jasper está bien. Y las necesito ahora.

—Tengo que llamar a otra persona —digo, porque es así. No puedo esperar más a saber algo sobre Jasper—. Es un amigo. Necesito saber si está bien.

—Ya te lo he dicho: no más llamadas —replica el Lobo—. Además, solo podéis llamar a vuestros padres. No podemos permitir que empecéis todas a llamar a vuestros novios. —Su forma de decir «novios» suena tan obscena que me pone la piel de gallina.

—Antes, el doctor Haddox me ha dejado llamarlo.

Se queda mirándome.

—Entonces estoy seguro de que te dejará volver a llamar. Cuando vuelva.

Espera que se lo discuta, para hacerme callar de una vez por todas.

—Vale —digo al final y le devuelvo el aparato—. Toma.

Cuando regreso junto a las chicas estas ya han dejado el juego. Están desperdigadas por la sala de una forma bastante similar a como estaban cuando llegué. Vuelvo con parsimonia al lugar donde habíamos formado el círculo y las miro a todas. Espero percibir alguna señal.

¿Debo decirles que son Extrañas? ¿No debo decírselo? ¿Les cuento lo de Quentin y Cassie y mi padre? ¿O solo una parte?

Parece muy fácil: confiar en tu instinto. Pero me he pasado tanto tiempo ignorando mis sentimientos, tanto tiempo diciéndome que todo lo que siento es dudoso y está mal, que ya no estoy segura de cómo interpretar correctamente los mensajes que me envían mis tripas. Además, al menos parte de esta sensación de vacío que atenaza mi estómago en este momento sigue siendo fruto de mi ansiedad habitual. Y, a lo mejor, la doctora Shepard tiene razón al decir que, algún día, sabré con exactitud dónde está la línea entre el terror que subyace en mi interior y el que puedo percibir en el mundo. Pero hoy no es ese día.

Rememoro esa última noche en que mi madre salió a comprar leche. Tuve un mal presentimiento cuando ella pasó delante de mí antes de salir por la puerta. Yo no quería que se marchara. Sin embargo, ignoré ese pensamiento instintivo. Decidí mantener la boca cerrada para no dejar que mis preocupaciones fueran el centro de atención. Y, en el caso de mi ansiedad, muchas veces tengo motivos para sentirla, incluso en la actualidad. Pero no siempre. Esa vez tenía razones para preocuparme. Aunque me equivoqué al ignorar mis instintos.

Tenía razón cuando presentí que Jasper estaba mal. Ahora ya no lo siento. Espero acertar también en eso. Solo me asusta confundir lo que espero con lo que realmente ocurre.

Las demás chicas deben tener la oportunidad de superar esto sintiéndose como quieran. Como estoy intentando hacerlo yo en este momento. Descubriendo, poco a poco, cómo sentirse más seguras en este lugar inesperado. Deberían conocer la existencia de mi padre y de su investigación, saber que existe el doctor Cornelia y sus estrambóticas ideas. Tienen derecho a saber que podrían ser Extrañas.

—¿Lo has leído?

Cuando bajo la vista, Kelsey vuelve a estar tumbada en el sofá. ¿Ha estado ahí todo el tiempo?

—¿Qué?

—Te pregunto si has leído este libro. —Pasa con la yema del pulgar las últimas páginas de *1984*.

—Oh, sí, supongo que sí —contesto, intentando averiguar por qué estamos hablando de algo tan trivial cuando el mundo está a punto de estallar—. No lo recuerdo.

Kelsey mira con el ceño fruncido el ejemplar de *1984* que tiene en las manos. Entonces parece que llega a una conclusión antes de ofrecerme el libro.

—Toma —dice, y sus sentimientos quedan ocultos, como siempre, tras una pared de ladrillo. Hace solo seis semanas que interpreto las emociones de otros, pero jamás he sentido nada ni lo más remotamente parecido a esto—. Puedes quedártelo.

Por la forma en que lo dice, parece que esté haciéndome un gran regalo, lo que me molesta bastante más de lo que seguramente debería.

—Sí, bueno... No, gracias —lo rechazo—. No me apetece leer.

—No, te lo digo en serio. Quédatelo —insiste y vuelve a agitar el libro en mi dirección—. Lo necesitas. Deberías volver a leerlo.

Siento que me arde la cara. Ahora estoy cabreada de verdad.

—No lo quiero.

—Sí que lo quieres —me contradice—. Pero tienes que prometerme que lo leerás, otra vez, de principio a fin. Y luego, bueno, ya sabes, deberíamos hablar sobre él. Como una especie de club de lectura o algo así.

A regañadientes, aceptó el libro de Kelsey y me quedo mirando sus hojas desgastadas. Páginas leídas tantas veces que el lomo del libro ha sido reparado en más de una ocasión. Cuando me vuelvo a mirar, Kelsey está leyendo otro libro: *Fahrenheit 451*.

Al cruzar de nuevo la mirada con ella, sus sentimientos me golpean de pronto: rabia, indignación, determinación inquebrantable. Compromiso.

Y, de pronto, casi igual de rápido: nada. Como un interruptor de la luz. Y

recupera su expresión habitual, en plan: «¿Lo ves?». Ha sido una demostración. La prueba de que sabe qué está haciendo; es más, también sabe que yo lo sé.

—Un momento, ¿qué ha sido...?

Sin embargo, las puertas sin ventanitas emiten un zumbido cuando las cruza el doctor Haddox y la pregunta queda en el aire.

—Siento haber tardado tanto. Sé que os prometí daros más información —se dirige al grupo. Habla de forma acelerada—. Pero tengo buenas noticias.

—¿Ha averiguado si mi amigo está bien? —le digo.

El doctor Haddox parece confuso, como si se hubiera olvidado por completo de Jasper, y percibo que así es.

—Bueno, esto... No.

—¿Podemos irnos a casa? —pregunta Ramona, que se ha colocado a mi lado con los brazos cruzados y muy pegados al pecho.

—Bueno... No, pero han llegado los resultados de las primeras analíticas de sangre que os han hecho. Ya sé que a algunas de vosotras no os hemos extraído sangre, pero ya tenemos suficientes datos preliminares para confirmar que no debemos temer la posibilidad de contagio —expone haciendo un gesto con el puño cerrado como el de los árbitros de béisbol.

—¿Contagiar? —pregunta Becca con brusquedad, y vuelve el cuello hacia un lado. Está cabreada, aunque también asustada—. ¿Quién había dicho nada sobre contagios?

El doctor Haddox abre los ojos todo lo que puede, y sale de nuevo de su ensimismamiento.

—Bueno... esto... Estábamos bastante seguros de que no era transmisible —dice tartamudeando—. Aunque es conveniente confirmarlo. Es raro que haya tantos casos de PANDAS en una zona geográfica tan reducida. Esa era parte de la razón por la que ellos, o nosotros, queríamos teneros a todas aquí.

Me imagino cómo habrán sido esas conversaciones en los comedores de las casas con los demás padres. Lo fácil que debe de haber resultado asustarlos: «¿Hay más niños en la familia, algún vecino anciano? Porque no podemos garantizar que no se encuentren en situación de riesgo. No sabemos con exactitud de qué enfermedad se trata. Y no podemos asegurar que no se agrave. Lo mejor sería que el personal sanitario especializado se encargara de ello como medida de precaución. Sí, solo como precaución. Para proteger a sus hijos, que es lo que deben hacer los buenos padres. Para prevenir».

—Esto no tiene nada que ver con el ébola, ¿verdad? —pregunta Teresa al tiempo que también se sitúa a mi lado.

Parece asustada, pero también percibo que está sonriendo disimuladamente; aunque parezca raro, es como una niña traviesa que intenta provocar a alguien.

—¿Ébola? No, no. Por supuesto que no —dice el doctor Haddox, y se muestra un poco confuso y un tanto exasperado con la pregunta—. Como ya he dicho antes, ningún afectado por el ébola ha estado jamás en este edificio. Sin embargo, es comprensible que todas vosotras queráis tener más información. Y, por suerte —cruza la sala en dirección a las puertas que están más lejos, mira atrás y adelante a través de las ventanitas de cristal, como si estuviera buscando a alguien en el exterior—, por fin ha llegado alguien del NIH. Él os podrá ofrecer una explicación mucho mejor de cómo podéis haber contraído el primer estreptococo de la infección inicial. —El doctor Haddox exhala. Se siente aliviado, pero no por nosotras. Se siente aliviado por poder librarse de nosotras. Estamos a punto de convertirnos en un problema del NIH—. Permitidme que salga y vaya a ver dónde se encuentra el esquivo doctor Frederick Mitchell.

«Doctor Frederick Mitchell.» El nombre activa una alarma en mi cerebro. «Doctor Frederick Mitchell, doctor Frederick Mitchell.» Entonces caigo en la cuenta: el hombre corpulento y de torso prominente que se presentó en nuestra casa unas semanas después de la muerte de mi madre, meses antes de que Jasper y yo fuéramos a Maine en busca de Cassie. Recuerdo su extraña forma de hablar y esas gafas que tanto desentonaban con su aspecto. Recuerdo lo segura que estaba, incluso por aquel entonces, de que no era quien aseguraba ser. Y ahora está aquí. Todo esto no parece más que probar la relación de lo que ocurre con la investigación de mi padre.

El doctor Haddox sujeta la puerta abierta tras de sí y se aparta para dejar pasar al otro hombre.

Y entonces aparece en la sala. Quiero descubrir algo más, pero no lo consigo. Tiene el mismo pelo, los mismos ojos. Sigue siendo guapo, pero esta vez lleva traje y, por la forma en que se mueve, parece totalmente diferente. Su porte es perfecto y pisa con seguridad. Nada en él transmite vacilación.

—Excelente, bueno, este es el doctor Mitchell del NIH —empieza a decir el doctor Haddox.

Sin embargo, este doctor Frederick Mitchell no es el mismo doctor Frederick Mitchell que se presentó en nuestra casa. No, el hombre atractivo que está ahí de pie con la postura erguida es el que nos convenció a Jasper y a mí para que confiáramos en él. El hombre al que escuchamos y seguimos hasta el oscuro y abandonado campamento. El hombre al que agradecemos que nos permitiera acompañarlo. El hombre que sufría un tartamudeo que sonaba muy auténtico hasta que de pronto se desvaneció.

Es el agente Kendall del departamento de policía de Seneca.

Mentalmente grito: «¡Salid todas corriendo! Este hombre es malo, muy malo». Pero no puedo hacerlo. No debo. Existe la posibilidad de que Kendall no sepa

que estoy aquí. Por eso me escondo, me coloco de forma que no me vea. Me abrazo a mí misma con fuerza para impedir que me tiemble el cuerpo.

Jasper. Él es el único, aparte de mí, que estuvo allí con Kendall. El único que lo conoce como yo. Necesito que Jasper me diga que no estoy imaginándomelo. Que este hombre es realmente Kendall.

—Gracias, doctor Haddox —dice Kendall y da un paso adelante—. Y gracias a todas vosotras por vuestra paciencia y comprensión. Esta es una situación muy poco habitual, y nos ha llevado un tiempo gestionarla.

Parece que se haya dirigido a cientos de pacientes, en cientos de ocasiones anteriores. Que los haya consolado y los haya hecho sentir más seguros, que haya comunicado información médica compleja y diagnósticos fatales. ¿Quién es este hombre? Por lo que parece es un auténtico doctor. A lo mejor, en Seneca nos mintió.

—Por favor —interviene Teresa. Habla con voz aflautada y chillona. Aunque sigo estando lo bastante cerca de ella para percibir la excitación subyacente. Como si estuviera esperando a que empiece el verdadero espectáculo—. ¿Qué está pasando?

—En primer lugar, quiero que sepáis que todas os pondréis bien —expone Kendall.

—Ya, no me lo trago —replica Ramona, y se pone una mano en la cadera al tiempo que frunce los labios—. ¿Qué va a decirnos? ¿Que todas vamos a morir?

—Esa es una pregunta del todo razonable —afirma Kendall. Es la viva imagen de la serenidad. Luego mira primero a Ramona y después a las otras, al tiempo que yo me oculto todavía más entre ellas para que no me vea. Tengo muchas ganas de interpretar lo que siente, de percibir de algún modo si está diciendo la verdad. Pero estoy demasiado lejos de él y hay demasiadas personas presentes—. Lo único que puedo hacer es daros la información que tenemos y esperar ganarme así vuestra confianza. Sin duda alguna, vais a poner os todas bien. El NIH está básicamente preocupado por la forma en que contrajisteis esa cepa en concreto de un estreptococo muy poco habitual, no en la gravedad de vuestra enfermedad.

—¿Cómo que «muy poco habitual»? —repite Ramona.

—Poco habitual por su elevado porcentaje de transformación en PANDAS y por la transmisión. Al parecer, contrajisteis el estreptococo a través de la comida o el agua. Los estreptococos pueden transmitirse así, aunque no es lo normal.

Becca tuerce el gesto y señala al doctor Haddox.

—Él me dijo que seguramente lo pillamos porque la gente es asquerosa y no se lava las manos.

—Esa es, sin duda, una posibilidad real —dice Kendall.

—¿Y cuáles son las otras? —pregunta Kelsey, y se desplaza un poco hacia delante, de modo que debo tener cuidado para permanecer detrás de ella.

—La teoría con la que trabajamos es que se trata de un acto intencionado de bioterrorismo: por lo visto, el estreptococo fue introducido en uno o más establecimientos de comida locales que todas vosotras frecuentáis. La tienda de yogures helados del centro comercial Barkwell es una de las posibilidades. Después de activar las alertas por una serie de rumores en internet, fueron los recibos de las tarjetas de crédito de vuestros padres, combinados con el hecho de que todas estabais fuera del colegio, lo que nos llevó hasta vosotras.

Conozco el local de yogures helados y, como la mayoría de los adolescentes en un radio de cincuenta kilómetros a la redonda, he estado allí haciendo cola en la puerta. Por la forma en que las demás están murmurando y mirándose entre sí, deduzco que todas hemos estado en esa misma cola en algún u otro momento.

—¡¿Terrorismo?! —chilla Teresa, y lo hace después de tanto rato que hasta resulta extraño.

Incluso se tapa la boca con una mano con gesto teatral. Está emocionada. Sigo sintiéndolo. ¿Por qué sigo sintiendo eso? No es lógico.

—Es una puta bola —dice Ramona con escepticismo—. Si estos son los «síntomas», ¿por qué he me he sentido así siempre? Además, ¿por qué iba a construir un terrorista un arma que en realidad no mata a nadie? Eso sería una estupidez.

—En primer lugar, el PANDAS puede agudizar algunas enfermedades ya existentes —prosigue Kendall, con mucha educación y serenidad. Incluso el doctor Haddox parece exasperado por su tranquilidad—. En segundo lugar, tenemos información de los servicios secretos, creíble y específica, que demuestra que esto solo ha sido una prueba. La intención de los terroristas podría ser volver a intentarlo con un agente infeccioso más efectivo o simplemente inquietar a la comunidad al demostrar su capacidad para introducir en ella una infección.

Kendall resulta muy convincente, incluso para mí, y eso que lo conozco bien. ¿Es posible que algo de esto sea cierto? ¿Que estemos enfermas porque hemos sido inoculadas con una bacteria de forma intencionada? Siento que alguien está mirándome. Cuando levanto la vista, me doy cuenta de que es Kelsey. «Esto es una trola —es lo que está pensando—. Es una trola como una casa.» Y quizá no perciba sus palabras exactas. Pero no lo necesito. Percibo sus emociones con toda claridad.

Kelsey se vuelve hacia Kendall y levanta la mano.

—Disculpe, pero si lo que tenemos no es contagioso y no vamos a morir, entonces, podemos irnos a casa, ¿verdad?

—¡Yo quiero irme a casa! —grita Becca de pronto. Se le ha disparado ese mismo interruptor cuando se ha visto obligada a dejar el juego—. Tengo que irme. No puedo estar aquí dentro. Sufro de claustrofobia.

—Escuchad, es demasiada información para asimilarla de una sola vez —dice el doctor Haddox al tiempo que da un paso hacia delante y levanta las manos. Se siente responsable por el malestar general—. Os pondréis bien. Es importante mantener la calma.

—Pero, si se trata de un acto de terrorismo, necesitamos recabar toda la información que podamos de vosotras —dice Kendall—. Así lograremos dar con los responsables.

Ahora sé que es mentira. Me lo empezaba a cuestionar, pero la situación encaja demasiado bien con la necesidad de relanzar la carrera del doctor Cornelia. Y yo soy la única en esta sala que sabe que Kendall está mintiendo sobre su identidad. Debo decir algo. Mi instinto está gritándomelo alto y claro.

—¿Les han hablado a todos los padres sobre el doctor Cornelia y su libro? —pregunto. Pero soy consciente de que lo he dicho demasiado bajo. Voy a tener que hablar más alto. Voy a tener que levantar la voz.

—Perdón, ¿alguien ha dicho algo por ahí detrás? —pregunta el doctor Haddox—. No te hemos oído.

Inspiro con fuerza, echo los hombros hacia atrás y doy un paso adelante.

—¿Les ha contado a los demás padres que el médico que dirige todo esto tiene un libro que intenta vender, en el que describe exactamente esta situación? Es una curiosa coincidencia, ¿no? —Y hablo en voz muy alta y con tono firme, tanto que noto la vibración en mi pecho. Mantengo la mirada fija en el doctor Haddox. No estoy lista para encararme con Kendall—. Además, no pueden mantener a nadie retenido en contra de su voluntad porque sea más conveniente para su investigación.

Eso lo sé gracias a Rachel, que dejó claro que nunca debía sentirme obligada a hablar con nadie, ni siquiera con el agente Klute y sus compañeros, sobre lo que había ocurrido en el campamento de Maine si no quería. Pero el agente Klute y sus amigos no volvieron. Aunque quizá ahora lo han hecho. A lo mejor todo esto ha sido organizado por ellos de alguna forma.

—No, supongo que no podemos —admite Kendall, con la mirada clavada en mí. Sigo estando demasiado lejos de él para percibir lo que siente, pero adivino por su mirada que ha sabido desde un principio que yo estaba aquí. Que él está aquí por mí—. No obstante, esta situación tiene muchos factores variables. Hay muchas cosas que no son lo que parecen. Puede ser difícil de entender, pero deberías intentarlo.

Es un mensaje dirigido a mí. «Difícil de entender, pero deberías intentarlo.»

Sin embargo, no se trata de una amenaza. Percibo que intenta ayudarme.

—Wylie tiene razón —afirma Ramona, y se acerca para situarse a mi lado. Tira de su pulsera una vez, pero de un modo casi imperceptible—. Estamos en un país libre. No pueden fingir que están ayudándonos para que nos obliguen a ayudarlos.

—Es verdad, no pueden retenernos aquí —conviene Becca.

—Sí —afirma Kelsey, quien ahora también está a mi lado. Percibo que está más interesada en la conmoción resultante que en la causa—. Vamos.

Y no sé quién empieza pero, de pronto, todas están coreando:

—¡Déjenos marchar!

Todas menos yo, que permanezco de pie, en silencio, con la mirada fija en Kendall.

—¡Déjenos marchar! ¡Déjenos marchar! ¡Déjenos marchar!

La expresión de Kendall tranquila y serena, como si esa revuelta inminente fuera exactamente lo que había planeado. Como si ya estuviera centrado en los pasos siguientes.

—Bueno, todo el mundo tranquilo —pide en voz alta el doctor Haddox.

Los guardias de seguridad parecen molestos por el ruido, aunque en realidad no están preocupados.

—¡Silencio! —grita el Lobo.

Kendall desvía la mirada en ese momento, distraído por algo. Se vuelve de golpe antes de sacar el móvil del bolsillo.

—Disculpad —dice, mirando primero al doctor Haddox y luego a mí directamente—. Tengo que salir para atender esta llamada.

Es una señal: «Puede ser difícil de entender, pero deberías intentarlo». El agente Kendall ya se ha vuelto con elegancia hacia las puertas con ventanitas, en dirección al Lobo y a su compañero, situados frente a ellas. Las puertas dan al exterior. Dentro de unos segundos, Kendall habrá desaparecido. Debo ir tras él. Al menos debo intentarlo. Eso es lo que me indica el instinto ahora. Y debo confiar en él, tal como me ha dicho mi padre.

Camino con rapidez, pero tranquila —o eso intento—, hacia la fuente. Se encuentra en la misma dirección que va el doctor Kendall, la fuente de agua, aunque es un pretexto lo bastante bueno para que nadie sospeche mis intenciones. Llego a ella justo cuando Kendall se sitúa a la altura de los guardias.

Ahora se oirá ese zumbido y las puertas estarán abiertas. No durante mucho tiempo. Tendré que salir disparada por el hueco que hay entre los guardias y esperar que les pille por sorpresa y no intenten agarrarme.

Los guardias tardan más en abrir las puertas para Kendall de lo que había imaginado. Las tarjetas que usan para abrirlas no funcionan hasta el tercer

intento. Mientras espero, se me congelan los labios, pues los tengo pegados al chorro de la fuente. Por fin oigo el zumbido. Entonces se abren las puertas y Kendall las cruza.

Ha llegado el momento. «Vamos. Vamos. Vamos.»

Salgo disparada detrás de Kendall y me adentro en la luminosidad del recibidor. Me preparo para sentir algún tipo de dolor: una porra golpeada contra mi rodilla, la cara estampada contra una pared. Una mano que me sujete la nuca por detrás, que me tire del pelo.

Pero experimento un vacío temporal, un repentino paréntesis en el tiempo. De algún modo, logro cruzar las puertas. Ya estoy en el vestíbulo. Y ahí está Kendall, situado a cierta distancia por delante.

Oigo gritos por detrás de mí. Es uno de los guardias el que chilla.

—Pero ¿qué...? ¡Oye!

Sin embargo, la puerta se cierra automáticamente antes de que puedan bloquearla.

—¡¿Qué está haciendo aquí?! —le grito a Kendall mientras cruzo a toda prisa el vestíbulo—. ¿Qué es todo esto?

Él no aprieta el paso, pero tampoco camina más despacio. Se limita a seguir avanzando con su bonito traje confeccionado a medida y pisando fuerte con sus zapatos de piel. Con todo, sigue pareciéndome que está muy lejos.

—¡Oiga! —vuelvo a gritar y parezco enfadada. Porque lo estoy. Estoy rabiosa. Puede que Kendall no haya matado a Cassie, pero estuvo implicado en su muerte—. ¿Quién es usted?

Kendall sigue ignorándome, pero no pienso dejar que lo haga. No lo permitiré, esta vez no.

La puerta por fin se abre a mis espaldas. Oigo pisadas aceleradas hacia mí y empiezo a correr.

Necesito alcanzar a Kendall antes de que me alcancen ellos a mí. El bombeo de la sangre me retumba en los oídos mientras corro a toda velocidad, hasta que por fin me acerco lo suficiente a Kendall para abalanzarme sobre él. Alargo los dedos de las manos. Tengo ganas de hacer algo más que frenarlo. Quiero arañarlo, arrancarle la piel. Pero, de pronto, choco contra él. Estampo la cara contra su hombro y ambos empezamos a caer hacia delante. «Esto ha sido provocado» es lo primero que pienso. Estamos cayendo no porque yo haya derribado a Kendall, sino porque él ha decidido que sea así.

Cuando mi rodilla impacta contra el suelo, el dolor es como una descarga eléctrica.

Kendall ha conseguido levantarme sin ningún esfuerzo y se vuelve sobre sí mismo para retenerme con fuerza por los antebrazos y sujetarme por la cabeza.

Me la agarra y se acerca a ella.

—Vete ahora —me susurra al oído al tiempo que me mete algo en la mano.

Un trozo de papel, una cartulina, algo doblado, con bordes duros y cuadrado. Y entonces percibo lo que siente Kendall: desesperación y remordimiento. Lo siente. Esta es su forma de intentar compensarme por lo ocurrido.

Logro meterme el papel entre la piel y la goma de las bragas en el momento preciso en que los guardias tiran de mí para apartarme de Kendall. Él se levanta y se alisa la ropa con toda tranquilidad.

—¡Soltadme! —grito y empiezo a patearlos, con lo que solo consigo que me sujeten con más fuerza—. ¡Me estáis haciendo daño!

Veo al Lobo mirándome desde arriba, con los ojos entornados y los dientes apretados.

—¡Wylie! —Es el doctor Haddock, de pronto también veo su cara sobre mí. Tiene una jeringuilla en la mano—. Necesitamos que te tranquilices.

Entonces percibo su remordimiento. Es distinto al de Kendall, que es relativo al pasado. El del doctor Haddock está relacionado con el presente. Con esto que está ocurriendo ahora. Él no había accedido a trabajar así. En absoluto es lo que él quería hacer.

Abro los ojos y todo está oscuro. Al intentar moverme me duele la cara. El hombro de Kendall, los guardianes forcejeando conmigo para retenerme en el suelo... Hay muchas explicaciones posibles. La medicación las ha difuminado todas.

«Vete ahora.» Eso dijo Kendall y lo decía en serio. También estaba preocupado por mí. Ha mentido mucho. Pero, en ese instante, en el vestíbulo, estaba diciendo la verdad. No me cabe duda.

Intento levantar los brazos, suponiendo que habrán vuelto a sujetármelos con correas. Pero no es así.

Salgo de la cama con parsimonia en la oscuridad y apoyo una mano en la pared para ir avanzando a tientas hasta el interruptor de la luz situado junto a la puerta. El fluorescente del techo parpadea hasta encenderse del todo. Me encuentro en una habitación pequeña con una cama, es igual a la que estaba cuando me he despertado por primera vez, aunque no creo que sea la misma. Esta huele a pintura húmeda. El olor me deja atontada de nuevo.

Al volverme hacia la cama, algo puntiagudo me pincha en el hueso de la cadera. Hasta ese momento no recuerdo que llevo la nota de Kendall por dentro de la goma de las bragas. No puedo creer que siga ahí.

Me tiemblan las manos al desdoblarla. No sé qué esperar. ¿Alguna terrible explicación? ¿Algún detalle nuevo que empeore las cosas? Pero solo hay una dirección y algunas indicaciones: «Gullbright Lane, número 323. Llama al portero automático en este orden: 1.5.3.4.2. Pregunta por Joseph Conrad».

No sé qué es más ilógico, el hecho de que Kendall crea que voy a hacer lo que indica la nota, o el hecho de que esté planteándomelo. Pero mi instinto me dice que debería hacerlo. Debo confiar en mi instinto. Es lo único que puedo hacer.

Me siento incluso más inestable al regresar a la cama y ver de pronto el ejemplar de *1984* que me dio Kelsey sobre la cómoda. Lo dejé en la sala común antes de salir corriendo tras Kendall. ¿Kelsey ha regresado y lo ha dejado aquí mientras yo dormía? Eso es ser terriblemente insistente. Cojo el libro de camino a la cama.

Tengo que volver a llamar a mi padre. Tengo que hablar con Jasper. Para ambas cosas necesitaré el permiso del doctor Haddox, de no ser así, el Lobo

volverá a impedírmelo. Pero ¿el doctor Haddox seguirá estando de mi parte? He intentado escapar por segunda vez. He conseguido que se sienta mal por haberme sedado de nuevo. La gente puede culparte por su propio sentimiento de culpa.

Con todo, no tengo más alternativa que intentarlo. Solo necesito ir a la sala común y pedir ver al doctor Haddox. Y lo haré en cuanto sienta que he recuperado las fuerzas. Inspiro hondo y exhalo mientras hojeo distraídamente las páginas del libro de Kelsey.

Entonces el corazón me da un vuelco.

Hay letra manuscrita. Notas que llenan las páginas del ejemplar de Kelsey de 1984. La palabra «bloqueo», y por debajo de ella, una lista escrita con letra mayúscula y negrita, con el trazo bien marcado a bolígrafo. CREER LA MENTIRA es la primera entrada.

Me tiemblan las manos mientras vuelvo las páginas: estoy asustada, pero una parte de mí se siente aliviada. Ya he leído lo suficiente para ver que lo escrito en las páginas cierra el círculo. Explica por qué me resultaba tan difícil percibir lo que sentía Kelsey y la forma en que me miraba. Como si compartiéramos un secreto.

Voy pasando las páginas al azar e intento decidir por dónde empezar. Me quedo en la página 83. En el margen hay una fecha: 12 de junio, y una entrada de una línea, como si fuera un diario: «Sabía que ibas a romper a llorar incluso antes de que lo hicieras». Está firmado con una K. De Kelsey, seguramente. Todavía no sé con certeza a quién se dirige. La entrada siguiente es del 21 de junio.

«Sabía que mamá y papá iban a discutir antes de llegar a casa. Sabía que papá contaría una mentira sobre su trabajo durante la discusión. Y sabía que mami le creería.»

Esta última está firmada con una G. Quizá sea la hermana de Kelsey, y supongo, por la forma en que ella se refiere a sus padres, que comparten las notas. Sigo hojeando el libro un minuto más y resulta evidente que lo usaban como diario que iban pasándose entre ellas. Y la G, al parecer, es de Gabrielle. Hay una nota en la que ha escrito el nombre completo. Mirando las fechas, parece que las notas hayan empezado en el interior de la tapa, luego saltan hasta el interior de la contracubierta, después se leen sobre el título y las últimas páginas, antes de seguir, sin orden alguno, en la página 56, y por casi todo el libro hasta el final, en todos los márgenes, desde el encabezado hasta el pie.

«¿Por qué usamos un libro? —pregunta G. en un momento determinado—. Podríamos usar un cuaderno en blanco. CON MÁS ESPACIO.»

Al día siguiente, la respuesta: «Porque al final vendrán a buscarlo. K.».

Kelsey y Gabrielle realizan unas anotaciones bastante detalladas: escriben en las páginas del libro cuando parece que saben cosas antes de que ocurran; cuando aciertan al percibir los sentimientos de otros; cuando sospechan que alguien miente; cuando por fin tienen la prueba de que es así. Como si se tratara de un juego. Cada vez que demuestran tener razón, lo anotan con letras mayúsculas y una estrella. ¡DOBLE PUNTUACIÓN!

Me pregunto cómo habrá conseguido Gabrielle evitar que la encierren aquí. Vuelvo las páginas hasta el principio para ver cómo empezó todo. Cómo se dieron cuenta inicialmente de que eran capaces de percibir los sentimientos de los demás. Porque a mí me lo dijo Quentin, y luego me lo confirmó mi padre y, aun entonces, me costó semanas creerlo. Gabrielle y Kelsey no tenían a nadie que les dijera nada, ni mucho menos un padre científico.

«Te lo dije ayer. Y lo más raro es que tú me dijiste “Yo también” enseguida, como si hubieras sabido lo que iba a decirte. K.»

Así había empezado, poco a poco, con confesiones basadas en la confianza y el secretismo por parte de Kelsey. A partir de ahí, habían intentado percibir juntas los sentimientos de otros para ver si acertaban. También habían practicado la una con la otra. Habían aprendido casi todo lo que yo sé sobre el hecho de que las multitudes dificultan la percepción y el contacto visual la facilita. La única diferencia es que ellas se tenían la una a la otra para compartirlo. Siento una presión en el pecho al imaginarnos a Gideon y a mí, o mejor, a Cassie y a mí, o a alguna hermana inexistente, viviendo todo esto juntas. Teniéndonos la una a la otra.

Es la primera vez que caigo en la cuenta de que mi rechazo a la condición de Extraña se reduce a eso. No quiero sentirme sola por más tiempo. No quiero reconocer esta nueva parte de mí si eso supone poner más distancia entre mi persona y el resto del mundo. No cuando ya estamos tan distanciados. Sin embargo, si hubiera más chicas como Kelsey y Gabrielle, si ser una Extraña supusiera convertirse en parte de algo, me sentiría de otra forma. Quizá ser una Extraña supondría por fin tener un lugar al que pertenecer.

Echo un vistazo al resto de las páginas. Hay demasiado que leer, y yo soy demasiado impaciente. Aunque me detengo en una lista:

Mejora a fuerza de concentración y práctica

Bloqueo; fingir que es la verdad

Es difícil en las multitudes; el contacto visual ayuda

¿Algo más que percibir sentimientos? ¿Algún día se podrá predecir el futuro?

J

«Bloqueo.» Eso debía de hacer Kelsey cuando no logré percibir lo que sentía, cuando la percibía como una pared de ladrillo. Me cuesta unos minutos

encontrar la parte en que Kelsey y Gabrielle entran en más detalles sobre el «bloqueo»: controlar sus propios sentimientos para que otros no sean capaces de percibirlos. En teoría parece sencillo, pero, sin otra Extraña que me ponga a prueba, ¿cómo llegaré a saber si estoy haciéndolo bien?

Cierro el libro e inspiro con fuerza. Necesito hablar con Kelsey. Necesito entender lo que ella sabe y averiguar por qué me ha dado el libro. Es decir, resulta evidente que ella sabe que es un don que compartimos, pero ¿qué quiere que haga yo con esta información?

Antes de preocuparme por eso, no obstante, necesito llamar a Jasper y a mi padre. Si no consigo llamarlos, o no los localizo, no podré esperar más, no podré esperar a que mi padre regrese de Washington ni a que Rachel la arme cuando se presente. No podré esperar a averiguar qué quiere realmente de mí Kelsey. Tengo que irme ya. Todas debemos hacerlo.

El pasillo está vacío y silencioso cuando por fin salgo de mi habitación y voy caminando hacia la sala común. Espero encontrar al doctor Haddox allí. Espero que no esté muy enfadado conmigo por haber salido corriendo detrás de Kendall y que esté dispuesto a imponer su autoridad al Lobo. Así me dejará volver a llamar a mi padre y luego a Jasper. A estas alturas, dejar un nuevo mensaje en el buzón de voz de Jasper sería inútil. Además, empezaré disculpándome con el doctor Haddox. Empezar así no puede salir mal. Lo haré, aunque no lo lamente en absoluto.

Por otro lado, espero ver a Kelsey tumbada en el sofá. Imagino lo que le diré. Algo en plan: «Oye, un libro muy interesante» o «Así que tú también eres una Extraña». Pero todo me suena muy forzado e inapropiado, entre otras cosas porque existen muchas posibilidades de que jamás haya oído la expresión «Extraña» en ese sentido.

Sin embargo, cuando por fin entro en la sala común, me sobresalta el profundo silencio y la oscuridad casi total. No está el doctor Haddox, ni veo a Kelsey tumbada en el sofá. No hay nadie en ninguna parte. La sala común está vacía. No está oscura del todo, pero las luces del techo están apagadas. Cuando me vuelvo hacia las ventanas veo que ya se ha hecho de noche.

No debían de ser más de las tres y pico o las cuatro de la tarde cuando apareció Kendall. Lo que significa que he estado inconsciente más tiempo del que creía, incluso horas. ¿Quién sabe qué habrá pasado desde entonces?

—Oye, ¿estás bien?

Es una voz masculina. Cuando me vuelvo, veo que hay dos nuevos guardias en las puertas con ventanitas. Al menos, ninguno de ellos es el Lobo.

—¿Dónde están todos? —pregunto.

—Mmm... ¿Durmiendo? —dice el guardia de la izquierda, con una barba poblada y más barrigón que el otro. Se mira el reloj—. Son más de las dos de la madrugada. ¿Quieres que llamemos a un médico o algo así?

Lo que espera, en realidad, es que me marche. Eso es lo que percibo. Mi presencia aquí lo pone nervioso. Y ni siquiera sabe que soy la que ha intentado escapar. Le da miedo que ocurra algo, que las cosas acaben mal. No confía en poder contenerse. Estos hombres, sean quienes sean, no pertenecen al equipo de seguridad habitual del hospital. Pero hasta ese momento no estoy segura de ello.

Quizá haya interpretado mal toda la situación. Quizá no haya que enfocarlo todo en un solo hecho o en un solo grupo de personas. Podría haber —como dijo Kendall— muchos factores variables. Por un lado, están el doctor Haddox y su jefe, el doctor Cornelia, que persigue la fama. Por otro lado, están el NIH y los guardias de seguridad, que son más parecidos al agente Klute y sus amigos. ¿Quién podría asegurar que no pertenecen cada uno a un grupo diferente?

Me estremezco con violencia al pensar que mis problemas se multiplican. Y eso provoca que el otro guardia se acerque más a mí. Este es más delgado y su barba es menos espesa, pero tiene marcas en la cara y aspecto desaliñado.

—¿Te pasa algo?

«Sí. No. Sí.» Una pregunta tan simple se ha vuelto imposible de responder. Niego con la cabeza con demasiada fuerza y demasiadas veces cuando me vuelvo para dirigirme hacia la puerta.

—No, estoy bien —digo, pero, por mi tono de voz, no lo parece en absoluto—. ¿El doctor Haddox está por aquí? Porque esperaba poder usar el teléfono.

El guardia de la barba espesa enarca una ceja al mirar a su compañero. La pregunta sobre el teléfono ha removido algo en su interior.

—Son más de las dos de la madrugada. Ya te lo he dicho. Se ha ido a casa a dormir. Y necesitas su autorización para hablar por teléfono.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —pregunta su compañero, como si de verdad pudiera querer algo de él.

—No, estoy bien —repito.

Me doy la vuelta de golpe y regreso por donde he llegado.

Cuando vuelvo a estar en el pasillo, miro de arriba abajo las puertas cerradas. Quiero encontrar a Kelsey, pero no tengo ni idea de cuál es su habitación. Y después de mi placaje al «médico del NIH», despertar a todo el mundo en plena madrugada seguramente no contribuirá a mejorar mi situación.

Al final decido regresar a mi habitación, volver a meterme en la cama y

tumbarme de lado. Me coloco en posición fetal e intento no pensar. Pero no puedo parar de darle vueltas a todo y me centro en Jasper. ¿De verdad está bien? ¿La doctora Álvarez habrá hablado de verdad con su madre? Muy en el fondo, todavía siento que está bien. Lo creo. Pero me sentiría muchísimo mejor si tuviera una prueba real de ello.

Mi madre seguramente es la única persona que podría convencerme de que todo va a salir bien. Y, claro está, ella no volverá a convencerme de nada nunca más.

Así que, en lugar de sentirme mejor, no paro de dar vueltas en la cama. Estoy tanto rato así que al final rezo, no por quedarme dormida, sino para que amanezca.

—Estoy diciéndote que esto me da mala espina, eso es todo.

Eso oí decir a mi madre justo cuando subía la escalera, un par de semanas antes de su accidente. Pensé que estaba a punto de oír por casualidad una nueva discusión de las muchas que tenían mis padres, cada vez más frecuentes.

Aunque, cuando llegué al final de la escalera y me asomé por la puerta, eran la viva imagen de la felicidad hogareña.

Mi padre estaba doblando la colada. Mi madre, sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, se encontraba rodeada por un montón de fotografías dispuestas en círculo. Estaba en uno de esos períodos entre misiones, lo que significaba que debía trabajar en uno de sus proyectos de *freelance* para intentar visibilizar una injusticia u otra, lo que jamás parecía llegar a materializarse del todo. Al haber pasado tanto tiempo en zonas de guerra, estaba especialmente obsesionada con los militares y la adecuada supervisión de su conducta. Pero hasta ese momento, ninguna de las actividades extracurriculares de mi madre («teorías de la conspiración», como las había llamado mi padre en broma) había llegado muy lejos. No obstante, eso no hacía más que intensificar los esfuerzos de mi madre. Tenía las gafas de pasta negra ya casi en la punta de la nariz mientras seleccionaba fotos, las analizaba e iba descartándolas, una a una.

Me quedé sentada en el descansillo, cerca de la puerta de la habitación de mis padres, porque me picaba la curiosidad. No era enfado lo que percibía en sus voces, sino algo más.

—Está en Alcohólicos Anónimos —expuso mi padre—. ¿Al principio no se lo toman muy a pecho todos sus miembros? Como si ir a las reuniones que organizan fuera algo adictivo. —Mi padre soltó una risita—. «Adictivo», «Alcohólicos Anónimos.» ¿Lo pillas? Y los niños dicen que ya no tengo gracia.

—Es algo más que lo de Alcohólicos Anónimos —dijo mi madre y luego se

estremeció con fuerza—. Te lo digo en serio. Cuando Vince ha venido hoy a buscar a Cassie, no sabía cómo impedir que se la llevara. No sé, es que él parecía... Trastornado.

—¿Trastornado? —Mi padre volvió a reír.

—Vale, está bien, a lo mejor decir que está trastornado es demasiado —concedió ella—. Pero, sin duda, estaba ido —comentó—. Me planteé incluso llamar a Karen.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad? —preguntó mi padre con nerviosismo. Mi madre y Karen tenían bastantes desavenencias.

Sobre todo, porque mi madre opinaba que un «campamento de *fitness*» era una idea espantosa, especialmente en el caso de Cassie. Y así se lo había dicho a Karen. Desde entonces, su relación no había vuelto a ser la misma.

—No, porque ella ya debe saber cómo es él, ¿no crees? Esta no es la primera vez que vuelve de los Cayos.

—Estoy seguro de que ella lo sabe —afirmó mi padre—. Además, todo es relativo, ¿sabes? Karen seguramente está contenta de que Vince ya no sea un borracho malhumorado.

—¿Sabías que se ha ordenado sacerdote? —añadió mi madre—. Y que lo ha hecho a través de internet.

—Hay cosas peores que convertirse en ministro de alguna iglesia por internet.

—Ya lo sé —admitió mi madre en voz baja—. Y no pretendo juzgar a nadie. Pero es que... Me ha transmitido una sensación muy desagradable. Me ha puesto el vello de punta. Parecía furioso a pesar de toda su apariencia zen. Además, parecía enfadado con nosotros, Ben. ¿Qué motivos tiene para estar enfadado con nosotros?

—No creo que lo estuviera. No puede estarlo —afirmó mi padre—. Escucha, Vince siempre ha tenido problemas. A lo mejor tiene la sensación de que nos pusimos de parte de Karen cuando se divorciaron. Y la verdad es que fue así, más o menos.

—No sé, aun así... A lo mejor deberíamos advertírselo a Karen —insistió mi madre—. Podríamos llegar a arrepentirnos si no lo hacemos.

—Y también podríamos arrepentirnos si lo hacemos —repuso mi padre—. Es decir, tal como están las cosas entre Cassie y Wylie... No creo que sea necesario complicar más la situación teniendo en cuenta lo ocurrido hasta ahora.

Hice una mueca. Esperaba que la sensación de que Cassie y yo estábamos distanciándonos fueran solo imaginaciones mías. No se me había ocurrido que fuera tan evidente que hasta mis padres se hubieran dado cuenta.

—Evidentemente, quienes importan aquí son Cassie y Wylie —dijo mi madre—. De todas formas, solo era una sensación que tenía. No es que mis

sensaciones y la realidad suelen coincidir mucho.

—No sé yo... —dijo mi padre—. Sé, por experiencia, que tarde o temprano suelen coincidir.

—Wylie, soy yo. —Un susurro. Solo tres palabras.

Ya estoy despierta. Pero confusa. Debía de estar profundamente dormida. Y noto... noto algo que me tapa la boca. Me la presiona con tanta fuerza que casi no puedo respirar. Alargo una mano en la oscuridad y toco la mano que me tapa la boca. ¿Kendall? ¿Estaba equivocada? ¿Al final ha vuelto para matarme? De pronto veo un par de ojos brillantes a escasos milímetros de distancia.

—No grites.

Es una voz que reconozco. Una voz que, al oírla, el corazón me da un vuelco.

Cuando la mano se retira, entorno los ojos para intentar distinguir el rostro en la oscuridad. Tengo miedo de estar solo imaginando que la cara desconocida es la de alguien que deseo ver con todas mis fuerzas.

Pero no, es él. Tiene que ser él.

—¿Jasper?

—Perdona —dice Jasper en voz baja al tiempo que se sienta en la cama, un tanto alejado de mí. He logrado adaptar la visión a la oscuridad y distingo, aunque tenuemente, su silueta—. No quería asustarte.

Alargo una mano y toco la suya, porque no estoy convencida de que esté ahí de verdad.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto cuando por fin lo suelto. Tengo un montón de preguntas—. ¿Estás bien?

—Calla. Si alguien me pilla aquí, estoy jodido. Los dos estamos jodidos.

Se levanta. Oigo que avanza arrastrando los pies, pegado a la pared. Cuando por fin se enciende la luz que está junto al cabecero de mi cama, me preparo. Imagino que veré la piel de Jasper abotargada por el ahogamiento, o que estará todo despellejado. Pero incluso bajo la luz mortecina del hospital, tiene mejor aspecto del que ha tenido en mucho tiempo.

Jasper sonrío y levanta la tarjeta que lleva colgando del cuello, luego vuelve a sentarse sobre la cama, a mi lado. Se trata de una identificación del hospital en la que se lee PERSONAL ADMINISTRATIVO.

—No está mal, ¿eh? —Baja la vista y se queda mirándola—. Se la he cogido a mi madre mientras dormía y le he hecho algunos retoques. De no haber estado tan ocupado con el hockey quizá podría haberme dedicado de forma profesional a falsificar carnets de identidad y cosas así.

Su sonrisa se esfuma, y solo puedo pensar en el miedo que sentí mientras lo buscaba en las aguas que tenía debajo. Me siento tremendamente aliviada al ver que está bien.

—Jasper, ¿qué ocurrió en el puente?

—Creo que deberías explicarme primero qué narices es esto —me contesta.

Me planteo volver a insistir, obligar a Jasper a que se explique él antes, pero no estoy segura de estar preparada para su respuesta.

—Mi padre me contó que hay un médico que afirma que todo el asunto de los Extraños está causado por una enfermedad —le empiezo a explicar con un tono mucho más despreocupado de lo que siento en realidad—. Bueno, aquí nadie ha pronunciado el término «Extraño», pero se sobreentiende. Mi padre dice que lo que cuenta ese tío son todo mentiras.

—Bueno, pues, por lo visto, hay alguien que le cree. —Jasper hace un gesto para abarcar toda la habitación—. Tu padre debe de estar cabreadísimo con ellos.

—Se cabrearé —digo y trago saliva para disimular mi malestar—. He hablado con él por teléfono, pero está en Washington. Volverá, pero todavía no ha llegado. —Y al decirlo en voz alta me siento peor aún. Más desesperada. Estoy tentada de contarle más detalles, lo del estreptococo, lo del PANDAS, lo del bioterrorismo, pero eso no va a contribuir a nada bueno. Y solo hay una cosa que necesito decirle sin falta a Jasper—. Kendall ha estado aquí.

—¿Qué? ¿Dónde? —Se levanta de un salto con los puños cerrados. Y de pronto su mirada me asusta... Como si fuera a matar a Kendall cuando se lo encuentre. Me recuerda al chico que yo creía que era. El chico que a lo mejor sigue siendo, aunque solo en parte. Relaja los puños como si se le hubiera ocurrido algo—. Espera, ¿estás segura de que era él?

Tiene sus dudas. Y no solo relativas a esa cuestión. Como si se preguntara si el estrés generado por esta situación me hubiera hecho imaginar cosas. Y no lo culpo. Desde el día en que Kendall nos dejó en esa cabaña, no ha sido más que un fantasma. La policía de Seneca reconoció que alguien que coincidía con su descripción había trabajado para ellos. Y admitieron que habían enviado a esa supuesta persona al campamento para localizar a nuestra amiga desaparecida; aunque dejaron bien claro que ellos no tenían ni idea de que íbamos a presentarnos allí (lo que también acabó siendo cierto). Al final, resultó que a Kendall lo habían contratado hacía poco, no residía en la ciudad desde siempre, como Quentin había dicho y a lo mejor creía. Quién había mentado a quién seguía siendo una cuestión sin respuesta. Sin embargo, fuera quien fuese, Kendall había desaparecido tras dejarnos en el campamento.

Hasta ahora.

—Fingía ser un médico del NIH, pero sin duda era él. Lo he visto de cerca. Salí corriendo tras él y acabamos los dos por el suelo.

—¿Conseguiste derribarlo? —Jasper parece alarmado.

—Bueno, yo diría que más bien provocó él la caída —digo, y le entrego la nota doblada—. Me dio esto y me dijo que saliera de aquí. Es una dirección.

—Es evidente que debes salir de aquí, no hace falta que venga Kendall a recordártelo. —Jasper acepta la nota, pero sigue mirándome con expresión suspicaz. Niega con la cabeza y me la devuelve sin haberla leído—. Un momento, ¿por qué estás dándome esto? ¿De verdad cree que eres tan idiota?

—Sí, claro, pero ¿por qué iba a...?

Jasper levanta una mano.

—No, Wylie. Y lo digo muy en serio: no. ¿A quién le importa qué está haciendo exactamente o por qué está en este lugar? Tienes que salir de aquí. En

eso debemos concentrarnos ahora. Por eso he venido. Tira esa nota.

—Se siente mal por lo que ha ocurrido —digo. Y parezco ingenua. O, mejor dicho, estúpida. Sin embargo, no puedo evitar intentar justificarlo—. Ha venido para compensarme por lo que sucedió. Por eso me ha dado esta nota.

A Jasper se le mueven las aletas de la nariz.

—¿Eso te ha dicho?

—No. —Le sostengo la mirada—. Eso es lo que he sentido.

Jasper empieza a negar con la cabeza.

—Wylie, eso es de locos.

«De locos.» No quiero que la expresión me ofenda, pero lo hace.

—Genial —digo en voz baja.

—No me refería a... Ya sabes a qué me refería, Wylie. Quería decir que es de locos escuchar a Kendall. No lo he dicho porque tú estés...

No termina la frase y yo me quedo callada, cabizbaja, mirando la nota doblada. La sospecha de Jasper es razonable. Del todo. Pero eso no significa que tenga razón. Debo confiar en mi instinto. Es lo único que me queda. Quiero liberarlo de esta responsabilidad, no obstante, sobre todo, porque ya ha hecho mucho por mí.

—No es tu problema. Bueno, quiero decir que yo no soy tu problema.

Ahora que sé que él está bien, toda esa intensidad que he sentido por Jasper me parece un sueño febril, exagerado y sobredimensionado por mis miedos. Él y yo somos amigos. Me preocupo por él. Pero eso es todo. Cualquier otro sentimiento es fruto de mi confusión.

—Conque tú no eres mi problema, ¿no? Vaya, pues muchas gracias. Eso lo mejora todo muchísimo —afirma Jasper, evidentemente dolido. Pero es capaz de pasarlo por alto—. Escucha, Kendall tenía razón al decirte que debías salir de aquí. Cuando he ido a la zona principal del hospital a buscarte, me han negado que hubiera internos en esta ala. Incluso después de decirles que yo mismo vi cómo te traían hasta aquí. No sabemos de qué va todo esto, pero está claro que es algo lo bastante turbio para que se esfuercen así en ocultarlo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Seguí a la ambulancia desde el puente.

—Entonces ¿sí que estabas en el puente? —pregunto y siento esa extraña mezcla de miedo y alivio.

Eso provoca que todos los demás sentimientos hacia Jasper afloren de nuevo, los equívocos, los que me confunden. Los aparto, con más fuerza esta vez.

—Sí. Estaba en el puente. —Jasper frunce el ceño y asiente con la cabeza, y se queda mirando al suelo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Estaba pensando en... Bueno, ya sabes, tomarme un descanso.

El hecho de que pueda decirlo con tanta despreocupación me cabrea de verdad.

—¿Qué narices quieres decir con eso? —espeto—. Mejor, no. Ni siquiera me lo digas. —Me tapo la cara con las manos e intento tragar saliva para reprimir el llanto que amenaza con empezar a brotar desde la garganta. Esta conversación no está ayudándome a mantener esos sentimientos en su sitio—. Jasper, ¿cómo has podido siquiera...?

—No quiero que te sientas mal ni nada por el estilo. Créeme, es que... Tú eres... Bueno, eres lo único bueno de mi vida.

Se queda en silencio y la pausa se vuelve incómoda enseguida.

—¿Fueron las páginas del diario de Cassie las que...? —pregunto, pero no me atrevo a especificar. Eso lo haría todo más real—. Las vi en tu habitación. Debe de haber sido horrible leerlas después de que... ¿Quién crees que te las envía?

—No lo sé. Maia, a lo mejor —responde—. Comentó que había estado limpiando la habitación de Cassie con Karen. Y luego no paraba de venir a mi casa e insistía en hablar sobre lo mal que me sentía yo. Como si tuviera la esperanza de que yo la necesitara.

La idea de que Maia esté haciéndole eso a Jasper me enfurece mucho más de lo que debería. Como si fuera algo que estuviera haciéndome a mí.

—Eso es enfermizo —digo—. Ella es enfermiza.

—Sí. De todas formas, no fue solo por lo del diario. Y ni siquiera fue por lo que le pasó a Cassie en el campamento. Era algo mucho más complicado que todo eso. En realidad, fue la suma de un montón de cosas: mi madre, mi padre, el futuro, el pasado, el presente. De pronto se juntó todo en mi cabeza y me sobrepasó.

—Pero cambiaste de idea —digo—. Y eso es lo que importa.

Asiente en silencio y sonrío de medio lado.

—Por ti.

—No digas eso. —Esta vez se lo suelto con tanta brusquedad que me sorprende incluso a mí. Pero no puedo ser la responsable de haber salvado a Jasper. Ya estoy hecha un lío tal como están las cosas. Y tengo un récord horrible en cuanto a personas cercanas que hayan logrado sobrevivir—. Por favor, no...

Además, esta conversación está dificultando que permanezcamos en la zona de la amistad que nos corresponde. Cierro los ojos con fuerza. Espero no romper a llorar.

—No he querido decir eso —se disculpa, aunque sí quería decirlo. Lo percibo—. Pero el hecho de que fueras al puente me descolocó. Llevaba mucho rato

pensándolo mientras estaba subido ahí arriba, pero entonces me entró miedo de que no fuera una caída limpia. O de que el puente no tuviera la altura suficiente.

—Jasper —susurro. Resulta aterrador escucharlo hablar de eso como si no tuviera importancia.

Nos quedamos mirándonos un minuto o más, y siento una fuerza intensa que me atrae hacia él.

No. Sea lo que sea esa emoción es un instinto por el que no pienso dejarme llevar. Jasper y yo somos amigos. Así nos va mejor.

—Da igual —prosigue—. Bajé por el final del puente para comprobar de cuánto era la caída. Y estaba ahí, tumbado boca arriba pensando en qué narices estaba haciendo, cuando vi cómo te metían en la ambulancia con el nombre del Hospital General de Boston. Y tú parecías paralizada. Como sin vida. —Se estremece al recordarlo—. Salí corriendo hacia ti para detenerlos. Pero eran demasiados. Así que decidí robarle la bici a un pobre niño y venir hasta aquí. —Está mirándome mientras permanezco de perfil. Y percibo que no piensa dejar de mirarme hasta que yo levante la vista para corresponderle. Y eso hago—. Me bastaron dos segundos en la bici para darme cuenta de que no había pensado con claridad. De que no había pensado en absoluto. Lo que más miedo me da es que ahora tengo la sensación de que era otra persona la que estaba en el puente. Me parece imposible haber pensado en ello siquiera. No creo que hubiera llegado a hacerlo de verdad. Solo fue un instante de desconexión en el tiempo. Y ahora ya ha pasado.

Asiento con la cabeza.

—Pues asegúrate de que sigue siendo así —digo—. Yo no puedo... —Se me quiebra la voz—. Nada de momentos de desconexión. Para nadie.

—Vale —conviene Jasper, y percibo que está a punto de acercarse a mí para tocarme, para darme un abrazo, quizá, o posar su mano sobre mi brazo. Pero no lo hace. Una parte de mí deseaba que lo hubiera hecho. La parte más inteligente se alegra de que no haya sido así.

—¿Crees que puedo salir de aquí contigo? —pregunto.

Él niega con la cabeza.

—Solo hay una tarjeta de identificación. Tendrán que comprobarla para dejarme salir.

—Está la escalera de incendios —digo—. La he visto en la sala común. Allí también hay una alarma. ¿Y si la activamos y escapamos por la escalera de incendios? ¿Si hay fuego no deben desbloquear esas puertas?

Jasper frunce el ceño.

—Lo de la escalera y la alarma es buena idea, pero ¿no está justo en el campo de visión de los guardias? Tiene que haber otra alarma, a lo mejor está por aquí.

Si vuelves a la sala principal, puedo localizarla y así tú escapas por la salida de incendios. Aunque me pillen, tengo la tarjeta de identificación. Tú eres la que necesita salir de aquí sin ser vista.

Pienso en las otras chicas. Todavía no les he contado nada: ni lo de que son Extrañas ni lo de mi padre, ni siquiera les he hablado de los tipos como Quentin. No les he advertido sobre el peligro del que estoy segura que corren. ¿Cómo voy a dejarlas ahí, tan indefensas?

—No puedo —afirmo.

—Pero ¿no eres tú la que acabas de preguntarme...?

—Ya lo sé. Ya lo sé —respondo—. Y necesito salir de aquí, desde luego. Pero las demás chicas... Ni siquiera saben lo que significa ser una Extraña.

—Por eso podemos salir de aquí y enviar a tu padre a que se lo cuente —dice Jasper, molesto. Percibo su malestar y quizá tenga razón. Al fin y al cabo, le ha costado mucho conseguir entrar, y ahora me niego a salir. O bueno, a lo mejor también lo ha hecho porque yo le importo—. No tienes por qué ser tú la que se quede, Wylie.

A lo mejor me siento demasiado responsable de estas chicas por lo que le ocurrió a Cassie. Eso no hace que el sentimiento sea menos real, o que sea menos apropiado.

—Pero tengo que ser yo —comento en voz baja.

—Tanto tú como yo sabemos qué ocurre cuando te quedas para ver cómo acaba todo, Wylie. Las cosas no acaban bien. Pregúntaselo a Cassie. —A Jasper se le entrecorta la voz cuando pronuncia su nombre. Se queda cabizbajo—. Escucha, entiendo que te preocupes por la gente que está aquí. —Duda un instante y desvía la mirada al tiempo que se mete las manos en los bolsillos—. Pero a mí solo me importas tú.

Ahora se siente confuso. Como me sentía yo cuando pensaba que ya no estaba. En cuanto se termine toda esta mierda y sea parte del pasado, y el mundo se quede tranquilo, Jasper se dará cuenta de algo que yo ya sé: que está mejor sin mí.

—No es que sean mis amigas ni nada por el estilo —digo, para forzar el cambio de rumbo de la conversación y obviar el tema de nosotros dos. Jasper ya me lo agradecerá más tarde—. He tenido la oportunidad de contarles que son Extrañas. Y no lo he hecho. En parte porque estaba preocupada por ellas. Pero también porque estaba preocupada por mí. Tengo que quedarme para prevenirlas, luego me iré.

Jasper se queda cabizbajo. Al final, asiente con la cabeza. Antes de poder decir nada más, se oye un ruido procedente del pasillo.

—Deberías marcharte antes de que alguien te pille aquí.

—Está bien —accede Jasper. Pero no le parece bien en absoluto. Parece triste. Y eso prueba de algún modo que estoy en lo cierto. Que estará mejor si entre nosotros la relación es muy clara y simple. Y que yo también lo estaré.

—¿Puedes hacerme un favor? —pregunto.

—Lo que tú quieras.

—¿Puedes pasarte por mi casa para ver si ha llegado mi padre? A estas horas creo que ya debería estar aquí.

—Sí, claro, por supuesto —responde Jasper, contento de tener algo que hacer.

Se oye un nuevo ruido en el pasillo, como una puerta que se abre y se cierra. Jasper se levanta.

—¿Puedes llevarte esto además? —Le paso el ejemplar de *1984* que me dio Kelsey—. Guárdalo bien.

Se queda mirándolo con escepticismo.

—¿En serio?

—Contiene algunas anotaciones importantes.

Kelsey tal vez se enfadaría si supiera que se lo he dado a alguien. Pero es para salvaguardarlo.

—Vale, pero con una condición —puntualiza.

—¿Cuál? —pregunto, porque eso me recuerda a la última conversación que tuvimos por teléfono antes de lo ocurrido en el puente.

—Que me prometas que de verdad estarás bien.

—Eso seguro.

Sonrí. Diga lo que diga no podré superar la honestidad de lo que acaba de decirme Jasper. Ahora mismo, la verdad no está en nuestras manos.

—Y sal de aquí pronto —dice—. Porque estaré esperando.

Me despierto porque oigo voces en el pasillo. ¿Han pillado a Jasper? El corazón me palpita cuando salgo disparada de la cama y abro la puerta de golpe. Pero del otro lado, solo están Becca y Ramona riendo con ganas justo enfrente de mi puerta.

—Wylie, tienes que oír esta mierda —dice Becca y se acerca a mí dando grandes zancadas y haciendo un gesto a Ramona para que la siga. He visto de soslayo la hora en el reloj del pasillo: las siete y media. Es por la mañana. Me siento aliviada al ver que he sobrevivido a la noche. Becca mira el pasillo de cabo a rabo, como si quisiera asegurarse de que no hay nadie escuchando. Se acerca mucho a mí—. Ese guardia gilipollas me ha dicho que me deja marchar si me acuesto con él.

—¿Qué clase de idiota dice eso directamente? —pregunta Ramona con voz airada. Se tira de la pulsera una vez y luego otra.

—Los hombres son tan estúpidos... —comenta Becca.

—Menudo gilipollas —añade Ramona justo antes de fulminarme con la mirada, como si acabara de recordar algo—. Eh, espera... Hablando de gilipollecés, ¿qué coño te entró ayer para salir corriendo detrás de ese tío? Fue una ida de olla total. Y lo digo muy en serio. Estás muy pirada.

—Sí, fue algo en plan psicópata —agrega Becca.

Ambas se quedan mirándome como si quisieran una explicación real de mi arrebató.

—No creía lo que estaba contándonos. —Me encojo de hombros—. Quería que nos dijera la verdad de por qué estamos aquí.

—No te ofendas —dice Ramona, se cruza de brazos y parece más suspicaz ahora—, pero ¿no es la segunda vez que tienen que drogarte?

—Sí, ¿no hiciste algo parecido cuando te trajeron aquí? —añade Becca. Y no suena precisamente al cumplido que se le hace a una chica por ser valiente—. Me han contado que inflaste a hostias a los paramédicos.

Ya no están de mi parte, al menos no incondicionalmente. Todavía hay una fina línea entre hacer una locura y estar loca, y es posible que me haya situado en el lado equivocado de la misma.

—Corear «¡Déjenos marchar!» es una cosa —afirma Ramona—. Y agredir a

las personas es otra bien distinta.

Con mi credibilidad bajo mínimos, no parece ese el mejor momento para contarles lo de los Extraños y hablarles de la investigación de mi padre y de todo lo demás. Pero no me queda otra alternativa. Lo único que he hecho hasta ahora es esperar.

Sin embargo, cuando doy un paso adelante para salir al pasillo, tropiezo con algo que hay en el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunta Becca, y señala algo blanco y redondo que hay en la puerta.

Me agacho para mirar. Es una de esas ásperas toallas desechables que nos han dado en el hospital. Al poner la mano encima, noto que hay algo duro envuelto en ella. Algo más grande que mi mano abierta con los dedos separados. Lo aprieto para intentar adivinar qué es sin levantar la toalla. Estoy teniendo la peor sensación que he percibido en toda mi vida.

—¿Por qué no miras lo que hay? —pregunta Becca, y es una pregunta muy lógica. Una pregunta que no puedo responder de ningún modo.

—Yo...

En lugar de decir nada, recojo la toalla del suelo, entro de nuevo disparada en la habitación y cierro dando un portazo. Oigo a Ramona y a Becca susurrando del otro lado de la puerta durante un minuto. Parece como si estuvieran discutiendo cuál de las dos debe ir tras de mí, en plan «hazlo tú», «no, hazlo tú». Al final, deciden no hacerlo. De pronto sus voces se alejan.

Me pitan los oídos mientras me dirijo a la cama y dejo la toalla y su misterioso contenido. Inspiro una última vez antes de tirar con fuerza de la toalla como si estuviera haciendo algún truco de magia. Intento cerrar los ojos enseguida. Pero es demasiado tarde. Ya he visto lo que había debajo: un bebé de plástico, cubierto de pintura roja.

El corazón me da un vuelco y se me revuelve el estómago. ¿Un muñeco como los que dejaban en el porche de nuestra casa? ¿Aquí? ¿Ahora?

¿Quién lo ha dejado aquí? Es absurdo, pero no puedo evitar pensar que ha sido Quentin, que me tortura desde la tumba. O quizá haya sido Jasper, que hace esto como un retorcido acto de venganza. La cabeza no para de darme vueltas.

Un momento. No. No pienso hacerlo. Esto debe de ser justo lo que quieren, sean quienes sean: que sospeche de todo el mundo y me vuelva paranoica. Pero no voy a elaborar una lista de sospechosos.

No intentaré llegar a la raíz del misterio. Ya no. No después de todo lo ocurrido. El objetivo de todo esto es asustarme, o conseguir que de verdad pierda la cabeza. Pues no funcionará. Esta vez no. Voy a demostrárselo. No tengo miedo. No pienso esconderme. Ya no.

Me enfundo las chanclas, agarro el bebé por una pierna y abro la puerta de mi habitación de golpe. Camino dando grandes zancadas por el pasillo y me dirijo hacia la sala común. Mis pisadas resuenan cada vez más fuerte. «Pam, pam, pam.» Hasta que resulta doloroso. Hasta que me alegro de sentir dolor.

«Idos al infierno. Idos al infierno —canturreo mentalmente—. No vais a conseguir que me sienta peor. No vais a conseguir que tenga más miedo. No vais a conseguir que me oculte ni que dude de mí misma. Y me da igual quiénes seáis. Y me dan igual vuestros motivos. Porque yo decido. Soy yo la que decido cómo me siento.»

Me arde la cara cuando irrumpo a toda prisa en la sala común y los guardias de seguridad me miran sobresaltados. El Lobo está ahí. Si estuviera más cerca de él, seguramente percibiría que piensa cosas horribles sobre mí, que imagina mi cuello entre sus manos. Pero me alegro de que esté aquí. Quiero que vea lo poco que me importa.

Desvío la mirada de los guardias y la dirijo hacia Ramona y Becca, que se encuentran junto a otra chica en el fondo de la sala. Y Kelsey también está ahí, tumbada sobre el sofá, con un libro entre las manos. Todas las chicas están presentes. Están todas mirándome. Resulta difícil creer que sigamos teniendo alguna conexión. Sobre todo, por la forma en que me miran.

Becca y Ramona están negando con la cabeza de forma casi imperceptible. Boquiabiertas. Horrorizadas. Prácticamente como si estuvieran diciendo: «No. No lo hagas. Sin importar lo que se te haya ocurrido». El doctor Haddox está en el fondo, hablando con Elise, y parece preocupado. Es posible que le preocupe tener que volver a actuar para detenerme.

Siguen todos mirándome hasta que al final me detengo en el centro de la sala y levanto el muñeco por encima de mi cabeza. A pesar de sus miradas. A pesar de su desaprobación. Y de esa forma tan simple, una válvula se abre en mi interior, y por ella escapa solo rabia.

—¡Quien haya dejado esto para mí puede irse al infierno! —grito con tanta fuerza que me escuece la garganta. Miro un poco más a mi alrededor al tiempo que sacudo el muñeco por encima de mi cabeza—. Y cuando descubra quién ha sido, haré que se arrepienta. Os lo prometo.

Cassie. Me siento como ella. Me siento como ella cuando se subió por mí al capó del coche de un desconocido hace muchos meses. En ese momento, solo deseaba sentir esa misma clase de rabia. Pensé que acabaría con el miedo. Y tenía razón: ahora ya no estoy asustada. Pero no he sopesado las consecuencias. Porque cuando observo a mi alrededor y veo todas esas miradas asombradas, no me siento fuerte. Me siento atrapada. Tal como quería la persona que ha dejado el muñeco, sea quien sea: quería que actuara como si al final se me hubiera ido

la olla. Ahora nadie va a escucharme en relación con ningún tema; ni las Extrañas ni nadie.

Así que me vuelvo hacia la papelera alta que tengo cerca y tiro el muñeco dentro. Con tanta fuerza que, durante un segundo, creo que he roto el cubo. Pero la tapa no para de girar hasta que se detiene.

Todavía estoy mirando la tapa en movimiento de la papelera cuando oigo un gemido a mi lado, a la altura del suelo. Al mirar hacia un lado veo que es Teresa, con las rodillas pegadas al pecho y temblando.

—¿Estás bien? —pregunto, al tiempo que me sobreviene una oleada de calor por el sentimiento de culpa—. ¿Te he hecho daño? No quería... No he visto que estabas ahí.

Pero cuando Teresa levanta la vista, tiene la cara muy roja e hinchada, y empapada en lágrimas. Tiene aspecto de llevar un buen rato llorando, desde antes de que haya entrado yo con el muñeco y lo haya tirado a la papelera.

—¿Puedes ayudarme a salir de aquí? —me suplica.

—Bueno... No creo que haya forma posible...

—Me refiero a que me saques de aquí, para poder volver a mi habitación. No quiero que todo el mundo me vea así de disgustada.

Y la verdad es que no quiero que me sigan mirando a mí tampoco. Tirar de golpe ese muñeco a la papelera ha supuesto acabar con la rabia que sentía. Pero, sin ella, ya no soy invencible. Ya no estoy segura de ser fuerte en absoluto.

—Sí, vale —digo—. Vamos.

La habitación de Teresa está al final del pasillo. Con sus dos ventanas, es mucho más luminosa que la mía. En el exterior, el cielo es de un azul intenso y los rayos de sol bañan la habitación. Resulta tan alegre que incluso podría olvidar la existencia del muñeco. Olvidar que no me noto el pulso en la mano por haber estado sujetándolo.

—Gracias por ayudarme —dice Teresa.

Ahora está tan tranquila que da miedo, resulta casi tan desconcertante como su excitación. O sus sollozos. Me doy cuenta de que sus emociones nunca parecen encajar con la situación. Por eso resultan tan incómodas.

—No te preocupes —contesto—. ¿Qué ha pasado? Quiero decir ¿por qué estabas tan disgustada?

—He hablado con mi pastor por teléfono.

«¿Le han dado permiso para llamar a su pastor?», pienso, pero intento no despistarme.

—¿Y él te ha hecho llorar?

Ella niega con la cabeza.

—Él no haría eso. Por eso empecé a ir a las reuniones en lugar de ir a la iglesia de mi abuela. Él es más moderno. Pero he cometido muchos errores. Algunos pecados que no se pueden enmendar.

Su tristeza es real y, por primera vez, inconfundible. Y es tan profunda que me provoca dolor en el pecho.

—¿Qué pecados? —pregunto. Después de que me haya contado lo de la norma de los seis minutos de su abuela, no es difícil imaginar que exagere sobre las cosas que habrá hecho mal.

—Por los chicos. A algunos casi ni los conocía. —Se queda mirándome, y yo intento no parecer sorprendida. ¿Está hablando de sexo? Esto no lo había previsto. Aunque podría explicar algunas de sus emociones exageradas y caóticas. A lo mejor lleva tanto tiempo ocultando ciertos secretos que, cuando vuelven a aflorar, estallan como fuegos artificiales—. Una vez incluso llegué haciendo autoestop a un área de descanso y dejé que un viejo me pagara. Ni siquiera sé por qué. —Inspira para tomar aire y esta vez, al exhalar, contrae todo el cuerpo—. Me sentía muy mal conmigo misma todo el tiempo, incluso antes de hacer eso. El cometer actos terribles me daba un motivo concreto por el que odiarme.

—La gente comete errores —consigo decir y tomo prestadas las palabras que Jasper me dijo hace semanas. Pero necesito decir algo más. Eso que todas deben saber, aunque ahora mismo, sobre todo, debo contárselo a Teresa—. Además, creo que existe la posibilidad de que todas las que estamos aquí... seamos más sensibles de lo normal a los sentimientos de los demás. Mi padre está investigándolo. En cualquier caso, ese podría ser, en parte, el motivo por el que te sientes tan mal contigo misma.

Espero las preguntas airadas. «¿Qué quieres decir con eso de que somos más sensibles de lo normal? ¿De qué investigación hablas?» Pero, en lugar de eso, noto una nueva oleada de tranquilidad en ella cuando me sonrío. Y luego percibo compasión hacia mí. Como si yo mereciera más lástima que ella misma. Eso me hace sentir incomodísima. Teresa levanta una mano y se quita algo del cuello.

—Toma, quédate esto. Como muestra de agradecimiento por ser tan amable conmigo. —Me entrega un pequeño crucifijo de oro colgado de una fina cadena—. Me lo regaló mi abuela. Dijo que me protegería de todo lo malo, incluso de la maldad de mi corazón.

Me quedo mirando el crucifijo, que no quiero ponerme. De verdad, no quiero colgármelo bajo ningún concepto, aunque no sé explicar la razón exacta.

—Deberías quedártelo tú —sugiero. Y esbozo una sonrisa forzada—. Si te lo regaló tu abuela, debe de ser muy especial.

—En realidad, no. —Teresa se acerca más a mí y lleva la cadena sujeta por los dos extremos para colgarme el crucifijo al cuello—. Ahora mismo tú lo necesitas más que yo. —Resisto el impulso de detenerla cuando ella me cierra la delicada cadena a la altura de la garganta, luego retrocede para ver cómo me queda—. Perfecto.

—Gracias —digo—. Y yo no me preocuparía por lo que hayas hecho en el pasado, ni por cómo te hayas sentido. No creo que ninguna de nosotras esté enferma, de la manera que ellos nos quieren hacer creer. —Oírme decir eso en voz alta es un alivio incluso para mí. Al fin y al cabo, no es tan descabellado. Las demás chicas me creerán. Tienen que creerme—. De todas formas, creo que, a veces, no entender lo que una siente puede hacer que te encuentres peor.

—Eso es lo que dice mi psicóloga. Bueno, supongo que en realidad no lo ha dicho nunca. Se las arregla para que yo llegue a esa conclusión por mi cuenta.

—Ah, me suena esa técnica. —Sonrío, y es un gesto sincero. Resulta agradable tener eso en común con ella—. Cuando mi psicóloga la utiliza, yo siempre muerdo el anzuelo. Por lo general, tiene razón.

Teresa sonrío tímidamente por primera vez.

—¿La tuya también es guapa? —me pregunta—. Porque a veces pienso que por eso caigo siempre en sus tretas. Porque mi psicóloga es como una muñeca de porcelana perfecta sentada en su enorme butaca roja.

Afuera, en el pasillo, me apoyo contra la pared. Presiono una mano sobre mi pecho para intentar calmar las palpitaciones. ¿Teresa es paciente de la doctora Shepard? ¿Y todas las demás también lo son? ¿Es esa la auténtica conexión entre nosotras? Aunque eso no explicaría otras cosas, como por ejemplo el hecho de que seamos todas Extrañas. Sea cual sea la verdad, no creo ni por un segundo que la doctora Shepard pretendiera que yo... que nosotras fuéramos encerradas en este lugar. De ninguna manera. Con todo, me sentiría mucho mejor si pudiera demostrarlo.

Cuando regreso a la sala común, noto que todos vuelven a mirarme: los guardias y todas las chicas menos Teresa. Por suerte, no veo al doctor Haddox por ninguna parte. Una persona menos ante la cual contenerse. Y todos los demás sienten algo ligeramente diferente: ahora están preocupados. Kelsey está tumbada en el sofá con el libro *Fahrenheit 451* en las manos. Intento ignorar la mirada penetrante del Lobo cuando cruzo la sala en dirección a ella.

—Eh —le digo a Kelsey, pues no estoy muy segura de cómo empezar.

Ella levanta la vista y me mira con una ceja enarcada.

—Se te da muy bien mentir, ¿verdad? —Intento percibir si lo ha dicho como insulto o en plan broma. Pero me topo con un muro de ladrillo. Al menos ya sé de qué se trata: estaba bloqueándome.

—Supongo que sí. —Mi episodio con el muñeco es demasiado complicado para tener que explicarlo en este momento—. Escucha, hay algo aquí que no va bien.

Sigue con la mirada clavada en el libro.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Los guardias, los médicos o el hospital para pacientes de ébola?

—Creo que deberíamos irnos —digo—. Largarnos de aquí ahora mismo. Todas nosotras.

—Claro. Ningún problema. —Kelsey habla con tono inexpresivo. Luego señala con el pulgar a los guardias de seguridad sin mirar en su dirección—. Salir pitando por esas puertas te funcionó de maravilla la última vez.

—Mi padre es científico y ha descubierto algo. Eso que tanto tú como yo sabemos hacer: percibir los sentimientos de otras personas. ¿Lo de tu libro? ¿1984?

—No tengo ni idea de qué estás hablando —replica Kelsey, y cuando por fin me mira de forma directa, el muro que ha levantado resulta más impenetrable que nunca—. Yo no percibo nada.

Vale, es evidente que no quiere hablar sobre ello abiertamente. Puedo decir otras cosas.

—Escucha, ya he estado en una situación así antes. No deberíamos esperar. Puede ponerse todo muy feo y muy deprisa. Deberíamos elaborar una especie de plan. Para conseguir sacar también a las demás. Tenemos que convencerlas de que están en peligro. Porque lo estamos. —Me agacho para acercarme más a Kelsey. No es que sea un gesto muy sutil, teniendo en cuenta que los guardias siguen mirándome. Pero no me queda otra—. Creo que deberíamos hacer algo para distraerlos, como activar la alarma contra incendios, y aprovechar el momento para salir corriendo.

—Suponiendo que tuviera alguna idea de qué estás hablando —Kelsey mira con exageración por encima del hombro en dirección a la alarma contra incendios y luego a la escalera de incendios—, tu ridículo plan parece totalmente condenado al fracaso. Además, puedo asegurarte que esas chicas —hace un gesto para señalar el fondo de la sala, hacia Becca y Ramona, quienes siguen mirándonos y susurrando— no van a ir a ningún sitio contigo. Creen que se te ha ido la olla.

—Sí, soy consciente de eso —digo—. Pero a ti sí te escucharán.

—¿Y por qué iba a decirles nada yo? —Niega con la cabeza—. ¿Sabes cuál es tu problema? —Esta vez me mira, ya no está bloqueándome. Quiere que sepa que lo que está a punto de decir va en serio. Se recorre con los dedos el tatuaje con el símbolo de infinito y luego me señala—. Te preocupas demasiado por los demás. Tú y yo deberíamos irnos juntas y solas. Luego podemos enviarles ayuda. Eso sería lo mejor para nosotras. Y lo mejor para ellas.

El muro de Kelsey vuelve a levantarse. En un abrir y cerrar de ojos. Como si quisiera demostrarme lo bien que se le da activarlo y desactivarlo. Como si quisiera recordarme que todavía existe un «nosotras» —ella y yo— y un «ellas», las demás chicas. Es posible que todas seamos Extrañas, por supuesto. Pero eso no significa que todas seamos iguales.

—Escucha —prosigue Kelsey con un tono más delicado—. Yo solo quiero ser precavida. Y creo que tú y yo podríamos... Creo que podríamos ayudarnos mutuamente y ayudar a todas las demás.

Se da impulso para levantarse del sofá.

—¿Adónde vas? —pregunto y parezco aterrorizada, porque es así como me siento.

—Mmm... Al baño —responde y pone los ojos en blanco—. Escucha, tú relájate. Volveré enseguida. Y ya se nos ocurrirá un plan.

En cuanto Kelsey se marcha, miro en dirección a Becca y Ramona, pero ellas apartan la mirada de inmediato. Resulta difícil culparlas. Hace solo veinticuatro horas que nos conocemos. La lealtad nacida de la necesidad de superar una situación tan jodida tiene sus límites.

Debería haberles hablado antes de la investigación de mi padre, del campamento y de Cassie, haberles contado que somos Extrañas, todas nosotras. Aunque, teniendo en cuenta todas las gilipolleces que he hecho, todo va a parecer una invención mía.

De todas formas, no me queda otra alternativa que intentarlo. Y debo hacerlo mientras Kelsey esté fuera. Ella no quiere que diga nada y no quiero cabrearla, pero no pienso largarme de aquí sin contárselo a las demás. Está muy bien decir que enviaremos a alguien a buscarlas. Pero no lo aceptaré como alternativa para las demás. No las dejaré aquí esperando. Me da igual lo que piense Kelsey.

—Hola —digo en cuanto estoy delante de Becca y Ramona y levanto una mano a modo de saludo.

—Hola —contesta Ramona y se vuelve hacia mí para luego mirar al suelo de nuevo. Becca no dice ni una palabra. Está mirando hacia el otro extremo de la sala, como si estuviera oteando el horizonte de un campo de batalla.

Voy a tener que hacer frente a esta situación y la verdad siempre es un buen punto de partida.

—Antes recibíamos esos muñecos en casa —empiezo a decir—. Muñecos como el que estaba en la toalla. Alguien nos los dejaba en la entrada. Creíamos que era algún acosador de mi madre, porque ella era fotoperiodista y la gente no paraba de enviarle correos electrónicos amenazándola. —Ramona ha levantado la vista para mirarme. Pero Becca no lo ha hecho—. Yo creo que en realidad se los mandaban a mi padre; es científico y hay personas a las que no les gusta su investigación.

—¿Qué clase de investigación? —pregunta Becca con cierta suspicacia.

—Espera, ya sé. —Ramona chasquea los dedos como si acabara de ocurrírsele algo—. ¡Células madre!

—No, mi padre estaba buscando...

Un chillido agudo retumba en la sala común y todas nos sobresaltamos. Permanecemos en silencio durante un segundo, y luego vuelve a oírse. Se me acelera el pulso al tiempo que miro a mi alrededor. Todo el mundo se tapa los oídos con las manos para no oír el estridente sonido. Incluso los guardias parecen confusos. Hasta que no veo la luz parpadeante en un rincón, no me doy cuenta de que es la alarma contra incendios.

¿Kelsey ha decidido seguir con el plan y la ha activado? A lo mejor ha ocurrido algo, a lo mejor se ha dado cuenta de que no había tiempo para seguir esperando. Ahora no me queda otra alternativa que contarles a Becca y Ramona el plan, y deprisa.

—Creo que quizá...

Sin embargo, cuando me vuelvo ya han salido corriendo, como todas las demás, hacia los guardias y las puertas de la salida de emergencia. No era así como debía llevarse a cabo nuestra huida. Ni siquiera hemos hablado de los detalles. Y esto que está pasando es justo lo contrario a una acción sutil. El Lobo ya está plantado frente a la puerta de salida, impidiendo que las chicas bajen. No habrá forma de pasar a su lado aprovechando la confusión sin que se dé cuenta. No habrá posibilidad de escabullirse.

—¡Tenemos que irnos! —grita una de las chicas junto a la puerta—. No podemos quedarnos aquí.

¿De verdad estoy oliendo a humo? Podría estar imaginándolo teniendo en cuenta lo obsesionada que estoy con el fuego.

—¡Tranquilizaos! ¡Es un simulacro! —grita el Lobo justo detrás de ella y luego llama a su compañero—. No pienso dejarlas salir a menos que alguien me lo ordene.

Somos ratas. Atrapadas en una jaula. «Vete ahora.» Kendall tenía razón. Tenemos que irnos.

El doctor Haddox entra con paso decidido en la sala común desde la zona donde se encuentran nuestras habitaciones y, tras él, hay una estela de auténtico humo, ya no cabe ninguna duda. No es una falsa alarma. No son imaginaciones mías. En algún lugar hay algo que, definitivamente, se ha prendido fuego. ¿Era eso lo que Kelsey ha hecho en realidad cuando ha dicho que iba al baño? ¿Habrá incendiado la papelería? Pero ¿por qué no me habrá avisado? A menos que no hubiera tiempo. A lo mejor ha pasado algo.

—Tenemos un problema. —El doctor Haddox hace una señal a los guardias con las manos—. Sacadlas de aquí hasta que lleguen los bomberos.

—¿Afuera? —pregunta el Lobo con brusquedad—. Será mucho más difícil retenerlas así. No pueden hacernos responsables si alguna...

—¡Pues no las llevéis hasta la calle! —responde a voces el doctor Haddox,

luego se frota la frente en un intento de tranquilizarse—. No pueden quedarse aquí. No es seguro. Bajad la escalera, pero no salgáis del recinto. Así al menos no se quedarán aquí arriba, atrapadas con el humo. Ahora vuelvo.

En ese momento, el doctor Haddox desaparece y se va por donde ha venido. Regresa a nuestras habitaciones, al lugar donde se ha originado el fuego.

—¡Vamos! —grita el Lobo como si todo esto fuera culpa nuestra—. Vamos, vamos. Por aquí. Nos quedaremos en el hueco de la escalera, bajaremos un par de tramos. Eso debería protegernos del fuego.

—¡Yo me encargo de la retaguardia! —se ofrece su compañero.

Y el sonido agudo y estridente no cesa. Me pone de los nervios. Es difícil pensar, y así es imposible idear un plan.

—¡Venga, vamos! ¡Bajad detrás de mí! —vocifera el Lobo como un sargento de prácticas militares. Pero ahora él también está nervioso. Aunque haya varias personas a su alrededor, soy capaz de percibirlo. Haría cualquier cosa para impedir que rompamos la fila, pero le preocupan las consecuencias—. Que nadie salga del edificio. ¡Permaneced detrás de mí!

Avanzamos en una única fila ordenada, Becca y Ramona van muy por delante. Están demasiado lejos para que les diga que esto era parte del plan. De todas formas, ¿eso qué importa ahora? No es probable que podamos pasar por delante del Lobo. Estoy bastante segura de que sería capaz de matar a cualquiera solo para demostrar que es capaz de hacerlo. Por otro lado, ¿dónde está Kelsey? ¿Y Teresa? Es arriesgado llamar la atención sobre la ausencia de Kelsey si es ella quien ha iniciado el fuego, pero ¿y si lo ha provocado y se ha asfixiado con el humo? Necesito comprobar que está bien.

Me vuelvo hacia el otro guardia, el que va por detrás de nosotras. Es el menos gilipollas de los dos.

—Creo que faltan algunas chicas —le comento. No quiero mencionar a Kelsey, por si ha sido ella la responsable. Aunque no resulta práctico, no si de verdad necesita ayuda—. No veo a Teresa ni a Kelsey. Alguien tiene que ir a comprobar si se han quedado en las habitaciones.

—¿Qué? —pregunta y continúa haciéndome gestos para que siga, para que pase por la puerta y baje la escalera.

—¡Faltan al menos dos chicas! —grito—. Podrían seguir atrapadas ahí dentro.

—Vale, vale —dice el guardia, y se vuelve a mirar por encima del hombro—. Tú sigue a las demás. Yo iré a comprobarlo.

Me quedo mirando cómo se aleja, jadeante, y me deja ahí sola. No hay nadie que me vigile cuando él desaparece a través de las puertas. Todas las demás chicas

están bajando. Yo las sigo, avanzando lentamente hasta que cruzo las puertas y salgo al frío hueco de cemento de la escalera. Entonces, de pronto, tengo claro lo que debo hacer. Subir.

La sensación de *déjà vu* me hace estremecer. Hace ya varias semanas, el agente Klute se presentó en la puerta de casa, y eso fue exactamente lo que hice: salir corriendo hacia arriba. En esa ocasión no me sirvió de nada, pero quizá ahora sí vaya a funcionar.

Aunque tiene que ser algo rápido. Y discreto. Antes de que nadie se vuelva. Antes de que cualquiera de las chicas se percate de mi ausencia o se le ocurra preguntar —aunque sea de forma inocente— «¿Qué?» o «¿Por qué?» o «¿Adónde vas?». Mientras el sonido de las pisadas todavía resulta ensordecedor. Mientras nadie sea capaz de oír que mis pisadas se dirigen en sentido contrario. Me cuesta respirar a medida que subo a toda prisa la escalera, saltando los peldaños de dos en dos, sin mirar atrás. Y entonces oigo la voz del Lobo, cuyo eco llega hasta aquí arriba.

—¿Tienes vigilada la retaguardia? —pregunta gritando su compañero.

Me quedo paralizada, con el corazón desbocado.

—Creo que ha ido a buscar a unas personas que faltaban —grita una de las chicas como respuesta, gracias a Dios. Me preparo para un momento de conmoción, para que el Lobo vaya a investigar. Para que alguien lo lleve directamente hasta mí, un tramo de escalera por encima de él, jadeante. Pero no llega hasta mí.

—¡Vale, venga! ¡Seguid bajando! —Es todo cuanto dice—. No os separéis ni salgáis de la fila.

Así que sigo corriendo, para subir más todavía. Al llegar al descansillo de la planta siguiente, agachada y pegada a la pared, todavía espero que el guardia de abajo me llame. Que una de las chicas se dé cuenta de mi ausencia y comente algo, aunque sea sin querer. Pero nadie dice nada. Estoy solo yo, la escalera y mi respiración; subiendo y subiendo y subiendo.

Sin embargo, las puertas de la siguiente planta están cerradas con llave. Y empiezo a dudar de que sea un buen plan. Si no puedo salir del hueco de la escalera y subir a los pisos superiores, acabarán encontrándome. Y estoy bastante segura de que las consecuencias serán malas, sobre todo, si es el Lobo el primero en echarme el guante.

Lo que significa que esto tiene que funcionar. Este camino ascendente debe ser mi vía de escape hacia el exterior.

Subo corriendo tres plantas más; paso junto a otras tres puertas cerradas con llave. Aunque al menos ahora no oigo voces llamándome, ni veo una densa cortina de humo que asciende hacia el techo. Nada me impide que siga hasta que

llego a la última puerta. Al final de la escalera está la entrada de la azotea. Contengo la respiración y presiono la barra metálica hacia abajo. Temo que esté cerrada con llave, como todas las demás.

Pero entonces, la puerta cede y se abre. Lanzo un suspiro y salgo al exterior. Estoy bajo la luz del sol y respirando aire puro. Soy libre.

O al menos me siento así durante un segundo. Porque verse atrapada a seis plantas del suelo, incluso estando en el exterior, en la azotea, no es exactamente lo mismo que estar libre.

Al ser consciente de ello, de pronto, la agradable atmósfera de la azotea — cálida y soleada, con la visión de las enormes y esponjosas nubes blancas flotando sobre las copas de los árboles frondosos y de un verde intenso— me parece espeluznante. El zumbido de los aparatos de aire acondicionado me resulta amenazante. Con todo, me siento muy agradecida de estar apartada del agudo sonido de la alarma contra incendios, y del angustioso olor a humo. Al menos aquí arriba hay espacio para respirar. Aunque la libertad sea una ilusión. Además, sigo creyendo que debe haber una salida. Que he subido hasta aquí por un motivo. Que he hecho bien al confiar en mi instinto.

Todavía estoy con la espalda apoyada contra la puerta cuando oigo cómo llegan los camiones de bomberos. A pesar de ello, me recuerdo a mí misma que no se trata de un incendio real. Podría ser un fuego a pequeña escala que Kelsey haya iniciado en una papelera. Algo que haya ardido lo suficiente para activar la alarma mientras ella salía disparada hacia otra escalera de incendios y así poder bajar.

Voy acercándome poco a poco para ver cómo llegan. Primero llega un camión, luego, dos más, seguido por un vehículo rojo y blanco del cuerpo de bomberos, y por una ambulancia también de los bomberos, que parece una exageración innecesaria teniendo en cuenta que ya estamos en un hospital. Pero, por lo que se ve, los bomberos están tomándose las cosas en serio. Saltan a toda prisa de sus camiones, con el mono puesto, sus herramientas en ristre y avanzando al trote.

¿Y si de verdad estoy atrapada en la azotea de un edificio en llamas, muy por encima del fuego real? Estoy bastante segura de que este es el peor lugar para estar en caso de incendio. Después de lo Cassie y lo de mi madre... ¿Y si me ha llegado el turno a mí?

Me estremezco y me obligo a desechar esa idea al tiempo que me alejo del borde de la azotea. Para olvidarlo intento concentrarme en algo mucho más probable: que me encuentren. Necesito un buen escondite donde ocultarme. Por fin, veo un lugar que parece prometedor y me escondo entre dos aparatos de ventilación situados al fondo de la azotea. Tengo suficiente visión para ver si se

acerca alguien y suficiente espacio para escabullirme y salir corriendo si alguien lo hace. También estoy a cierta distancia del rugido más intenso del aire acondicionado. No estoy segura de cuánto tiempo más podré soportar ese estruendo carcomiéndome el cerebro.

Mi plan consiste en esperar en la azotea. No porque sea necesariamente el mejor plan, sino porque es el único que se me ha ocurrido. Los bomberos tendrán que asegurarse antes de que el fuego está apagado. En un momento determinado, todas las chicas serán conducidas de regreso escaleras arriba hasta la sala común, y allí pasarán lista para comprobar que estemos todas presentes. Entonces se darán cuenta de que faltó yo. Me quedará un margen de tiempo, aunque muy breve. Tendré un par de minutos, cinco o quizá diez, para salir de la azotea, bajar y salir por la puerta.

Debo conservar la esperanza de que Kelsey haya escapado por algún otro sitio. Y, si no lo ha hecho, no importa porque volveré de todas formas a por las chicas a las que no he avisado. Cuando lo haga, también las sacaré de aquí.

Sabré que ha llegado el momento de bajar en cuanto los bomberos empiecen a marcharse. Desde ahora hasta ese instante, lo único que puedo hacer es esperar. Y eso estaría bien si el suelo de alquitrán de la azotea no fuera un imán gigantesco para los rayos del sol. En cuestión de minutos, pasa de estar un poco caliente a quemar. Además, me muero de sed. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que bebí algo.

El tiempo pasa muy lentamente. Los minutos avanzan muy despacio hasta convertirse en lo que parecen horas de espantosa incomodidad. O quizá solo hayan sido más minutos. Todo es un embrollo y resulta muy confuso. Intento pensar en cosas refrescantes. Pensamientos que me refresquen y me hagan feliz.

Así que pienso en el primer lugar fresco y alegre que me viene a la cabeza: Crater Lake, el lago del cráter.

El último gran viaje que mi madre y yo hicimos antes de que ella muriera fue nuestro destino más lejano: Crater Lake, en Oregón.

Fue durante la tercera semana de agosto: una semana antes del inicio del penúltimo año del instituto. En ese momento, Cassie ya había regresado de su campamento de *fitness*, que había durado dos semanas, con su cuerpo recién esculpido, con ropa más sofisticada y un visible desinterés por todo cuanto yo tenía que decir. No me percaté enseguida del cambio emocional que había sufrido Cassie, pero mi madre no tardó en notarlo. Ella fue capaz de leer las señales, razón por la que sugirió nuestro largo viaje a solas.

—Creo que esta vez deberíamos hacer un gran viaje —dijo mi madre—. Por

la costa noroeste. Podríamos practicar senderismo cerca del monte Rainier y luego bajar en coche hasta la costa de Oregón. Tengo una semana extra ahora que mi viaje se ha anulado. —Aunque, en cierta forma, yo sabía que ella estaba algo decepcionada con la situación. Ese viaje lo había organizado para uno de sus proyectos personales como *freelance*. Una fuente anónima se había ofrecido a llevarla a visitar la zona prohibida de algún complejo de investigación (que a mí me parecía tremendamente sospechoso), para sacar unas fotos que, al parecer, revelarían algo interesante. Y supongo que obtuvo alguna imagen. Pero luego desapareció su informante; no podía localizarlo, no le devolvía las llamadas. Y eso le dejó mucho tiempo libre—. Venga, tú y yo solas. Será divertido.

Crater Lake fue nuestra última parada antes de regresar a casa.

Y era tan bonito como me había prometido mi madre: abetos altos y frondosos, y un cielo azul intenso e infinito que se confundía con la superficie del agua. Resultaba difícil saber si era real o se trataba de un reflejo.

No fue hasta que descendimos por la resbaladiza ladera que llevaba a la orilla del agua cuando mi madre comentó su ocurrencia de nadar.

—¿Nadar? —pregunté, pues creía que estaba bromeando. Era el lago más profundo de Estados Unidos, con unas seis especies de peces «introducidas» a lo largo de los años. ¿Quién las había introducido? Eso es lo que yo quería saber. Además, el lago podría estar helado, a unos tres grados más o menos. Había leído todo eso en la guía—. No se puede nadar en sus aguas.

Y con «no se puede», quería decir, sobre todo, que ninguna persona en su sano juicio lo haría jamás. Además, nadar no era mi fuerte, ni siquiera en las circunstancias ideales, como podría ser una piscina climatizada.

—Claro que se puede nadar —dijo mi madre mientras avanzaba hacia un pequeño embarcadero que se adentraba unos metros en el lago. Un embarcadero con el que estaba claro que había soñado durante todo el camino—. No tiene sentido hacer todo el viaje para llegar a un lugar como este y al menos no darse un baño rápido.

Y, por la forma en que lo dijo, yo ya sabía que «baño rápido» en realidad significaba «baño largo». La cuestión es que parecía emocionada. Y la verdad es que ya había bastantes personas allí, y estaban todas locas. Se oían comentarios en voz alta del tipo: «¡Buf, está helada!» o «¡Qué refrescante!». No decían que fuera insoportable ni peligroso, pero tampoco parecía muy interesante.

—No voy a nadar —anuncié en voz baja, pero con firmeza, mientras iba caminando por detrás de ella.

Además, lo decía en serio. Llevaba años siguiendo a mi madre en esas aventuras. Y, durante años, había hecho todo cuanto ella había querido. Había escalado montañas. Había acampado, muerta de frío y aterrorizada. Había

practicado *rappel*. Y, sí, todo eso me había proporcionado algo a lo que aferrarme cuando necesitaba a toda costa encontrar un sentido a mi vida. Me sentía agradecida, pero tampoco había cambiado nada en mí. No estaba mejor en absoluto. Ya no era una niña pequeña. Tenía derecho a tomar mis propias decisiones.

—Si vamos desde aquí hasta ese rincón de allí no llega a un kilómetro. Luego podríamos descansar en la otra orilla y regresar. —Todo ello basado, por supuesto, en una investigación previa, evidentemente. Como si tuviera el plano del lago memorizado. Luego se sacó del bolsillo una bolsa naranja que estaba aplanada. Tardó menos de un minuto en inflarla—. Y tenemos esta boya de emergencia, por si estás... —me guiñó un ojo—... preocupada. Es muy seguro.

Hablaba con tono victorioso y parecía muy emocionada. Entonces entendí que ese era el momento: la culminación de todos nuestros años de viajes. El instante en que su pequeño pajarito de alas rotas por fin saldría volando de verdad.

Seguramente debería haberme sentido conmovida. Incluso debería haber valorado el gesto. Pero, de pronto, lo único que sentía era un cabreo tremendo.

—No pienso nadar en este lago —repetí.

—Oh, venga ya, pues claro que lo harás. —Ella le quitó importancia a mi comentario con un gesto de la mano, como lo había hecho ya con tantas cosas. Ya estaba quitándose la ropa que llevaba encima del bañador y doblándola para dejarla sobre el embarcadero—. Este verano has nadado un kilómetro y medio para sacarte el título de monitora de campamento. Haremos un descanso a mitad de camino. No tengo ninguna duda de que puedes ir hasta allí y volver; no hay problema.

Siento, por debajo de la ropa, cómo me aprieta mi propio bañador, que me he puesto sin pensarlo esta mañana tras la sugerencia de mi madre. «Por si acaso», había dicho, como si uno nunca supiera cuándo podía surgir una emergencia que te obligara a tirarte al agua.

—No —dije y me crucé de brazos—. No quiero ir.

—Wylie, venga ya, tú sabes que...

—¡No! —grité, el corazón me palpitaba con fuerza—. La verdad es que no tengo que hacerlo todo para demostrar que puedo hacerlo. Otras personas pueden escoger las cosas que quieren hacer. ¿Por qué yo no?

Se quedó boquiabierta, como si no tuviera respuesta. Pero inspiró con fuerza. Y ladeó la cabeza como si estuviera pensando en algo muy concentrada. Al final, asintió en silencio.

—Vale —accedió en voz baja.

Y eso era lo que yo quería, ¿por qué me sentí tan mal cuando por fin se retractó?

—¿Vale?

—Tienes razón —dijo—. Hay muchas formas distintas de ser valiente. Incluido el saber quién es una misma. Solo quiero asegurarme de que eres tú quien toma la decisión. Y que no dejes que el miedo escoja por ti. —Tomó aire—. ¿Vale?

Sentí una oleada de incomodidad. No quería nadar en esas aguas. No me gustaba que ella intentara obligarme. Pero el hecho de que yo no nadara no era una decisión tomada solo porque no me apeteciera. En realidad, no era una opción.

—¿Estás decepcionada? —le pregunté.

Se acercó a mí y me abrazó.

—No podría sentirme más orgullosa de ti, Wylie. Siempre.

Me quedé ahí plantada en el embarcadero viendo cómo se tiraba al agua helada y miré cómo se alejaba de la orilla con un movimiento rápido de pies. Y sí, creía que ella estaba orgullosa de mí. El problema es que yo no me sentía orgullosa de mí misma.

Mi madre había dado solo una docena de brazadas cuando me quité la ropa, inspiré con fuerza y me lancé al agua para seguirla.

Pensar en el agua fría de Crater Lake me refresca, pero solo hasta que el recuerdo se desvanece. En cuestión de segundos vuelvo a sentir un calor insoportable. Cuando pienso que ya no puedo soportarlo ni un minuto más, por fin oigo unas voces que llegan desde abajo.

Me levanto de un salto y vuelvo a acercarme al borde de la azotea. Como era de esperar, cuando echo un vistazo para ver qué está pasando, los bomberos están subiendo de nuevo a sus camiones, cansados, pero satisfechos.

Debo irme. Ahora. El fuego está extinguido, la emergencia, contenida. Y no veo a nadie evacuando el edificio. Lo que significa que todos han regresado al interior. En cualquier momento empezarán a hacer el recuento de personas. Pronto se darán cuenta de que falta alguien. Y saldrán a buscarme.

Bajo volando los tres primeros tramos de escalera y solo freno un poco cuando las voces procedentes de los pisos inferiores empiezan a sonar cada vez más cerca. Uno de los guardias está gritando una serie de órdenes a las chicas, aunque solo puedo oír algunas de ellas: «¡Encontrad una habitación disponible!». «¡Cambiad vuestras pertenencias de sitio!» También oigo los murmullos y los quejidos de las chicas. «¿Teresa?», pregunta alguien. Y luego, otra responde. No oigo lo que dicen. Tampoco creo que sea la voz de Kelsey. Espero que eso signifique que, de alguna forma, ha logrado escapar.

Paso deslizándome en silencio por nuestra planta y bajo corriendo las demás, tan deprisa que tropiezo por culpa de mis malditas chanclas unas cuantas veces. Pero tengo demasiado miedo para disminuir la velocidad.

Y nadie me detiene, no oigo a nadie que me llame. No tardo en llegar al pie de la escalera. Estoy justo delante de la salida de emergencia. Me tiemblan las manos sobre la barra mientras leo el letrero: SALIDA SOLO EN CASO DE EMERGENCIA. SE ACTIVARÁ LA ALARMA AL ABRIRSE LA PUERTA. Cuando salte la alarma, sabrán exactamente dónde estoy. Vendrán a por mí. Y será pleno día cuando salga. No es el mejor momento para escapar sin ser vista. Con todo, no tengo otra alternativa. Inspiro con fuerza por última vez y luego empujo la puerta.

Sin embargo, no se oye ningún ruido. Ninguna alarma, al menos que yo la oiga. Y eso es lo último que pienso —«No hay alarma»— antes de salir corriendo.

El camino de acceso al hospital es mucho más largo de lo que había imaginado desde la azotea. Y cuanto más largo me parece, más deprisa intento avanzar. No tardan en arderme los pulmones, siento cómo me flojean las piernas. Pero sigo con la vista clavada en la silueta de los edificios de la ciudad que tengo delante. Oigo mi respiración mientras clavo la vista en los altos edificios que tengo enfrente. Necesito llegar hasta allí, hasta la multitud que recorre Boston, entre la que puedo confundirme.

Por fin vislumbro el final del camino de acceso al hospital. Una señal de stop y luego la carretera, una vía principal perpendicular al camino con tres carriles para cada sentido. En el otro lado de la ancha calzada hay un edificio de oficinas

junto a la zona histórica; a su derecha, veo un local donde venden bocadillos con gente dentro. Esa es mi mejor alternativa, aunque no tengo dinero en efectivo ni carnet de identidad. Ni siquiera tengo teléfono. Debo confiar en que alguien que esté ahí dentro comprándose el almuerzo se apiade de mí. Pero necesitaré una buena historia. Una historia creíble que no esté relacionada con una cuarentena impuesta por el gobierno ni con perseguidores que vayan detrás de mí.

En cuanto planto un pie en la calle se oye el chirrido de unas ruedas derrapando sobre el asfalto y me preparo para un choque inminente. Pero este no llega a producirse; en lugar de eso, dejo de oír el ruido y, cuando abro los ojos, solo veo una chapa metálica roja.

La puerta del coche se abre de golpe.

—¡Vamos! —grita Jasper, y me hace señas desde el todoterreno de su hermano.

Corro hacia él y subo de un salto. Casi no he cerrado la puerta y él ya ha salido disparado.

—Agáchate, agáchate. Que no te vean.

Me agacho todo lo que puedo, coloco la cabeza por debajo de la ventanilla, y me arrodillo en el suelo mientras el coche avanza a toda velocidad.

—¿Había alguien más, alguien siguiéndome? —pregunto, resollando y agradecida.

Jasper mira con nerviosismo por el espejo retrovisor.

—No lo creo. No he visto a nadie.

Tiene la mirada clavada en la carretera. Como si su plan consistiera en conducir hasta llegar lo más lejos posible. Y de pronto me abruma el pánico.

—Tenemos que volver —afirmo.

—¿Volver? De ninguna manera.

Jasper niega con la cabeza.

—Sé que quieres volver para ayudar a las otras chicas. Pero para poder hacerlo primero tienes que estar tú a salvo.

—Una de las chicas, Kelsey, fue la que me ayudó a escapar —digo, sin mencionar el fuego que posiblemente ella haya provocado—. Creo que ha salido justo detrás de mí.

—¿Crees? —replica Jasper al tiempo que inspira con fuerza—. Regresar es muy arriesgado.

Me levanto y me coloco en el asiento.

—Vamos a echar un vistazo rápido. Para estar seguros. No quiero que la pillen por estar esperándome.

—¿Hablas en serio? —pregunta Jasper susurrando.

Ya sabe que va a hacer lo que quiero, lo que pasa es que no puede creérselo.

—En serio. —Miro su perfil mientras está conduciendo—. Y gracias por volver a buscarme, por venir, en primer lugar.

Jasper inspira con fuerza en el mismo momento en que pone el intermitente.

—Pasamos a toda prisa por allí y nos vamos.

Conseguimos acceder al aparcamiento de delante del hospital y aparcar a cierta distancia. Desde donde estamos vemos bastante bien el ala del ébola, aunque nosotros quedamos bastante escondidos. Jasper no apaga el motor.

—¿Cómo es esa chica? —me pregunta.

—Es más bajita que yo y tiene el pelo negro, largo y rizado. Y llevará un chándal gris. —Tiro del mío—. Como este.

—Vale —dice Jasper, y se queda mirando el lateral del hospital—. ¿Y crees que estará por aquí fuera?

—Espero que no, pero quiero asegurarme de ello —confieso. Enseguida intento cambiar de tema para ganar algo de tiempo—. ¿Has ido a mi casa? ¿Has conseguido ver a mi padre?

Se me revuelve el estómago cuando Jasper se queda mirando al suelo. Todo este tiempo ha temido tener esta conversación. Ahora, yo también lo temo.

—Jasper, ¿qué pasa?

—No estaba en tu casa. —Saca el móvil y me lo entrega—. Pero anoche hubo tormentas y a lo mejor su avión no pudo aterrizar. Seguramente estará atrapado en el aeropuerto de Washington.

—Habría llamado —aseguro.

—¿Cómo?

—A las otras chicas las dejaban recibir llamadas —contesto, pensando en la conversación que tuvo Teresa con su pastor—. De personas que ni siquiera eran sus padres.

—¿Esas personas eran científicos dedicados al estudio de todo esto? —pregunta Jasper—. Intenta volver a contactar con él.

Tiene razón, por supuesto. Porque quizá el doctor Haddox no sepa quién soy, pero hay alguien que sí lo sabe.

Vuelvo a marcar el número de mi padre y me siento muy aliviada cuando veo que el buzón de voz no salta de inmediato. Sin embargo, es una chica joven la que responde. Me alejo el móvil de la cara para mirar la pantalla, con la esperanza de haber marcado mal el número, pero no es así.

—¿Hola? —saludo.

—¿Diga? —responde ella con brusquedad, mucho más alto esta vez.

—¿Quién eres tú? —El corazón me palpita con fuerza en el pecho—. ¿Por qué

tienes el teléfono de mi padre?

—Bueno, eso ha sonado horrible —dice con un tono suspicaz que me hace sentir que no me equivoco al acusarla—. Intento ser una buena samaritana. Y me hablas como si hubiera hecho algo malo. ¿Qué te parece si me das las gracias? ¿Sabes qué? Lo mejor será que cuelgue ahora mismo.

—¡Espera! —grito—. Por favor, no cuelgues. Lo siento. No era mi intención... pero es que este es el móvil de mi padre, y no logro localizarlo. Mmm... ¿Por qué lo tienes tú?

—Lo he encontrado —dice, como si fuera algo muy evidente—. Debía de estar haciendo la compra y se le habrá caído del bolsillo. A mi novio le pasa muy a menudo. Siempre le digo que se compre una mariconera y él me manda a la mierda, porque dice que no piensa llevar bolso. Pero yo le digo que eso es mejor que perder su móvil, joder. —Coge aire como si hubiera olvidado de qué estaba hablando o con quién está haciéndolo—. Da igual, no se puede llevar el móvil en la mano cuando uno está comprando en un mercado tan grande como este. Hay demasiadas distracciones. Está claro que acabarás dejándotelo en algún sitio.

—¿Qué mercado?

—El Eastern Market —contesta, como si eso también fuera algo evidente.

—¿Dónde está eso? —Me tiembla la mano. Y tengo ganas de gritarle. De exigirle que me lo explique todo, enseguida. Pero ya ha estado a punto de colgarme una vez, así que necesito permanecer tranquila. Tener paciencia—. Llamo desde Boston. Y no conozco ningún mercado de la zona este.

—¿Boston? —Se ríe—. Bueno, pues nosotros estamos en Washington, justo al lado de la Casa Blanca. Escucha: como estás tan lejos, ¿por qué no usas tu tarjeta de PayPal para pagar los gastos de envío y, bueno, ya sabes, algo por las molestias. Te enviaré el móvil hoy mismo.

Cuelgo en cuanto me ha enviado un mensaje con la información de contacto. Un nombre y un número de apartado de correos que podría pertenecer a cualquiera. Una parte de mí ni siquiera desea recuperar ese teléfono; tener el móvil en mi poder no garantiza que mi padre vaya a reaparecer con una explicación sobre todo esto.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jasper en cuanto cuelgo.

—Alguien ha encontrado el móvil de mi padre en Washington en algún mercado del centro de la ciudad. La última vez que hablé con él, estaba en el aeropuerto. Me dijo que iba a dar media vuelta para coger el siguiente vuelo de regreso. ¿Por qué no estaba su móvil en el aeropuerto?

—Vale. —Jasper está intentando no parecer asustado. Resultaría más convincente si no pudiera percibir tan bien lo que siente—. A lo mejor se ha retrasado su vuelo y no le apetecía esperar en el aeropuerto. O alguien le ha

robado el móvil y lo ha llevado a otro lugar cualquiera. Solo porque el móvil esté allí no quiere decir que él haya estado en el mismo sitio.

—Sí —digo, y trago saliva con esfuerzo en un intento casi inútil de no llorar. Me vuelvo hacia la ventanilla cuando empiezan a arderme los ojos—. ¿Qué te dijo Gideon cuando fuiste a nuestra casa?

Jasper cierra los ojos. Una vez más, percibo cómo se acrecienta su miedo. Es de esto de lo que él no quería hablar. La casa.

—Gideon no estaba. No había nadie —me cuenta. Jasper se queda mirándose las manos—. Pero la puerta de tu casa estaba entreabierta. Lo vi antes de bajar del coche. Y entré. Tu casa está toda revuelta.

—¿Qué quiere decir eso?

Cuando Jasper se vuelve para mirarme, no tengo ninguna duda de lo mucho que lo siente por mí.

—La verdad es que tu casa estaba patas arriba, Wylie. Todos los cajones abiertos, los papeles tirados por todas partes. Una de las ventanas de la fachada estaba rota.

—¿Qué? —El pánico me atenaza el estómago y siento náuseas—. ¿Por qué?

—Por el tipo de desorden, yo diría que estaban buscando algo.

Me rodeo la cintura con los brazos y presiono con fuerza, pero no logro evitar el temblor de mi cuerpo.

—¿Y no había ni rastro de Gideon?

—Por si te sirve de consuelo, tampoco parecía que le hubiera pasado nada malo a tu hermano —apunta Jasper, y ese pensamiento lo hace sentir mejor sin duda—. Eché un vistazo y no había rastros de sangre, ni un zapato por ahí tirado ni nada por el estilo.

Abro mucho los ojos. Jasper los cierra con fuerza. Sabe que ha dicho justo lo peor que podría haber dicho.

—Oh, Dios mío.

Marco el número de Gideon, y me tapo la boca con una mano.

Mi hermano responde a la primera.

—¿Diga?

—Gideon, soy Wylie. ¿Estás bien?

—Mmm... Sí —contesta, con un tono muy irónico—. ¿Por qué no iba a estar bien?

—¿Has hablado con papá?

—Baja la voz. ¿Por qué gritas? —me responde con brusquedad—. Deja de gritarme o te cuelgo ahora mismo.

—No estoy gritando —replico, aunque me oigo hablar a mí misma: desde luego que estoy gritando—. ¿Cuándo hablaste por última vez con papá?

—No lo sé —dice Gideon, distraído. Seguramente lo he pillado en medio de una partida de videojuego. Prácticamente oigo el clic del mando—. Creo que fue ayer, o algo así.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Iba de camino al aeropuerto.

Se me cae el alma a los pies. Hablé con él después de eso. Gideon seguramente no sabrá nada que yo no sepa. Pero intento no perder la esperanza.

—¿Qué te dijo?

—La misma mierda estúpida que ha dicho hasta ahora... «Oh, cuánto lo siento. Os quiero a los dos por igual.» —Su tono es asqueroso. Burlón—. Y «bla, bla, bla». Son todo patrañas. Y yo le he dicho que se fuera a tomar por saco. Además, pienso estar fuera un tiempo. En cuanto me haya ido, veremos lo mucho que le importa —dice Gideon. Parece encantado consigo mismo.

—¿Dónde estás, Gideon? —pregunto.

—Pasando unos días en casa de un amigo —contesta.

—¿Qué amigo? —Hablo cada vez más alto—. Esto va en serio. No sé dónde está papá, Gideon.

—Bueno, pues ¿por qué no intentas percibir sus emociones y ver si puedes llegar hasta él? —plantea con malicia.

—Gideon, dime dónde estás. —Aunque no existen muchas opciones. No tiene más que un par de amigos—. ¿Estás en la casa de Stephen?

—Bueno, si tienes que preguntarlo, a lo mejor no estás tan dotada.

—Gideon, esto no es una broma. Voy a... —Pero ya me ha colgado—. Gilipollas —susurro.

—Al menos está bien —comenta Jasper mientras yo empiezo a buscar en Google—. ¿Qué estás haciendo?

—Intentando encontrar el número del despacho de la amiga de mi madre, Rachel. —Me cuesta un par de intentos localizarla: Rachel O'Callahan. Un segundo después estoy marcando su número—. Mi padre dijo que iba a llamarla. A lo mejor ella sabe algo.

Me salta su buzón de voz.

—Rachel, soy Wylie. Tengo que hablar contigo enseguida. No encuentro a mi padre. Llámame. —Y, en el último segundo, recuerdo dejarle el número de Jasper.

Aprieto el móvil de Jasper con fuerza después de colgar. La policía. Sé que también debo llamar a la policía, aunque no me encante la idea. Si nos tenían legalmente retenidas —tal como había dicho el doctor Haddox—, yo sería una fugitiva ilegal al haberme fugado.

La llamada que hago a la policía no dura mucho. No muestran mucho interés

en la supuesta desaparición de mi padre. Es como lo que ocurrió con Cassie, aunque peor: solo me enumeran las razones de por qué no pueden localizar a una persona que ha desaparecido. Toman nota de su nombre y su descripción, y sobre un par de detalles que conozco relativos a su viaje. Solo reaccionan con interés cuando les hablo del móvil. Entonces me empiezan a hacer preguntas. Exigen saber quién soy yo y desde dónde llamo. Cuelgo cuando me preguntan mi número y mi ubicación. Ni siquiera llego a contarles que alguien ha entrado en nuestra casa.

Después de eso, Jasper y yo permanecemos sentados en silencio. Tenemos una buena panorámica del edificio e incluso de algunas de las salidas. Llevamos unos diez minutos aquí. Sigue sin haber ni rastro de Kelsey.

—¿Estás seguro de que no viste a nadie que saliera corriendo detrás de mí cuando salí? —Hubiera jurado que sí, aunque a lo mejor cogieron a Kelsey antes de que pudiera escapar.

—Me parece que no —dice Jasper.

Eso debería ser una buena noticia, pero a mí no me da esa sensación.

—Es un poco raro, ¿no te parece? —pregunto.

—Todo esto es raro, Wylie.

—Me refiero al hecho de que había una alarma en la salida de emergencia. Debía de ser una de esas alarmas silenciosas, puesto que no sonó. Pero si es así, está claro que se enteraron de que alguien había abierto la puerta. Y después de tanto misterio, me escapo ¿y nadie sale a buscarme?

—A lo mejor estaban demasiado ocupados con la auténtica alarma contra incendios, que se oía bastante, por cierto. Yo la oía desde la carretera. Quizá ni siquiera han oído la alarma de la puerta —sugiere—. O quizá no podían perseguirte en el exterior porque habrían llamado demasiado la atención.

Aunque la mirada de Jasper sigue clavada en un lateral del edificio, percibo que se le ha ocurrido algo espantoso.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué ocurre?

—Nada, es que... —Baja la vista hacia el volante, y dibuja un semicírculo con el dedo—. En las noticias no han dicho nada sobre esto. Nada de nada. Lo he buscado en internet y tampoco aparece por ningún lado. ¿No tendrían que haber dicho algo a alguien?

Eso no me hace sentir mejor, aunque tampoco me sorprende. Me he acostumbrado a los silencios incómodos.

—No lo sé. Lo sucedido en el campamento en teoría jamás ocurrió y murieron trece personas. Ya no sé si entiendo nada.

—Sí, salvo que esas chicas al final saldrán de aquí —dijo Jasper—. Aunque por ahora no dejen hablar a sus padres, seguramente podrán hacerlo en cuanto

sus hijas lleguen a casa y les cuenten toda la teoría del bioterrorismo. Al final se enterará todo el mundo.

—A menos que... —empiezo a decir, temiendo acertar— las chicas no salgan. Jasper tuerce el gesto.

—¿Y cómo lo justificarían? —pregunta—. «Disculpen, ya sé que habíamos dicho que le devolveríamos a su hija, pero...»

—¿Y si ocurre una tragedia como un incendio que reduzca el hospital a cenizas y mueran todas las chicas en el incidente?

Eso es. Eso es precisamente lo que me preocupaba: que a las chicas, a todas nosotras, nos borren del mapa. Tal vez no tenga nada que ver con el incendio, pero algo horrible está a punto de pasarles a esas chicas. Algo irreversible. Y necesito sacarlas de allí antes de que suceda. Yo. Porque soy la única que lo sabe.

Además, estoy segura de ello. Es lo mismo que sentía con respecto a Jasper y el puente. La forma en que me sentí con mi madre su última noche, cuando salió por la puerta de casa para ir a comprar leche. Como si ya hubiera sucedido algo espantoso. No me equivocaba entonces, en ninguna de esas ocasiones. No siempre acierto cuando me preocupo —en absoluto—, pero ahora mismo estoy segura.

Permanecemos sentados en silencio durante un minuto más, o quizá sean cinco o diez. Parece que ha pasado mucho tiempo mientras sigo mirando con detenimiento a izquierda y derecha de los alrededores del edificio, todavía buscando a Kelsey. Pero no tengo la sensación de que vayamos a encontrarla. De hecho, tengo la sensación de que Kelsey ya no está.

Las únicas personas que veo son dos mujeres caminando a toda prisa por el camino de acceso al hospital, un jardinero y dos enfermeras dirigiéndose hacia la entrada principal para empezar su turno, con las bolsas colgadas del hombro y un café para llevar en la mano. Me levanto un poco para ver algo más en dirección a la entrada de urgencias. Si yo fuera Kelsey, habría ido hacia allí; ahí hay más personas, más lugares donde ocultarse. Pero solo veo a tipo corpulento que está fumando.

—Oh, espera, tengo algo para ti —dice Jasper, mientras rebusca en el montón de basura que tiene en el asiento trasero: envoltorios de comida, periódicos, revistas y latas vacías de refresco. Parece contento de poder concentrarse en otra cosa que no sea desagradable—. Siento este desastre. Desde que te vi he estado viviendo en el coche, más o menos.

—¿Durante todo este tiempo?

—Sí, bueno, me refería a cuando fui a tu casa. Luego volví a este aparcamiento. No estaba seguro de cuándo saldrías, así que... —responde intentando quitarle importancia.

Siento algo más que gratitud y es tan repentino que no puedo evitar ruborizarme.

—Gracias, Jasper. —Me parece totalmente insuficiente. Y también incompleto—. Por todo.

—Ya te dije que estaría aquí cuando salieras. —Parece ofendido de que haya dudado de su palabra. Sigue rebuscando entre el vertedero que tiene en el asiento trasero—. ¡Ah, aquí está!

Cuando se vuelve hacia mí, tiene el ejemplar de *1984* de Kelsey.

—Oh, gracias.

Aunque el libro ahora no parece nada importante comparado con la necesidad de sacar a las chicas del hospital o encontrar a mi padre. En algún momento ya leeré lo que hay en él y sabré qué sentido tiene. Siempre que encuentre a Kelsey. Quizá ella y yo podamos ayudarnos mutuamente, o quizá ella pueda ayudarme a mí. Tal vez ahí esté la clave. Cuando cojo el libro de manos de Jasper, algo cae de su interior. Cuando lo recojo del suelo me doy cuenta de que es la nota de Kendall.

Inspiro con fuerza y me quedo mirándola. Justo cuando estaba preguntándome qué hacer a continuación hallo una respuesta.

—¿Puedes llevarme a un sitio? —le pregunto a Jasper.

—Claro —contesta él sin dudarlo, alegrándose de alejarse por fin del hospital—. ¿Adónde vamos?

—A un sitio al que no vas a querer ir.

Llegamos en coche hasta Cambridge, pasando por los imponentes edificios cubiertos de enredaderas de Harvard, donde se agolpan grupos de estudiantes con futuros prometedores y grandes posibilidades... Me fijo en una chica que va caminando sola. Es alta y delgada y tiene el pelo corto, con un corte irregular, pero de peluquería, no como el mío. Lleva incluso una mochila como la que yo tenía. Es increíble lo mucho que nos parecemos y, sin embargo, el abismo que nos separa es infinito. Y quizá, ahora empiezo a darme cuenta de ello, insalvable ya.

Cuando por fin aparcamos en un callejón a unas manzanas de Harvard Square, está a punto de estallar una tormenta de verano. Se oye el rumor distante de un trueno, y la atmósfera cargada y húmeda se puede sentir incluso en el interior del coche.

Sin seguir insistiendo para que le cuente algo más, Jasper ha conducido hasta la dirección que le he dado siguiendo el GPS de su móvil, y ha estacionado en uno de los únicos aparcamientos al aire libre que había, a unas manzanas de distancia. Habría ido a cualquier sitio con tal de alejarnos del hospital. Aunque he percibido que aumentaba su nerviosismo a medida que nos adentrábamos en las calles secundarias de Cambridge.

—Vale, ahora tienes que decirme adónde vamos —dice Jasper cuando apaga el motor.

—A la dirección que te he dado —respondo. Ya sé que es una estupidez retrasar lo inevitable, pero lo hago de todas formas—. Ahí es donde vamos.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, eso lo he pillado. Lo que quiero saber es qué hay en esta dirección.

De verdad, no debería haber obligado a Jasper a... Bueno, lo hecho, hecho está. Ni siquiera sé a qué lo estoy obligando. No puedo hacerlo sin contarle qué está pasando.

—Es la dirección que aparecía en la nota que Kendall me dio.

Sin ni siquiera mirarlo, puedo sentir la rabia de Jasper en los dedos de los pies.

—¿El mismo Kendall que nos encerró en una cabaña en medio del bosque para que algún loco intentara abrirte la cabeza con una sierra y sacarte el cerebro? Entiendo que quieras ayudar a las demás chicas, Wylie, pero esto es...

—Le creo —digo—. Por la forma en que me miró Kendall y me entregó la nota. Escucha, es difícil intentar explicar en qué consiste esta habilidad de los Extraños. Lo intenso y claro que puede llegar a ser. A lo mejor, algún día, cuando mi padre consiga finalizar su investigación, incluso habrá una forma de medirlo. De presentarlo para que todo el mundo lo vea. Pero, ahora mismo, es solo una sensación. Mi sensación. Y no puedo prometerte que no esté equivocada. —Me vuelvo para mirar a Jasper—. Además, técnicamente, no creo que Quentin fuera a abrirme la cabeza con una sierra para sacarme el cerebro. —Sonrío en un intento de quitar hierro al asunto. Pero no funciona.

—¿Crees que esto es una broma? —espeta.

—Escucha, ni siquiera tenías por qué haber venido...

—No me vengas con esas ahora —dice. Y está enfadado. Enfadado porque está preocupado—. Evidentemente, no podía dejar de hacerlo. Y lo sabes.

¿De verdad lo sé? ¿Era consciente de ello cuando he obligado a Jasper a que me trajera hasta aquí en coche? Es posible.

Lo haré yo sola, no me cabe ninguna duda. Aunque preferiría tener a alguien a mi lado cuando llame a esa puerta. Y me gustaría que esa persona fuera Jasper. Percibo las tremendas ganas que tiene él de que se lo diga: que lo quiero a mi lado.

—Hablando claro, me encantaría que me acompañaras porque confío en ti y haces que me sienta... mejor. —Tuerzo el gesto. Vaya, para ser alguien capaz de interpretar las emociones de los demás, se me da de pena hablar sobre las mías. Incluso cuando se trata de sentimientos que estoy dispuesta a admitir, los cuales, he de reconocer, son los que más escasean—. Pero no me enfadaré si no me acompañas. Y no pensaré que me abandonas. Puedo hacer esto sola y lo haré.

Jasper levanta la vista para mirarme con el rabillo del ojo, luego vuelve a mirar hacia delante por la luna del coche. Al final, asiente en silencio. Su rabia ha desaparecido y ha sido sustituida por un ligero hormigueo de satisfacción. Y calidez. Eso era exactamente lo que necesitaba que yo dijera. Ha sido la primera vez que he usado mi habilidad como Extraña para hacer que alguien se sienta bien, para mejorar las cosas. Durante un instante, eso aligera la pesadez de la situación en general. Durante un segundo, me da esperanza.

Empieza a llover justo cuando salimos del coche. Gotas muy gordas caen desperdigadas sobre el suelo mientras Jasper y yo nos ponemos las capuchas y seguimos el camino que marca el punto azul del navegador de su móvil. Doblamos varias veces a derecha e izquierda, y nos adentramos más en el laberinto de las angostas calles de Cambridge. El cielo tormentoso de color

negro azulado da la sensación de que es mucho más tarde de las cuatro.

Cuando por fin doblamos por Gullbright Lane, los cielos se abren y empieza a diluviar. Jasper se mete el móvil en los vaqueros para protegerlo de la lluvia mientras vamos corriendo por la calle en busca del número 323. La gente se ha puesto periódicos en la cabeza y se ha subido el cuello de la chaqueta mientras corre a toda prisa en busca de refugio. Aunque yo me alegro de que llueva.

Ahora todo el mundo escapa de algo.

Al final, localizamos el número 323, situado, más o menos, en el punto medio de la manzana. Es una casa de estilo victoriano, estrecha, ruinoso y de color azul celeste, dividida —a juzgar por los botones del portero automático— en cinco apartamentos. Las ventanas de abajo están tapadas por el interior con una especie de papel marrón. Nos refugiamos bajo el toldo del porche mientras saco la nota de Kendall, donde está el código.

Me tiemblan las manos cuando avanzo hacia el panel de botones dispuestos en fila, cada uno con un pequeño número pegado a su lado. Intento no pensar en qué ocurrirá. A lo mejor llamo a esos botones en el orden que me dijo Kendall, y todos los vecinos del edificio salen, hechos una furia, por la puerta. ¿Y quiénes serán? Me tiemblan los dedos mientras presiono el primer botón y luego el siguiente.

Contengo la respiración hasta que termino. Luego espero a que la puerta se abra de golpe, a que suceda algo terrible que ni siquiera me había planteado. Pero no ocurre nada. La puerta no se abre. Nadie aparece de pronto. Solo hay silencio.

—Vuelve a intentarlo —dice Jasper.

Me sorprende que insista; me había imaginado que él estaría encantado de tener una excusa para dar media vuelta.

Vuelvo a apretar los botones en el orden que indicaba la nota de Kendall. Esta vez mantengo cada número presionado durante más tiempo. Todavía tengo el dedo sobre el último botón cuando la puerta por fin se abre. Pero solo un poco. Quienquiera que esté dentro ha dejado la cadena puesta.

—¿Qué pasa? —pregunta un hombre con voz grave y tono molesto. Mirándolo por el lado positivo, al menos no ha salido hecho una furia.

—Esto... Hemos venido a ver a Joseph Conrad —le informo.

Esto es una locura: me siento como si estuviera señalándonos con una diana. A pesar de ello, una gran parte de mí me obliga a continuar.

—¿Qué pasa? —pregunta de nuevo el hombre con voz ronca.

—¿Joseph Conrad? —repito.

La puerta se cierra de golpe sin respuesta. Se oyen voces en el interior, seguidas por otros sonidos: armarios que se abren y se cierran, pasos. Poco

después vuelve a abrirse la puerta, esta vez, un poco más y sin cadena. Aunque es más bien como si alguien hubiera olvidado asegurarse de que estaba echada y no una invitación a entrar.

Me vuelvo para mirar a Jasper. Si no lo ve claro, tal vez debería escuchar lo que opina. Pero hace un leve gesto de asentimiento —«adelante»— y eso me anima a empujar la puerta para abrirla con la mano abierta, hasta hacerla chocar contra la pared para asegurarme de que no hay nadie escondido detrás.

Inspiro con fuerza al adentrarme en la oscuridad interior. El olor es lo primero que me impacta. Huele a moho y a polvo y a algo más, algo denso y descompuesto. Se me cierra la garganta e intento no vomitar.

—Deprisa —dice alguien a nuestra derecha, delante de las ventanas tapadas—. Y cerrad la maldita puerta.

En la penumbra, distingo la silueta de alguien bajo y delgado.

Parece realmente cabreado, pero al menos no es corpulento.

—¿Estás segura? —pregunta Jasper.

Asiento con la cabeza, aunque no estoy del todo segura, y hago un gesto a Jasper para que cierre la puerta.

—Vamos, vamos —nos apremia el tipo pequeño, y se coloca justo delante de la ventana para que podamos ver parte de su rostro. El pelo alborotado le llega hasta los hombros y tiene la cara muy chupada. La ropa que lleva puesta le va enorme: una chaqueta militar verde y unos vaqueros de cintura bajísima. Lllaman la atención unas dilataciones negras y bastante grandes en las orejas. Tanto la ropa como el tono irritado de su voz parecen pensados para aumentar su tamaño. Está haciéndonos una señal desde el fondo de la habitación—. Vamos. Daos prisa.

Nos estaba esperando —a nosotros o a alguien parecido a nosotros—, aunque también parece algo molesto por el hecho de que estemos aquí. Pasa por delante de nosotros hasta el fondo de la habitación y abre una puerta de golpe. La luz mortecina procedente de la escalera ilumina la sala. Ahora veo que es más joven de lo que creía. Y más pequeño.

—¿Hola? —espetea en plan burlón y nos hace un gesto con la mano hacia la escalera—. Venga, vamos. Están ahí abajo.

Jasper echa un vistazo rápido en dirección a la escalera sin dar un paso más.

—¿Quién está ahí abajo?

—Que te den —le suelta el chaval, como si estuviera seguro de que Jasper está vacilándole. Se yergue para parecer más grande, para enfatizar sus palabras. O para parecer más alto—. Bajad ahora mismo o podéis iros a tomar por saco.

Jasper emite un sonido, mezcla de resoplido y risa, y se acerca más a él. «No lo hagas, Jasper», pienso. Esto no acabará bien. Pero ya está casi encima del

chaval nervioso con las orejas dilatadas.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta Jasper. El chaval se adelanta. Comete la estupidez de no parecer intimidado—. He dicho que bajéis ahora mismo o que os vayáis a tomar por...

Jasper lo agarra por el pescuezo con una sola mano. Lo ha hecho tan deprisa y de forma tan repentina que tengo que parpadear para creer lo que estoy viendo. Pero ahí está Jasper, con el cuello de ese chaval pequeño sujeto con los dedos de una sola mano. Además, lo ha levantado un poco del suelo. El chaval está de puntillas. Es evidente que no es la primera vez que Jasper hace algo así. Se le da demasiado bien. Le ha salido de una forma terriblemente natural.

—Jasper —susurro.

Al final, lo suelta un poco y el chaval empieza a toser.

—¿Quién está ahí abajo? —vuelve a preguntar Jasper con brusquedad.

Pero en lugar de responder, el chaval agita algo que brilla en la mano.

Después de eso: quietud.

El chico tiene el brazo estirado y sostiene en la mano una navaja colocada a unos milímetros del cuello de Jasper.

—¡Alto! —grito al ver el filo tan cerca de la piel de mi amigo. Todo esto es culpa mía.

Jasper levanta las manos para rendirse. Ahora está asustado, lo percibo. Pero, ni de lejos, tan asustado como debería.

—Vale, tío, yo no...

—¡Calla la puta boca! —grita el chaval, con voz chillona y como loco—. Gilipollas, ¿es que no ves que soy yo el que tiene la puñetera navaja?

Cuando el chaval coge mejor el mango del arma veo el tatuaje que tiene en la mano. Son filas de nueve círculos negros que forman un cuadrado perfecto. He visto algo parecido antes. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién lo llevaba? Entonces lo recuerdo. Lo vi en el cuello de uno de los dos hombres por delante de los que pasamos cuando salimos de la cabaña principal en el campamento. El Nivel 99. «Piratas informáticos», así los llamó Quentin.

Tengo que pensar. Tengo que usar lo que percibo para ayudar a Jasper. ¿Qué es lo que le preocupa a este chico? ¿Qué quiere en realidad? ¿Qué puedo hacer para que Jasper salga ileso de esta? Intento ver más allá de su miedo para descubrir qué subyace tras él. «Concéntrate. Concéntrate.» Eso es lo que quiere este chaval, demostrar al Nivel 99 que puede ser ascendido a otro puesto que no sea el de vigilante de la puerta. Pero está asustado. Y el miedo puede provocar que una persona haga cualquier cosa.

—El Nivel 99 nos espera —digo—. Puedes preguntárselo a ellos. Me llamo Wylie. —Es un riesgo. A pesar de la nota de Kendall, dudo mucho que estén

esperándonos. Pero este chico no lo comprobará. Está demasiado preocupado por no molestarlos—. Se supone que debemos estar aquí. Conocíamos el código. Se cabrearán si no nos presentamos.

El chaval mantiene la mirada clavada en Jasper, con la navaja todavía pegada a su cuello.

—Entonces, adelante —dice—. Bajad la escalera de una puta vez.

Tiro un poco del brazo de Jasper intentando que se mueva.

—Venga, Jasper. Vamos. Están esperándonos.

La escalera es angosta e irregular, y los escalones crujen mucho con cada pisada. Voy apoyándome en las paredes a medida que bajo, y voy sintiéndome mejor y peor a cada paso. Mejor porque la navaja queda lejos, y peor, porque cada vez estamos más atrapados en el interior de esta casa. Y entonces me doy cuenta de que no importa si Kendall nos dijo que acudiéramos a este lugar porque realmente creía que debíamos hacerlo. Da igual si decía o no la verdad. Era imposible que Kendall supiera con exactitud qué ocurriría cuando llegáramos; no podía saber lo que haría el chaval, cómo reaccionaría yo o cómo reaccionaría Jasper.

«Norma de la Extraña n.º 4: que alguien diga la verdad no es lo mismo que acierte sobre lo que ocurrirá.»

Por detrás de mí, Jasper respira ruidosamente.

—Lo siento mucho —consigo decir—. Esto es culpa mía.

Aunque el que ha estado a punto de estrangular al chaval haya sido Jasper, eso lo tengo muy claro.

—Sí —dice, más cabreado de lo que esperaba—. Sí que lo es.

Al final, la escalera se desvía hacia un lado y cuando levanto la cabeza hacia el techo, fijo la mirada en la persona sentada a la mesa de escritorio situada ahí abajo. Es el tipo rubio del campamento con la nariz aguileña y las grandes ojeras. El que lleva el tablero de juego tatuado en su brazo de piel pálida y grisácea. Resulta evidente que él también me ha reconocido. Y no está muy contento.

—Mierda —suelta, molesto, agotado. Como si fuera otro desecho humano que ahora está obligado a limpiar.

Por detrás de él hay una docena de chicas y chicos jóvenes sentados a una

larga mesa, situada en el centro de la habitación, con auriculares y capuchas puestos, encorvados sobre sus portátiles. Y, por detrás de ellos, hay una pared abierta por ambos extremos y una luz en el rincón como si hubiera otra mesa de escritorio ahí, que no se distingue. Las personas que están con sus portátiles no se han percatado de nuestra presencia, o fingen que no lo han hecho. Ni siquiera levantan la vista. Aquí abajo la atmósfera está cargada y en penumbra, y hay un inconfundible hedor agrio; demasiados pares de vaqueros usados demasiadas veces.

—No sé qué narices haces aquí —dice el tipo rubio, y cala a Jasper en cuanto lo ve—, pero ya estamos hartos de ti. Punto. Es una orden directa de ella.

Estoy lo bastante cerca para leer los recortes de periódico pegados con celo sobre la mesa: «Se filtran correos electrónicos que demuestran que la FDA autorizó unos calmantes con demasiada rapidez para obtener beneficios en lugar de una medicación que podría haber salvado la vida de los enfermos de cáncer». Hay una sábana enorme colgada de la pared que tenemos enfrente con el tablero de juego pintado con espray y, justo debajo, las palabras: «El valor es el precio que fija la vida para garantizar la paz. Amelia Earhart».

—¿Qué significa «una orden directa de ella»? —grita una chica desde detrás de la pared.

—¡Estoy ocupándome de ello! —contesta a gritos el tipo rubio con tono exasperado. Como si la chica y él hubieran discutido antes por otra cosa—. Más te vale no asomarte por aquí.

—Oh, por favor... —es la respuesta pronunciada con un bufido.

Cuando por fin emerge la chica, veo que es menuda, pero musculada, que lleva vaqueros de chico y un top ceñido de color blanco, que resalta su sujetador de encaje carmesí y su piel color aceituna. Lleva el pelo negro recogido en una cola de caballo alta y tupida, y tiene todo el contorno de la oreja llena de *piercings*. Cerca de la clavícula, lleva el mismo tatuaje del tablero de juego.

—Riel, no tenías que salir aquí —le dice enfadado el tipo rubio—. Estoy ocupándome yo.

—Ocupándote —se mofa ella con un bufido, como si fuera lo más absurdo que ha oído en su vida—. Y gracias por decir mi nombre, gilipollas. Bien hecho.

El tipo rubio hace una mueca de disgusto y baja la cabeza.

Cuando Riel se vuelve hacia mí, sus ojos estudian mi rostro con tanta intensidad que siento como si se hubiera metido dentro de mí y estuviera revisando mis órganos internos. Menosprecio, eso es lo que percibo cuando ha terminado. Pero es tan perfecto que me resulta extrañamente sospechoso. La mayoría de las personas sienten siempre más de una emoción a la vez.

—¿Quién eres? —me pregunta por fin. Frunce el ceño cuando yo permanezco

en silencio. Entonces mira hacia arriba y se percata de mi pelo, que ahora mismo debe de parecer el de una pirada—. ¿De qué vas? ¿Por qué no hablas? —Sigue señalándome cuando se vuelve de nuevo hacia el tipo rubio—. ¿No sabe hablar?

—Es la del campamento —dice, como si con eso lo explicara todo. Y, en cierta forma, imagino que es así—. Su padre es el científico. Ya sabes, es la «Extraña». —Hace el gesto de las comillas levantando los dedos en el aire mientras sacude la cabeza—. Ya te he dicho que no salieras.

Por supuesto que tienen una opinión formada sobre mí. Los del Nivel 99 fueron los que hurgaron en todos nuestros datos personales, para hacer lo mismo luego con los textos de mi padre. Ahora podrían saber más sobre mí de lo que yo misma sé.

—Nada de lo que os contó Quentin era cierto —empiezo a decir. Pero cuando Riel se vuelve de golpe, su expresión enfurecida con los ojos abiertos como platos me deja sin aliento—. Me refiero a lo que os dijo que estaba haciendo en el campamento. Lo que os contó no era verdad.

Riel rompe a reír, y luego parpadea de forma exagerada.

—No. Me. Jodas. —Como si la idiota fuera yo. Pero, por muy furiosa que esté conmigo, está más furiosa con Quentin. Eso sí lo percibo—. ¿Qué te hizo sospechar? ¿Tu amiga muerta o las once personas a las que acribillaron?

—Doce —puntualizo, intentando no inmutarme. Es un pequeño detalle, pero no me gusta la idea de que se equivoque con el número de personas que encontraron—. Fueron acribilladas doce personas.

—Claro, eso si cuentas a tu amiga como una de ellas —dice y pone los ojos en blanco—. He dicho «acribilladas», no «muertas». Y, personalmente, yo no la metería en el mismo saco que al resto de los pirados.

Deseo que ese detalle no importe. Pero obligué a mi padre a indagarlo de forma específica. Seguía conservando la esperanza de que Lexi o Miriam hubieran logrado escapar con vida. Yo quería cifras concretas. Hechos reales. Pero algunas veces, la policía contaba al «francotirador» entre los muertos y otras veces, no; podía existir una razón del todo lógica para esa inconsistencia.

—Da igual.

Riel sacude la cabeza cuando yo me quedo callada. Y, durante una milésima de segundo, siente pena por mí. También siente algo de culpabilidad, en relación con lo ocurrido con Cassie. Pero no es más que un destello y luego se esfuma.

—Kendall me dijo que viniera —explico—. No sé si lo conociste en el campamento, pero él...

—¿Kendall? —Da un paso hacia delante y me apunta, furiosa, con el dedo directamente a la cara—. ¿Ese pirado te ha seguido hasta aquí? Porque, si lo ha hecho, juro por Dios que lo echaré de una patada en el culo. —Asiente con la

cabeza hacia el tipo rubio, quien parece aceptar su papel: jefe de pateadores de culos.

Percibo cómo Jasper se remueve detrás de mí, como un perro guardián listo para atacar. «Otra vez no —pienso—. Todavía no.»

—Kendall no tenía por qué seguirnos —digo con cautela—. La dirección nos la dio él.

—¡Maldita sea! —grita Riel, y se lleva las manos a la cabeza—. Bueno, pues entonces no podemos seguir aquí. —Ya no está dirigiéndose a mí al hablar.

—¿En serio? —pregunta el tipo rubio. Decepcionado, no preocupado.

Echa un vistazo a su alrededor.

—Me gusta este sitio.

Riel inspira con fuerza, exasperada, y se vuelve hacia mí de nuevo.

—Ahora mismo vas a contarme toda la verdad, en este mismo instante, joder, sobre cómo y por qué estás ayudando a Kendall, y a lo mejor así no dejas seca la cuenta corriente de tu padre.

—No estoy ayudando a Kendall. —Levanto las manos como si estuviera apuntándome a la cara con un cuchillo. Y así podría ser. Imagino que el Nivel 99 siembra el caos en la vida de las personas—. Kendall me encontró en el hospital y me dijo que viniera a este lugar. —Le entrego su nota. Ella la mira con los ojos entornados—. Tienen retenidas a un grupo de chicas, todas ellas son Extrañas, como yo, al menos estoy bastante segura de eso. No sé cómo las encontraron ni qué piensan hacer con ellas, pero...

—Espera. —Levanta una mano y ladea la cabeza con gesto de escepticismo—. ¿Tienen? ¿Quiénes?

—Los del NIH, creo, dicen que son ellos los que dirigen la operación. Aunque, para serte sincera, no me dio la sensación de que fuera cierto. Nos dijeron que era todo consecuencia de un ataque bioterrorista. Hay un tío que estudia inmunología que intenta probar que eso explicaría la existencia de los Extraños.

Se cruza de brazos.

—¿Y tú te lo crees?

—No, no me lo creo —contesto, y por la expresión de su cara, con demasiada rotundidad—. Por eso me fui. Pero las demás chicas siguen allí y creo que corren un grave peligro. Como si fueran a deshacerse de ellas.

—¿Y por qué iban a querer hacer eso? —pregunta.

Como antes, lo único que percibo es su desprecio. La pregunta es una prueba. Como si ya conociera la respuesta, pero quisiera ver si yo la sé.

—Para impedir que todo esto se sepa, quizá. Mi padre estaba intentando conseguir fondos para un estudio gracias al cual lo habría hecho público. Y, en

algún momento, habrá gente que se cabree si no puede ser un Extraño, ¿verdad? Sobre todo, los tíos. —Riel pone los ojos en blanco; no sé muy bien si es por la mención de los tíos o por mi sugerencia de que existan—. En cualquier caso, supongo que Kendall creyó que podrías ayudarme a sacar a las chicas.

—¿No te parece que es un poco sospechoso que precisamente Kendall intentara salvar a alguien? —pregunta.

—Creo que es posible que se arrepienta de habernos dejado tirados en el campamento.

—Oh, no lo sabes, ¿verdad? —Riel sonrío—. ¿Quién crees que mató a todas esas personas en ese campamento?

Oigo un pitido en los oídos y noto las mejillas calientes.

—Eso no es... —Pero no me veo con fuerzas de defenderlo.

—Oh, sí, es verdad. Nosotros vimos a ese capullo —prosigue, y se señala los ojos con dos dedos, luego me señala a mí. Sabe que me ha impactado, y se alegra. A lo mejor se tragó lo de Quentin, pero al menos no es tan tonta como yo—. Dejamos un par de cámaras allí arriba. Porque yo no me fiaba de Quentin. No confío en nadie. —Salvo que yo percibo durante un segundo que, a lo mejor, sí que confió en Quentin más de lo que quiere reconocer—. Sabía que existía la posibilidad de que ocurriera alguna mierda muy mala allí. Y, bueno, ya sabes, allí hay árboles y todo lo demás, así que no pudimos grabarlo todo. Pero vimos suficiente. Vimos a Kendall entrar a toda prisa en el campamento con una puta arma gigantesca.

—Dios —murmura Jasper en voz baja, y se deja caer en una silla.

—Oh, mira —dice Riel, y se vuelve hacia Jasper como si por un momento se hubiera olvidado de que estaba allí—. Si sabe hablar...

—Pero ¿por qué? —pregunto. Y sé que es una pregunta tonta, sobre todo, teniendo en cuenta nuestras circunstancias. Pero no puedo evitarlo. Necesito saberlo.

—Poder. Control. Secretos. ¿Quién sabe? —Mueve sus musculosos brazos arriba y abajo—. Es posible que ni Kendall lo sepa con exactitud. Sea cual sea la misteriosa organización con un acrónimo de mierda para la que él finge no trabajar, seguramente le dijo que fuera a ese lugar y matara a la gente. ¿No es así como suceden las peores cosas? ¿Porque la gente «se limita a hacer su trabajo»? Todo el mundo contribuye con su granito de arena a formar un monstruoso desierto.

—Pero, entonces ¿por qué fue al hospital a avisarme?

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? —espeta Riel. Y percibo cómo Jasper está gritando mentalmente: «¡Exacto!». Pero no dice ni una sola palabra. Luego a ella se le ocurre algo—. O quizá estabas mejor allí. ¿Te lo has planteado?

No. No pienso hacerlo. No puedo. Todavía necesito creer que Kendall nos ha enviado a Gullbright Lane por lo que él consideraba una buena razón. Y que esa razón tiene que ser salvar a las demás chicas.

—No tienes que ayudarnos —declaro.

—Mmm... Sí, correcto. No tengo que hacerlo —dice Riel.

— Pero sí necesitamos ayuda. Esas chicas la necesitan. Porque yo...

—Deja que lo adivine, tienes un mal presentimiento —acaba la frase Riel, y pretende ser sarcástica. Pero no llega hasta el final—. Te has tragado todas las bolas que te ha contado tu padre, ¿verdad?

Ahora sí que estoy cabreada.

—¿Sabes qué? Que te den —exclamo—. Mi mejor amiga murió en ese campamento. Murió ayudándonos a intentar escapar de Quentin. Y tú lo ayudaste a hacerlo. Tú eres responsable.

—Y una mierda. —Riel se queda mirándome, pero su culpabilidad aflora de golpe. Percibo cómo intenta contenerla—. Lo que os hiciera ese capullo a tu amiga y a ti no tiene nada que ver conmigo. Era tu padre el que estaba ocultando un montón de mierdas. Si él no hubiera....

—¿Cómo puedes atreverte a intentar siquiera culpar al padre de Wylie? —pregunta Jasper. Y ni siquiera lo hace con enfado. Como si de verdad creyera que es imposible que Riel crea eso—. Quentin fue el responsable de todo. Y, vale, lo entiendo, tú creías estar haciendo lo correcto, pero en el fondo lo estabas ayudando.

Y percibo que Jasper por fin cree, quizá por primera vez, en lo que está diciendo: que Quentin mató a Cassie y que él no tuvo la culpa. Si escapamos con vida de este sótano, al menos él habrá sacado eso en limpio.

—No, no, no. —Riel lo niega con el dedo—. Ese capullo de Quentin nos mintió, igual que os mintió a vosotros. —Le molesta que él lo consiguiera, no obstante, y está más avergonzada de lo que deja entrever—. Esas cosas ocurren. Nadie es perfecto.

—¿Nadie es perfecto? —pregunto. Y espero parecer tan asqueada como me siento—. Cassie ha muerto. Y todas esas otras personas...

—¿¡Tú también vas a intentar culparnos de toda esta mierda!? —grita el tipo rubio. Se contiene cuando Riel lo fulmina con la mirada.

Me quedo mirándola hasta que ella corresponde el gesto. Una vez más, siente desprecio, un desprecio perfecto y completo. Y resistente como el plástico duro. No voy a conseguir obligarla a hacer nada que ella no quiera. Tendré que esperar a que cambie de opinión.

—Escucha, hay una doctora en el hospital llamada Álvarez y otro médico que se llama Haddox —digo—. Y el profesor ese se apellida Cornelia, y trabaja en el

Hospital Metropolitano de Nueva York. Puedes comprobarlo todo. Esas chicas se merecen que las ayudes. Están todas en el Hospital General de Boston.

Caminamos deprisa y en silencio, mientras nos alejamos de la casa del Nivel 99. Solo cuando estamos a una manzana de distancia, Jasper reduce la marcha. Estaba más preocupado allí dentro de lo que yo había apreciado, pero ahora el miedo está disipándose.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando ya casi hemos llegado al coche.

Como si a él no le pasara absolutamente nada.

Asiento en silencio. Luego me encojo de hombros y, a continuación, sacudo la cabeza.

—Tenía puestas demasiadas esperanzas en que esto saliera bien. Creía que el hecho de seguir las instrucciones de la nota de Kendall iba a aclararlo todo.

—La parte positiva de todo esto es que no me han apuñalado —dice él y se siente mal, muy mal, por haber complicado la situación—. No debería haber... No sé por qué lo he agarrado así. Hacía mucho tiempo que no hacía algo por el estilo.

—Sí, eso ha sido...

—Ha sido una cagada —acaba la frase—. Lo siento.

—Bueno, para empezar, ha sido culpa mía que estuviéramos allí.

Jasper sonrío.

—Eso es cierto.

Le suena el móvil justo cuando está abriendo la puerta del todoterreno. Mira hacia abajo porque no sabe de quién es ese número.

—¿Diga? —Su expresión se tensa cuando contesta.

—No. ¿Quién es? —Se hace un silencio—. Esto... ¿Porque eres tú quien está llamando a mi móvil?

—¿Es la mujer que tiene el móvil de mi padre? —pregunto. Puedo imaginármela empezando a hablar sin mediar explicación alguna.

Jasper niega con la cabeza.

—Sí, Wylie está aquí mismo. —Parece ofendido. Reconozco la voz de Rachel. La oigo seguir hablando cuando Jasper me pasa el móvil—. Vaya, es un encanto.

Cojo el teléfono y me preparo para lo peor.

—¿Rachel?

—¡Wylie! —grita—. ¿Qué está pasando? Acabo de escuchar tu mensaje. ¿Qué quieres decir con que tu padre ha desaparecido? —Está mucho más preocupada de lo que me gustaría. Además, resulta evidente que no sabe nada—. He probado a llamarlo a su móvil y me ha contestado una loca que ha intentado sacarme dinero en efectivo. ¿Qué está pasando? ¿Tú estás bien?

—Sí. —Pero este no es el momento de hacerse la valiente—. Bueno, quiero decir, no estoy herida ni nada por el estilo. Pero necesito tu ayuda. ¿Podemos ir a verte?

—Claro, claro. —Y ahora me siento muy agradecida de que Rachel haya aguantado, a pesar de todas las veces que he intentado echarla de nuestras vidas—. ¿Queréis que vaya yo a veros donde quiera que estéis?

—No, mejor vamos nosotros.

—Vale. Estoy en el despacho. Os esperaré aquí. Y no te preocupes, Wylie. Lo arreglaremos. Sea lo que sea.

Aparcamos en un centro comercial de una sola planta venido a menos y ubicado en las afueras de Boston. El aparcamiento está plagado de baches, y dos de los ocho escaparates están vacíos. Otros cuatro tienen letreros que parecen de los años setenta: una tienda de todo a un dólar, una ferretería y un salón de manicura. También hay una gigantesca tienda de decoración Michaels, deslumbrante y recién inaugurada; parece como si hubiera caído ahí por accidente desde una altura monumental.

—¿Estás segura de que es aquí? —pregunta Jasper mirando a su alrededor.

—Esta es la dirección que me ha dado Rachel. —Me quedo observando la hilera de tiendas—. A lo mejor es eso de ahí.

—Perdona, te lo preguntaré de otra forma —dice Jasper—. ¿No dijiste que era una especie de abogada de éxito y que había estudiado derecho en Harvard? ¿Cómo ha terminado trabajando aquí?

Me doy cuenta en este momento de que no conozco toda la historia de Rachel, solo pequeños fragmentos y anécdotas sueltas.

—Rachel era una especie de abogada de empresa. Mi madre la llamaba «amañadora». Y no lo decía en el buen sentido —aclaro—. Pero ahora es abogada de oficio. Intenta compensarlo por todas las malas personas a las que ayudó, y todo el dinero que se embolsó a cambio. Eso es lo que dice mi padre. Oh, allí está, justo ahí —digo, cuando por fin veo un sencillo cartel negro y amarillo, idéntico al del salón de manicura que hay al lado: RACHEL O'CALLAHAN, ABOGADA.

Cuando llegamos hasta la puerta, la encontramos cerrada con llave. Hay un

pequeño letrero escrito a mano pegado por la parte de dentro que dice: LLAMAR AL TIMBRE. Al fin y al cabo, es domingo. Cuando llamo, se oye una voz distorsionada a través del intercomunicador torcido.

—¡Soy Wylie Lang, he venido a ver a Rachel! —respondo a gritos con la esperanza de que se me entienda.

Pero se oye más barullo distorsionado. Lo intento de nuevo.

—¡Soy Wylie Lang! —grito por segunda vez.

Más ruido incomprensible, incluso más alto. Como si, quien quiera que esté del otro lado haya empezado a gritar. La voz se corta en seco cuando la puerta se abre al tiempo que se oye un zumbido.

La sala de espera no tiene mucho mejor aspecto que el exterior del despacho. En realidad, podría ser incluso peor. Hay media docena de sillas plegables cutres y un mostrador de recepción vacío. Las paredes están forradas con paneles de madera y el suelo es de linóleo. Huele a humedad.

—Mmm... —Jasper empieza a mirar a su alrededor como si tuviera mucho que decir, pero no pudiera decidir por dónde empezar.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —grita Rachel desde el final del pasillo oscuro, con esa forma de hablar tan característica que es una mezcla inconfundible de los acentos de Boston y Brooklyn.

—¿Va a volver, señorita O’Callahan? —le pregunta un hombre. Sale del despacho de Rachel y avanza arrastrando los pies en nuestra dirección—. O tendré que...

—¡Lo siento! —lo interrumpe a voces Rachel, aunque ya tiene la mirada fija en mí.

—Pero tendré que volver a programar nuestra sesión preparatoria para última hora de esta tarde, doctor.

—Bueno, pues lo siento, pero eso no me va bien. —Parece ofendido. Cuando por fin emerge del oscuro pasillo, veo que es bajito y canoso, que tiene la nariz como un pimiento y unas orejas enormes. Tiene una gruesa y antiestética cicatriz en la garganta, cerca de la nuez.

—Llevo su caso por un anticipo de veinte mil dólares, doctor. Pagados de mi propio bolsillo —replica Rachel con rotundidad—. Yo decido lo que va bien. Ya me pondré en contacto con usted.

En cuanto el doctor sale hecho una furia, Rachel cierra la puerta con llave.

—Vamos —dice—. Vayamos a mi despacho. Allí estaremos más cómodos.

En realidad, el despacho de Rachel es mucho más agradable que el resto del lugar, aunque eso no sea muy difícil. Es más luminoso y está más limpio, tiene

una moqueta barata y los paneles de madera están pintados de blanco.

—Vale, bien, ¿qué narices está pasando? —Nos hace un gesto para que ocupemos las desvencijadas sillas de madera orientadas hacia su escritorio en las que acostumbran a sentarse los clientes.

Me siento muy aliviada de estar aquí, pero, en cuanto abro la boca, se me hace un nudo en la garganta. Deseo no derrumbarme.

—Se suponía que mi padre tenía que llamarte...

Es demasiado tarde. Ya estoy llorando.

—¡Oh, cariño! —Rachel se levanta de un salto y rodea su mesa de escritorio. Me posa las manos en los brazos y luego lanza una mirada acusatoria a Jasper. Como si él fuera el culpable—. ¿Por qué se suponía que debía llamarme? No he llegado a hablar con él. Cuéntame qué está pasando.

Y vuelvo a empezar, detallando todo lo que ha ocurrido. Hablo durante al menos cinco minutos sin pararme a tomar aire. Cuando por fin llego a la parte de llamar a mi padre, Rachel me interrumpe.

—Entonces ¿estaba en el aeropuerto cuando hablaste con él? —pregunta—. ¿Y luego su teléfono ha acabado en algún lugar de Washington?

Asiento con la cabeza.

—Sí —digo—. Tampoco hay rastro de él en casa, y no llegó a ir al hospital. Y habría ido si hubiera podido.

—Por supuesto que lo habría hecho. —Rachel va a colocarse detrás de su mesa. Se cruza de brazos y vuelve a sentarse. Está muy preocupada, aunque está haciendo todo lo posible por no parecerlo en absoluto—. Bueno, vale, al menos su móvil no ha aparecido en Florida.

—¿Florida?

—Oh, por ese bloguero —responde, pero hace un gesto despreciativo con la mano para descartar su propia sugerencia. Pero ahora ya solo puedo pensar en ElFindeLosDías.com—. Lo siento, no debería haber sacado el tema. A tu padre no le preocupaba. A ti tampoco debería preocuparte. Y va a salir todo bien, Wylie. Lo encontraremos. ¿Sabes con quién iba a reunirse en Washington o en qué vuelo viajaba?

—Iba a reunirse con miembros del NIH y con un senador, no recuerdo cómo se llamaba. Algo con erre. Russell o algo parecido. Mi padre iba a dejar toda la información relativa a su viaje en casa —explico—. Pero ni siquiera sé si sigue allí.

Por primera vez se me ocurre que el itinerario de mi padre y el hecho de que hayan registrado nuestro hogar podrían estar relacionados.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rachel.

—He pasado por allí hace un rato —dice Jasper y luego duda—. La casa

está... Está destrozada. Alguien la ha dejado patas arriba.

—¿Qué pasa con Gideon? —pregunta Rachel.

—Mi hermano no sabe nada —contesto—. Mi padre y él discutieron ayer, y no ha vuelto a casa. He llamado a la policía y les he contado que mi padre ha desaparecido, pero no creo que hagan nada al respecto. No lleva desaparecido el tiempo suficiente.

—Vale. —Rachel apoya ambas manos sobre la mesa como si estuviera a punto de tomar impulso para levantarse. En lugar de hacerlo, me mira directamente a los ojos—. Vamos a encontrar a tu padre sano y salvo.

—También tenemos que liberar a las demás chicas.

—Por supuesto —dice—. Averiguaremos qué está ocurriendo en ese hospital y quiénes son los responsables. —Pero esa es la última prioridad de su lista, lo percibo.

—No. Me refería a que hay que hacerlo ahora —aclaro—. Las chicas están en peligro.

—¿Peligro? —repite Rachel con escepticismo—. ¿Te refieres a peligro físico?

—Algo por el estilo, o eso creo. —Espero que no haya insistido para ponerme a prueba—. Y ni siquiera las he avisado. No les he contado nada. Si no puedes ayudarme, volveré yo sola.

—Vaya, Wylie. —Levanta las manos—. Haré cuanto haga falta para sacar a las demás chicas. Pero primero voy a llamar a la policía para ver si averiguan dónde está tu padre. Veré si encuentro la información sobre el itinerario de su viaje en vuestra casa y así seguirle la pista. —Ahora habla con total serenidad y un tono muy pragmático—. Luego nos ocuparemos de la situación del hospital. Tengo un amigo en el Departamento de Justicia que posiblemente tenga algún contacto en el NIH. Siempre conviene tener amigos en todas partes. Me encargaré de ello, te lo prometo. —Y, por primera vez desde que dejamos el hospital, noto que mi cuerpo se relaja un poquito—. Y, escucha, si las cosas se ponen muy feas, podemos recurrir a los contactos de tu madre para ejercer algo de presión a través de los medios de comunicación. La amenaza de salir en titulares suele provocar reacciones asombrosas.

—Te lo agradezco —digo, y, al decirlo, espero que ella también escuche: «Sobre todo, por lo cabrona que he sido siempre contigo».

—Por supuesto —contesta. Luego frunce el ceño—. Un momento, ¿cómo has conseguido salir tú del hospital?

—Planeé con una de las chicas que estaban allí hacer saltar la alarma contra incendios —le cuento, y evito mirar a Jasper de forma intencionada. Él sabe muy bien que estoy dejando fuera a Kendall, a propósito, como instigador de lo ocurrido. Rachel desaprobaría el papel de Kendall en todo esto incluso con más

vehemencia que Jasper—. Pero luego, por lo visto, se produjo un auténtico incendio. Nadie estaba preparado para algo así y todos perdieron los nervios. Incluso los guardias. Yo logré escapar, pero no estoy segura de que Kelsey lo consiguiera.

—Un momento, ¿ha habido un incendio en el hospital? —pregunta Rachel.

—Sí —afirmo—. Bueno, no estoy segura porque me largué de allí. Pero cuando la alarma se disparó olía a humo y enseguida acudieron los bomberos.

—Es una extraña coincidencia —señala Rachel. Y parece suspicaz, pero no estoy segura de qué o de quién sospecha.

—¿A qué te refieres al decir que es una coincidencia? —pregunta Jasper.

Rachel no lo mira. Sigue con la mirada fija en mí.

—Me refiero a que es una coincidencia tras lo ocurrido en el campamento.

Jasper y yo nos dirigimos hacia Beacon Hill, al antiguo barrio de calles adoquinadas y viviendas adosadas donde se encuentra la casa de Rachel. Las pocas personas del primer tren de la tarde dominical parecen muy normales: todas leen el periódico o están concentradas en sus móviles.

Están viviendo ese día como si no pasara nada. Los envidio.

Rachel insistió en que fuéramos a su casa. Dijo que ella se encargaría de todo. Intenté discutirsele, pero tenía toda la razón. Si los del NIH —sean quienes sean— están buscándome, lo mejor es que permanezca escondida.

En cuanto accedí a hacerlo, Rachel se apresuró a ocuparse de los detalles. Nos dio una copia de las llaves de su casa, una tarjeta con todos sus números apuntados y un móvil con tarjeta prepago, uno «desechable». Así lo llamó ella: «desechable». Por lo visto, esta no es la primera que vez que ayuda a alguien a desaparecer. Rachel nos convenció para que dejáramos el coche de Jasper en una calle secundaria y cogiéramos el tren para ir a su casa. Se suponía que debíamos quedarnos allí hasta que ella fuera a buscarnos.

—Como precaución adicional, yo mantendría eso apagado el máximo tiempo posible. —Señaló el móvil de Jasper—. Primero tendrán que relacionarte con Jasper y luego imaginar que estáis juntos antes de usar esa información para localizarte. Es difícil que ocurra, pero no imposible. Jamás deja de sorprenderme lo que puede conseguir el gobierno cuando quiere. Y, al mismo tiempo, lo poco que consigue hacer la mayoría de las veces. —Lo último que hizo fue entregarnos un grueso fajo de billetes de veinte dólares que sacó de un cajón. Estaban todos muy lisos y eran nuevos, lo noté cuando me los puso en la mano haciendo presión—. De ninguna manera uses tarjetas de crédito, Wylie. Si lo haces, te encontrarán en un abrir y cerrar de ojos. —Y, de esa forma tan simple, volvíamos a estar oficialmente a la fuga. Otra vez.

Me sobresalto y vuelvo al momento presente cuando Jasper me pone una mano en el hombro.

—Esta es nuestra parada —anuncia cuando el tren frena con una sacudida.

Nos cuesta un rato encontrar la casa de Rachel en el pintoresco barrio de Beacon

Hill, con sus elegantes escaparates y sus pulcros edificios de ladrillo visto. Su calle está a solo unos pasos de Newbury, pero sin la ayuda del GPS caminamos en dirección contraria durante un buen rato intentando localizarla. Estamos a punto de desistir y encender el móvil de Jasper para consultar el mapa, cuando por fin veo una magnífica casa con una farola de gas justo delante: tal como Rachel nos la describió. Está a solo un par de puertas.

—Espera, creo que es esa —digo, y aprieto el paso—. Por aquí.

Camino a toda prisa hasta que me encuentro delante del número 729: es una casa gigantesca, perfectamente restaurada y de piedra marrón, guarecida tras dos árboles enormes. Es lo más parecido a una mansión que puede ofrecer la ciudad de Boston.

—¡Vaya! —exclama Jasper cuando por fin se sitúa a mi lado. Parece que tuviera miedo de entrar y recorre de arriba abajo la fachada con la mirada.

—Qué casa tan preciosa.

—Sí que lo es —digo, rendida a la evidencia, sobre todo comparada con su despacho. No quiero sentirme molesta por el contraste, pero me incomoda—. Esto no tiene sentido.

En el interior, la casa de Rachel es incluso más elegante que por fuera: detalles arquitectónicos restaurados mezclados con un elegante mobiliario de estilo industrial. La parte de comedor que da a la calle tiene dos ventanales panorámicos enormes, una pared de ladrillo visto y suelos de madera oscura, que seguramente son más caros por su aspecto desgastado y rústico.

—¿Vive aquí ella sola? —pregunta Jasper echando un vistazo al inmenso vacío. Todavía intenta hacerse una idea de cómo es la verdadera Rachel. Y yo también.

—Sí —respondo—. Creo.

—¿Crees? ¿No era la mejor amiga de tu madre?

—Lo fueron hace tiempo. Eso es lo que te conté.

No quiero explicarle el extraño distanciamiento entre Rachel y mi madre, ni cómo reapareció en nuestra vida, salida de la nada. Si Jasper me obliga a analizarlo de nuevo, empezaré a sospechar. Me asaltarán las dudas. Y ahora mismo necesitamos a Rachel. Mi padre sin duda la necesita.

Jasper todavía está contemplando el interior de su bonita casa.

—¿No te ha extrañado un poco que estuviera tan preparada?, ¿que tuviera a punto todo lo necesario para la fuga y todo lo demás?

—Es abogada defensora.

—Bueno, sí —reconoce Jasper—. Pero no se supone que deban ayudar a sus

clientes a fugarse.

—Voy a darme una ducha —digo, porque Rachel nos dio permiso para hacerlo y porque me siento asquerosa. Además, estoy deseando finalizar esta conversación. Los argumentos de Jasper son demasiado razonables—. No rompas nada.

Permanezco una eternidad en la elegante ducha tipo *spa* de Rachel, intentando quitarme de encima la vivencia del hospital. No tardo en tener la sensación de que el tiempo pasado allí es un extraño recuerdo inventado. Algo que incluso podría olvidar de no ser por la responsabilidad que siento con las chicas que he dejado atrás.

Después de ducharme, me dirijo a la habitación de Rachel para ponerme la ropa que ella insistió en dejarme. Me dijo que podía ponerme lo que quisiera. Su gigantesco vestidor es como una tienda perfectamente ordenada, con toda su ropa cara bien colocada e iluminada a la perfección. Además, hay docenas de hornacinas de obra en las paredes, y en cada una de ellas, un par de zapatos. Jamás he visto nada parecido, y me quedo alucinada. Cierro las puertas del vestidor y me vuelvo hacia la enorme cajonera de Rachel, con la esperanza de que allí haya algo menos intimidante.

Como era previsible, hay unos vaqueros, y el tejido es terso y reluciente como no había imaginado que pudiera ser jamás esa clase de tela. No obstante, son la mejor alternativa. Saco un par de pantalones y sigo buscando, con la esperanza de encontrar una camiseta de cualquier tipo que no me resulte abrumadora. Cuando rebusco hasta el fondo del segundo montón de camisetas, por fin encuentro una prenda con tacto de algodón normal y corriente. Mientras tiro de ella para sacarla, mis dedos topan con algo duro al final del cajón. Retiro las camisetas y echo un vistazo. Es una pequeña caja cuadrada, como la de una pulsera cara.

¿Por qué una persona que vive sola esconde una caja en el fondo de un cajón? ¿A quién podría estar ocultándosela? Estoy a punto de sacarla para investigar, pero algo me retiene. No es asunto mío. Rachel está ayudándonos. No quiero arriesgarme a que deje de hacerlo por andar curioseando entre sus cosas.

Al volver a bajar, veo a Jasper profundamente dormido en el sofá. Permanece sentado y muy erguido, con los pies en el suelo y los brazos cruzados y bien pegados al pecho. Solo que tiene la cabeza un tanto ladeada y la boca ligeramente abierta. Cojo un cojín del sofá de color blanco inmaculado situado

enfrente. Cuando se lo coloco por debajo de la cabeza, Jasper se mueve y se acomoda sobre él, aún dormido.

Me quedo contemplándolo durante un minuto. Es más fácil mirarlo de forma directa cuando tiene los ojos cerrados. Me alegro de que esté aquí, más de lo que estoy dispuesta a reconocer. Y no porque lo necesite. No lo necesito, no es eso. Solo quiero que esté aquí, lo que, en realidad, resulta ser mucho más desconcertante.

Me siento en el sofá que tiene enfrente y saco el ejemplar de 1984 de Kelsey, metido en la enorme bolsa con el kit de fuga que nos ha dado Rachel. No tenemos nada más que hacer que no sea esperar a que esta nos llame para darnos noticias. Esta vez empiezo a leer por el principio.

Gabrielle y Kelsey se beneficiaban de la valoración de la otra en sus experimentos de prueba y error, pero yo tenía la ventaja de saber que lo que estaba haciendo —lo que estaba sintiendo— era real, era algo verificable desde el punto de vista científico. Porque hay un montón de lugares en el libro donde Kelsey y Gabrielle se preguntan si estarán inventándose todo, imaginándose. Si ambas estarán volviéndose locas.

Me salto unas páginas hasta llegar a la palabra BLOQUEO, escrita en mayúsculas y encerrada en un recuadro dibujado con varias líneas muy marcadas en el papel. Seguida por cuatro puntos numerados:

«1) Creerse la mentira; 2) Imaginar una caja; 3) Meter tus sentimientos en esa caja; 4) Mirar la tapa lisa y negra, pensar en la caja (solo en la caja). G.»

«Pero ¿cómo se supone que vas a hacerlo mientras estás hablando con alguien? K.»

«No sé. ¿A base de práctica? G.»

Por lo bien que se le daba el bloqueo a Kelsey en el hospital, deben de haber averiguado cómo hacerlo.

Ahora intento hacerlo yo: cierro los ojos y me imagino metiendo los sentimientos en una caja. Me quedo mirando la tapa de la caja negra. Intento pensar solo en eso. Pasado un minuto, me siento vacía, pero no tengo forma de saber si lo he hecho bien, ahora que Kelsey no está aquí intentando percibir qué siento. Aunque pretenda estar convencida de mi superioridad en este tema gracias a la información proporcionada por mi padre, el hecho de estar sola en esto es una clara desventaja.

Escrito en diagonal, justo por debajo de las anotaciones sobre el bloqueo, leo lo siguiente: «Conocimiento o percepción sin la intervención del pensamiento racional evidente. “Intuición”, según la definición del *Diccionario Merriam-Webster*».

Descubrieron lo que yo sé: que la PEH es algo más que interpretar las

emociones de los demás. Yo, con la práctica ya he conseguido afinar esa percepción. La auténtica pregunta es cuánto más puedo mejorar. Cuál es el límite de nuestra habilidad.

Voy pasando las hojas del resto del libro hasta llegar a las últimas páginas, que están llenas de anotaciones. Aunque no todas son sobre la interpretación de las emociones. Algunas son intercambios de opiniones de las hermanas sobre alguna amiga; por ejemplo, sobre una chica llamada Sarah, del equipo de voleibol, que causaba a Kelsey todo tipo de problemas. Propagó el rumor de que esta había mantenido relaciones sexuales con un tío viejo y casado y, lo más importante, totalmente asqueroso.

También hay algo escrito sobre el último novio de Gabrielle, y rezuma cierto tono de irritabilidad entre ambas. El chico se llama Leo Berkowitz y pertenece al equipo de remo de la Universidad de Harvard, lo que para Kelsey parece ser un insulto por la forma en que se lo echa en cara a su hermana. Comenta que es un cliché estúpido salir con un «tío de la uni», y añade: «Puaj, Harvard da asco».

Pero reconozco la necesidad de atención cuando la veo. Kelsey se comporta así para ocultar que se siente abandonada. No cabe duda de que se ha vuelto más dura desde entonces, porque no me imagino a la Kelsey que yo he conocido dependiendo de nadie. Más adelante, en el libro, hay una mención al hecho de que Kelsey se haya colocado y a Gabrielle no le gusta. El tema de las drogas sí me encaja con Kelsey. Hay una nota de G.: «Estoy preocupada por ti».

El novio es la primera pista tangible que puede conducirme hasta Kelsey: Universidad de Harvard, equipo de remo, Leo Berkowitz. Si puedo encontrar a Leo, a lo mejor consigo localizar a Gabrielle. Tengo la fantasía de que Kelsey ya está con ella. De no ser así, seguro que su hermana querrá ayudarme a sacarla del hospital.

Quiero levantarme de un salto del sofá y salir corriendo a Harvard para encontrar a Leo. Sin embargo, al menos debería esperar a saber qué ha averiguado Rachel sobre mi padre, que es en lo que debería estar centrada toda su energía.

Al llegar al final del libro, voy a mirar la cara interior de la contracubierta, donde mis ojos se fijan en otro intercambio enmarcado en un recuadro subrayado de negro.

«¡¡¡Me he colado en la prueba!!! Ha estado chupado. Puede que ese investigador sea muy bueno en ciencias, pero da asco en temas de seguridad. Ese tal doctor Caton, que pone los pelos de punta, se tragó por completo mi trola sobre el carnet de universitaria perdido! K.»

Me palpita el corazón hasta que por fin lo encuentro: «Una Extraña». Y luego dice: «¿Qué coño significa eso?».

Todavía estoy mirando fijamente las palabras, escritas con enormes letras gruesas y con pulso tembloroso, en comparación con las demás, cuando el libro se me cae de las manos y se estampa contra el suelo.

Jasper se despierta de golpe, y se endereza como un monigote con resorte.

—¿Qué pasa?

—Lo siento —digo—. No pasa nada.

Vuelve a dejarse caer en el sofá y se frota los ojos con los pulpejos de las manos.

—¿Qué es eso?

—Es un ejemplar de *1984*. Es de la chica a la que volvimos a buscar. Creo que ella era una de las tres Extrañas originales.

—¿Eh? —Jasper me mira con los ojos entornados. Está confuso y yo también—. ¿Y eso es bueno o malo?

—No estoy segura. —Es la pura verdad—. Supongo que depende.

—¿De qué?

Entonces pienso en lo mucho que mi padre recelaba de que conociera a las otras dos Extrañas originales. Yo imaginé que era porque le preocupaba que llamáramos la atención de los demás. Además, yo no había demostrado ningún interés en conocerlas. Aunque podría existir otro motivo. Ser una Extraña no te convierte directamente en alguien de fiar. He conocido a Kelsey y no es precisamente amigable.

—Depende de si ella es o no una buena persona.

Mi teléfono prepago suena y espero que sea la llamada de Rachel.

—¿Diga?

—Chicos, ¿estáis bien en la casa? —pregunta. Parece nerviosa. Sea lo que sea que haya averiguado cuando nos hemos ido de su despacho no es nada bueno.

—Sí, estamos bien —digo. Y de pronto me siento aterrada. He estado preocupada por mí, pero me he estado controlando para no dejarme llevar por el miedo durante todo el tiempo. Ahora empieza a fallarme la firmeza—. ¿Has encontrado a mi padre?

—Todavía no. —Está midiendo sus palabras—. Aunque acabo de salir de vuestra casa. Sin duda, ha entrado alguien. Jasper tenía razón. Está todo patas arriba. La policía está investigando, y, de momento, parece que se han creído que Gideon y tú estáis fuera de la ciudad, en casa de vuestra abuela, que es lo que les he dicho. No han pedido hablar con vosotros y no han dicho nada de tu llamada. Después de ver el estado en que se encuentra vuestra casa y de saber que una desconocida tiene el móvil de tu padre, al final parece que se han tomado en serio lo de hallar a tu padre. Y he encontrado su itinerario, enterrado bajo un montón de cosas distintas.

—Ah, bien. —Aunque en realidad no me siento aliviada en absoluto—. Entonces podemos llamarlos y...

—Ya lo he hecho —me interrumpe—. Por lo visto, el senador Russo ni siquiera estaba ayer en Washington, ni tenía planes de hacerlo. Tampoco tienen constancia de que nadie de su departamento se haya puesto en contacto con tu padre —expone, y luego se apresura a añadir—: Aunque sí viajaba en ese vuelo, y sí que aterrizó en Washington. Y, como dijiste, quince minutos después de haber llegado, reservó un vuelo de regreso a casa. Pero...

—Jamás subió a ese avión de vuelta —digo, y finalizo su frase.

—No, no subió.

—Y ahora ¿qué? —pregunto, y estoy sujetando con tanta fuerza el móvil que me duele la mano.

—Las cámaras de videovigilancia y los datos móviles son lo siguiente que debemos consultar. Nos puede costar un poco conseguirlo todo, pero la maquinaria está en marcha. Cabe la posibilidad de que tenga que ir a Washington para asegurarme de conseguirlo. Además, así podría interrogar a esa mujer que tiene el móvil de tu padre. Tal vez sepa más de lo que ella cree. —Rachel toma aire y parece agotada cuando exhala—. Ahora bien, sobre las chicas del hospital, yo...

—Olvídate de ellas —la corto y siento una punzada de culpabilidad. Lamento privar a Rachel de la posibilidad de ayudar a las chicas, pero no puedo dejar que se distraiga de la búsqueda de mi padre. Su situación de pronto me parece mucho más urgente. Espero que no sea porque sé algo, algo terrible, aunque ni siquiera sea consciente de que lo sé—. Tienes que encontrar a mi padre.

«Las chicas serán responsabilidad mía», pienso, aunque no lo llego a verbalizar. Y es lo más justo. Fui yo quien las dejó atrás.

—Pero Jasper y tú debéis quedaros en mi casa, Wylie. —Rachel ya me ha calado—. Lo digo en serio. No quiero que decidas ir a sacar a las chicas tú sola ni nada por el estilo. Además, ya he hablado con mi amigo del Departamento de Justicia, y su contacto en el NIH debería pasarle la información mañana por la mañana. Es domingo, así que habrá que tener un poco de paciencia. Podemos seguir hablando de ello cuando llegue a casa. Ayudaré a las chicas y encontraré a tu padre. Estoy en ello. Te lo prometo. Tendrás que ser paciente.

—Vale, sí. Vale —digo enseguida. Expresar dudas sería un error—. Claro.

Pero me callo antes de llegar a prometer que nos quedaremos esperando sin hacer nada. Porque eso sería mentira.

—Te llamaré si averiguo algo más —añade Rachel—. Y tú puedes llamarme a este número, a mi móvil, siempre que lo necesites.

—Vale —respondo, y lo que quiero es soltar el móvil para no decir nada que

me incrimine.

—Todo va a salir bien, Wylie. Estoy aquí y voy a ayudarte. Todo irá bien.

Cuando cuelgo, me pongo a buscar por la casa de Rachel un ordenador para localizar a Leo Berkowitz. Él es la pista por la que empezar. Es el camino hasta Gabrielle, y es mi camino de regreso a Kelsey, una de las otras tres Extrañas originales. Siento un curioso cosquilleo —mezcla de nerviosismo y emoción— al pensar en volver a hablar con ella y me pregunto si Kelsey lo sabrá.

Podemos usar el móvil de Jasper para localizar a Leo. Pero Rachel nos aconsejó no encenderlo a no ser que fuera absolutamente necesario. Y tiene razón; no sería muy inteligente. Por suerte, no tardamos mucho en encontrar un fino portátil —elegante y con aspecto de ser caro, con su funda de cuero y todo— en un rincón de la cocina de Rachel.

—¿Qué estás buscando? —pregunta Jasper al tiempo que se acerca a mí por detrás.

Debería contárselo. Darle la opción de que tome sus propias decisiones. Cuanto más nos adentremos en esta historia, más probable es que aumente el peligro. Yo seguiré en esto hasta que logre sacar a las chicas, pero Jasper no tiene por qué hacerlo.

—La hermana de Kelsey tiene, o tenía, un novio llamado Leo Berkowitz —respondo—. Pertenece al equipo de remo de Harvard. Quiero ver si puedo encontrarlo. Averiguar dónde vive, su número de teléfono o cualquier otra cosa. —Levanto la vista para mirar a Jasper—. Para serte sincera, Rachel me ha pedido que nos quedáramos aquí, que ella se encargaría de averiguar qué le ocurre a mi padre y de ayudar a las chicas del hospital. Pero no puede hacer ambas cosas, y yo necesito que busque a mi padre.

—Lo que significa que tú tendrás que volver a por las chicas.

Asiento con la cabeza.

—Existe la posibilidad de que Kelsey ya esté fuera. Supongo que eso es lo que espero. O, si no ha salido, que Leo nos lleve hasta Gabrielle, su hermana. Quizá a ella se le ocurra algo mejor para sacar a todas las chicas. —Y de verdad lo espero, sin importar lo improbable que sea.

Jasper mira hacia abajo como si estuviera pensándolo.

—Vale —dice por fin. Parece que ha llegado a una conclusión—. Si es así como te sientes, con eso me basta. —Se desliza hacia el ordenador—. Vamos.

Pero cuando intento encenderlo, no ocurre nada.

—¡Mierda, la batería está agotada! —exclamo—. Tiene que haber un cable por aquí, en algún sitio.

Aparto el taburete y abro un cajón angosto que tengo a mi derecha. No hay nada. La gigantesca cocina está llena de cajones y más cajones. Pero debo encontrar ese cable, aunque suponga registrar hasta el último rincón de la casa.

—Te ayudo a buscarlo —se ofrece Jasper, y empezamos a abrir todos los cajones, uno a uno, pero están casi todos vacíos—. No tiene casi nada. ¿Cómo puede vivir en este sitio?

Me encojo de hombros.

—Con comida para llevar.

Solo nos quedan dos cajones por mirar: uno no muy profundo y ancho, donde seguramente tiene la cubertería; y otro más pequeño, que es nuestra apuesta más segura. Cuando tiro de él sale disparado un sobre marrón para documentos que choca contra la parte delantera del cajón. Me quedo helada mirándolo. Estoy leyendo las palabras que tiene en la parte delantera: «David Rosenfeld, 12 de enero». Sin duda alguna es la letra de mi madre. Con fecha de este año, además, justo antes de que muriera. Parpadeo una vez y luego otra. Llego incluso a negar con la cabeza.

Solo puedo pensar en volver a cerrar los ojos. Y esperar que, al abrirlos de nuevo, el sobre haya desaparecido.

—¿Lo ves? ¿Lo del cajón? —consigo decir por fin.

—Mmm... —Jasper parece más confuso que nunca—. ¿Te refieres a esto?

Cuando miro, tiene el sobre en la mano, como si no tuviera importancia. Y no la tendría si no fuera porque mi madre y Rachel llevaban cinco años sin mantener contacto.

—¿Puedes mirar lo que hay dentro? —pregunto.

—Claro —dice Jasper, aunque ahora más dubitativo. Saca algo del sobre y se queda mirándolo con los ojos entornados—. Son fotos: un edificio, un par de personas. ¿Quieres verlas?

—Son de mi madre —afirmo con voz temblorosa—. Rachel no debería tenerlas.

«Respira», me digo a mí misma mientras miro al suelo. Pero me da la sensación de tener los pulmones cimentados. Me sujeto con fuerza a la encimera para mantener el equilibrio.

—¿Es posible que tu padre se las haya dado? —sugiere Jasper.

—No —respondo.

Porque no creo ni por un segundo que haya sido eso lo ocurrido. Al final reúno el valor necesario para coger el sobre de manos de Jasper, aunque sigo sin mirar su contenido.

En lugar de hacerlo, salgo a toda prisa de la cocina, abriendo todos los cajones que encuentro a mi paso; los que están en la librería del comedor y los del

recibidor. Los de los muebles y los empotrados. Cualquier cosa con un pomo del que tirar.

—¿Qué estás buscando? —pregunta Jasper, al tiempo que me sigue. Sé que quiere saberlo para poder ayudarme.

—Alguna otra cosa que ella no debería tener —digo.

A lo mejor, algo escondido en una caja colocada en el fondo del cajón de las camisetas. Me vuelvo hacia la escalera.

—¿¡Adónde vas!?! —me grita Jasper cuando subo corriendo.

—Tiene una caja rara en un cajón —le contesto gritando cuando por fin Jasper me alcanza en la habitación de Rachel.

Abro de golpe su cómoda y toqueteo por debajo de la ropa.

Me tiemblan las manos cuando saco la caja. Me tiemblan incluso más cuando levanto la tapa.

En el interior hay un anillo. Un sencillo aro de plata como tantos otros. Pero, al mirarlo más de cerca, veo unas letras grabadas por dentro, pertenecen a un poema de amor de Yeats que reconozco. Porque el poema entero es un fragmento de historia. De mi historia. De la historia de mis padres. La primera mitad —«Cabalgaría contigo sobre el viento» está grabada en el anillo de bodas de mi padre. La segunda mitad —«Y danzaría sobre las montañas como una llama»— está en el anillo de mi madre.

Y esa es la alianza que oculta Rachel en el cajón.

Nos cuesta un tiempo llegar al extenso campus de Harvard, e incluso tardamos un rato en encontrar el punto de información. Son algo más de las ocho de la tarde cuando por fin entramos. Tenemos suerte con la recepcionista, una mujer amable y mayor a la que no parece preocuparle lo más mínimo que dos personas cualesquiera quieran saber por dónde andan, durante el verano, los miembros del equipo de remo. En lugar de preocuparse, nos hace un gesto en dirección al centro deportivo MAC, el Malkin Athletic Center, donde algunos de los miembros del equipo suelen entrenar de vez en cuando, incluso fuera de temporada. (La mujer situada tras el mostrador de recepción no aprueba ese horario tan extenuante durante todo el año; eso sí nos queda claro.) Solo nos cabe esperar que Leo sea uno de esos que resisten durante el verano.

Caminamos en silencio a través del oscuro y tranquilo campus, en dirección, o eso esperamos al menos, hacia el MAC. Me detengo dos veces a preguntar dónde está, y en ambas ocasiones descubrimos que nos hemos desviado del camino. No mucho, pero sí lo suficiente para considerarlo una mala señal. Como si quizá pudiéramos caminar en círculos sin parar y jamás lográramos llegar a ningún sitio.

Jasper no comenta lo improbable que es que nuestra pequeña excursión al gimnasio estudiantil de Harvard para encontrar a Leo acabe bien. Por no hablar de la posibilidad incluso más pequeña de que Leo nos lleve hasta la hermana de Kelsey. O de que la hermana de Kelsey nos lleve hasta ella. O de que todos nosotros juntos logremos sacar a las chicas del hospital.

Jasper no ha pronunciado ni una sola palabra negativa o desalentadora desde que salimos de casa de Rachel, pero puedo percibir claramente que las está pensando. Una parte de mí se pregunta si tiene razón. La parte más importante de mí —esa parte capaz de percibir— sabe, no obstante, que vamos exactamente en la dirección correcta. Que tiene que ser así.

Por desgracia, el paseo interminable me proporciona una gran cantidad de tiempo para pensar en el anillo de mi madre muerta que, de algún modo, ha acabado en un cajón de su antigua mejor amiga. Me alegro de habérmelo llevado, de llevarlo puesto ahora en la cadena que me regaló Teresa. Y también las fotos, metidas en la bolsa grande de lona que llevo colgada al hombro. Al

menos encuentro cierto consuelo al tenerlas cerca de mi cuerpo. Como si acabara de rescatar una pequeña parte de mi madre.

Pero ¿de qué la he rescatado? ¿Qué harían el anillo y las fotografías en casa de Rachel? Cuando mi mente divaga en busca de explicaciones, son todas demasiado horribles para que me las plantee siquiera. Lo único que sé con certeza es que Rachel está ocultando algo.

Por fin se divisa el MAC cuando el teléfono prepago vuelve a sonar. Es Rachel, por supuesto. Es la única que conoce este número. Como no tiene buzón de voz, el móvil no para de sonar. Unos segundos después, por fin se calla y entra un mensaje de texto.

«¿Dónde estáis? —dice—. Acabo de llegar a casa.»

Inspiro con fuerza y me planteo tirar el móvil. Pero ¿y si ha averiguado algo sobre mi padre? No tengo ni idea de si responderá o no con sinceridad. Ahora desconozco las motivaciones de Rachel con respecto a cualquier cosa. Pero al menos tengo que intentarlo.

«¿Has encontrado a mi padre?»

«Todavía no. Deberíais estar aquí, Wylie. ¿Dónde estáis?»

Pienso en responderle con algún comentario desagradable, en decirle que he encontrado el anillo y las fotos. Que sé que está mintiendo sobre algo. Seguramente, sobre muchas cosas. Sin embargo, echarle todo eso en cara solo me serviría para sentirme mejor en ese momento. Lo más inteligente será no revelar lo que sé.

«Tenía algo que hacer —escribo, más despacio de lo que me gustaría con este móvil—. Volveré pronto. Lo siento.»

«No. No es seguro. Vuelve.»

—¿Rachel? —pregunta Jasper cuando dejo el móvil y me lo meto con brusquedad en el bolsillo—. ¿Sinceramente crees que está implicada en todo esto?

¿Es eso lo que creo? No, no exactamente. Es algo malo y engañoso, pero no es exactamente eso.

—No lo sé —digo—. Pero hay algo que no me gusta.

El enorme y reluciente Malkin Athletic Center es un hervidero de actividad cuando por fin llegamos allí. En el mostrador de recepción hay un chaval orondo de cara redonda con el pelo por delante de la cara y los ojos clavados en su regazo, en lo que supongo que es un móvil escondido. Hay un inoportuno y enorme cartel junto a él en el que se puede leer: PROHIBIDA LA ENTRADA SIN CARNET UNIVERSITARIO VIGENTE.

—Hola —saludo al chico, que sigue sin levantar la vista para mirarme.

—¿Sí? —pregunta con un tono muy poco amable.

Vergüenza, es lo que siento cuando por fin sus ojos parpadean al mirarme. Es una reacción inconfundible. Como si lo hubiéramos pillado navegando por webs de porno. Aunque la vergüenza que siente parece menos concreta que eso. Está claro que quiere que nos larguemos. No, un momento. No es eso. Él es quien quiere desaparecer.

—Estamos buscando a mi hermano, Leo Berkowitz. Pertenece al equipo de remo. —He estado elaborando la mentira desde que salimos de casa de Rachel. Y me siento bastante convencida de ella—. Ha surgido una emergencia familiar. El móvil de Leo está apagado, y no logro localizarlo. Sé que viene mucho por aquí.

«Emergencia familiar» suena a muerte o a accidente grave, y además es lo bastante ambiguo para persuadir a cualquiera de hacer más preguntas sobre los detalles.

—¿Tienes carnet? —El chaval señala el letrero.

No está nada conmovido.

—Mmm... No estudio en esta universidad, ¿cómo voy a tener el carnet? — respondo con parsimonia al tiempo que intento descifrar lo que siente. Trato de adivinar qué puedo hacer para resultarle más empática, qué puedo hacer para tener más posibilidades de que me ayude. Pero no obtengo nada. Como si fuera un caso perdido—. Solo quiero entrar en la sala de pesas y ver si Leo está allí o si alguien lo ha visto. Solo tardaré un segundo. Como ya he dicho, se trata de una emergencia familiar.

Pero el chaval ya está otra vez negando con la cabeza. Vuelve a señalar el cartel.

—Sin carnet, no entras —dice, complacido consigo mismo y, desde luego, con su trabajo.

—Entonces ¿podrías entrar tú en la sala de pesas y ver si está allí? ¿O ver si alguien sabe dónde está? —pregunto. No es mi primera opción, pero me servirá. Necesito localizar a Leo.

El chico responde con sarcasmo.

—Ni hablar.

Ah, eso es lo que le da vergüenza. Los estudiantes que usan el centro. Los deportistas. En algún momento sufrió acoso, se burlaron de él, algunos chicos musculosos de esa sala de pesas se metieron con él. Y, desde entonces, se ha mantenido tan cabizbajo que tiene la frente pegada al suelo. Le pasó eso o algo por el estilo. Tendré que usarlo en mi beneficio. Es lo único que tengo.

—¿Sabes que esos chicos te harán algo mucho peor cuando se enteren de que

no me has dejado ver a Leo? —amenazo—. Se trata de una emergencia familiar. Y ellos son sus amigos, ¿verdad?

El chaval levanta la vista con expresión de sorpresa, que enseguida se transforma en cabreo. Se encuentra en una situación sin salida y es consciente de que, haga lo que haga, tiene las de perder. Al final se encoge de hombros como si ya no le importara. Aunque puedo percibir que, en realidad, le importa más que nunca.

—Vale, pero ve tú sola. —Señala a Jasper, que en ese momento está mirando hacia la pared, a cierta distancia—. Él tiene que esperar ahí.

Hago un gesto de asentimiento a Jasper antes de dirigirme a toda prisa hacia la sala de pesas con pared de cristal, por miedo a que el chaval cambie de idea. Ensayo mentalmente una vez más lo que le voy a decir a Leo: «Tengo que encontrar a tu novia. Le ha pasado algo a su hermana». Y luego me hará preguntas, sin duda. Tendré que decirle la verdad, sin importar lo increíble que parezca.

A través de la mampara de cristal veo la gigantesca sala, cuento más de una docena de personas —casi todos tíos forzudos y un par de mujeres— haciendo sus repeticiones en máquinas o con mancuernas.

Cuando por fin entro, nadie en la sala detiene su actividad en seco como temía que ocurriera. Por lo visto, nadie se percató de mi presencia. Echo un vistazo buscando a alguien que pueda ser Leo, deseando haberme quedado el tiempo suficiente en casa de Rachel para encontrar el cable del ordenador y buscar una o dos fotos suyas. Me pareció mucho más importante salir de allí. Y mucho más importante que nunca no usar el móvil de Jasper.

—Mmm... ¿Alguno de vosotros sabe dónde puedo encontrar a Leo Berkowitz? —pregunto en voz alta.

Nadie se digna siquiera a mirarme. Me pregunto si en realidad no habré llegado a hablar. Hasta que cruzo la mirada con un chico ubicado en un rincón distante y que sacude la cabeza en dirección al compañero que está levantando pesas a su lado. Cuando este se vuelve, veo que lleva la camiseta del equipo de remo de Harvard. Está fibrado y es alto. Lleva el pelo negro tan corto que parece canoso. Y tiene cara de gilipollas. No es Leo. Al menos espero que no lo sea. Estoy demasiado lejos de él para poder percibir lo que siente.

—Vamos. —Una chica ha aparecido a mi lado con unos pantalones cortos amarillos y un sujetador deportivo de color verde fosforescente. Tiene la espalda ancha y es alta, casi metro ochenta y dos de puro músculo—. Venga. Largo de aquí.

Como no me muevo, me pone una mano en la espalda y me empuja.

—¡Oye! —le suelto, aunque intento hablar en voz baja. Provocar un alboroto podría hacer que el chaval de recepción viniera a por mí—. No me toques.

Pero cuando nuestras miradas se encuentran, lo percibo. Claro como el agua. Ella tiene miedo, de mí.

—Se supone que no puedes entrar aquí —me susurra, enfadada, mientras salimos de la sala de pesas. Porque lo que percibo cuando por fin se detiene para mirarme es miedo, no enfado—. ¿Es que no te lo han dicho?

¿Quién me lo tenía que decir? Las posibilidades son infinitas. Ninguna de ellas especialmente buena.

—No sé quién eres...

—Basta —dice y levanta una mano en dirección a mi cara. Y solo con eso, sus sentimientos desaparecen, y se levanta un muro de ladrillo. Como el de Kelsey.

—Estás bloqueándome —digo, y se me ocurre demasiado tarde que mejor sería no haber dicho nada.

—No sabes estar callada, ¿verdad? —Está molesta. O yo estoy suponiendo que lo está. Lo único que percibo es ese muro de ladrillo—. Ve al Delaney's. —Pone los ojos en blanco cuando la miro con cara de no entender nada—. Es el bar donde trabaja Leo. Y no entres preguntando a todo el mundo dónde está. Es el único barman con cola de caballo. —Retrocede un poco y me mira de pies a cabeza, luego niega en silencio—. En serio, tienes que empezar a tener el pico cerrado. Perjudicas a todo el mundo.

Después de decir esto, se vuelve y se dirige otra vez hacia la sala de pesas. Me quedo mirando a través de la mampara de cristal mientras el chico con la camiseta del equipo de remo le grita algo desde el otro extremo de la sala. Pero ella se limita a levantar el dedo corazón como respuesta, lo que hace que su compañero de levantamiento de pesas rompa a reír.

Preguntamos a cinco personas del campus dónde está el Delaney's y ninguna de ellas tiene ni la más remota idea. Jasper llega incluso a consultar a toda prisa el plano en el móvil. Solo tardamos un segundo en descubrir que el Delaney's no está en internet.

—¿Y ahora qué? —pregunta Jasper, al tiempo que cierra el teléfono para apagarlo y vuelve a metérselo en el bolsillo trasero del pantalón—. ¿Y si ni siquiera es un sitio real?

—Sí que es real —digo, aunque vuelvo a preguntarme si mis esperanzas están interfiriendo con mi auténtico instinto.

Seguimos cruzando el campus, preguntando a un estudiante tras otro si ha

oído hablar del Delaney's , aunque seguramente eso sea lo contrario a tener el pico cerrado. Todas las veces nos responden negativamente. Se me ocurre que quizá los estudiantes a los que estamos preguntando —los que están solos, los que llevan libros incluso en verano— son los equivocados.

Cuando casi hemos llegado a las puertas del otro extremo del campus localizo a un grupo de jóvenes que están como una cuba y me parece una alternativa mucho más adecuada.

—Hay que preguntarles a esos —digo a Jasper, y señalo el grupo—. Vamos.

Y está claro que doy en el clavo, porque, cuando les preguntamos, nos dicen que vienen precisamente del Delaney's.

—Está al final de una calle diminuta —balbucea una chica señalando al cielo como si la calle estuviera por encima de su cabeza. Su espesa melena rubia platino está recogida con dos largas trenzas que se mecen hacia atrás y hacia delante al tiempo que ella se tambalea con inestabilidad—. Pero no hay ningún letrero en la puerta. Solo tiene un número; en realidad un número y medio. Ochenta y uno y medio, cincuenta y dos y medio, noventa y seis y medio, no me acuerdo, joder. ¿Os acordáis, tíos? —Sus amigos murmuran su negativa—. Da igual... Es una pasada. —Asiente convencida, luego se coloca un dedo directamente en la punta de nariz—. Pero es un bar clandestino. Así que tendrás que buscar el número y medio.

Al final encontramos la puerta indescriptible en la mitad de Concord Alley, en un edificio muy antiguo y oscuro. Es más ancho que una típica casa adosada de piedra, aunque no tan grande como un edificio de apartamentos. Y la chica tenía razón: un pulido ochenta y nueve y medio de latón en el centro de la puerta es el único reclamo. Hay ventanas, pero están oscuras, tal vez cubiertas por cortinas. Cuando me dispongo a abrir la puerta, espero encontrarla cerrada con llave. Que alguien del interior me pregunte la contraseña o que una cadena nos impida el acceso. Pero la puerta se abre sin problemas. Hay una segunda puerta adentro, también abierta y, tras ella, un recibidor al que se accede a través de una cortina. Cuando nos detenemos ahí, oigo solo una voz, que rompe de forma espeluznante el silencio.

Cuando por fin aparto la cortina para entrar, veo que hay un montón de gente dentro, todos mirando al escenario que hay al fondo, todos callados. El suelo está cubierto de serrín y hay fotos en blanco y negro de músicos colgadas de las paredes pintadas de un desvaído color rojo. Al ponerme de puntillas, distingo a un hombre al micrófono. Es bajo y arrugado, y lleva una gorra de béisbol y una sudadera holgada, habla con mucha más confianza de lo que podría parecer por

su aspecto. Y, qué duda cabe, el público está atento a cada una de sus palabras. No es que yo las entienda precisamente. Cuando vuelvo a apoyar las plantas en el suelo, la única visión que tengo es un muro formado por espaldas, y las palabras del tío se oyen amortiguadas.

Me topo con la mirada de un tipo calvo y fortachón que lleva aros y un chaleco de cuero negro y que está medio sentado en un taburete junto a la puerta. Sin duda es el gorila. Nos mira con los ojos entornados, como si estuviera intentando decidir si vale la pena que se levante por nosotros.

—Vamos —dice Jasper, cuando también se fija en el tipo.

Nos abrimos paso entre los cuerpos, cada vez más apiñados a medida que nos acercamos al escenario, hasta que por fin encontramos un rincón libre cerca de la barra; aunque, por desgracia, estamos en el ángulo de visión del gorila. La siguiente actuación está a punto de empezar, es una chica muy alta con una falda estampada y unas botas vaqueras.

Cuando echo un vistazo disimulado hacia la barra del bar, veo a un barman muy ocupado: abre botellas y recibe billetes arrugados de dólar. No creo que sea Leo. Parece muy mayor para ir a la universidad, debe de tener algo más de treinta años. Además, no lleva cola de caballo.

De pronto pienso en lo arriesgado que es todo esto. Mi búsqueda de Leo se ha convertido en la búsqueda de un chico del Delaney's con cola de caballo. La chica con el sujetador verde deportivo me ha impuesto sus condiciones. Supongo que podría haberme enviado a buscar a cualquiera. Pero me ha bloqueado exactamente igual que lo hizo Kelsey y eso no es ninguna suposición. Y ahora mismo, con eso tengo suficiente. No, quizá no sea suficiente. Pero es lo único que tengo.

En el extremo de la barra, justo enfrente del barman, hay un chico. Está inclinado hacia delante y va sacando vasos de un escurridor como lo haría un ayudante de barra y no el barman. Cuando por fin se endereza veo claramente el pelo castaño claro y una cola de caballo corta. Iluminado por detrás de la barra, distingo un rostro de ángulos elegantes. Es Leo, está claro.

—¿De verdad a toda esta gente le gusta esta música? —me pregunta Jasper entre susurros. Está escuchando a la chica que actúa, que tiene la cara cada vez más roja—. Lo único que hace es gritar.

—Vamos —digo, y vuelvo a concentrarme en Leo. Está agachado por detrás de la barra con su escurridor lleno de vasos y se dirige hacia la parte trasera cuando pasa por nuestro lado. Quizá vaya a la cocina. Lo veo desaparecer por detrás de una puerta batiente, que se mueve atrás y adelante, sujeta por sus goznes—. Creo que ya lo he visto.

No nos resulta fácil llegar hasta donde queremos entre la multitud, pero al final acabamos en la misma puerta. Contengo la respiración cuando la empujo, y me sobresalto cuando la suelto y emite un sonido estridente al batir. Pero Leo —si es que es él— no se inmuta. No levanta la vista. Se limita a seguir con lo que está haciendo. Saca un escurridor de vasos limpios y carga otro con vasos sucios en el lavavajillas. Pero sí se ha puesto tenso. Puedo percibirlo.

—Se supone que no deberíais estar aquí —nos advierte al final, cuando se levanta y se aparta del electrodoméstico. Todavía no ha mirado en nuestra dirección. Y está enfadado. Aunque no percibo enfado saliendo de él. Al menos, no todavía. Sin embargo, seguimos sin tener contacto visual, y tengo la sensación de que no es una casualidad—. Se supone que debéis esperar ahí detrás, en el callejón. Saco los cascos a medianoche.

Como si supiera exactamente qué hacemos aquí. A lo mejor la chica del sujetador de deporte verde le ha dicho que nos esperase.

Me miro el reloj.

—No son ni las diez de la noche —comento, como si eso fuera lo importante: que tenemos que esperar dos horas—. Necesito encontrar a tu novia —digo con cautela, preparándome para un revés repentino.

—¿No me digas? —replica, mientras va sacando con cuidado un vaso roto del escurridor de vajilla y lo tira a la basura. Salvo que, en realidad, no es una pregunta—. Que yo sepa, no tengo novia.

—Tengo algo para ella. —Saco el ejemplar de Kelsey de 1984 de la bolsa y se lo entrego.

Al final se vuelve. En cuanto ve lo que es, me mira otra vez directamente a los ojos. Y ahora sí que está cabreado. Da un paso al frente y me arrebató el libro con tanta agresividad que noto que Jasper se encoge. Leo hojea las páginas y luego vuelve a mirarme. Sí. No cabe duda de que está enfadado.

—¿Dónde coño has conseguido esto? —me pregunta. O me acusa.

—Me lo dio Kelsey —respondo, y me preparo para salir disparada por la puerta. Fuera lo que fuese que percibiera que iba a ocurrir no era esto. No tengo ni idea de qué es esto. Me siento más perdida que nunca—. Por eso estoy aquí. Ella y yo...

—Un momento, ¿quién? —me interrumpe. La confusión y el descreimiento han sustituido a la rabia.

—Kelsey —respondo—. Sé que esto te va a parecer una locura, pero nos conocimos en ese hospital. —El tono de mi voz se eleva al final de la frase como si se tratara de una pregunta porque se me retuerce el estómago. No hay manera de explicar una locura sin que suene a locura—. En cualquier caso, Kelsey me

dio el libro porque compartimos una conexión, o eso creo. —Ambigua, voy a seguir siendo ambigua, para no mencionar a los Extraños, todavía no—. Y luego ella me ayudó a salir y...

—Espera, ¿cuándo? —Ahora está más preocupado que enfadado. En realidad, está flipando.

—Cuándo, ¿el qué?

—¿Cuándo estuvisteis en el hospital? —Se acerca hacia mí con el libro levantado. Jasper también se adelanta.

—Mmm... Esta mañana —contesto—. Kelsey me ayudó a salir, y esperaba que Gabrielle hubiera tenido noticias de ella. Porque se suponía que Kelsey tenía que escapar conmigo, pero no la he visto. Me preocupa que siga en el hospital. Y, en tal caso, creo que deberíamos volver a buscarla.

—Bueno, eso va a ser difícil —comenta Leo. Habla con un tono frío y neutral. Temor es lo único que siente. Un temor sobrecogedor.

—Bueno, ya sé que será difícil, pero...

—Kelsey está muerta —dice con una certeza profunda e innegable—. Lleva meses muerta. No sé con quién habrás estado, pero no era Kelsey.

Oigo un zumbido en la cabeza mientras Jasper y yo estamos en el callejón donde se encuentra el Delaney's, entre Concord Alley, situado enfrente del bar, y la parte trasera, donde Leo nos ha dicho que lo esperásemos. ¿Kelsey muerta? Estoy asqueada. Asqueada porque la chica que afirmaba ser Kelsey me haya mentido. Asqueada porque ese chico que dice ser Leo podría estar mintiéndome ahora. Ambas cosas parecen posibles. O a lo mejor es lo que quiero.

Al menos Leo ha accedido a reunirse con nosotros aquí detrás. No es que lo haya dicho muy contento. Tampoco nos ha proporcionado más información. Ni siquiera cuando yo he insistido, y he insistido de verdad.

—Bueno, lo que quiero decir es que, a lo mejor, Kelsey no está muerta. A lo mejor ha desaparecido o algo así —he sugerido cuando todavía estábamos en el interior de la cocina del Delaney's, esperando a que Leo accediera a reunirse con nosotros—. Yo estaba en el hospital con ella. Esa es la verdad.

—No —se limitó a repetir Leo—. No hay ninguna duda de que está muerta.

Y percibí que estaba diciendo la verdad. O, por lo menos, lo que él creía que era verdad. Aunque ya he aprendido que eso no quiere decir necesariamente que estuviera en lo cierto.

Leo dejó el libro de Kelsey es una balda alta, por encima del lavavajillas, antes de echarnos. Yo quería recuperar el ejemplar, pero no me pareció adecuado discutir teniendo en cuenta las circunstancias, sobre todo, porque había accedido a reunirse con nosotros.

Saco el móvil con tarjeta prepago de Rachel mientras esperamos y lo enciendo. No quiero hablar con ella, pero no puedo evitar comprobar las llamadas y mensajes para ver si ha averiguado algo nuevo sobre mi padre. A pesar de que no confío en ella, al menos tengo que creer que es sincera conmigo en lo relativo a ese tema.

Me siento en el bordillo mientras van entrando los mensajes. Ocho mensajes no leídos, todos de Rachel, todos ellos versiones cada vez más airadas del «¿Dónde coño te has metido?». No hay ninguna novedad sobre mi padre.

—Ah, vale, ¿ahora nos sentamos? —exclama Jasper cuando se agacha y se sienta en el bordillo a mi lado. Luego, se echa hacia delante para leer el mensaje—. A lo mejor tiene alguna explicación —sugiere. Cuando lo fulmino con la

mirada, levanta las dos manos—. Solo hago de abogado del diablo.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja—. Ella te odia.

—Vaya, gracias —dice—. No lo sé, pero quizá sea esa la razón. ¿Por qué arriesgarse a ser mala conmigo?

—No lo sé. —Me quedo cabizbaja, mirando el móvil que tengo en las manos—. No tengo ni idea de qué haría ni por qué.

Y esa es la pura verdad. ¿De veras creo que Rachel tuvo algo que ver con la muerte de mi madre? No, no exactamente. Pero Rachel ha hecho cosas terribles por dinero, o eso dijo mi madre una vez. Y ahora ya sé que todo es posible, que las personas son capaces de hacer cosas mucho peores de lo que yo haya podido imaginar.

—¿Sabes?, antes de acabar en el hospital, fui a la comisaría a revisar el informe sobre el accidente de mi madre —le cuento.

—¿De verdad? —se extraña Jasper—. Creía que seguían negándotelo.

—Al final cambiaron de opinión. Ojalá no lo hubieran hecho. No fue lo que me esperaba.

—¿Qué quieres decir? —vuelve a preguntar Jasper.

—Había una... Encontraron una botella de vodka. Como si mi madre hubiera estado bebiendo en el coche antes del accidente —empiezo a decir. Y de pronto me abrumba la horrible sensación de no entender qué ocurre. La misma sensación que tuve en el puente cuando esos agentes se acercaban cada vez más a mí mientras buscaba a Jasper—. Y supongo que...

Me quedo sin voz. Agradezco que Jasper no haga ningún comentario vacío y superfluo que podría molestarme. En lugar de eso se acerca más a mí y me rodea con un brazo por encima de los hombros. Y, antes de poder ser consciente de lo que hago, estoy acurrucándome contra él.

—Me siento como si no la hubiera conocido jamás.

—Quizá estés equivocada en algunas cosas —me dice y me sujeta con más fuerza—, pero eso no quiere decir que estés equivocada en todo.

Por un instante, casi lo creo. O eso quiero. Algo es algo.

Entonces se oye un agudo silbido procedente del fondo del callejón. Cuando miramos, vemos que Leo nos saluda con la mano antes de doblar la esquina y desaparecer.

Camino a toda prisa cuando llegamos al final del edificio, no llego a correr, pero casi. Cuando por fin doblo la esquina, descubro que el callejón es mucho más oscuro y angosto de lo que esperaba y que está lleno de cubos de basura y contenedores. Veo a Leo hablando con otra persona, a pesar de que están ocultos

entre las sombras. Espero que sea la hermana de Kelsey.

—Ahora explícanos de dónde has sacado el libro —me exige Leo—. Cuenta toda la historia. O nos vamos.

La persona que está con él finalmente da un paso adelante y se coloca bajo la luz mortecina. Incluso en esa semioscuridad, la reconozco enseguida: Riel. La misma Riel del Nivel 99. Se me cae el alma a los pies. ¿Qué puñetas está pasando?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto y vuelvo a sentirme traicionada.

—Yo soy quien hace las preguntas —espeta Riel—. Tú eres la que tiene mi libro.

—¿Tu libro?

—Sí, mi libro. ¿De dónde coño lo has sacado?

—De Kelsey —contesto, aunque tengo el desagradable presentimiento de que estoy equivocada. Sobre muchas cosas. Y luego, con demasiada lentitud, caigo en algo—. ¿Riel es el diminutivo de Gabrielle?

—Muy bien —declara Riel, impasible, luego lo subraya dando una sola palmada—. Leo ya te ha contado que Kelsey está muerta. Así que, ¿de dónde has sacado el libro? Dinos la verdad o te arruinaré la vida, no te imaginas cuánto.

—Una chica que aseguraba ser Kelsey me dio el libro, y yo no tenía motivos para creer que no fuera ella —respondo—. También dijo que iba a escapar conmigo, pero la perdí. Además, se le daba de maravilla el bloqueo, tal como se describe en el libro. Sinceramente, yo creía que era Kelsey, lo juro. —Y sé que debo dejarlo ahí, pero no puedo—. ¿Creéis que existe alguna posibilidad de que...?

—¡Kelsey está muerta! —grita Riel, y ahora puedo interpretarla con claridad: suspicacia, rabia y dolor. Son tantas emociones que me quedo sin aire—. Y sé que está muerta porque yo la encontré. —Se señala el pecho con un dedo—. Vi su piel azulada. Con una jeringuilla clavada en el brazo.

El horror que recorre a Riel cuando pronuncia la palabra «azulada» me sacude por dentro y me provoca náuseas. Y, en ese momento, eso me recuerda que hace solo unas semanas, habría creído que esa sensación era propia. Ahora soy capaz de distinguir la diferencia. Pero, aun así, es igualmente horrible.

—Lo siento —digo. Y lo digo sinceramente porque siento haberla hecho pensar en ello.

—Deberías sentirlo —dice Riel, y cuando intento volver a percibir qué siente, ese extraño e impasible muro de desprecio vuelve a estar presente. Debe de ser su forma de bloqueo.

—Sí, mi bloqueo es distinto al descrito en el libro —afirma. Porque sabe que estoy intentando interpretar sus emociones. A lo mejor incluso tiene una idea

bastante aproximada de lo que estoy pensando. Quizá es tan buena como era Kelsey. Sin duda, es mejor que yo, estoy bastante segura de ello—. Si te conviertes en un muro, está bastante claro que estás bloqueando tus emociones, ¿verdad? Al menos a ojos de otra Extraña. Pero usar otro sentimiento como tapadera es una opción mucho más inteligente. Sin embargo, eso no está en nuestro libro porque lo he descubierto hace muy poco, después de que tu padre matara a Kelsey.

—¿Qué? Mi padre no ha matado a Kelsey. Mi padre no ha matado a nadie.

—Bueno, él es el culpable de que esté muerta, y eso, en mi opinión, es bastante parecido a haberla matado.

—¿De qué estás hablando?

—Si le hubiera contado más cosas a Kelsey sobre su investigación antes, sobre los descubrimientos relacionados con ella, quizá yo podría haberla ayudado. Podría haber evitado que se pasara el día colgada consumiendo oxicodona y otras mierdas, y que acabara muriendo de sobredosis. —Pero, en el fondo de su ser, Riel no cree que mi padre tenga la culpa. No estoy segura de si ha dejado de bloquearme de forma deliberada, pero, durante un instante, puedo percibir lo que siente con toda claridad. Y en su esencia solo hay tristeza y culpa—. Y, por eso, cuando Quentin llegó buscando a Kelsey y me contó lo que estaba ocultando tu padre, enseguida me presté voluntaria para destruir todos sus datos. Lo que, por cierto, era lo único que creía estar haciendo: destruirlo todo para que no pudiera lucrarse con ello.

Pero Riel sí que mintió; y eso no se me escapa. Quentin no la embaucó mintiéndole. Ella se ofreció a ayudar para vengarse de él.

—Y, al mismo tiempo, contribuiste a que mataran a Cassie —la acusa Jasper.

—Lo que le ocurrió a tu amiga es una mierda —dice Riel—. Pero si tu padre hubiera dicho la verdad desde el principio, nada de todo eso habría sucedido.

—Él intentaba protegernos —replico, aunque tal vez fuera más cierto decir que intentaba protegerme a mí.

—Bueno, pues lo hizo de maravilla —afirma, con un tono tan cínico que es peor incluso que el desprecio. Es algo que quiere que yo sienta.

—De todas formas, en este momento alguien lo tiene retenido —digo. Y entonces me doy cuenta de que esa es la posibilidad más optimista—. O tal vez le haya ocurrido algo peor. Quizá lo han matado. Me imagino que eso te alegraría.

Riel no se inmuta. Se limita a encogerse de hombros.

—Es asombroso lo que creen que pueden mantener en secreto. —Parece ofendida—. O hasta dónde están dispuestos a llegar para intentarlo.

—Bueno, ¿quién era entonces la chica que conocí? —pregunto—. ¿Y cómo

consiguió ella el libro?

—No tengo ni idea —admite Riel, pero entonces se le ocurre algo—. Espera, ¿qué aspecto tenía?

—Pelo negro y rizado —contesto—. Ah, y llevaba el símbolo de infinito tatuado en la cara interior de la muñeca.

Riel mira en dirección a Leo, y luego vuelve a sacudir la cabeza.

—Debí imaginar que era ella.

—¿Quién? —pregunto.

—Erais tres, ¿verdad? —prosigue Riel—. Las tres Extrañas originales de la prueba de tu padre. O eso es lo que él contó cuando llamó para prevenir a Kelsey sobre Quentin, cuando ya era demasiado tarde, de todos modos. —Me alegro de que mi padre al menos llamara—. Esa chica del tatuaje es la tercera Extraña. Y te prometo que si estaba en el hospital era porque ella quería.

El guardia. «A ti también te he visto hablando con el guardia», le dijo Ramona a Kelsey. No le di mucha importancia cuando lo oí. No era un comentario que me hubiera llamado especialmente la atención. Pero a lo mejor ahí estaba la relación. Quizá Kelsey había entrado en el hospital con ayuda del Lobo, cuando todas las demás queríamos salir.

—¿Cómo la conociste? —pregunto.

—Se presentó en la casa hace un par de semanas. Quería convencer a Kelsey de que hiciera algo con ella —contesta Riel—. Cuando se enteró de que Kelsey estaba muerta, yo me convertí en su segunda opción. Como si yo fuera a perder el culo por hacer lo que ella quisiera. Parecía que Quentin también había intentado utilizarla. Pero ella no pretendía ayudar a nadie más que a sí misma. Aunque era buenísima percibiendo los sentimientos ajenos. Eso sí se lo reconozco. Debió de coger el libro cuando estuvo allí. Y, por cierto, añadió sus comentarios de mierda en sus páginas. Nosotras jamás escribimos nada relacionado con ser una Extraña en el libro. Por aquel entonces, ni siquiera lo sabíamos.

—¿Qué quería que hicieras? —digo. «¿Crees que tú también eres una Extraña?» es lo que realmente quiero saber. Pero me parece ilógico arriesgarme a incomodarla cuando ya sé que la respuesta es que sí.

—¿Quién sabe? No le di tiempo a entrar en detalles —contesta Riel—. Sería para sacar pasta del hecho de ser una Extraña. No paraba de repetir que podíamos ayudarnos mutuamente. Debía de creer que yo era tonta del culo; en realidad, no, creo que ella era la tonta del culo. Ir por ahí pensando que todo el mundo quiere dinero... Yo no quiero dinero.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto.

Se queda pensando la pregunta un minuto. Luego se vuelve para fulminarme

con la mirada.

—Justicia —responde finalmente.

Y siento una ráfaga de decepción, como si ella ya supiera que ha fracasado.

—Riel, deberíamos marcharnos —dice Leo, y mira a su alrededor con nerviosismo—. Está haciéndose tarde. Y, con todo lo que está pasando, no creo que debamos quedarnos aquí durante mucho rato.

—Pero... —empiezo a protestar. «Por favor, no te vayas» es lo único que se me ocurre decir. Aunque ahora ya sé que la súplica no servirá para convencer a Riel de nada—. Las demás chicas todavía siguen en el hospital.

—Riel —insiste Leo, impaciente—, deberíamos irnos. De verdad.

—Ya lo sé —contesta ella. Ambos empiezan a alejarse por el callejón con paso decidido, pero a cierta distancia Riel se detiene y se vuelve hacia mí—: Bueno, no te quedes ahí plantada como una gilipollas. ¡Vamos!

Ninguno de nosotros hablamos mientras Leo nos lleva en coche y nos alejamos del Delaney's y de Cambridge. No tardamos en estar en la I-93, y dejamos atrás la ciudad de Boston. A medida que las luces se empequeñecen en la distancia, parece aligerarse un poco la presión que me oprime el pecho. Aunque sé que los problemas más graves los deparará el futuro y no se han quedado atrás.

Jasper se vuelve para mirarme desde el asiento del acompañante, donde Leo ha insistido en que se siente. Riel va sentada detrás, a mi lado. Estas son las precauciones que han tomado. Aunque no sé muy bien cuál es su objetivo. Pero no se me ha ocurrido oponerme, sé que es mejor así.

Jasper está preocupado por mí. Está preocupado por sí mismo. Lo percibo con tanta intensidad que es casi como si estuviera gritándomelo. Espera poder darme la razón al decidir que debíamos acompañar a este par de excelentes mentirosos. Yo también lo espero.

—¿Adónde vamos? —pregunta Jasper cuando ya llevamos más de quince minutos callados en el coche.

—Mis abuelos tienen una casa en Cabo Cod —dice Riel, como si eso lo explicara todo—. No podemos quedarnos en Cambridge; no después de que hayas puesto a Kendall tras nosotros...

—Yo no he puesto a Kendall detrás de nadie —replico—. Fue él quien me envió.

—Da igual —dice ella, aunque más tranquila. Como si distinguiera la diferencia o como si incluso me creyera, pero parece decidida a no cambiar de opinión sobre mí en general—. También se presentó alguien más. Alguien a quien no conocíamos. Tal vez fuera una coincidencia, aunque no lo creo. No podíamos seguir mucho más tiempo en Cambridge.

Riel apoya la cabeza contra la ventanilla, con la mirada fija en la oscuridad.

—¿Por qué estás ayudándonos ahora? —pregunto. Su cambio de actitud me parece sospechoso.

Cierra los ojos. Se encoge de hombros.

—Porque puedo ayudaros —responde. Y, durante un segundo, me deja sentir su culpa—. Porque necesitas que te ayude.

Me despierto desorientada y con la mente nublada. No sé cuánto tiempo llevo dormida, pero ya estamos en el centro del elevado puente de Bourne, que se arquea a gran altura sobre el agua. Cuando era pequeña, cruzar ese puente era la frontera entre Cabo Cod y la civilización, entre el día a día y la dicha del verano. Ahora me pregunto qué me espera del otro lado.

No tardamos en recorrer la serpenteante Ruta 6, que se extiende por todo el litoral del cabo. También la reconozco. Intento aferrarme con fuerza a la antigua sensación de que este es un lugar especial —de arena y pinos secos y cangrejos ermitaños y paseos en bici por la vía del tren—, pero me cuesta aferrarme a ese sentimiento.

Pasados unos minutos entramos en un camino pavimentado mucho más angosto, que no tarda en desembocar en uno de tierra, por donde avanzamos dando botes y con lentitud. Un par de minutos más, y veo agua a través de un claro entre los árboles que se elevan ante nosotros. Llegamos a un puente de madera demasiado deprisa, y las ruedas del coche emiten un tremendo estruendo cuando pasan sobre los tablones. Me castañetean los dientes.

—Es una de las pequeñas islas privadas —comenta Riel, como si todos hubiéramos pasado mucho tiempo en esos lugares tan elegantes.

Al alcanzar el otro lado del puente la vibración del vehículo desaparece. Cuando tomamos una curva junto a la orilla, una enorme casa negra se vislumbra por fin en la distancia. La luna ilumina la bahía y veo que la casa está situada en lo alto, en la punta más lejana de la pequeña isla, señorial y hermosa con un porche de columnas. Leo apaga los faros mientras todavía estamos lejos y aparcamos en un lugar sombrío del fondo del garaje, donde el coche queda oculto a la vista.

—Tendremos que entrar por detrás —nos indica Riel—. Y no encendáis ninguna luz. Los vecinos llamarán a la policía si creen que hay alguien aquí. Sobre todo, si creen que soy yo.

—Creía que habías dicho que era la casa de tus abuelos.

—Técnicamente es de mi abuelo, pero él me odia. Mi abuela, en cambio, me adora —dice—. Aunque a nadie le importa ya lo que ella piense porque dejó a mi abuelo hace años y ahora vive en Scottsdale. Mi abuelo vive en Arizona, también, durante todo el año, pero ha pasado los veranos en esta casa desde que mi madre era niña. Los vecinos están obsesionados con mi abuelo. Les encanta informarle sobre cualquier cosa que creen que puede interesarle saber. Sinceramente, es un gilipollas con todos ellos, así que no lo entiendo. Pero, claro, es político. Están especializados en conseguir que la gente los quiera.

En el interior, la casa es incluso más bonita. Aunque las luces están apagadas, está increíblemente iluminada gracias al brillo de la luna casi llena, que se cuela por las numerosas ventanas. Lo único que queda oculto prácticamente por completo en las sombras son nuestras caras.

La cocina es un espacio abierto y enorme, con unos armarios blancos y relucientes, electrodomésticos de brillante acero inoxidable, y una gran encimera de granito. Hay un jarrón gigantesco con flores blancas en el centro de una isla, el ramo está dispuesto con cuidado para que parezca un arreglo natural. Las flores impregnan el espacio con un perfume dulce y veraniego. Madreselva. Lo recuerdo de la casita de campo que alquilamos durante años en el Cabo en la época en que mi madre estaba viva.

—¿Por qué hay flores si no hay nadie en casa? —pregunto mirando a Jasper. Percibo lo inseguro que se siente por el hecho de que estemos aquí encerrados, en medio de la nada. Y la verdad es que yo estoy más nerviosa ahora que estamos en la casa. Encerrada—. ¿Estás segura de que aquí no hay nadie?

—Voy al baño —dice Leo y se excusa para adentrarse en un pasillo del fondo todavía más oscuro.

No hay duda de que ya ha estado aquí antes. Se conoce el camino incluso sin luz, y pasa corriendo junto a mí dejando una estela de desprecio. Él también preferiría que no estuviéramos aquí. En realidad, que yo no estuviera aquí. No me ha mirado directamente ni una sola vez desde que salimos del bar, pero, aun así, he sido capaz de percibir lo mucho que me desprecia.

No aprueba que Riel nos haya traído.

Él la quiere. Eso también lo percibo. Lo único que le importa es protegerla.

—Confía en mí, aquí no hay nadie —me asegura Riel—. Mi abuelo no vendrá hasta las vacaciones de verano, que este año no empiezan hasta el 15 de julio, lo he comprobado. Además, la secretaria de mi abuelo me ha dicho que estará ocupado toda la semana. ¿En cuanto a las flores? ¿Quién sabe? Su tercera mujer, la segunda también la dejó, es una tía de veinticinco años a la que él podría haberle practicado una lobotomía. Es la única explicación de que siga con él. Seguramente ni siquiera sabe por qué siguen llegando las flores. —Riel tira de dos altas puertas de una nevera de doble hoja y se queda de pie frente al fulgor de las baldas repletas—. Es decir, mira toda esta comida. —Coge un pequeño bote decorativo con una especie de mermelada—. Es todo sofisticado, incluso cuando no hay nadie que lo pueda disfrutar. Esta es la única preocupación de la gente rica.

Esa actitud de «odio a los ricos» es una pose. No, no es una pose. Tiene que

hacer un esfuerzo. Riel lo cree, pero tiene que esforzarse por distanciarse de lo que, en parte, debe de ser su propia historia.

—Entonces ¿a tu abuelo no le gusta lo que haces con el Nivel 99? —pregunto, y no estoy segura de por qué, aunque me parece importante entender la relación que los une. O quizá lo importante es entender quién es él.

—Eso es lo que él dice. Pero lo que en realidad odia es que yo tenga vagina y opiniones propias. —Niega con la cabeza y percibo lo mucho que lo odia—. Mi abuelo siempre está insistiendo en los «valores de la familia», siempre que no estés hablando sobre su propia familia, porque, ¿con qué cara podría defender una moral tan estricta cuando sus mujeres son poco mayores que yo? Además, usa su dinero para controlarlas, hasta que ellas se liberan y huyen de su lado. Es asqueroso. De verdad, odia a todas las mujeres porque siempre lo abandonan. ¿Recuerdas aquel escándalo de la «agresión sexual justificada» del que tanto se habló hace un par de años?

—Sí, eso creo. —Recuerdo a un político diciendo algo horrible en ese sentido—. ¿No sometieron a ese tío a una moción de censura o algo así?

—No. Sigue en su cargo y tiene una casita de verano en el Cabo.

—¿Es tu abuelo?

—Sí, y tú espera a que se entere de que esto de los Extraños es algo que solo pueden hacer las chicas. —Emite un silbido y sacude la cabeza como si estuviera impaciente por que ocurriera—. Hará que Quentin parezca una persona razonable. ¿Pensar que cualquier mujer pueda tener algo que la haga más poderosa que él? Lo volverá loco de remate. Es decir, incluso más loco de lo que ya está. Y mi abuelo tiene auténtico poder, por no hablar del gran número de personas que están de acuerdo con él. Creo que incluso algún día se presentará para presidente o algo por el estilo. Y, si lo eligen, que Dios nos pille confesados. —Cuando Riel emerge desde detrás de las puertas de la nevera, lleva una bolsa de pan y un bote de mantequilla de cacahuete entre los brazos. Cierra las puertas con el pie—. Chicos, ¿queréis comer algo?

Tengo el estómago cerrado después de todo lo que ha dicho sobre su abuelo chiflado. Pero seguramente debería comer algo. Quizá sea una buena señal que Riel no haya perdido el hambre. Odia a su abuelo, de eso no cabe duda. Aunque no creo que en realidad le tenga miedo.

—Sí, gracias —digo.

Un segundo después, me pasa un bocadillo. También le pasa uno a Jasper, y cuando nuestras miradas coinciden, él frunce el ceño: «¿Qué estamos haciendo aquí?», se pregunta. «¿Estás segura de que debemos quedarnos?» Son preguntas justificadas. Salvo que no puedo irme hasta que Riel me lo cuente todo. Y al observar cómo se prepara su bocadillo casi a oscuras y se da impulso para

sentarse sobre la encimera —con esa actitud de pasarse por el forro las normas de la casa— siento algo inquietante. Hay algo que no ha contado. Algo importante. ¿Por qué ha cambiado de opinión? ¿Por qué nos ha permitido venir?

—¿Has comprobado algo de todo lo que te he contado? —pregunto, mientras doy un mordisco en la oscuridad—. ¿Sobre el hospital y todo lo demás?

Riel asiente con la cabeza y luego da otro mordisco a su bocadillo. Al final, baja de su asiento y saca su portátil. La pantalla refulge con intensidad en la oscuridad cuando abre el ordenador sobre la encimera.

—No estarías aquí si no hubiéramos comprobado tu historia. Aunque no ha sido fácil averiguarlo, debo reconocerlo. No he encontrado nada en los servidores del Hospital General de Boston. Como si nada de eso hubiera existido jamás. —Me hace un gesto con la mano para que me acerque mientras va pasando por una serie de pantallas—. Tuve que ponerme en contacto con el tal doctor Cornelia primero, a través del Hospital Metropolitano de Nueva York y luego descifrar toda una serie de correos electrónicos escuetos que ha estado enviando al respecto. Por cierto, no hay ni una sola mención al NIH. Y luego comprobé lo de la doctora Álvarez, como me dijiste. Y fue entonces cuando encontré esto.

Avanzo hacia el ordenador y empiezo a leer un correo electrónico desplegado en la pantalla. Se lo manda el doctor Cornelia a la doctora Álvarez.

—Léelo en voz alta —me pide Jasper desde su ubicación, apoyado todavía contra la pared, junto a la puerta, como si tuviera miedo de no ver en la oscuridad si se aventurara hasta el centro de la sala.

—«Gracias por su preocupación y su dedicación, doctora Álvarez —empiezo a leer en la pantalla—. Es precisamente esa actitud la que hace que me alegre tanto de que sea usted parte del equipo. No obstante, los problemas que me expone han sido calificados como cuestiones sin un especial interés y no requieren una investigación más profunda. No los saque a relucir o nos veremos obligados a sopesar nuestra colaboración futura. Atentamente, doctor Cornelia.»

—Bueno, en realidad, esa fue su respuesta —dice Riel, y va moviendo el ratón hasta llegar al mensaje original.

Sigo leyendo:

—«No existe justificación médica para la hospitalización de esas jóvenes. Retenerlas en el Hospital General de Boston con el objeto de realizar una especie de investigación para beneficio de otras personas es tan inmoral como falta de ética. No existen pruebas científicas suficientes sobre la infección de PANDAS, ni tan siquiera sobre el estreptococo subyacente. Si no informa a los padres de las chicas de inmediato acerca de su limitada justificación y les da la oportunidad a ellas de dejar el hospital, acudiré directamente a los medios de

comunicación».

—Y luego está este último mensaje —dice Riel, y baja unos cuantos mensajes más.

«Doctora Álvarez, su contrato como asociada ha sido rescindido con efectos inmediatos. Debe ponerse en contacto con el personal de seguridad del hospital en cuanto reciba este mensaje. Si descubrimos que incumple su contrato de confidencialidad iniciaremos acciones judiciales.»

Por eso se había ido la doctora Álvarez y por eso estaba tan disgustada: la habían despedido.

—Así que seguí buscando y al final encontré esto en los contactos del correo del doctor Cornelia.

Toquetea un poco más el teclado y aparece de pronto una dirección de correo electrónico. Termina en «@dia.mil».

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Es alguien de la Agencia de Inteligencia para la Defensa —responde y tecldea algo más. Se detiene y señala la pantalla—. Esta es su web. —Y entonces empieza a leer—: «Proporcionamos inteligencia militar para hacedores de guerra, políticos de Defensa, y bla, bla, bla». ¿«Hacedores de guerra»? ¿Esa expresión existe siquiera?

—Mi padre creía que los militares tenían su propio proyecto de investigación sobre los Extraños, que era parecido al suyo.

—Pues me parece que son un poco territoriales —comenta Riel—. Oh, y hablando de tu padre...

Se dirige de nuevo a su bolsa y saca una hoja de papel para entregármela.

—¿Qué es esto?

—Era un documento adjunto de uno de los primeros correos electrónicos del doctor Cornelia al doctor Haddox —contesta—. Al parecer así es como lo averiguaron todo sobre ti. O, al menos, sobre todas ellas. Tu padre tiene un serio problemilla con lo de perder cosas importantes, joder.

En el encabezado hay una nota escrita a mano: «Fase II Exploración de Extrañas. Documento no destinado a su publicación ni distribución». Una nota, sin duda, escrita con la letra de mi padre. Aunque es una foto de la nota real, no un documento en sí.

—Alguien ha entrado en nuestra casa —digo. Aunque en realidad sé que los tiempos no coinciden y no tiene sentido. Estábamos todas en el hospital ya a esas alturas. Quienquiera que tuviera la lista la consiguió mucho antes que eso.

Pero ahora ya sé con certeza que mi padre no les dio nuestros nombres. Y esta vez no pienso aceptar que alguien lo considere sospechoso, tal y como hice cuando estaba con Quentin en el campamento. Mi padre, al igual que nosotras,

es una víctima más en toda esta situación.

—Tal vez todas nosotras seamos pacientes de la doctora Shepard... —prosigo y me planteo si debo explicar quién es la doctora Shepard antes de caer en la cuenta de que, por supuesto, Riel ya debe de saberlo. Además, jamás conseguí probar que eso fuera cierto. Teresa fue la única que llegó a decir algo sobre la doctora Shepard.

—¿La doctora Shepard? —pregunta Riel—. No sé nada sobre ella. Pero sí sé que tu padre puso anuncios en el campus buscando voluntarios para sus estudios de monitorización.

Entonces aparta la mirada, aunque si se siente avergonzada por el tiempo que ha pasado espiando informáticamente nuestra vida virtual, lo oculta muy bien.

—Y nada de esto nos indica lo que planean hacer con las chicas —insisto—. Ni por qué las retienen. ¿Has averiguado algo más?

—Oye, no ha sido fácil atar todos estos cabos en un par de horas —responde Riel a la defensiva—. No es que esas personas hayan ido dejando señales de lo que hacían precisamente. Para colmo recibí una llamada de Leo diciendo que una chica tenía el libro de Kelsey, y eso me distrajo un poco, ¿sabes?

—Además, ella no trabaja para ti —espeta Leo en el momento en que vuelve a entrar—. Si tu padre no hubiera intentado ocultarlo todo...

—¡Ya sé que la ha cagado! —grito—. ¡Nadie está diciendo lo contrario!

Pero eso no tiene nada que ver con esto.

—Y ella no te debe nada —continúa Leo—. No tiene ninguna obligación.

Sin embargo, lo único que se me ocurre pensar es que sí tiene una obligación; que ser una Extraña la obliga a ayudar a otras Extrañas. Aunque no lo digo en voz alta. Quizá estoy equivocada. Y me da miedo que el simple hecho de sugerirlo pueda hacer enfadar a Riel.

—Escucha, está claro que mi padre cometió errores, y que Quentin se aprovechó de ellos, y, si alguna vez hablas con mi padre... —Se me corta la voz cuando digo esa frase condicional—... él será el primero en asumir toda la responsabilidad por ello. Pero estaba intentando protegerme, y él creía que estaba protegiendo a Kelsey y a la chica que me dio el libro, sea quien sea. Él tenía miedo de esto, de que ocurriera algo como lo que está pasando ahora mismo, lo que está pasándonos a las tres. Pero ya no oculta nada. Está intentando sacarlo todo a la luz. Fue a Washington para reunirse con el NIH con tal de conseguir financiación pública para su investigación y...

El NIH. El doctor Frederick Mitchell. Esa es una pista que no le había dado a Riel. Un lugar donde no ha podido investigar.

—¿Qué? —pregunta esta cuando dejo la frase a medias.

—El doctor Frederick Mitchell del NIH —digo—. ¿Puedes intentar encontrar

algo que lo relacione con el doctor Cornelia? Es quien Kendall decía que era. Creo que podría existir alguna conexión.

Es un presentimiento. Algo instintivo. Y, por suerte, eso es algo que no tengo que explicar a Riel.

Ella asiente con la cabeza mientras sus dedos se mueven a toda velocidad sobre el teclado.

—Entrar en el sistema del NIH es incluso más difícil que en el del Departamento de Defensa —afirma—. Y no por temas de seguridad. Su sistema es tan antiguo que difícilmente puede llegar a considerarse un ordenador de verdad. Quizá tarde algunos minutos.

Me quedo de pie detrás de ella mientras teclea a toda prisa.

—¿Cuántas hay? Extrañas, quiero decir —pregunto transcurridos unos instantes. Se detiene y levanta la vista. Ya no está bloqueándome. Y lo que percibo en ella es una mezcla de nerviosismo y un pequeño atisbo de esperanza; esperanza de que pueda encontrar en mí algo que ha estado buscando desde que perdió a Kelsey—. Me topé con una chica en el gimnasio y se puso histérica como si hubiera un montón de gente que entrara allí buscando a Leo, lo que supongo que significa que te buscaban a ti. Has encontrado a otras Extrañas, ¿verdad? —Riel se vuelve de nuevo hacia el ordenador.

—Después de darme cuenta de que Quentin era un mierda, pero antes de que nos sacaran del campamento, robé tanta información de tu padre como pude: investigaciones iniciales, copias de análisis, esa clase de cosas. Lo suficiente para que, con la ayuda de unos cuantos genios de la física del campus que Leo conoce, logramos realizar un autotest básico para detección de Extrañas. No es que fuera oficial científicamente hablando, lo digo para descargarme de toda responsabilidad. Pero, hasta ahora, parece que el resultado fue bastante preciso.

—¿Y qué hicisteis con el resultado?

—Lo colgamos en internet. —Se siente orgullosa de ello, aunque incómoda al mismo tiempo—. Ahora puedes buscar en Google «Test de percepción» y lo encuentras.

—¿Por qué lo hicisteis?

—La gente tiene derecho a saber quién es —dice, y parece asombrada de que no me dé cuenta de ello. Aunque también puedo percibir sus dudas (a pesar de sus intentos de bloquearme). Como si no estuviera del todo segura sobre todas esas cosas que ya ha hecho—. Además, si va a estallar una guerra, puedes jurar que estaré lista con un ejército.

—Una guerra —afirmo. No es una pregunta. Es más bien una idea que estoy calibrando. Y me parece más razonable de lo que me gustaría—. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Supongo que sí —contesta Riel.

—¿Crees que una Extraña tiene capacidades que van más allá de percibir los sentimientos de los demás?

—Desde luego —responde sin dudar—. Muchas más.

—¿Algunas veces sabes lo que va a pasar antes de que suceda?

Riel se vuelve y me mira fijamente.

—Todo el tiempo. —Y entonces lo percibo: eso que envidié tanto al leerlo en las notas de 1984. Lo que Riel y la auténtica Kelsey compartían. Una conexión real—. Esa es la peor parte de lo que le sucedió a Kelsey. Creo que yo sabía lo que iba a ocurrir. Y debería habérselo impedido.

«Norma de la Extraña n.º 5: con la práctica suficiente no solo sabremos qué siente la gente. Sabremos qué va a ocurrir.»

—Pero saber que va a suceder algo malo no es lo mismo que tener la capacidad de impedirlo —declaro.

—Pero debería serlo —replica Riel—. Podría serlo.

Permanezco de pie a su lado un par de minutos más, mientras ella se abre paso entre un laberinto de pantallas de ordenador.

—Espera, un momento, creo que podría haber encontrado algo —dice al final al tiempo que mira más de cerca la pantalla.

—¿Qué es? —pregunta Jasper y se acerca a nosotras.

—He encontrado a un tal Frederick Mitchell —dice—. Pero no en el sistema del NIH. Me ha salido de pronto en la cuenta de gmail del doctor Cornelia. Es una orden de envío de morfina remitida al Hospital General de Boston, al Ala Dwyer —dice—. Para el proyecto Frederick Mitchell.

—El Ala Dwyer es donde están las chicas.

—Si ninguna de ellas está enferma —pregunta Jasper—, ¿para qué narices necesitan tanta morfina?

—A lo mejor para que la próxima vez que arda el hospital —sugiero— nadie pueda escapar.

—¿Puedes conseguir que vuelva a entrar? —pregunto con la mirada todavía fija en la pantalla.

—¿Volver a entrar? —pregunta Riel.

—En el hospital —aclaró—. Tendría que volver a entrar por la puerta contra incendios cerrada. El Ala Dwyer es una planta nueva, la tecnología es de última generación, el sistema de seguridad también debe de serlo.

—Mmm... —exclama Riel mirando la pantalla con los ojos entornados mientras empieza a teclear—. En realidad, es más fácil acceder a lo moderno. Su sistema de seguridad tal vez esté en internet. —Sus dedos se mueven todavía más rápido. No tarda en encontrar un artículo donde se dan detalles de seguridad del edificio, incluso menciona el nombre de la empresa, «de tecnología de última generación», encargada de la seguridad—. Me llevará un tiempo, pero, sí, creo que puedo hackear el sistema. Todo el mundo cree que la alta tecnología es lo mejor. —Niega con la cabeza—. ¿Sabes que es lo mejor? Un puñetero candado de seguridad.

—¿Puedes desbloquear la entrada contra incendios desde afuera? También tendrás que abrir una puerta de la planta en cuestión. Esas puertas están cerradas con llave.

Riel asiente en silencio.

—Me costará un par de horas acceder al sistema y no podré mantener las puertas desbloqueadas durante mucho tiempo. Tendrás que moverte rápido. —Levanta la vista para mirarme y percibo su seguridad. También percibo las ganas que tiene de ayudar ahora—. Pero, sí, puedo hacerlo. Deberíamos acordar una hora. Ir enviándonos mensajes mientras actuamos es la mejor manera de que nos localicen por los móviles.

Miro el reloj. Son casi las dos.

—¿Qué te parece a las cuatro de la madrugada? —propongo—. Eso me dará tiempo de volver a Boston. Y será más fácil actuar de noche.

—Y nos vamos a las cuatro y media en punto —agrega—. Pero eso será todo. Será nuestra única oportunidad.

—¿Y luego qué? ¿Cómo acaba todo? —pregunta Jasper. Se ha retirado hacia la pared y vuelve a estar de brazos cruzados—. Piensa en lo mucho que te costó

salir la primera vez, Wylie, y eso que estabas sola. ¿Crees que ahora podrás salir con todas esas otras chicas? ¿Por qué no enviáis esos correos electrónicos a un periódico, a una cadena de televisión o algún sitio así? Para que se involucren en el caso.

—Para tu información —dice Riel—. No es que la prensa sea precisamente el ángel vengador. A veces se preocupan por la mierda que tú quieres que les interese. Y otras veces no lo hacen.

—Están quedándose sin tiempo, Jasper. —Aparto la mirada de él y vuelvo a dirigirla hacia el ordenador—. Debo intentarlo. Aunque no pueda sacarlas de allí, al menos puedo advertirles sobre lo que está ocurriendo. Eso sí debo hacerlo.

Riel nos hace un gesto con la mano a Jasper y a mí para que nos alejemos.

—Largaos a discutir por ahí mientras yo trabajo. Ya os avisaré cuando encuentre algo.

Leo se acerca para ocupar nuestro lugar, y pone una mano protectora sobre la nuca de Riel. Me sorprende que ella reaccione relajándose en lugar de darle un golpe para que aparte la mano.

—No intento ser negativo —dice Jasper en cuanto hemos regresado a la mesa de la cocina arrastrando los pies y nos sentamos. No me mira a los ojos y tiene la mandíbula tensa—. Pero no tiene sentido que te arriesgues a hacer algo que no sabes si las va a ayudar a ellas.

Me acerco, poso una mano sobre la de Jasper y le aprieto los dedos. Un gesto mucho menos incómodo de lo que creía porque, a falta de palabras, es lo único que puedo hacer para que entienda por qué estoy decidida a hacer esto.

—Necesito intentarlo.

Jasper está a punto de rebatírmelo cuando alguien llama con fuerza a la puerta de entrada; el sonido proviene del extremo más alejado del comedor. Nos quedamos todos paralizados. Miramos en dirección a la puerta. Incluso Riel deja las manos suspendidas sobre las teclas y veo la expresión tensa de su rostro iluminado por la pantalla del ordenador.

—Mierda —susurra Riel y mira hacia la puerta.

—Yo no he visto ninguna luz —musita Leo.

—Al despacho de mi abuelo. —Riel nos hace un gesto para que nos marchemos—. Yo me desharé de ellos.

Incluso desde el otro extremo de la cocina puedo percibir que no está segura.

—¡Ya voy! ¡Un momento! —grita Riel sin moverse, para darnos más tiempo—. ¡Voy ahora mismo!

Seguimos a Leo por una serie de puertas hasta un vestíbulo trasero. Está tan oscuro que tenemos que ir palpando la pared hasta llegar a la primera puerta abierta. En el interior del despacho está más iluminado, la luna se refleja sobre la superficie del agua que se ve desde detrás de la casa y entra por las ventanas. Proyecta un fulgor azulado y fantasmal sobre todos los objetos de la habitación: las estanterías de madera oscura, las enormes mesas de escritorio de caoba, las paredes cubiertas de los premios y fotografías del abuelo de Riel... incluso nuestras caras. Leo hace un gesto a Jasper para que se aparte cuando él va a cerrar la puerta, luego se señala la oreja. «Déjala abierta para que podamos oír.»

Me apoyo contra un hueco vacío de la pared e intento inspirar con calma. No tengo un buen presentimiento. En realidad, tengo un presentimiento terrible. Intento convencerme a mí misma de que no es más que mi ansiedad, otra vez, y podría serlo. Salvo que ahora que sé distinguir la diferencia, es más fácil decirlo que hacerlo.

Intento concentrarme en el certificado enmarcado que tengo cerca, con su caligrafía cursiva y llena de florituras y su elegante escudo en el centro.

Resulta difícil verlo con claridad a oscuras. Al final veo que es un doctorado honoris causa en ciencias políticas por la Universidad de Arizona, otorgado al senador David Russo.

Senador Russo. ¿El senador con el que iba a reunirse mi padre? ¿El monstruo que ha descrito Riel —el que según ella no se quedará de brazos cruzados cuando descubra la diferencia de género que prueba la investigación de mi padre— ha decidido acabar con las Extrañas de raíz, con su origen, con mi padre?

He empezado a temblar apoyada contra la pared. A lo lejos, se oye el ruido de la puerta abriéndose.

—¿Sí? —Es la voz de Riel intentando sonar indiferente, incluso un poco molesta. Pero, sin importar quién esté en la puerta, no es quien ella esperaba—. ¿Qué quiere?

—Hola, señorita. —Es un hombre, alguien cuya voz ya he oído antes—. Soy el agente Klute, y este es el agente Stevens. Somos del Departamento de Seguridad Nacional.

Jasper me da un codazo. Está sujetando su móvil para que lo vea. Y está encendido, con la señal de cobertura completa con todas las barras.

—Creía que estaba apagado —me susurra al oído—. Lo siento.

No puedo recriminarle nada. Es fácil darle a un botón sin querer o apretar otro demasiado rato. Es fácil creer que has apagado el móvil cuando en realidad no lo has hecho. Me inclino hacia delante y poso una mano en su brazo para

consolarlo. Y para mantenerme firme.

—¿Le ha pasado algo a mi abuelo? —Riel está hablando en voz alta. Haciéndose la tonta. Está asegurándose de que podamos oírla. Para darnos más tiempo.

—No que yo sepa —responde el agente Klute con total serenidad. También puedo imaginármelo sonriendo, con su dentadura de enormes dientes blancos—. Hemos venido por Wylie Lang.

Y lo único que puedo pensar es en mi bolsa —mejor dicho, en la bolsa de Rachel—, que está ahí fuera, en la cocina, con las fotos de mi madre.

—¿Wylie Lang? —pregunta Riel, su confusión resulta bastante convincente. Aunque es difícil saber si Klute está tragándose—. Aquí solo estamos mi novio y yo.

—Bueno, tenemos motivos para creer que está aquí —dice el agente Klute.

—Y yo tengo motivos para creer que se equivocan —le suelta Riel, siguiendo en sus trece. No debe de ser fácil. El agente Klute intimida.

—¿Y si entramos y echamos un vistazo rápido para asegurarnos?

—¿Tienen una orden de registro? —pregunta Riel.

—¿Una orden de registro? —repite Klute, como si Riel le hubiera preguntado si llevaba un unicornio en el bolsillo. Se hace un silencio. Imagino a Riel mirándolo fijamente. Imagino al agente Klute devolviéndole la mirada—. Wylie está metida en un buen lío. En un lío criminal. No creo que a tu abuelo le guste saber que estás involucrada en algo así. Si estuviera en tu lugar, no me interpondría.

—Bueno, voy a interpretar eso como que no tienen una orden —dice Riel—. Así que voy a cerrar la puerta ahora mismo. Siéntase libre de volver a llamar cuando tenga una orden. Estaré aquí mismo, esperando. Adiós.

El agente Klute todavía está diciendo algo cuando se cierra la puerta. El sonido del cerrojo retumba por toda la casa. Luego oigo los pasos de Riel, que se dirige tranquila y serena hacia el fondo, seguramente para que la oiga el agente Klute, que podría estar vigilando por las ventanas de la fachada.

Aunque, al final, Riel echa a correr cuando por fin llega al pasillo oscuro que no se ve desde fuera.

—Venga, vamos —dice cuando se asoma por el despacho. Se queda paralizada cuando ve el móvil de Jasper sobre la mesa. Lo señala—. Es una puta broma, ¿no?

—Creía que estaba apagado —se justifica él, dolido. Y me siento muy agradecida de poder percibir que lo siente; de no ser así, podría empezar a sospechar de él. Pero no me cabe ninguna duda de que el dejar el móvil encendido y posibilitar así que nos hayan localizado, ha sido un accidente de

verdad—. No sé qué ha podido pasar.

Riel toma aire. Ella también puede percibir lo que siente Jasper, por supuesto. Aunque haya sido una metedura de pata, Riel también sabe que ha sido involuntario.

—Venga, no podéis salir por delante —nos advierte—. Y deja el móvil, así creerán que seguís aquí. Además, de todas formas tampoco podréis usarlo.

Salimos corriendo detrás de Riel por el pasillo hasta unas puertas de cristal de varias hojas. El corazón me palpita con fuerza mientras me preparo para salir disparada. Pienso en el puente y en cómo conseguiremos mantenernos ocultos hasta llegar allí. ¿Qué haremos cuando llegemos a la Ruta 6? ¿Ocultarnos en el bosque? ¿Intentar hacer autoestop?

Cuando Riel abre las puertas, se cuele una intensa brisa salina. Estoy a punto de salir cuando veo el agua que hay debajo. La parte trasera de la casa está elevada y se asienta sobre unos pilotes. Hay un pequeño mirador con una escalerilla en un extremo. Justo debajo, una angosta franja de rocas negras. Y luego está el agua. Más y más agua.

—La marea está alta —comenta Riel, como si no fuera gran cosa—. Hay un muelle del otro lado de la ensenada. Está lejos, pero Kelsey solía hacerlo, así que es posible.

—Hay un sobre en mi bolsa, en la cocina. ¿Podrás guardármelo? Es importante.

Riel asiente con la cabeza, luego se vuelve hacia el agua.

—Sabes nadar, ¿verdad?

Oímos voces de hombres procedentes de la parte delantera de la casa.

Salir por allí no es una opción. Y tenemos que irnos ya.

—Sí —digo—. Sí sé nadar.

Riel y Leo desaparecen de nuevo en el interior de la casa, y Jasper y yo nos dirigimos hacia la escalerilla para bajar hasta las rocas. Nos quitamos los zapatos y los tiramos debajo de la casa, caminamos como podemos entre las afiladas piedras y nos metemos en el agua helada. La orilla está blanda y nuestros pies se hunden en ella a cada paso. Pero la bahía negra que tenemos delante tiene un tacto terso. Como si fuera de cristal negro.

—Allí —susurro, y señalo un muelle en la distancia. Es difícil adivinar lo lejos que está. Quizá sea mejor no saberlo.

Intentar nadar con la ropa puesta es como intentar hacerlo entre miles de peces

hambrientos y curiosos. Confío en que cuando mi cuerpo se acostumbre a la sensación de llevar un lastre todo sea más fácil. Pero cada brazada sigue siendo una lucha. Jasper es incluso peor nadador que yo y me descubro pensando qué haré si él no consigue llegar hasta el final.

Pero entonces pienso en mi madre. Tenía razón ese día en Crater Lake. Soy una nadadora bastante aceptable y no se me da mal la resistencia. Y, como ha dicho Riel, esta distancia puede hacerse a nado perfectamente. Kelsey lo hacía. Yo también puedo hacerlo. Y ya encontraré la forma de ayudar a Jasper si lo necesita. Haré lo que haga falta.

Al final, el embarcadero está más cerca y más lejos de lo que creo. Hace falta nadar mucho más para llegar hasta allí, pero, de pronto, ya hemos llegado. Sigo a Jasper por la resbaladiza escalerilla cubierta de algas y salimos del agua. Estamos aquí de pie, descalzos, calados hasta los huesos en la oscuridad, contemplando la distancia que nos separa de quienquiera que esté persiguiéndonos esta vez.

—¿Estás listo? —pregunto, sin estar muy segura de adónde pretendo ir pero con el convencimiento de que debemos ir a alguna parte.

Jasper asiente en silencio, hace todo lo posible por parecer seguro, aunque percibo que no se siente así.

—Sí, dirige tú la marcha.

No hemos recorrido una gran distancia por la carretera secundaria oscura y silenciosa cuando divisamos unas luces a lo lejos.

—Oh, gracias a Dios, una gasolinera. —Jasper sonríe cuando el letrero por fin se hace visible—. A lo mejor hay una amable pareja con un bebé a la que podemos pedir que nos lleve.

Cuando por fin entramos, descubrimos que por suerte no se parece en nada al Freshmart de la gasolinera donde conocimos a Lexi y a Doug. Esta pequeña tienda tiene cinco pasillos llenos de comida *gourmet* y toda una sección de exquisitos quesos, que ahora está vacía y con una cortina echada, porque ya es muy tarde. Encima de ella hay un cartel de madera en el que se puede leer NIBBLES. Tenemos suerte de que la tienda esté abierta. No es el tipo de lugar que acostumbre a estar funcionando a estas horas.

—¿Todavía tienes el dinero en efectivo? —dice Jasper.

Claro, el dinero. Había olvidado por completo ese detalle. He dejado el teléfono de Rachel en casa de Riel, pero, por suerte, todavía tengo su dinero.

Rebusco en mis vaqueros empapados y saco un fajo mojado de billetes de veinte. Voy separándolos a medida que los cuento. Hay al menos trescientos dólares.

—Sin duda aquí hay suficiente para un taxi y el tren de regreso a Boston —digo—. A lo mejor deberíamos comprarnos unas camisetas secas. —Me acerco hacia una pila de camisetas de Cabo Cod, luego me miro los pies descalzos—. Y un par de chanclas de esas.

Me percató de que el chaval joven y de piel bronceada por el sol está mirándonos mientras juguetea con su collar de verano —unas cuentas colgadas de un cordón de cuero—, deseando que nos vayamos antes de que nos tenga que obligar a cumplir con la indicación OBLIGATORIO EL USO DE CALZADO.

—¿Estás segura? —pregunta Jasper.

—Bueno, no he contado todo el dinero, pero creo que...

—No me refiero al dinero —puntualiza. Luego se vuelve hacia el chaval del mostrador, que sin duda está escuchándonos. Me pone una mano en el brazo y luego me conduce hasta el exterior.

Cuando estamos solos en la oscuridad, en el aparcamiento vacío, el único ruido que se oye es el canto de las cigarras.

—¿Estás absolutamente segura de que quieres volver al hospital? —prosigue Jasper—. No estás obligada a hacerlo, lo sabes, ¿verdad? Leo tenía razón: ser una Extraña no significa eso. Todavía puedes escoger. Y creo que deberías escoger cuidar de ti misma.

—Ya he escogido, Jasper —digo, y, por primera vez, siento que es la verdad. Y resulta ser un gran alivio.

Jasper asiente y exhala, agotado, asustado. Resignado. Y muy leal.

—De acuerdo, entonces. Tenía que intentarlo.

—Pero tú no tienes por qué acompañarme —añado—. Lo digo en serio. Me siento muy agradecida por todo lo que has hecho. Pero es que esto... Bueno, esto supone un gran riesgo. No quiero que creas que tienes que...

—No puedes estar hablando en serio, joder —replica, y se cruza de brazos con fuerza al tiempo que me mira con enfado. Y sí, está herido. Eso también lo percibo—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿todavía sigues intentando hacer que me trague esa mierda?

—¿Qué mierda? —pregunto, dolida y atónita.

—La mierda esa de «Voy a dejar que te marches y eso me convierte en buena persona».

—Bueno, yo no pretendía que tú...

—¿Que yo qué? ¿Me sintiera obligado? —espetá—. Eso es una puta mentira, Wylie. Deja de fingir que te preocupas por mí cuando lo único que quieres es protegerte a ti misma. Las personas se sienten obligadas a ayudarse. Ese es el

sentido de la vida. ¿De qué tienes miedo?

—¿Miedo? —pregunto, como si fuera una idiotez.

Pero decir a Jasper que se vaya se ha convertido en una especie de acto reflejo y he dejado de pensar en por qué lo hago. Y la verdad es que no estoy segura de querer saberlo.

—Eso no es lo que...

—¿Ahora te he puesto yo en un apuro? —prosigue Jasper sin dejarme terminar. Algo que casi agradezco porque no tengo ni idea de qué decir—. Sí, desde luego. Estarás en un apuro, Wylie. Así que, si no te importo una mierda, dilo y me iré. Pero no te quedes ahí plantada y finjas que decirme que me vaya es un acto de generosidad cuando es lo más egoísta de este puto mundo.

Me arde la cara y me pitan los oídos.

—Tú y yo, o todo esto, o lo que sea... Es una idea horrorosa. Soy un desastre, ¿es que no lo ves?

Jasper niega con la cabeza.

—Y yo intenté estrangular a ese chaval. Y no tenía por qué hacerlo. Solo porque me había cabreado. Me volví loco. Y, a veces, cuando me vuelvo loco, reviento. Igual que mi padre. Y no es algo que me guste de mí mismo. Estoy intentando cambiar. No siempre funciona. —Se frota la cara con una mano—. Todo el mundo es un desastre. Es una cuestión de grado. Y de intención. Si sigues esperando a estar bien para vivir tu vida, acabarás perdiendo mucho tiempo.

Durante un segundo, la rabia bulle en mi interior, pero le falta el oxígeno necesario para resistir. Jasper tiene razón. Estoy intentando apartarlo de todo esto, pero no para evitarle problemas a él sino para que no pueda llegar a la conclusión de que yo y mis asuntos no valemos la pena. Al fin y al cabo, no te pueden despreciar si no llegas jamás a atarte a nadie.

Sin embargo, nada de esto tiene relación con lo que siento realmente. Y quizá esté quedándome sin tiempo para ser sincera.

—Por favor, quédate —le pido por fin—. No tengo miedo de volver sola al hospital. No te necesito, pero quiero que te quedes.

Y espero a que Jasper añada algo más, que empiece una discusión mucho más importante y larga, con esa manía suya que tiene de no callarse nunca. Pero en lugar de eso, da un paso adelante y me pone una mano en la nuca. Y me besa.

Cuando por fin nos separamos, no estoy sin aliento ni mareada como temía, sino que, por el contrario, estoy muy serena. Y me siento libre.

—Vale —dice Jasper con serenidad—. Entonces vamos.

Cuando por fin regresamos a la ciudad, le pedimos al taxista que nos deje a unas manzanas de distancia del Hospital General de Boston. Son las cuatro y cuarto de la madrugada, vamos retrasados con respecto a nuestra hora acordada con Riel. Pero seguimos estando a tiempo. Si ella se ciñe al plan, a las cuatro y media tienen que poder abrirse nuevamente las puertas. Siempre y cuando el agente Klute no haya hecho nada para impedirselo.

Las aceras del complejo del Hospital General de Boston están sumidas en un profundo silencio, desiertas, y los enormes árboles que flanquean el camino de entrada por ambos lados se ven imponentes en la oscuridad. Nada en ese ambiente anima a seguir. Pero no tardamos mucho en llegar al Ala Dwyer, junto a la puerta por la que yo salí, al final de la escalera de incendios. Nadie nos ha detenido. Nada se ha interpuesto en nuestro camino.

Durante un segundo me planteo, estúpidamente, si la puerta podría estar abierta ya. Pero, cuando tiro de ella, todavía sigue cerrada a cal y canto. Y el miedo va aumentando con tanta fuerza y tan deprisa, que amenaza con atenazarme.

—¿Qué pasa? —pregunta Jasper.

Debe de haber notado algo en la expresión de mi cara.

—Nada —digo a toda prisa. Lo último que necesita es que yo me esté replanteando el plan—. Solo quiero que esto salga bien.

Él asiente con la cabeza.

—Saldrá bien. —Pero solo lo dice porque necesito oírlo—. Voy a ir a comprobar la hora en el reloj del banco —dice Jasper. Sin los móviles no tenemos forma de saber qué hora es, salvo por los números que van cambiando lentamente en un edificio de la calle de enfrente: hora, fecha y temperatura—. Levantaré una mano a las 4.28, para que sepas que ya queda poco. Volveré aquí a las 4.40.

Tiene sentido: dejar una ventana temporal para compensar la diferencia entre ese reloj y cualquiera que esté mirando Riel. Si es que sigue ciñéndose al plan. Si es que ha averiguado cómo abrir las puertas. Existen muchos condicionantes. ¿Y hará algún tipo de ruido cuando se desbloquee?, ¿sabré yo cuándo está abierta? No me quedará otra que seguir tirando de ella para ver si se abre en

silencio. Me quedo mirando a Jasper alejarse hasta casi el centro de la calle en busca de un reloj que se vea bien, lo cual está llamando mucho la atención sobre su persona.

Y espero.

Por fin Jasper levanta el brazo y yo intento abrir la puerta. Sigue cerrada. Cuento hasta mil. Y lo intento de nuevo. Dos veces más. Nada.

—¡Oye, tú! —me llama alguien desde la oscuridad que tengo a mis espaldas. Quizá sea un guardia de seguridad, o algún funcionario asqueado, por el tono. Todavía está bastante lejos, tanto que por un momento dudo que se esté dirigiendo a mí. Salvo que ya sé quién es—. Esa es una zona restringida, ¡no puedes entrar ahí! —Vuelvo a tirar de la puerta—. ¡Oye, apártate de esa puerta!

Está claro que me habla a mí. Jasper también lo ha visto. Porque viene hacia mí corriendo desde la calle de enfrente.

Jasper llega antes que el guardia y, justo en ese momento, se oye un zumbido. Es el seguro de la puerta que se abre. Y al dar un tirón, la puerta se mueve. Casi no me lo creo.

—Dios santo... —susurra Jasper.

—¡No podéis entrar ahí! —grita el guardia.

—¡Vamos! —grito a Jasper.

Salimos disparados y damos un portazo. Rezo para que la puerta quede cerrada al entrar. Y así es, porque cuando el guardia tira de ella un segundo después, ya no puede abrirla. A pesar de todo, tenemos que actuar deprisa. El guardia no tardará en avisar a las autoridades competentes y pronto sabrán dónde estamos exactamente.

Ya en la tercera planta, me preparo para encontrarme con otra puerta cerrada. Pero también está abierta y, pasado un minuto, ya estamos dentro. El vestíbulo del hospital está profundamente tranquilo a estas horas. No se ve ni un alma, no se oye ni un solo ruido. Tal como habíamos imaginado. Aunque me gustaría sentirme mejor. Porque a pesar de que las cosas están saliendo tal como las planeamos, la verdad es que siento que algo falla y no estoy segura de por qué.

Intento concentrarme, para distraerme, en la misión que nos ha llevado hasta ahí: prevenir a las chicas. Cada uno de nosotros se ocupará de despertar a todas las que pueda, luego bajaremos corriendo y saldremos por la escalera de incendios. No todas ellas lograrán escapar. Pero necesitamos que salgan las suficientes para poder demostrar lo que ha ocurrido aquí dentro. Después de eso, tendrán que soltarlas a todas. No es el plan ideal, pero no tenemos mejores opciones. No hay ninguna otra opción.

Hago un gesto con la cabeza en dirección a Jasper y muevo los labios para decirle «Buena suerte» antes de partir en direcciones contrarias, hacia las chicas que están durmiendo a ambos lados del pasillo. Mientras avanzo caminando, el silencio es tan demoledor y tengo un nudo de miedo tal en la garganta que me cuesta tragar saliva. Me preocupa no lograr sacar a las chicas, sin duda. También me preocupa la posibilidad de toparme con la «falsa Kelsey». No quiero descubrir lo que planea en realidad. Desde luego no quiero que sepa lo que yo sé, y no confío en poder bloquearla lo bastante bien para ocultárselo. Espero que se haya marchado. Ahora por mi bien y no por el suyo.

Me detengo justo antes de llegar a las habitaciones e intento pensar de forma estratégica. Teresa necesitará toda la ayuda posible. Si la despertamos en plena noche, no cabe duda de que le entrará un ataque de pánico. Ramona será la que permanezca más serena. Si logro despertarla, ella puede ayudarme con las demás.

Cuando llego a la habitación de Ramona, me adentro sigilosa en la oscuridad y empujo la puerta enseguida para cerrarla al entrar. Avanzo a tientas hasta la cómoda para encender el interruptor de la lamparita que está junto al espejo. Si despierto de pronto a Ramona con la luz grande del techo, podría asustarla. Siento cierto alivio cuando la habitación por fin se ilumina, pero solo durante un instante, justo hasta el momento en que me vuelvo para mirar hacia la cama.

Vacía. Sin ropa. Ramona no está. Allí no hay nadie.

¿Me he equivocado de habitación? Debe de ser eso. La mitad de las habitaciones estaban vacías todo el tiempo. A lo mejor, la habitación de Ramona no estaba tan cerca de la zona común como había imaginado. Estoy volviéndome para irme cuando veo algo en el suelo, justo asomando por debajo de la cama. Es algo pequeño, tiene forma redondeada y es negro. Me agacho para ver qué es. Cuando lo recojo veo que es la pulsera de la que Ramona no paraba de tirar, retorcida y hecha una bola, anudada con fuerza.

Un momento. A lo mejor las han trasladado a todas al otro extremo del hospital después del fuego. Llegué a oírlo por casualidad cuando escapaba. Al ala donde me llevaron al principio. Eso tendría mucho sentido. Por supuesto sería mucho mejor que creyera, aunque fuera remotamente, que allí está todo el mundo. Sigo acuclillada mirando la pulsera cuando la puerta del cuarto de Ramona empieza a abrirse.

Mierda. Me tiro en plancha al suelo. Me arrastro para esconderme en el único lugar disponible: debajo de la cama. Deseo que sea Jasper. Pero no creo que sea él. Está en el otro extremo del pasillo.

Se me desboca el corazón en cuanto estoy debajo del somier de la cama, muy pegada al suelo de frío linóleo. Contemplo los pies que aparecen por la puerta.

Son zapatos de mujer: de piel de lagarto y con tacón. Tengo la sensación de conocer a esta persona. Al menos, ella sí me conoce. O eso cree.

El corazón me late tan deprisa que empiezo a sentir náuseas. Pero no puedo salir. Esos zapatos siguen en la puerta. Y están tardando demasiado en marcharse. Al final se mueven, pero para entrar. Transcurrido un segundo, la puerta se cierra sola.

—Wylie —dice una mujer, con mucha calma y serenidad—. Sal, por favor.

Esa voz, los zapatos elegantes... Rachel. El anillo de mi madre. Las fotos de mi madre. Los ojos se me anegan en lágrimas de pura rabia. ¿Es que Rachel trabaja para esta gente, para el NIH o para el doctor Cornelia o la Agencia de Inteligencia para la Defensa? Las opciones son innumerables.

—Por favor, Wylie —insiste Rachel cuando yo sigo sin moverme—. No nos han dado mucho tiempo. Tengo que hablar contigo. —Ellos. Nosotras. Todavía intenta fingir que está de mi parte—. Sea lo que sea que pensarais hacer, Wylie, sea lo que sea que intentarais... —Y también está triste, tiene el corazón partido. Lo que no me gusta porque no me encaja con nada de lo que estoy imaginando —... Era... Ya no va a ocurrir. Lo siento. Por favor, sal. Si no lo haces, no tendré oportunidad de explicarte nada antes de que lleguen.

Esconderse no tiene sentido si ella sabe dónde estoy. Y jamás, en toda mi vida, he deseado tanto que me den una explicación como lo deseo en este momento. Aunque sea una explicación difícil de creer. Al final, salgo arrastrándome de debajo de la cama.

—Wylie, cariño —exclama Rachel y corre hacia mí con los brazos abiertos.

Me aparto para que no me toque.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto con brusquedad—. ¿Dónde está Ramona?

—No pasa nada, Wylie —dice Rachel, aunque no cree de verdad que no pase nada. Ni lo más mínimo—. Voy a seguir estando aquí. Superaremos esto juntas.

«¿Superar el qué?» Siento un nudo en el estómago. Aunque deseo con todas mis fuerzas que sea por la rabia que me invade, por mi madre y por las mentiras de Rachel, sean las que sean, lo único que siento es miedo.

—¿Dónde está Ramona? —Ahora me tiembla la voz. Me tiembla todo el cuerpo.

—En casa. Todas han vuelto a casa. Las han dejado marchar —responde intentando parecer esperanzada—. A todas.

—¿Las han dejado irse a casa? —Eso es difícil de creer. Ni ella misma se lo cree. Lo único que no sé con certeza es qué parte del discurso es mentira—. ¿Por qué han decidido dejar que se vayan?

—Al final llamé a esa amiga de tu madre que trabaja en *The New York Times*.

Y ella localizó a ese conocido mío del Departamento de Justicia después de que él intentara evitarme. Y él, a su vez, accedió por fin a hacer su trabajo y ponerse en contacto con el NIH para saber qué estaba ocurriendo. Por lo visto, lo que estaban haciendo aquí no siguió los cauces adecuados. En mi opinión, el NIH ni siquiera está involucrado. ¿Y por qué no hay nadie del CDC? Si esto fuera algo oficial, su gente también estaría por aquí. En cualquier caso, mi contacto en el Departamento de Justicia respondía con evasivas y demasiada rapidez. Y de pronto, ¡sorpresa!: dos horas después han dejado salir a todo el mundo.

—¿Y eso es todo? ¿No han dado ninguna explicación? ¿Qué pasa con los padres de las chicas?

—Por lo que yo sé, no son muy partidarios de las demandas. Por lo visto, escogieron a las chicas adecuadas.

—¿Has encontrado a mi padre? —pregunto.

—No, cariño, todavía no —contesta. Intenta mantener la expresión tranquila y serena, pero percibo las lágrimas que está conteniendo como si fueran a brotar de mis propios ojos.

—No creo que llegara a salir del aeropuerto; sabía que tenía que regresar.

Ella levanta las manos.

—Ya lo sé y eso es lo que les he dicho —declara—. Créeme. Lo encontraremos, Wylie. Seguro que está bien.

—Tiene que estar bien —afirmo, y me falla la voz.

Pero ¿de verdad lo creo? ¿Lo siento ahora mismo? Lo cierto es que no tengo ni la más remota idea.

«Norma de la Extraña nº. 6: cuando se te parte el corazón, no puedes percibir nada de nadie. Ni mucho menos de ti misma.»

—Quiero irme a casa —digo, y ni siquiera estoy dirigiéndome a Rachel.

—Por eso estoy aquí, Wylie. Para ayudarte —prosigue, y me habla como si yo fuera una niña desvalida y ella fuera mi salvadora. Como si ella fuera la buena de la película.

—Que te den. —Me quedo mirándola.

—¿Que me den? —repite Rachel, sobresaltada, y herida, eso sí lo percibo. Pero eso aumenta mis ganas de dañarla de verdad.

—Sí, que te den —insisto. La rabia me hace escupir fuego—. Por intentar hacerte pasar por una especie de heroína. Eres una mentirosa. Has estado mintiendo a mi familia durante todo este tiempo.

—¿Qué? —Rachel me mira parpadeando. Ahora se siente realmente herida. No me gusta nada lo convincente que resulta todo esto.

—¿Cómo conseguiste esto? —pregunto al tiempo que levanto la cadena con el anillo de mi madre que llevo colgada al cuello—. ¿Y qué me dices de las fotos?

No eran recientes.

Rachel se queda mirando el anillo durante un minuto y parpadea un poco más mientras van brotando lágrimas de sus ojos. Permanece cabizbaja, con los brazos cruzados. Siento culpa, muchísima culpa. Hasta este momento no me doy cuenta de lo mucho que deseaba que existiera alguna explicación sencilla.

Pero Rachel no me la ofrece. No me ofrece nada.

—Tienes que darme ese anillo, Wylie —dice en cambio. Y siento que está desesperada—. Ahora no puedo darte más explicaciones. Sé que crees que te he mentado, y tienes razón, no te he contado toda la verdad. Pero no por las razones que tú crees. No es seguro que lleves ese anillo.

—¿Seguro para quién? ¿Para ti? —Una vez más, estoy perdiéndome lo más importante. Percibo que algo se me escapa—. ¿Ayudaste a matarla?

—¡No puedes hablar en serio, Wylie! —me responde gritando—. Escucha, sé que encontrar el anillo debe de haber resultado confuso e incomprensible, y sé que necesitas que te dé una explicación, pero... —Hace un movimiento con la mano en dirección al hospital—. ¿Esto? No he tenido nada que ver con esto. Estoy aquí porque la policía contactó conmigo y me dijo que estaban buscándote. Que sabían que habíamos estado en contacto. Dijeron que iban a salir a buscarte si no ibas a declarar, y les dije que no sería necesario porque yo creía que aparecerías tarde o temprano. Y que, si esperaban, me encontraría contigo aquí y lo arreglaría para que...

—¡Les has dicho que iba a estar aquí!

—Porque iban a encontrarte de todas formas, Wylie. Tenía miedo de que huyeras si te encontraban, lo que, dadas las circunstancias, habría sido comprensible. No quería que acabaras haciéndote daño. Eso es lo que ocurre cuando alguien huye. Quería ayudarte. Mantenerte a salvo.

—¿Ayudarme? —espeto—. ¡Qué mentirosa llegas a ser!

Rachel cierra los ojos y sacude la cabeza. Arrepentimiento, tristeza. Y, sin duda, sigue ocultando algo.

—Escucha, Wylie, nos ocuparemos de todo lo que dices. Lo prometo —prosigue Rachel—. Pero ahora hay que centrarse. Tenemos que hablar ahora que todavía hay tiempo.

«Tiempo.» Y entonces percibo su miedo. Y una intensa tristeza que pende sobre él. «Todavía hay tiempo ¿para qué?»

En ese momento se abre la puerta. Cuando me sobresalto y doy un paso adelante, Rachel me pone una mano en la muñeca para protegerme, como si estuviera dispuesta a impedir que cualquiera se me lleve. Tiene los dedos ásperos como el papel de lija.

—No me toques. —Me zafó de ella de un tirón.

—Tenéis sesenta segundos más —anuncia un hombre por la puerta abierta, con la voz ronca y grave—. Y luego ella tendrá que acompañarnos.

La puerta vuelve a cerrarse sola.

—¿Acompañar a quién? —El pánico que siento empieza a dominarme. Estoy pensando en el agente Klute—. ¿Quién era ese?

—¡Wylie! —Es Jasper gritando desde el pasillo.

Salgo corriendo por delante de Rachel, a pesar de que siento las piernas raras y dormidas. El mundo me parece que está muy lejos, fragmentado, cuando abro la puerta y salgo disparada. En cuanto doy dos pasos me doy de frente contra un agente de policía. No se trata del agente Klute, sino de un policía uniformado normal y corriente.

—¡Vaya! —exclama cuando tropiezo. Me sujeta por el brazo y tira de mí para volver a ponerme de pie. Por detrás de él, veo a otro agente que está llevándose a Jasper a rastras.

—¡Quítele las manos de encima! —grito—. ¡Él no ha hecho nada!

—¡Vaya! —vuelve a exclamar el agente que me detiene, alucinado con todo el jaleo que estoy armando—. ¿Por qué no respiramos un poco y nos tranquilizamos?

—¡Suéltelo! —grito nuevamente antes de volverme de golpe hacia Rachel, que sigue de pie en la puerta—. ¡Has dicho que intentabas ayudar! ¡Haz algo!

—Oye, tranquilízate —dice el agente, ahora con más brusquedad.

Es un poli normal y corriente de Boston, no parece furioso ni que esté ocultando nada, es un tío que hace su trabajo y punto.

—Van a acompañar a tu amigo a la salida. Eso es todo. Relájate un poco o vamos a tener un nuevo problema.

—¡Jasper! —Lo intento una vez más.

Al final se vuelve. Y, aunque estamos muy lejos, percibo algo. ¿Lo mucho que le preocupo? O no, no es eso. No puedo tener la certeza. Pero sí siento cuánto me preocupa él a mí. Jasper levanta una mano como respuesta, todavía mirando en mi dirección, mientras el agente de policía tira de él para sacarlo por la puerta.

—Me voy —digo a Rachel y doy un paso hacia delante.

—No. —El agente me había quitado las manos de encima, pero ahora se interpone en mi camino—. Me parece que no.

—¿Que no? —le suelto—. Tenemos libertad para irnos. Todo esto ha sido un error. ¿Es que no lo ha oído?

Es una prueba. Ni siquiera estoy segura de para quién.

—Tú no —dice el agente.

Me vuelvo hacia Rachel, que está al acecho, muy cerca.

—¿A qué se refiere?

—Te llevaré a casa en cuanto pueda, Wylie. Por eso estoy aquí. Solucionaremos esto. —Rachel inspira con fuerza—. No han entrado en detalles. Pero, por lo visto, quieren hacerte más preguntas sobre el incendio que hubo. La mejor forma de que consigas salir de aquí es colaborando.

—¿Todo esto es por ese incendio? —pregunto con brusquedad—. Eso no fue más que una maniobra de distracción, para poder escapar. Empezó en una papelería o algo así. De todas formas, ni siquiera fui yo. Lo hizo Kelsey.

Sin embargo, me siento mal al pronunciar su nombre. Ahora sé que no era Kelsey y resulta complicado señalar a alguien como culpable cuando no sabes quién es en realidad.

—Lo sé y te creo. —Rachel frunce el ceño—. Necesitaremos un minuto para asegurarnos de que ellos también lo saben.

Siguiendo las instrucciones de Rachel, no hago más preguntas. Porque eso podría revelar información que no quiero dar. En realidad, ella sugiere que no diga nada a nadie hasta que nos lleven a la comisaría donde planean interrogarme. Y me repite que puedo negarme a responder, aunque sospecha que eso empeoraría mi situación.

Subo una vez más en la parte trasera de un coche patrulla. A pesar de que le he dicho a Rachel que puede marcharse, que quiero que lo haga, ella ha insistido en ir a la comisaría y sigue al coche patrulla con su vehículo. Dice que debería contar con un abogado, aunque no quiera que sea ella.

Cuando llegamos a la comisaría de Boston más próxima —que es mucho más cruda que la comisaría de Newton o la de Seneca—, Rachel y yo esperamos a solas en una fría y pequeña sala con una mesa también pequeña y cuatro sillas muy juntas. Tiene aspecto sucio y huele a sudor.

—Debemos suponer que nos escuchan incluso ahora que estamos solas —dice Rachel, señalando micrófonos imaginarios en el techo—. Se supone que no deberían hacerlo porque soy tu abogada y esta conversación es confidencial. Pero eso no siempre los detiene. Pueden usar lo que oigan, aunque no lo admitan durante el juicio como prueba. Y, en cuanto empiece el interrogatorio, ten muchísimo cuidado. Responde lo más escuetamente posible. Te sorprendería saber cómo logran usar el más pequeño detalle en tu contra.

—Yo no tuve nada que ver con ese incendio —digo, y ni siquiera sé a quién me dirijo. No podría importarme menos lo que opine Rachel. Una parte de mí todavía desea que se marche a toda costa, pero no tengo la suficiente energía para echarla.

—Ya lo sé. —Rachel se acerca, pone una mano sobre la mía y me sonrío con gesto compasivo.

—¿Quieres parar ya? —Le aparto la mano de golpe—. ¿Crees que seré tan tonta de volver a confiar en ti? ¿Qué haces aquí para empezar?

Rachel tuerce el gesto y asiente con la cabeza.

—Sientas lo que sientas hacia mí, todo lo que piensas... Está equivocado. Quiero decir que es incorrecto, inexacto. Pero entiendo por qué lo sientes. Ojalá pudiera explicártelo todo ahora mismo —se lamenta—. Pero no puedo. No

sería... No puedo.

—Qué conveniente para ti, joder —digo mirando hacia delante.

—Todavía podemos conseguirte otro abogado, Wylie. Pero quiero buscarte uno bueno, y eso puede llevarnos tiempo. Para este interrogatorio, me temo que tendrás que aguantarte conmigo.

Al final, alguien llama a la puerta. Esta se abre sin esperar a que demos permiso para entrar y aparece una mujer. Tiene un aspecto robusto, debe de tener unos cincuenta años, es mayor que mi madre, pero no tanto como para ser mi abuela. Lleva el pelo rubio con una melena corta que le llega a la mejilla, lo que acentúa las líneas rectangulares de su rostro de mandíbula ancha. Hay un tío enorme con ella, joven y con un aspecto mucho menos espabilado, con pantalones militares y una camisa blanca demasiado ajustada y abotonada hasta el cuello.

—¿Wylie Lang? —pregunta la mujer.

Educada, pero fría. Aunque centrada, no exactamente suspicaz. O al menos intenta no parecerlo. Como si hubiera decidido no extraer conclusiones hasta conocer todos los hechos. En cuanto los conozca, dictará sentencia sin el menor atisbo de duda.

—Sí —asiento, cuando resulta evidente que espera algún tipo de confirmación—. Soy yo.

—Soy la inspectora Nicole Unger. —Me tiende una mano fuerte, que yo estrecho a regañadientes—. Y este es mi compañero, Danny Martin. —Él asiente con la cabeza, pero no levanta la vista—. ¿Sabes por qué estás aquí, Wylie?

Esta ya me parece una pregunta trampa. Rachel asiente en silencio cuando la miro.

—Puedes responder a eso, Wylie. —Rachel tiene razón, tenerla a ella es mejor que no contar con nadie. Percibo que está calculando cómo y cuándo presionar a la inspectora para que nos dé una explicación.

—¿Porque quieren interrogarme sobre el incendio? —respondo con otra pregunta.

—Sí —afirma la inspectora—. Necesitamos saber cosas sobre el incendio. Fuiste la última persona que estuvo allí antes de que se iniciara.

—¿Se refiere a la zona de las habitaciones? —pregunto—. ¿Allí es donde se inició? Porque Teresa también estaba allí.

—Wylie —interviene Rachel—. Céntrate en responder solo lo que te pregunten. No des más información de la que pidan.

Pero eso lo dice porque está acostumbrada a tratar con culpables. Yo no tengo nada que ocultar. Quiero que todo salga a la luz.

—De verdad, pueden preguntárselo a Teresa —prosigo. Y estoy intentando

decidir cómo y cuándo hablar de Kelsey, o como se llame en realidad. A pesar de todas sus mentiras, siento una extraña lealtad para con ella. Es una de las Extrañas originales. Echarla a los perros cuando no tengo la seguridad de si ella lo hizo no me parece bien—. De todas formas, yo estaba en la sala común cuando saltó la alarma.

La inspectora permanece callada durante un rato, mirando por detrás de mí, a un punto cualquiera de la pared, con expresión impertérrita. Finge estar pensando en lo que he dicho, aunque en realidad no lo haga. Está esperando para hacerme la pregunta siguiente. Me parece que esto no está yendo bien.

—Bueno, se lo preguntaríamos a Teresa, pero no podemos —dice. Y luego se queda esperando, mirándome. Se supone que ese gesto significa algo.

Pero no significa nada. No para mí.

—Está bien, yo sí morderé su anzuelo. Lo preguntaré yo —suelta Rachel—. ¿Por qué no pueden preguntárselo, inspectora? Porque empezamos a cansarnos de este jueguito de la «acusación encubierta» al que están jugando. Queremos colaborar, pero si no va al grano pronto, nos vamos. Le recuerdo que estamos aquí por voluntad propia.

—No podemos preguntárselo a Teresa porque está muerta, Wylie. Murió en el incendio.

—¿Qué? —Me inclino hacia delante con el corazón desbocado—. ¿Qué está diciendo?

—Vale, un momento. —Rachel levanta una mano por delante de mí para que no hable. Preocupada. Ahora está mucho más preocupada—. ¿Cuál es exactamente el alcance de esta investigación?

Esto ha pillado a Rachel fuera de juego. La situación es mucho peor de lo que ella había imaginado. Duda de su instinto para colaborar. Pero yo solo siento aturdimiento. ¿Teresa? ¿Cómo es siquiera posible?

—Es difícil precisarlo ahora —responde la inspectora. Su compañero está observando, todavía callado—. Yo diría que estamos haciendo todo lo posible por mantener una mentalidad abierta. —Salvo que no estoy segura de que eso sea cierto—. Creemos tener bastantes pruebas a estas alturas para acusar a su cliente de provocar un incendio y poner en peligro a todas las demás chicas, como mínimo. A menos que ella pueda explicar algunas de esas pruebas.

—¿Como mínimo? —repite de inmediato Rachel con brusquedad—. ¿Y qué pruebas son esas?

La inspectora me mira fijamente.

—Una discusión entre las chicas, para empezar. ¿Qué ocurrió entre Teresa y tú antes de que se iniciara el incendio, Wylie? ¿Tuvisteis una discusión?

—Te aconsejo que no respondas esa pregunta, Wylie —me dice Rachel.

Luego se vuelve hacia la inspectora—. Me parece que intenta buscar pruebas.

—No discutimos —respondo, aunque Rachel acabe de decirme que no lo haga. ¿Cómo puede hacer daño decir la verdad?—. Teresa estaba disgustada, y me pidió que la llevara de regreso a su habitación. Y hablamos durante un rato y luego salí de su cuarto. Después de eso se inició el fuego, supongo.

—¿Supones?

Voy a tener que hablar de Kelsey. No me queda otra.

—¿Han hablado con Kelsey? —pregunto—. A lo mejor ella sabe qué ocurrió.

—¿Kelsey?

—Era otra de las chicas que estaba en el hospital.

La inspectora mira un archivador marrón que tiene delante de ella, sobre la mesa. Saca una hoja y me la pone enfrente.

—Esta es una lista de las chicas que estaban allí —comenta—. No veo a ninguna Kelsey en esta lista, ¿y tú?

Por supuesto que no está. Kelsey no es su nombre. Pero ¿cómo puedo explicarlo? En cambio, me limito a mirar la lista de nombres. Diga lo que diga ahora mismo va a parecer una mentira como una casa.

—Vamos a seguir. —La inspectora saca algo más de su archivador marrón y lo desliza sobre la mesa hacia mí—. ¿Recuerdas haber visto esto?

Al mirar veo una fotografía del bebé de juguete que tiré a la basura. La levanto con dos dedos. Más pruebas en mi contra. Nada de esto ha sido una coincidencia. Por supuesto que no lo ha sido.

—Wylie, vuelvo a desaconsejarte que respondas a esa pregunta —interviene Rachel y con más insistencia—. Pueden tergiversar lo que digas de formas que no imaginas. No les des más pruebas.

Pero sigo teniendo la verdad de mi parte. Creo en ello. Debo hacerlo.

—Alguien lo dejó ahí para mí —respondo. Además, de todas formas, ya deben de saberlo—. Antes también dejaban muñecos en nuestra casa, antes de que Cassie... Durante mucho tiempo.

—Wylie —espeta Rachel—. No hables más.

—Por lo que hemos oído estabas disgustada por haber recibido uno en el hospital —expone la inspectora—. ¿Estabas enfadada porque Teresa lo dejara ahí para que lo vieras?

—¿De qué está hablando? —pregunto—. No lo dejó ella.

—Bueno, hemos encontrado uno igual en su bolsa. El muñeco sin duda era suyo.

Intento no reaccionar, aunque no sea fácil. ¿Por qué narices iba a dejar Teresa el muñeco ahí para mí? ¿Y por qué tendría otro en la bolsa? Vuelvo a pensar en esa extraña sensación de excitación que percibí en ella. ¿Era eso lo que estaba

ocultando? ¿Estaba nerviosa porque tenía alguna relación con quienquiera que hubiera enviado los muñecos desde el principio?

—Aunque eso fuera cierto, yo no lo sabía —me justifico cuando me doy cuenta de que todavía están esperando mi respuesta—. ¿Cómo podría estar enfadada entonces?

—Vale, entonces a lo mejor puedes explicar por qué llevas el collar de Teresa —dice. Me llevo una mano al cuello. El crucifijo. El que está encima del anillo de mi madre, el que Teresa me dio como protección. Cierro los ojos. Desde el principio me ha dado una sensación terrible. Pero había ignorado esa reacción instintiva porque no quería ofenderla. Y ahora acabo de firmar mi sentencia de muerte—. Tenemos entendido que nunca se quitaba ese collar. Era muy especial para ella. No parece muy probable que te lo haya dado. A menos que ya estuviera muerta antes de que se iniciara el incendio, y que fuera entonces cuando se lo quitaras. Tendremos que esperar a que la autopsia dictamine la causa de la muerte.

—Venga ya —espeta Rachel dirigiéndose a la inspectora—. Eso es ridículo. Wylie, no...

—Nos retenían allí como prisioneras. Bueno, tal vez para usted no tenga importancia, pero sí era importante para las...

—Wylie —insiste Rachel con enfado—. No hables más. En serio.

Cuando la miro, percibo la desesperación con la que me lo dice. A pesar de lo mentirosa que pueda ser, está realmente convencida de que hablar no me conviene. Quizá incluso tenga razón. ¿Qué importan ahora las mentiras que nos hayan contado sobre el PANDAS? Las retiraron cuando les convino con un «menos mal que nos hemos equivocado».

—Hemos encontrado las cerillas, Wylie.

—¿Qué cerillas?

—Debajo del colchón de tu cama.

—¿Cerillas? —Creería que está de broma si no fuera por el modo en que sigue mirándome—. Bueno, pues no sé cómo habrán llegado hasta allí.

—Entonces ¿no son tuyas? —pregunta la inspectora con escepticismo.

—No —respondo—. No son mías.

—Ya basta, inspectora —dice Rachel intentando parecer relajada, segura de que llevamos las de ganar. Pero percibo que tiene miedo de no poder sacarme de este enorme agujero al que he saltado yo sola—. Hemos sido correctas y pacientes. Hemos hecho lo que nos han pedido y hemos venido de forma voluntaria para responder sus preguntas. Ahora a Wylie le gustaría irse a casa.

La inspectora aprieta los labios. Pero no para esbozar una sonrisa.

—Hace poco, unas seis semanas aproximadamente, estuviste involucrada en

otro incendio, ¿verdad? —me pregunta ignorando a Rachel—. Y tengo entendido que murió una amiga tuya.

—Debe de estar bromeando —suelta Rachel resoplando.

—Una chica muerta a causa de un incendio en los dos casos —comenta la inspectora, como si no acabara de entender lo que está pasando—. Y, en ambas situaciones, Wylie estaba justo allí. Como si ese fuera su modus operandi.

—Eso es una estupidez. Sobre todo, porque Wylie no fue acusada de ninguna participación en el incendio. Tanto ella como Cassie fueron víctimas, así de claro.

—Aun así, no deja de ser una curiosa coincidencia, ¿no? ¿Tienes alguna explicación para ello, Wylie?

—Wylie, no respon...

—No —digo, porque es la pura verdad—. No puedo explicarlo. No hay nada que explicar.

—Estabas justo en los alrededores en ambas ocasiones. Estabas presente cuando ambas chicas murieron. ¿Y de verdad no tienes ni idea de cómo pudo haber ocurrido? Porque, para ser sincera, Wylie, Teresa no murió en el incendio —prosigue la inspectora—. Teresa *era* el incendio. Ella fue el origen del fuego. Al igual que Cassie. Al menos, es lo que tengo entendido. Dos chicas con las que estabas enfadada, han muerto de la misma forma. Resulta bastante sospechoso, ¿no te parece?

—Inspectora, esto es ridículo, además de innecesariamente cruel —protesta Rachel. Habla con un tono muy frío. Y ahora está furiosa. Furiosa en mi nombre.

—¿Enfadada? —pregunto—. Yo no estaba enfadada.

—Eso no es lo que dice el padre de Cassie.

—¿Vince? —Cuanto más habla la inspectora, más confundida estoy—. ¿Él ha dicho que era yo quien estaba enfadada con Cassie? ¿Cómo iba a saberlo él? Ni siquiera vive aquí. Yo no estaba enfadada con Cassie.

—Entonces ¿sí que estabas enfadada con Teresa?

—¡Basta! —Rachel da un palmetazo sobre la mesa—. Se acabó. Esa ha sido la última pregunta. Hemos intentado colaborar, pero usted está tergiversando sus palabras. —Se levanta y me hace una señal para que yo también lo haga—. Venga, Wylie. Nos vamos.

—No esta noche, me temo —dice la inspectora—. Tenemos declaraciones de testigos, las cerillas, la versión de su clienta. A menos que pueda darnos una explicación ahora mismo, es más que suficiente como causa probable para detenerla.

—Detenerla ¿por qué? —pregunta Rachel.

La inspectora me mira directamente.

—Por asesinato.

Lo demás sucede de manera bastante similar a lo que ha predicho Rachel. Me han detenido de forma oficial. Me han leído mis derechos, aunque ya me los hubieran leído antes del interrogatorio con Rachel.

Después de eso, me han trasladado a las dependencias penitenciarias juveniles más próximas. Al llegar aquí, han vuelto al leerme mis derechos antes de hacer un inventario de mi ropa y de mis objetos personales, que son muy pocos: algo de dinero en efectivo del que me dio Rachel y el anillo de bodas de mi madre. Al despojarme del collar de Teresa, que han requisado como prueba, el anillo de mi madre ha ido a parar a la bandeja de objetos personales donde daba vueltas sin parar. No he podido evitar pensar en las fotos de mi madre y en si Riel las habrá guardado bien.

Ya me han quitado la ropa, me han registrado de todas las formas humillantes posibles, me han tomado las huellas dactilares, me han fotografiado y me han hecho responder una infinidad de preguntas rutinarias. Y, tal y como Rachel me ha advertido, siento que me dan un trato infrahumano.

Mi compañera de celda se llama Susan y es la homicida en grado de tentativa más simpática que pudiera haber imaginado. Al menos, hasta ahora. Cuando la conozco, solo me quedan unos minutos hasta que me llevan en un furgón hasta un juzgado con otras chicas, para la lectura de cargos. No resulta tan estresante como cabría imaginar, porque ahora ya no siento nada.

Me limito a cumplir las funciones básicas para la existencia —respirar, moverme, pestañear— sin estar viva en realidad.

Rachel se encuentra junto a mí en el juzgado. Le dice algunas cosas al juez. El abogado de la acusación —un hombre orondo y calvo— le dice otras. Sus palabras son como un galimatías y suenan distantes, como si estuviera bajo el agua y ellos estuvieran en la orilla. Les oigo hablar sobre el hecho de que no logran localizar a mi padre. De que mi madre está muerta. Al final, me niegan la condicional. Eso sí lo entiendo. Dicen que existe riesgo de fuga. Ya he huido muchas veces. Al final es difícil rebatir un hecho.

Cuando han terminado, Rachel intenta abrazarme, pero alguien le advierte que no puede hacerlo. Me alegro, porque no quiero que ella me toque.

—¡Voy a sacarte de aquí, Wylie! —me grita cuando me sacan de allí—. Será

cuestión de días. —Pero no lo cree, sin importar lo mucho que desee creerlo.

No me he planteado en serio buscar un nuevo abogado. No es que Rachel me haya ofrecido ninguna explicación satisfactoria. Lo único que ha intentado es contarme por qué acabó la amistad con mi madre. Dice que ella representaba a personas que mi madre no aprobaba, lo que solo hace que sospeche más de ella. Con todo, no insisto para que entre en detalles. Ahora me parece que eso ya no importa.

Ya nada importa.

Después del desayuno del tercer día, oigo mi apodo por primera vez: Pirómana. Podría ser mucho peor. Sinceramente, he tenido suerte con los rumores: soy una psicópata y he prendido fuego a dos amigas. Incluso para lo que se estila por aquí, eso les asusta bastante y mantienen las distancias conmigo.

Rachel me pide que llame a Gideon. Él le ha pedido a ella que me pida que lo llame. Rachel lo ayudó a recoger la casa y ha estado preocupándose por él. Pero mi hermano se quedará con varios amigos hasta que encuentren a mi padre. Hasta que lo encuentren. «Hasta» es un adverbio que Rachel usa de forma intencionada. Para que yo me sienta segura.

Pero yo no me siento segura. Ni lo más mínimo.

—¿Estás bien? —me pregunta Gideon después de aceptar mi llamada a cobro revertido desde el Centro de Detención de Menores de Massachusetts en mi cuarto día aquí. Parece tembloroso y débil.

—Sí, estoy bien —digo intentando que se sienta mejor. Por supuesto, no estoy bien, y es lo que quiero gritar. Estoy en un «centro de detención».

Rachel me ha insinuado que Gideon está perdiendo los nervios. Que está histérico desde que me detuvieron. No ayuda mucho que siga sin haber ni rastro de mi padre. Pronto hará una semana que ha desaparecido.

Rachel ha dicho por primera vez que debemos ser realistas.

Yo no le veo la ventaja a eso.

Al describirme cómo se encuentra Gideon, Rachel ha intentado parecer más esperanzada: no está bien, pero no está asustado. Lo ha llevado a ver a la doctora Shepard y se supone que eso lo ha ayudado. Más o menos. O, en otras palabras, no lo ha ayudado mucho. Rachel también ha logrado confirmar que ninguna de las demás chicas era paciente de la doctora Shepard, ni siquiera Teresa. Teniendo en cuenta que mi padre ha desaparecido y que yo estoy aquí encerrada, no me extraña que Gideon esté derrumbándose.

—Yo quería decir... —A Gideon se le entrecorta la voz ahora que estamos hablando por teléfono. ¿De verdad está llorando? No lo he visto llorar desde que tenía cinco años, y eso solo fue porque se hizo un tajo en el dedo con una esquirra de cristal. Está mal de verdad.

—Todo va a salir bien, Gid —le aseguro, aunque no estoy nada convencida. Además, me cabrea tener que ser yo quien lo anime cuando la que está entre rejas soy yo. No obstante, el consuelo que necesita Gideon es real. Tan real que me cuesta respirar.

—Lo siento —dice, y tiene que hacer un esfuerzo para hablar.

—No tienes por qué sentirlo, Gideon. Esto no es culpa tuya.

—Pero sí que es culpa mía.

—En serio, Gid, no es...

—¡Yo les di la lista, Wylie!

—¿Qué?

Durante un segundo, el cerebro deja de funcionar. Se me congela todo, la sangre, los nervios, todo se me paraliza.

—Lo siento, yo estaba tan... Lo siento. Le escribí un correo electrónico al tal doctor Cornelia porque tenía curiosidad, y él dijo que estaba de acuerdo conmigo en que no tenía sentido que solo fueran chicas y que papá debía de haber cometido algún pequeño error. Dijo que lo investigaría, ¿sabes? Él me escuchó. Papá no lo hacía. Y por eso le di la lista donde también estaba tu nombre. Pero, te lo juro, no tenía ni idea de qué planeaba hacer.

Estoy apretando con tanta fuerza el teléfono contra la oreja que noto el bombeo de la sangre en ella. ¿Y qué es lo más ilógico de todo? Quiero odiarlo, gritar a Gideon y decirle que es egoísta e insensato. Y malvado. Pero no consigo decir una palabra. Y sigo sin sentir nada.

—¿Wylie? —pregunta Gideon—. ¿Sigues ahí? Lo siento muchísimo.

El tiempo pasa de forma inexorable. Estoy segura de que no lograré sobrevivir en un lugar como este. Pero, a pesar de ello, sigo despertándome cada día. El problema no es el Centro de Detención de Menores. Es el mundo. Un mundo donde todas esas cosas terribles sobre Cassie, mi madre, mi padre y Gideon siguen siendo ciertas.

He empezado a sufrir ataques de pánico otra vez. Son peores que nunca y, en algunas ocasiones, tengo dos o tres al día. Una vez perdí la conciencia en la sala de la tele. El guardia que estaba vigilando me amenazó con el aislamiento si volvía a hacerlo. Sé que podría pedir ver a un médico. No pueden castigarme por tener un trastorno de ansiedad. Pero no lo pido. Porque no estoy segura de que la

soledad sea algo malo.

He recibido cartas de Ramona y Becca. Rachel les ha pedido que me escriban, sin duda. Cree que me ayudará tener pruebas de que las demás chicas lograron salir. Las cartas eran mecánicas, escritas por educación. Básicas. Me fijo en lo que no dicen: «Sabemos que eres inocente».

Riel también me ha enviado una carta. O, mejor dicho, me llega una carta que creo que es de Riel. «El valor es el precio que fija la vida para garantizar la paz.» Solo dice eso. Su nombre no está escrito en ningún sitio.

Del que no he sabido nada es de Jasper. El juez emitió una orden de alejamiento; un requisito imprescindible para otorgarle la libertad condicional por la condena de allanamiento. El objetivo, según me ha dicho Rachel, es amargarme la vida de tal forma que tenga más ganas de contarles lo que quieren oír. Para que confiese un delito que no cometí.

Pero eso es algo que no haré a pesar de lo mucho que echo de menos a Jasper. Y lo echo muchísimo de menos. Es así de simple y complejo.

Antes de la comida del sexto día, vamos todas a la sala de la tele como hacemos a diario a esa misma hora. O, al menos la tele está encendida, y la tengo delante mientras estoy sentada en uno de los muchos sofás alargados, cada uno con espacio para otras seis chicas. Miro la pantalla, pero no podría decir qué están dando. Con todo, me parece mejor estar allí con las demás internas que permanecer sola en mi habitación. Cada vez tengo la sensación más intensa de que algo horrible va a suceder. Y no tardará en llegar. Creo que debería tener testigos.

—¡Lang, tienes una visita! —me grita un guardia.

Me quedo mirándolo impávida, preguntándome si ya me imagino cosas.

—¡Venga! —me grita de nuevo y me señala la puerta—. Vamos.

«¿Jasper?» Siento una oleada repentina de estúpida esperanza. El bombeo de mi corazón acelerado me envía sangre a las extremidades medio dormidas. Me levanto de un salto. «Por favor. Por favor. Por favor.» Aunque ya sé que no puede ser él. Que no debería ser él, por el bien del propio Jasper.

—¿Quién es? —pregunto mientras acelero el paso para llegar a la puerta.

El guardia resopla y consulta su registro.

—Un hermano —dice, y se me cae el alma a los pies.

No culpo a Gideon por lo que hizo. O sí que lo hago, pero también lo entiendo. Fue una estupidez y algo inmaduro y egoísta. Además, fue impulsivo.

No estaba pensando. Pero nada de lo ocurrido fue lo que pretendía. Con todo, no quiero verlo. No estoy segura de tener la energía para mentir y perdonarlo al

mirarlo a la cara.

Me planteo decirle al guardia que no estoy de humor para visitas, pero eso podría perjudicarme. Si hago que Gideon se sienta peor, él querrá arrancarme lo que me queda de corazón y me pedirá que se lo entregue.

—¿Nombre? —me pregunta el guardia de la sala de visitas cuando por fin llego allí a regañadientes.

—Wylie Lang —respondo, todavía con la esperanza de que algo me impida pasar.

Pero el guardia se limita a abrir la puerta y me hace una señal con la mano para que entre. La sala de visitas es un único espacio abierto con ocho mesas rectangulares —todas numeradas— dispuestas en dos hileras. Hay dos sillas en cada lado. Dos guardias en ambos extremos de la sala. Es más corriente de lo que había imaginado antes de estar aquí encerrada: no hay cabinas de metacrilato, ni conversaciones por teléfono.

—Mesa siete, al fondo. —Cruza la sala—. Tienes quince minutos. No os toquéis. No os intercambiéis ningún objeto.

La sala está abarrotada y no localizo a Gideon hasta que estoy casi a su lado. Lleva una gorra de béisbol y está cabizbajo. No le veo la cara, pero su postura encorvada es bastante reveladora. Llego hasta él por detrás e inspiro con fuerza intentando convencerme de que soy capaz de hacer esto otra vez. Animar a Gideon por haberme traicionado.

Cuando por fin me mira, todo mi mundo se desmorona.

—Siéntate —me indica Quentin.

Gritar. Ese es mi primer instinto. Miro a mi alrededor con los ojos abiertos como platos. También quiero escupirle. Quiero cruzarle la cara de un bofetón.

—Yo no lo haría. —Me mira de arriba abajo con mi patético mono azul—. Nada de lo que estés pensando.

Cuando me dejo caer sobre el borde de la silla, no estoy segura de poder emitir sonido alguno si lo intento.

—Estás vivo —susurro. «No doce cadáveres; once.» Una parte de mí lo sabía, ¿verdad? Mi padre. Eso es lo que pienso a continuación—. ¿Qué le has hecho?

—¿A quién?

—A mi padre.

—¿Tu padre? —dice Quentin—. ¿Qué le ha pasado a tu padre?

—Ha desaparecido —respondo—. Le ha pasado algo.

Quentin sacude la cabeza con desprecio.

—Bueno, yo ya se lo advertí, ¿recuerdas? Le dije que podía tener problemas.

—Si le digo a esta gente quién eres, te detendrán.

—Dios, de verdad lo crees, ¿no? —Ni siquiera lo dice con sarcasmo. Parece que de verdad siente lástima por mí—. Piensa en lo mucho que tendrás que explicar. Y lo absurdo que sonará todo. Cuando por fin encuentres a alguien que quiera escucharte, yo ya estaré muy lejos. Además, si lo haces, nunca sabrás por qué he venido.

—¿Por qué te han dejado salir? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saberlo.

—Que me hayan dejado salir no es exactamente lo que ha pasado. Más bien diría que soy fácilmente *extraviable*. Y he tenido ayuda —dice en voz baja, como si se arrepintiera de algo—. Ya te dije que North Point cuenta con recursos importantes.

—Pero ¿por qué iban a ayudarte? ¿Por qué iba a ayudarte nadie?

—Los convencí de que había cosas que solo sabíamos tu padre y yo, y de que, si querían ganar en la carrera de la investigación sobre los Extraños, necesitarían conocer esa información exclusiva. Pero eso significa que necesito mostrarles algo, o sospecho que habrá desagradables consecuencias. Estoy aquí porque me gustaría evitar que eso sucediera.

—Jamás te ayudaré —consigo decir con los dientes apretados.

—¿Ni siquiera si tengo información que podría sacarte de aquí?

—¿Enviaste tú ese mensaje al móvil de Jasper? —Porque solo puedo pensar en que todo esto ha sido cosa suya desde el principio.

—¿Qué mensaje?

—El que me decía que corriera. Justo después de que llegáramos de Maine.

—¿Correr? —Y su confusión es real—. Mmm... No.

No lo envió él. Lo percibo alto y claro. Tal vez lo hizo Kendall. Seguramente. Es él en quien he estado pensando.

—Tú mataste a Cassie —digo y me doy impulso para levantarme—. No te ayudaría jamás, capullo psicópata.

—Si me ayudas, puedo conseguir que salgas de aquí. Has dicho que alguien tiene retenido a tu padre. Él debe de necesitarte.

Quentin cree lo que está diciendo. Está diciendo la verdad. Su verdad. Está claro que su verdad no tiene nada que ver con la mía.

—Preferiría morir a ayudarte.

—¿Y qué pasa con tu padre y con Gideon? ¿Vas a dejarlos ahí fuera con quien sea el responsable de que estés aquí dentro? —La amenaza está clara como el agua—. Hay cosas que no sabes, Wylie.

—¿Como cuáles?

—Como quién mató a Teresa. Y quién dejó ese muñeco para ti. Y, dejémoslo

claro, no fui yo.

—Vete al infierno —susurro. Pero Dios, cómo detesto que él sepa lo del muñeco. ¿Cómo lo sabe?

—Incluso tengo pruebas, que podría entregarte y tú podrías usar para exculparte. Detalles que harían su versión de los hechos mucho menos plausible. —Toma aire—. Siempre que accedas a ayudarme a cambio.

Va a salirseme el estómago por la boca y se me va la cabeza. Si Quentin sabe lo del muñeco, existe una posibilidad de que realmente sepa algo que podría sacarme de aquí. Y tengo que salir. Mi padre me necesita fuera.

—Tú no sabes nada.

Es una prueba. Necesito percibir qué siente al responder.

Quentin sonrío.

—Pero sí que sé algo —dice, y lo hace con una certeza horrible e inevitable. Quentin se levanta y me pasa una tarjeta por encima de la mesa—. Aquí está mi teléfono. Si cambias de opinión sobre lo de ayudarme, llámame y ya lo arreglaremos. —Echa un vistazo a su alrededor y frunce el ceño—. Aunque, si estuviera en tu lugar, me daría prisa. En sitios como este pueden ocurrir cosas horribles.

Me sorprende encontrarme de nuevo en la sala de la tele pasado un rato. He llegado hasta aquí sin darme cuenta y ahora estoy sentada en el sofá, sujetándome las piernas, con el corazón desbocado. Estoy completamente aturrida. No recuerdo qué fue lo último que le dije a Quentin. No recuerdo haber regresado por el pasillo. Solo estoy segura de la abrumadora sensación de que he perdido, aunque Quentin en realidad no haya ganado.

No sé cuánto tiempo llevo sentada aquí. Las chicas entran y salen. El programa de la tele cambia, el tiempo pasa. Al final, oigo un ruido distante procedente del fondo de la sala, un traqueteo metálico, algo que chirría.

—¡La bibliotecaria está aquí! —anuncia a voces uno de los guardias. Y lo dice con cierto enfado, como si no pudiera creer que estén molestándolo con esa mierda—. Tenéis diez minutos para escoger libros.

Libros. La idea me parece muy ridícula. Mientras el mundo está envuelto en llamas. Pero las demás chicas sí que acuden a la llamada, gritando de alegría como si fueran hacia el camión de los helados. Ocurre lo mismo siempre que pasan las voluntarias: una anciana distinta cada vez.

—¡La revista *US Weekly*! —oigo que grita alguna con tono triunfal.

—¿Todavía no han devuelto el último de Harry Potter? —pregunta otra—. ¡Menuda mierda! No pueden quedárselo para siempre.

Resulta triste oír cómo se emocionan con algo de lo que se quejan tantas otras chicas de su edad. Me hace preguntarme si es así como me sentiré yo dentro de poco, emocionada por cosas que siempre he dado por sentadas. ¿Y cuánto tiempo pasará antes de que yo haga, o diga, lo que ellos quieran? Antes de que confiese para que dejen de hacer preguntas. Al menos así jamás tendría que volver a hablar con Quentin.

Mantengo la mirada fija en la distancia mientras el chirriante carrito de la bibliotecaria se va acercando cada vez más. Tengo el mal presentimiento de que la bibliotecaria está mirándome fijamente, porque soy la única chica que no se levanta. Me preparo para recibir un sermón sobre lo fundamental que es la lectura, que me ofrecerá un camino hacia la redención. Espero no responder nada desagradable. Pero no puedo estar segura. Cada hora que pasa confío menos en mí misma.

—¡Última oportunidad de escoger libros! —grita el guardia.

Al final, el carrito se detiene justo detrás de mí. No levanto la vista. Pero veo, con el rabillo del ojo, que la bibliotecaria deja un ejemplar de bolsillo sobre el brazo del sofá, a mi lado. Y luego percibo una oleada de amabilidad. Es muy intensa y pura, y no es crítica como había imaginado. Me pilla por sorpresa. Tanto que estoy bastante segura de que romperé a llorar si miro a la señora. Así que sigo cabizbaja. Mientras siga aquí encerrada, me irá mejor seguir siendo la tía que quemó a sus amigas y no la tía que llora al ver a una voluntaria.

—¡Vale, se acabó! —grita otra vez el guardia.

Pero el carrito sigue ahí. No se ha alejado chirriando. La bibliotecaria sigue esperándome. Percibo lo mucho que desea y necesita que la mire, de una forma del todo irracional, y así le haga saber que estoy bien. Que estaré bien. ¿Por qué necesita eso esta mujer? Ni siquiera me conoce. Intento tragar saliva para que se me pase la rabia.

Aunque quizá su preocupación sea una señal de que debo creer que estaré bien. Inspiro con fuerza e intento imaginar que voy a salir de esta. Y, al hacerlo, se abre un pequeño espacio temporal, una ventana hacia el futuro.

Y mi instinto me dice que estaré bien. Que si logro ser lo bastante valiente para tener fe, si puedo ser lo bastante fuerte para tener esperanza, lograré superarlo. Como todas las demás cosas terribles que han ocurrido, también sobreviviré a esto. Sin importar qué haga falta. Puedo creerlo. No importa lo imposible que parezca.

—Oye —susurra la bibliotecaria, con la voz ronca y grave. Y ahora percibo su amabilidad y preocupación aún con más intensidad. Ella es toda calidez y luminosidad hacia mí. Como el sol. Como el amor—. Toma esto.

Cuando miro hacia abajo, veo que sujeta otro libro de bolsillo y que, en la

cubierta, hay una nota. «Voy a sacarte de aquí. Te lo prometo. Te quiero mucho.»

Y, cuando levanto la vista, no veo a una amigable bibliotecaria anciana. Veo a mi madre. Vivita y coleando, y mirándome.

Agradecimientos

A mi feroz editora, Jennifer Klonsky, gracias por tu brillante visión de la edición, tu tenaz entusiasmo y tu amabilidad sin límites. Infinitas gracias a todo mi fantástico equipo de Harper Collins: Gina Rizzo, Elizabeth Ward, Catherine Wallace y Elizabeth Lynch. Tengo mucha suerte de ser la beneficiaria de vuestra sabiduría y duro trabajo y de poder salir con un grupo de mujeres tan fabulosas.

Mi más profundo agradecimiento a Suzanne Murphy y Kate Jackson por defender esta saga desde el principio y seguir alentándola con entusiasmo durante toda su producción.

Gracias también a los demás componentes de los maravillosos equipos de marketing, publicidad y colecciones de Harper Collins: Nellie Kurtzman, Cindy Hamilton, Patty Rosati, Molly Motch y Sabrina Abballe. Gracias, además, a los genios de marketing integrado: Colleen O'Connell y Margot Wood. Un millón de gracias al asombroso departamento de diseño gráfico: Barb Fitzsimmons, Alison Donalty, Alison Klaphor y Sarah Kaufman, con su maravilloso don.

Gracias al apasionado y dedicado equipo de ventas de Harper Collins: Andrea Pappenheimer, Kerry Moynagh y Kathy Faber. Gracias también a Jen Wygand, Jenny Sheridan, Heather Doss, Deb Murphy, Fran Olson, Susan Yeager, Jess Malone y Jess Abel, así como a Samantha Hagerbaumer, Andrea Rosen y Jean McGinley.

Y, por último, pero no por ello, desde luego, menos importante, gracias a todas las comprometidas personas de dirección editorial de Harper Collins: Josh Weiss, Bethany Reis y la correctora Valerie Shea.

Gracias a los numerosos *bloggers* dedicados a comentar los libros que les encantan. Y gracias, gracias, gracias a los numerosos librerías que están en primera línea de fuego. Nosotros, los autores y lectores os agradecemos vuestros sabios consejos al poner los libros en las manos adecuadas, a menudo, justo en el momento preciso.

Muchas gracias a mi leal amiga y extraordinaria agente, Marly Rusoff. Tengo mucha suerte de que capitanees mi barco. Un agradecimiento especial para Julie Mosow por tus excepcionales consejos e incansable ayuda. Gracias también a Michael Radulescu y Gina Iaquina por vuestro apoyo. A los asombrosamente talentosos, trabajadores y de milagrosos recursos Kathleen Zrelak y Lynn

Goldberg; estaré eternamente agradecida por lo que habéis hecho. Gracias también a las siempre fabulosas Shari Smiley y Lizzy Kremer, y un agradecimiento especial a Harriet Moore.

Quiero expresar mi gratitud a los numerosos expertos que tan generosamente han compartido conmigo su tiempo y conocimientos: Victoria Cook, Elena Evangelo, doctor Michael Henry, Mark Merriman, Sarabinh Levy-Brightman, Tracy Piatkowski, doctora Rebecca Prentice, Daniel Rodríguez, Michael Stackow y Tanya Weisman.

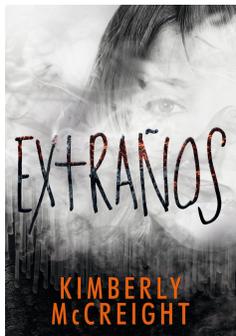
Gracias infinitas a mis fantásticos amigos y familiares: Martin y Clare Prentice, Mike Blom, Catherine y David Bohigian, Cindy, Christina y Joey Buzzeo, Jason Miller, Megan Crane y Jeff Johnson, Cara Cragan y Michael Moroney, la familia Cragan, la familia Crane, Joe y Naomi Daniels, Larry y Suzy Daniels, Bob Daniels y Craig Leslie, Diane y Stanley Dohm, Dan Panosian, Dave Fischer, Heather y Michael Frattone, Tania Garcia, Sonya Glazer, Nicole y David Kear, Merrie Koehlert, Hallie Levin, John McCreight y Kim Healey, Brian McCreight, Nina Mehta, la familia Metzger, Jason Miller, Tara y Frank Pometti, Stephen Prentice, Motoko Rich y Mark Topping, Jon Reinish, Bronwen Stine, la familia Thomatos, Deena Warner, Meg y Charles Yonts, Denise Young Farrell, y Christine Yu.

Kate Eschelbach, gracias por cuidar tan bien de nosotros.

A mis excepcionales hijas, Emerson y Harper: me alegro muchísimo de que seáis personas tan sensibles. Saber que compartís conmigo muchos de vuestros sentimientos —los buenos y los malos; los aterradores y los esperanzadores; los amorosos, los de enfado y los ocurrentes— será el mayor regalo que jamás haya recibido.

Y a mi marido, Tony, gracias por estar siempre a mi lado —con aceptación, paciencia y comprensión— y dejarme compartir contigo mis sentimientos. Tengo buenas noticias para mí y malas para ti: hay muchos más sentimientos en el mismo lugar del que procedían todos los anteriores.

DESCUBRE CÓMO EMPEZÓ TODO:



LOS LECTORES DICEN:

«Una novela impactante llena de intrigas, traiciones y secretos escondidos»

«Increíblemente bueno. Una trama original, con acción y suspense: este libro lo tiene todo»

«Imposible dejar de leerlo»

«Un fantástico inicio para una saga de misterio»

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *The Scattering*

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2017, Kimberly McCreight

Publicado de acuerdo con la autora por Marly Rusoff Literary Agency, Bronxville, Nueva York, EUA

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Verónica Canales Medina, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación a partir del diseño original de © Sarah Nichole Kaufman / Harper Collins

Foto de portada: © 2017 Getty Images / Rubberball / Mike Kemp / Craig Shields

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-844-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Aislados](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Agradecimientos](#)

[Descubre cómo empezó todo](#)

[Créditos](#)